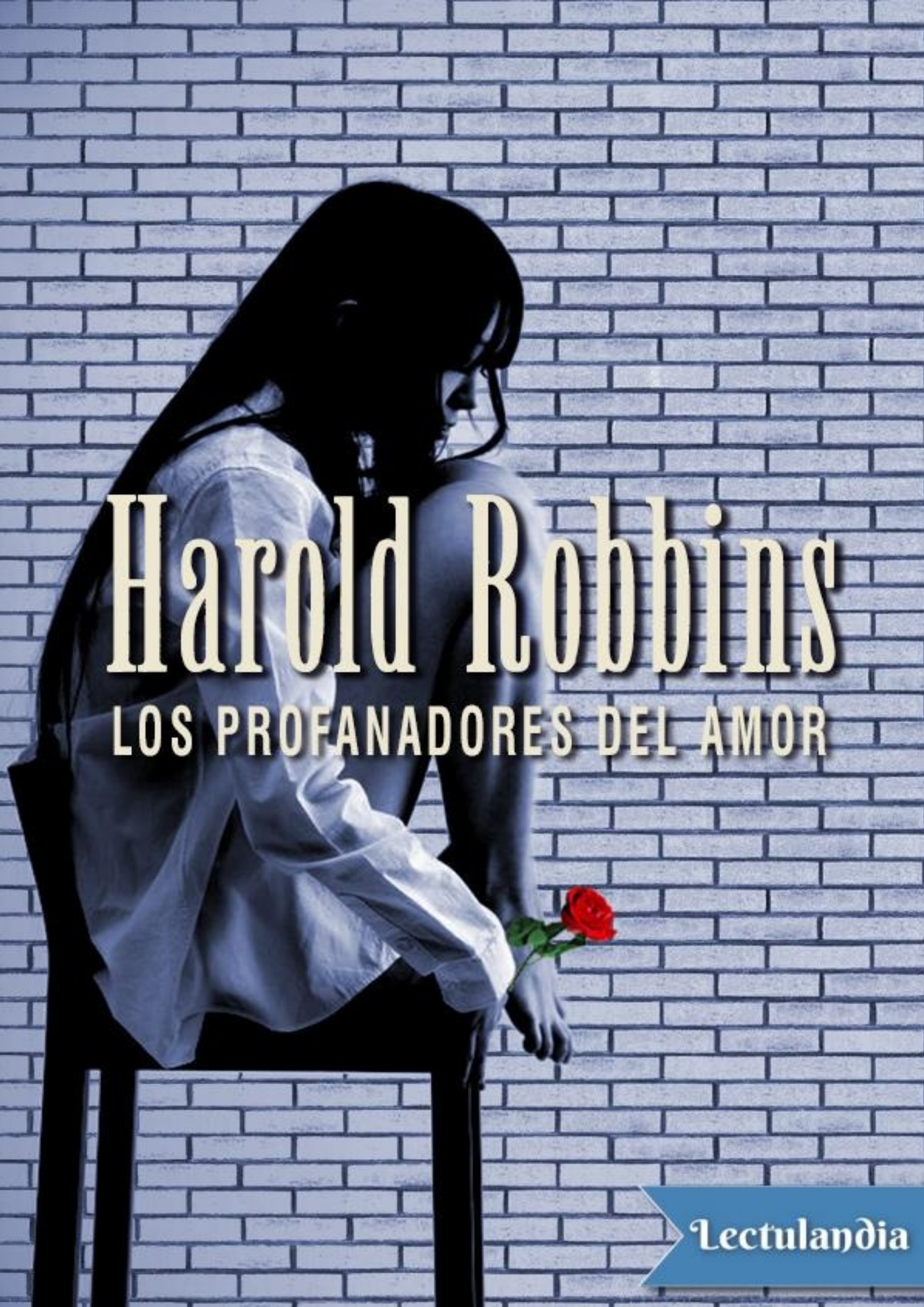




Harold Robbins

LOS PROFANADORES DEL AMOR

Lectulandia

Una noche un hombre recibe una llamada de teléfono en la que se le comunica que su hija de catorce años, a la que hace más de seis que no ve, ha asesinado a un hombre y va a ser juzgada. A pesar de vivir en otro estado, esa misma noche se pone en camino. Un importante abogado (el mismo que asesoró a su ex mujer en su divorcio) lleva el caso de su hija. Pero desde que llega encuentra que nada está claro, todo se va complicando. Su hija no irá a la cárcel: es menor. Pero tienen que decidir si irá a un correccional o vivirá bajo la custodia de un familiar. Su padre está descartado porque vive en otro estado. Su madre también: el muerto era el amante de su madre y además no demuestra estar muy equilibrada y ser un buen ejemplo para su hija. Queda la abuela materna o el correccional. En principio, al padre le parece buena idea la de que viva con su abuela, pero él sigue pensando que algo no está claro y hará todo lo posible por ayudar a su hija.

Lectulandia

Harold Robbins

Los profanadores del amor

ePub r1.0

Titivillus 11.06.17

Título original: *Where love has gone*
Harold Robbins, 1962
Traducción: Francisco Elías

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL PROPÓSITO DE LA LEY DEL TRIBUNAL DE MENORES.

«Garantizar a cada menor bajo la jurisdicción del tribunal de menores tal cuidado y orientación, preferentemente en su propia casa, que sirva al bienestar espiritual, emocional, mental y físico del menor y al mejor interés del Estado; Preservar y fortalecer los lazos familiares del menor siempre que sea posible, apartándolo de la custodia de sus padres solo cuando su bienestar o su seguridad y protección del público no puedan salvaguardarse adecuadamente sin ser apartados; y cuando el menor sea apartado de su propia familia, para asegurarle la custodia, el cuidado y la disciplina lo más equivalente posible a los que deberían haber sido dado por sus padres».

Sección 502, Capítulo 2 del Código de Instituciones para el Bienestar del Estado de California.

Primera parte

LA HISTORIA DE LUKE

El viernes por la noche

Fue aquel un día de perdedores.

Por la mañana perdí mi empleo. Por la tarde Maris le dio a la pelota con tremenda furia y mientras las cámaras de la televisión le seguían a través del campo era fácil adivinar por la expresión que se reflejaba en los rostros de los *Reds* de Cincinnati^[1] que, aunque quedaban por jugarse cuatro partidos más, la suerte estaba ya echada. Y por la noche, estando ya en la cama sin poder conciliar el sueño y mirando al techo, muy quieto, oyendo la respiración de Elizabeth que en la cama próxima a la mía pretendía dormir, el teléfono, repentinamente, se puso a sonar.

La voz impersonal de la telefonista de conferencias sonó con extraña oquedad en mis oídos.

—¿Señor Luke Carey? Por favor: conferencia.

—Al habla —contesté.

—Elizabeth se había enderezado y encendido la luz. Se había sentado en la cama. Su larga cabellera rubia le caía en rascada sobre la espalda desnuda.

—¿Quién es? —me preguntó con voz queda.

Tapé con la mano la boca del receptor y le contesté, rápidamente:

—No sé. Es conferencia.

—Tal vez sea ese empleo en Daytona —exclamó, esperanzada— que solicitaste por escrito.

Me llegó por el alambre una voz masculina. Tenía un leve dejo del Oeste.

—¿Señor Carey?

—El mismo.

—¿El señor Luke Carey?

—Por supuesto —le dije. Comenzaba a amoscarme. Si alguien quería gastarme una broma no era este el momento más adecuado.

—Aquí el sargento Jos Flynn, de la policía de San Francisco. —El dejo era, ahora, más acusado—. ¿Tiene usted una hija llamada Danielle?

Un repentino temor me atenazó.

—Sí. Así se llama —exclamé, rápido—. ¿Le ocurre algo?

—Sí, en efecto. Algo le ocurre —dijo muy despacio mi comunicante—. Acaba de cometer un asesinato.

Las reacciones son insólitas. Por un momento me dominó el impulso de reír. Y fue porque, un segundo antes, había tenido la horrorosa visión de su cuerpo destrozado, sangrante, en algún camino apartado. Tuve que morderme la lengua para no exclamar: «¿Eso es todo?» En vez de ello le pregunté:

—¿Se encuentra bien?

—¡Oh, perfectamente! —exclamó la voz remota del sargento.

—¿Puedo hablar con ella?

—No hasta mañana —respondió el policía—. Ahora va camino del Departamento Juvenil.

—¿Está ahí su madre? —le pregunté—. ¿Puedo hablar con ella?

—No —me respondió—. Está arriba en su cuarto con una crisis nerviosa. Me figuro que el doctor le estará dando una inyección para calmarla.

—¿No hay alguna otra persona con la que pueda hablar?

—El señor Gordon acaba de salir ahora para el Departamento Juvenil en compañía de su hija.

—¿Gordon...? ¿Harris Gordon? —le pregunté.

—El mismo —me contestó—. El gran abogado en persona. Fue él quien me indicó que le hablara.

¡Harris Gordon! El gran abogado. Así lo llamaban allí con toda reverencia. No había otro mejor. Ni tampoco otro más caro. Lo sabía por experiencia. Representó a Nora en nuestro divorcio y le tomó el pelo a mi abogado. Comencé a sentirme mejor. Con todo y su ataque de nervios Nora había tenido la serenidad suficiente para llamarlo. En la voz del policía advertí una nota curiosa.

—¿No quiere saber quién ha sido la víctima de su hija?

—Es que apenas puedo creerlo —dije—. Danielle no es capaz de hacerle daño a nadie. Si apenas tiene quince años.

—Lo que no le impidió matarlo, sin lugar a dudas —exclamó el polizante.

—¿A quién?

—A Tony Riccio —dijo. Y su voz se hizo sarcástica—. El amiguito de su esposa.

—No es mi esposa —le dije—. Hace once años que estamos divorciados.

—Le dio un viaje al estómago con uno de esos cinceles que usan los escultores y que su madre tenía en el estudio. Afilado como una navaja de afeitar. Le produjo una herida que parecía un bayonetazo. Había sangre por todas partes.

No creo que oyera la exclamación que brotó de mis labios.

—Todo parece indicar que el italiano se entendía con la madre y con la hija y que la pequeña tuvo celos.

Me sentí sacudido por una terrible náusea. Pude contenerla gracias a un poderoso esfuerzo de voluntad y exclamé:

—Conozco a mi hija, sargento. No sé por qué lo mató, ni siquiera si en realidad lo mató, pero me jugaría el cuello que no fue ese el motivo.

—Tengo entendido que hace más de seis años que no la ve usted —insistió el agente—, y en ese tiempo las chicas cambian de un modo extraordinario.

—Pero no hasta el extremo de matar —dije—. No Danielle.

Colgué antes de que pudiera pronunciar otra palabra y volví a mi cama.

Elizabeth me estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Oíste?

Asintió. Saltó de la cama y se envolvió en una bata.

—Pero no puedo creerlo.

—Tampoco yo —le contesté, aturdido—. Es todavía una niña. Catorce años y medio.

Elizabeth me cogió de la mano.

—Vamos a la cocina. Te haré un poco de café.



Quedé sentado, como inmerso en una densa neblina, hasta que puso en mi mano una taza de café muy caliente. Era una de esas ocasiones en las que un hombre se siente invadido por un tropel de pensamientos, tan confusos y numerosos que es como si no se pensara en nada, específicamente. O acaso recuerdos nimios. Como los de una niña que por primera vez visita el parqué zoológico, o su risa y su voccecita aguda, en medio del rumor del oleaje, en La Jolla:

—¡Qué divertido es vivir en un barco, papá! ¿Por qué no viene mamaíta a vivir aquí contigo en un barco, en vez de esa casota grande arriba en el monte, en San Francisco?

Hube de sonreír, a pesar mío, recordando el modo que tenía Danielle de pronunciar San Francisco...: *San Fansisco*. Esto molestaba a Nora. Nora hablaba siempre irreprochablemente. Todo lo hacía Nora irreprochablemente. Todo aquello que pudiera ver la gente. Por fuera era toda una gran dama.

Nora Marguerite Cecilia Hayden. Por sus venas corría la sangre orgullosa de los hidalgos españoles de la vieja California; la sangre caliente de los irlandeses pioneros que tendieron la vía férrea del Oeste y la linfa gélida que corría por las venas de los banqueros de Nueva Inglaterra. Júntense bien esas sangres, agítese la mezcla y de ella saldrá una gran dama californiana. Con riqueza, poder, tierras. Y una extraña clase de talento que la había elevado por encima de otras mujeres.

Porque cualquier cosa que ella tocaba, piedra o metal o madera, adquiría forma y cobraba vida; una vida que le era propia. Y cualquier cosa que ella tocara y adquiriese forma, una vida que le fuese propia, ella la destruía. Lo sabía. Porque me constaba lo que había hecho conmigo.



—Bebe tu café mientras está caliente.

Alcé los ojos hacia ella. Los suyos estaban fijos en mí. Sorbí el café. Pude sentir su irradiación por todo mi cuerpo helado.

—Gracias.

Se sentó frente a mí.

—Estabas muy lejos de aquí.

Hice un poderoso esfuerzo y mis pensamientos volvieron a ella.

—Estaba pensando...

—¿En Danielle?

Asentí, silencioso y me invadió un sentimiento de culpabilidad. Esto era también muy propio de Nora: el modo de insinuarse en la mente de uno, vaciándola de pensamientos que pertenecían a otra persona.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Elizabeth.

—No lo sé. No sé qué hacer.

Su voz era cálida, gentil.

—¡Pobre, pobre niña!

No hablé. Prosiguió ella:

—Menos mal que su madre está con ella.

Reí amargamente. Nora jamás se hallaba con nadie. Solamente consigo misma.

—Nora tiene un ataque de nervios. El doctor le ha administrado un calmante... un sedante que la hará dormir toda la noche.

Elizabeth me miró, asombrada.

—¿Quieres decir que Danielle se encuentra sola?

—El abogado que tienen, Gordon, se fue con ella al Departamento Juvenil —dije.

Elizabeth me miró un buen rato, luego se puso de pie y se dirigió al aparador. Cogió otra taza y tomó del vasar, junto al fregadero, una cucharilla. Su mano temblaba. La cucharilla se desprendió de ella y cayó sobre el linóleo. Fue a agacharse y al ver que yo me precipitaba a recogerla, se detuvo.

—¡Por vida! —juró—. ¡Qué torpe soy!

Cogí la cucharilla, mientras ella tomaba otra del vasar.

Llenó su taza de café y volvió a sentarse.

—¡Qué momento más inoportuno escogí para quedar encinta!

Le sonreí.

—No lo elegiste tú sola. Creo que yo también tengo algo que ver en ello.

Sus ojos no se apartaron de los míos.

—¡Me siento tan estúpida e inútil! Como el tonto de un circo. Especialmente ahora.

—No seas boba.

—No lo soy —dijo—. Recuerda que tú no querías que tuviera un hijo. Fui yo la que se empeñó en tenerlo.

—Por favor, ¡no disparates más!

—Tuviste una hija —dijo—. Eso te bastaba. Pero yo también he querido darte una. Supongo que por celos de ella.

Tenía que probarte que por lo menos en algo valía tanto como Nora.

Di la vuelta a la mesa y fui a sentarme al lado de ella. Seguía mirándome fijamente. Tomé su cara entre mis manos.

—No tienes necesidad de probarme nada. Te quiero.

Sus ojos seguían clavados, insistentes, en los míos.

—Vi la expresión de tu rostro cuando hablabas de Danielle. ¡Cómo la echabas de menos! Pensé que teniendo una niña no la echarías tanto de menos.

De repente sus ojos se llenaron de lágrimas. Se apoderó de mi mano y la pasó por la tersa y dura superficie de su vientre.

—Tú querrás a nuestra hijita, ¿verdad, Luke? ¿La querrás tanto como a Danielle? Me incliné y hundí mi rostro en su vientre, contra la vida que latía dentro de él.

—Bien sabes que la querré —le dije—. La quiero ya.

—Tal vez sea un niño.

—No importa —murmuré—. Os quiero a ambos, infinitamente.

Sus manos alzaron mi cabeza hasta sus pechos. Me apretujó contra ella.

—Tendrás que ir allá.

Me desprendí de sus brazos.

—¿Estás loca? Si solo faltan dos semanas para...

—Me las arreglaré sin ti —dijo en voz baja.

—¿Y con qué dinero? Recuerda que esta mañana perdí mi empleo.

—Tenemos cerca de cuatrocientos dólares en el banco —exclamó—. Y aún te queda en el bolsillo la paga de la semana última.

—¡Ciento sesenta dólares! Los necesitaremos para seguir tirando hasta que encuentre un nuevo empleo. Tal vez pase algún tiempo antes de que pueda conseguirlo.

—En un reactor son tres horas y media de Chicago a San Francisco —dijo—. Y un pasaje de ida y vuelta en turismo apenas llega a ciento cincuenta dólares.

—No iré. Es imposible. Necesitamos ese dinero para pagar los gastos del hospital.

—Estoy decidida —me dijo—. Irás a San Francisco. Sé muy bien que así sería si Danielle fuese nuestra hija.

Se dirigió a donde estaba el teléfono de pared.

—Sube y haz la maleta mientras yo llamo al aeropuerto. Y llévate el traje de franela gris. Es el único decente que tienes.

Estaba contemplando la maleta abierta extendida sobre la cama cuando entró Elizabeth en la alcoba.

—Hay un avión que sale del O'Hare a las dos y media —dijo—. Solo hace una escala y te deja en San Francisco u las cuatro, hora de la costa.

No me moví ni dejé de mirar la maleta vacía. Estaba como alelado. Mis facultades seguían embotadas por efecto del golpe recibido.

—Toma una ducha rápida —me dijo—. Yo te haré la maleta.

La miré, agradecido. No era necesario decirle a Elizabeth lo que tenía que hacer. Siempre sabía lo que debía hacer. Entré en el cuarto de baño.

Miré mi rostro reflejado en el espejo. Mis ojos estaban hundidos y ojerosos. Fui a coger la navaja de afeitar. Mi mano temblaba.

«Por todas partes se veía sangre.»

Las palabras del sargento brincaron en mi pensamiento. ¡Al diablo el afeitado! Podía prescindir de él aquella mañana. Fui a ponerme bajo la ducha y abrí el grifo del agua fría hasta la máxima potencia.

Cuando volví a la alcoba la maleta estaba ya hecha y cerrada. Fui al ropero.

—Tu traje de franela lo metí en la maleta —me dijo Elizabeth—. Lleva para el viaje tus pantalones grises y tu chaqueta *sport*. No vale la pena que arrugues la única ropa decente que tienes.

—Está bien —le dije.

Acababa de anudar mi corbata cuando sonó el teléfono. Elizabeth lo descolgó.

—Para ti —me dijo, tendiéndome el auricular.

—Hola.

No era necesario que me dijeran quién estaba al otro extremo de la línea. En cualquier lugar y entre muchas voces habría reconocido la suya. Era mi exsuegra. Como de costumbre no perdió tiempo en preámbulos.

—El señor Gordon, nuestro abogado, piensa que sería una buena idea que viniese a San Francisco.

—¿Cómo está Danielle?

—Perfectamente —exclamó la vieja señora—. Me he tomado la libertad de reservar para usted y su mujer unas habitaciones en el hotel Mark Hopkins. Cuando tome los pasajes en el aeropuerto, telegráfieme el número del vuelo y un coche irá a buscarlos a la llegada.

—No, gracias —comencé a decir.

—No creo que sea ahora el momento más a propósito para mostrarse orgulloso —dijo mi exsuegra con tono impertinente—, conozco su estado económico, pero me parece que el bien de su hija es mucho más importante.

—El bien de mi hija ha sido siempre para mí lo más importante —le respondí.

—Entonces ¿por qué no viene?

—No dije que no fuera. Me limité a declinar sus ofrecimientos. Atenderé a mis propios gastos.

—El mismo de siempre, ¿verdad? ¿No cambiará jamás?

—¿Y usted? —le repliqué. Hubo un momento de silencio, y a continuación oí de nuevo su voz... algo más fría, pero también más clara y precisa.

—El señor Gordon quiere hablar con usted.

La voz del abogado era cálida y bien timbrada: embaucadora para quien no le conociera. Aquel acento persuasivo, amistoso, era como una florida hojarasca que ocultase una trampa con fauces de acero.

—¿Cómo está usted, coronel Carey? Hace mucho tiempo que no sé de usted.

—Es cierto —le dije—. La última vez fue hace once años en un tribunal de divorcios—. Pero no tenía que recordárselo. Probablemente lo sabía con una exactitud cronométrica.

—¿Cómo está Dani?

—Muy bien, coronel Carey —dijo con tono tranquilizador—. Cuando el juez vio el estado en que se hallaba la infeliz criatura, tuvo a bien confiarla a mi custodia. Está arriba, aquí, en la casa de su abuela, dormida. El doctor le administró un sedante.

Sintiera o no afecto por el gran abogado me alegraba de que estuviese, en esta ocasión, a nuestro lado.

—Tendré que restituirla al Departamento Juvenil mañana a las diez —me dijo—. Creo que sería una excelente idea que estuviese usted aquí a fin de acompañarla.

—Estaré ahí.

—Magnífico. ¿Le sería posible reunirse aquí conmigo a las siete? Desayunaríamos juntos. Tenemos muchas cosas que discutir que prefiero no mencionar por teléfono.

—Está bien —le dije—. A las siete, pues, nos veremos ahí. Hubo una pausa y a continuación la señora Hayden volvió a tomar la palabra. Tuve la impresión de que la vieja señora hacía esfuerzos inauditos para ser amable conmigo.

—Créame, Luke, que tendré mucho gusto en conocer a su esposa.

—No irá conmigo.

Pude advertir el tono de sorpresa con que exclamó:

—¿Por qué no?

—Porque está a punto de dar a luz de un momento a otro.

Tras de estas palabras poca cosa más podía decirse, por lo que después de cambiadas las triviales frases de despedida, colgamos. Pero no bien hube dejado el receptor en su gancho, volvió el teléfono a sonar. Era Harry Gordon.

—Algo más tenía que decirle, señor Carey. Por favor, no hable con los periodistas. Es importante que no haga declaración alguna hasta después de que hayamos hablado.

—Lo comprendo, señor Gordon —le dije y colgué.

Elizabeth se encaminó al cuarto de baño.

—Voy a vestirme, quiero ir contigo al aeropuerto.

La miré, inquisitivo.

—¿Crees que puedes conducir? Prefiero tomar un taxi.

—No seas tonto. —Se echó a reír—. Aunque le hayas dicho a la vieja que esperaba la cigüeña de un momento a otro, sabes bien que aún tenemos para dos semanas largas. Me gusta conducir de noche. El mundo acaba allí donde termina el haz luminoso de los faros. Uno no puede ver a dónde va, por lo que se siente seguro, por lo menos en el espacio que abarca la vista, lo que ya es algo dentro de la incertidumbre que es la vida. Observé que el cuenta-millas alcanzaba las cincuenta y seguidamente bajaba hasta estacionarse en las cuarenta. No había que apresurarse.

Todavía no era medianoche. Pero no habíamos querido quedarnos en la casa, esperando. Allá, en el aeropuerto, habría movimiento, gente. Tendríamos la sensación de que hacíamos algo, aunque nada tuviéramos que hacer.

Con el rabillo del ojo vi que una cerilla se encendía y que su leve y vacilante llama iluminaba un momento el rostro de Elizabeth. A continuación se inclinó hacia mí y puso en mis labios un cigarrillo. Le di una prolongada chupada.

—¿Cómo te sientes?

—Perfectamente —le dije.

—¿Quieres que hablemos del asunto?

—No tiene objeto. Todo se reduce a que Dani se encuentra en un grave aprieto y a que voy allá a ver si puedo ayudarla.

—Hablas como si eso que le ocurre a tu hija lo hubieses previsto —dijo.

Me volví para mirarla con mal disimulada sorpresa. En ocasiones su perspicacia me producía escalofríos. Penetraba dentro de mí y sacaba a la superficie pensamientos que yo mismo me negaba a reconocer como míos.

—No, jamás llegué a prever esto —dije, llanamente.

Observé en la oscuridad el tenue resplandor de su cigarrillo.

—Sé sincero y reconoce que sí.

—No lo sé.

Pero tampoco era esto cierto. Algo había previsto; sí, algo había esperado y no era ciertamente lo que ahora ocurría. Había esperado que un día me llamara por teléfono y me dijera que quería vivir conmigo. No con su madre. Pero once años habían convertido este sueño en una quimera.

—¿Crees que hay algo de verdad en lo que insinuó el policía?

—No lo creo —dije. Reflexioné unos instantes—. En verdad, no lo creo en absoluto. Si ese fuera el caso, Nora lo habría matado. Nora no compartiría con nadie lo que ella creyera suyo.

Elizabeth no respondió y yo me abismé en mis pensamientos. Así era Nora. Lo único importante para ella era guardar para sí aquello que ambicionaba. Rememore aquel último día ante el magistrado que dictó sentencia en nuestro divorcio.



Se había dictado ya la sentencia. En favor de Nora. Yo me hallaba sin recursos, en la miseria más completa; apenas podía subvenir a mis propias necesidades, mientras que ella tenía cuanto podía ambicionar en el mundo. La única cuestión que quedaba por resolver era la custodia de Danielle.

Para resolverla fuimos todos a los aposentos del Juez. Era pura y simplemente una formalidad. Habíamos acordado ya que Dani pasaría conmigo en La Jolla, a bordo de la embarcación que me servía de vivienda y de sustento, doce fines de semana al año y la mitad del verano. Me senté en una silla frente al juez mientras mi abogado explicaba el acuerdo tomado. El juez asintió y se volvió hacia Harry Gordon.

—Me parece, señor Gordon, un arreglo muy razonable.

Recuerdo que justamente en ese momento, Danielle que jugaba con una pelota en un extremo del despacho se volvió a mí de repente y gritó:

—¡Cógela, papá!

La pelota rodó por el suelo e iba a agacharme para recogerla cuando oí la respuesta de Harry Gordon al juez:

—Su Señoría, no acepto en modo alguno tal arreglo.

Le miré, incrédulo, sin soltar la pelota que tenía en la mano. Aquel acuerdo lo habíamos tomado el día anterior. Miré a Nora. Sus ojos de un azul morado estaban clavados en los míos.

Hice rodar la pelota en dirección a Dani.

Harry Gordon prosiguió:

—Mi cliente sostiene que el coronel Carey no tiene sobre la niña derecho alguno de progenitor.

—¿Qué quiere usted decir? —grité, enderezándome—. ¡Yo soy su padre!

Los ojos oscuros de Gordon eran inescrutables.

—¿No se detuvo jamás a reflexionar sobre la singular circunstancia de que su hija naciera solamente a los siete meses de su vuelta del Japón?

Me costó un terrible esfuerzo reprimir mi indignación.

—La señora Carey y su doctor me aseguraron que Dani nació antes del plazo normal, esto es, a los siete meses.

—Para un hombre de su edad, coronel Carey, es usted demasiado ingenuo.

Gordon se volvió hacia el juez.

—La señora Carey desea informar a la Sala que la niña Danielle fue concebida seis o siete semanas antes del regreso del coronel Carey del Japón. En vista de ello y de que está convencida de que el coronel Carey, desde hace mucho tiempo, ha dado

por cierto este hecho, solicita la custodia exclusiva de su hija.

Me dirigí, rápido, hacia mi abogado.

—¿Va a consentir usted semejante infamia?

Mi abogado se inclinó hacia el magistrado.

—Estoy terriblemente consternado por la acción de mi colega, el señor Gordon —exclamó—. Debo manifestar a Su Señoría que la misma está en contradicción con el acuerdo que ambos tomamos el día de ayer.

Pude darme cuenta por la expresión del rostro del juez que también él estaba consternado, pero no obstante su voz brotó neutra, imparcial:

—Lo siento, abogado, pero debe comprender que la sala no puede imponer el cumplimiento de un acuerdo tomado fuera de ella.

Finalmente di suelta a mi indignación.

—Entonces ¡al diablo los acuerdos! —grité—. Volveremos a presentarnos ante la Sala y nuevamente litigaremos el caso.

Mi abogado me cogió del brazo y miró al juez.

—¿Me permite Su Señoría que hable a solas un momento con mi cliente?

El juez asintió y fuimos a una ventana. Permanecimos allí, de espaldas a los presentes, simulando que mirábamos afuera.

—¿Sabe usted lo que esto significaría? —me dijo en voz baja—. Sería como reconocer públicamente que su esposa le ponía los cuernos mientras se hallaba usted cumpliendo sus deberes militares.

—¿Y eso qué? Toda la ciudad sabe que golfeó por todo San Francisco, desde el Barrio Chino a El Presidio.

—Deje usted de pensar exclusivamente en sí mismo, Luke. Piense en su hija. ¿Qué significaría para ella si el hecho se divulgase? ¡Su propia madre pregonando su bastardía!

Le miré fijamente.

—¡No se atreverá a hacerlo!

—Ya lo ha hecho.

Su respuesta era irrefutable. No pronuncié una palabra. Y una vocecita llegó a mis oídos desde el otro extremo del aposento.

—¡Cógela, papá!

Casi automáticamente me agaché para recoger la pelota. Danielle cruzó la habitación corriendo y vino a arrojarse a mis brazos. La alcé del suelo. Estaba riendo; sus ojos negros relampagueaban de alegría.

Me entró de repente el impulso de apretujarla contra mi pecho. Nora estaba mintiendo. No podía ser otra cosa. Algo me decía en mi fuero interno que Dani era en verdad mi hija.

Mi mirada cruzó la habitación y fue a posarse en el grupo formado por el juez, su secretario, Harris Gordon y Nora. Todos ellos me estaban mirando. Todos, excepto Nora. Miraba algo por encima de mi cabeza.

Escruté la carita risueña que tenía ante mí. Una sensación de náusea, de vencimiento, me invadió. Mi abogado tenía razón. No podía hacerlo. No podía correr el riesgo de lastimar a mi hija.

—¿Qué podemos hacer? —murmuré. Vi en los ojos de mi abogado una viva simpatía hacia mí.

—Déjeme que hable con el juez.

Me quedé allí con Danielle en mis brazos mientras él se inclinaba sobre la mesa del magistrado. Después de unos pocos minutos volvió hasta donde yo estaba.

—Podrá tenerla cuatro fines de semana al año. Y dos horas todos los domingos por la tarde si viene a San Francisco. ¿Esto le satisface?

—¿Me queda acaso otra opción? —le pregunté amargamente.

Movió la cabeza de un lado a otro casi imperceptiblemente.

—Está bien —le dije—. ¡Oh Dios, cómo debe de odiarme!

Con el instinto infalible de los niños, Danielle supo de qué estábamos hablando.

—No, papi, ¡no te odia! —dijo rápidamente—. Mamita te quiere. Nos quiere a los dos. Me lo dijo.

Me incliné para escudriñar su carita inocente; respiraba toda ella un deseo ansioso de ser creída. Pestañeeé, rápido, para contener las lágrimas que acudían a mis ojos.

—Por supuesto, nenita querida —le dije para tranquilizarla. Nora vino hasta donde estábamos.

—Ven con mamita, corazón —le dijo—. Es hora ya de volver a casa.

Danielle le lanzó una rápida mirada; a continuación me miró a mí. Nora extendió sus brazos hacia su hija. Por primera vez Nora me miró por encima de la cabeza de Danielle. Había en sus ojos un curioso destello de triunfo.

Era el mismo destello de triunfo que sorprendí en sus ojos cierto día, cuando terminó una escultura en la que había estado trabajando un largo período de tiempo. Algo a lo que ella había dado forma tras una lucha tenaz y porfiada con la materia. Súbitamente me di cuenta de lo que Danielle significaba para ella. No era una niña; no era más que algo que Nora había creado.

Posó en el suelo a la niña y cogidas de la mano se encaminaron hacia la puerta. Al abrirla Nora, Danielle se volvió hacia mí.

—¿No vienes también a casa, papáito?

Moví la cabeza negativamente. Tenía los ojos arrasados de lágrimas y mi visión era borrosa, pero pude decir reprimiendo el temblor de mi voz:

—No, tesoro. Tengo que quedarme aquí para hablar con estos señores. Te veré más tarde.

—Bueno, papá, hasta luego.

La puerta se cerró tras ellas. Permanecí el tiempo justo para firmar los indispensables papeles y seguidamente tomé un tren que me llevó a La Jolla. Allí abordé la embarcación que era a la par que mi domicilio, mi *modus vivendi* y me emborraché integralmente. Transcurrió una semana antes de que me sintiera lo

suficientemente sereno para ajustar un flete.

Tomé un billete de ida y vuelta, registré mi equipaje y a continuación nos encaminamos al bar. A pesar de la hora, el lugar estaba muy concurrido. Cogimos una mesa y pedí dos Manhattans.

Sorbí mi cóctel. Estaba bueno. Frío y no demasiado dulce.

Miré a Elizabeth. Comenzaba a dar señales de cansancio.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté—. No debí haberte dejado que vinieras hasta aquí.

Alzó su vaso y tragó parte de su contenido.

—Me encuentro muy bien —dijo y su rostro volvió a tomar un leve tinte rosado—. Tal vez estoy un tanto nerviosa, pero eso es todo.

—No hay razón para que estés nerviosa.

—No lo estoy porque viajes en avión —me dijo—, lo estoy a causa de ti.

Me eché a reír.

—Nada me ocurrirá a mí.

No sonrió.

—Tendrás que verla nuevamente.

Entonces supe lo que quería decir. Nora tenía la habilidad de destrozar mi vida. Y antes de que pudiera volver a juntar los pedazos, pasaba un tiempo interminable. En ese estado me hallaba cuando Elizabeth y yo nos conocimos, seis años atrás. Y aquello ocurrió cuando llevaba ya cinco años de divorciado.



Fue en los últimos días del verano. Danielle tenía ocho años y yo acababa de llegar de San Francisco después de haberla entregado a su madre al cabo de uno de nuestros raros fines de semana.

Dani había echado a correr por el interior de la casa, mientras yo esperaba fuera de ella al mayordomo para que recogiera sus cosas. Después del divorcio jamás entré en la casa.

La puerta se abrió pero no apareció por ella el mayordomo. Era Nora. Durante breves instantes se cruzaron nuestras miradas. No había expresión alguna en sus ojos fríos.

—Quiero hablarte...

—¿A propósito de qué?

—Nora no era de las que perdían el tiempo en circunloquios.

—He tomado una decisión; Dani no volverá a visitarte.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Ya no es una niña —dijo Nora—. Ve cosas.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, la clase de vida que llevas en tu infecto barco. Las mujeres mejicanas que van y vienen por allí... las peleas de borrachos. En una palabra, no quiero verla expuesta a ese género de vida.

—¡Miren quién habla! Supongo que es más brillante el género de vida que tú llevas. Con sábanas limpias y Martinis.

—¡Cómo los recuerdas! Y al parecer no te disgustaban tanto.

Los locos pensamientos que acuden a la mente de uno... la fascinación de lo que sabe que es pernicioso. Sabía muy bien lo que decía. Traté de ahuyentar mis recuerdos.

—Hablaré de esto con mi abogado —dije.

—Adelante... si puedes hallar a un abogado que quiera hablar contigo. Estás sin un cobre, sucio, desharrapado. Y si te atreves a llevar el caso ante un tribunal, presentaré la relación jurada de un detective particular sobre la vida desordenada que llevas. No conseguirás más que cubrirtte de ridículo.

Giró sobre sus talones y cerró la puerta en mis narices. Permanecí unos segundos, sin saber qué hacer. Finalmente crucé el patio y me dirigí a donde había dejado mi viejo y destartado coche. No volví a La Jolla sino hasta la tarde del día siguiente y abordé mi embarcación con media caja de botellas de whisky.

Dos días después oí que alguien golpeaba con los nudillos la puerta de mi camarote. Fui a abrirla y durante unos instantes sentí un dolor lancinante que desde las cuencas de mis ojos irradiaba hasta el cerebro. Sobre un cielo de un azul ardiente se recortaban el vestido blanco y la cabellera rubia llameante de una muchacha. Pestañeeé unos momentos para proteger mis ojos de la luz cegadora.

La muchacha habló con voz recia y cálida.

—Me dijeron en la tienda de artículos de pesca que usted alquilaba su barco para excursiones por el mar.

Seguí pestañeando. La luz era demasiado viva.

—¿Es usted el capitán? —me preguntó.

El dolor finalmente me abandonó. La examiné con más detenimiento. Era tan agradable a la vista como a los oídos. Ojos azules, piel bronceada por el sol, una boca sensual y un mentón enérgico perfectamente dibujado.

—Capitán y marinería, todo en una pieza. A sus órdenes. Entre y eche un trago.

Al bajar por la estrecha y empinada escalerilla me estrechó la mano. El apretón fue fuerte y cordial. Recorrió con la vista, curiosa, el camarote. No había en él mucho que ver. Botellas de whisky vacías por el suelo y unas literas revueltas. No dijo nada.

—Disculpe el desorden —le dije—. Pero entre flete y flete, distraigo mis ocios bebiendo.

Una leve sonrisa frunció su entrecejo.

—Igual que mi padre.

—¿Era dueño de un barco?

Denegó con un movimiento de cabeza.

—Era capitán de un remolcador en el puerto de Nueva York. Entre empleo y empleo le daba a la botella que era un gusto.

—Yo no bebo cuando trabajo —le dije.

—Tampoco él. Era el mejor capitán de remolcador de Nueva York.

Despejé la mesa de los platos y vasos sucios que había en ella y saqué de la alacena dos vasos limpios. Cogí la botella de whisky.

—Tengo agua, pero nada de hielo.

—Este es un buen whisky. No lo echemos a perder.

Le llené el vasito. Lo apuré de un solo trago, como si fuera agua. Una chica cabal, como a mí me gustan.

—Ahora vamos al grano —exclamó dejando sobre la mesa el vaso vacío.

—Cincuenta dólares al día. Salida a las cuatro de la mañana para regresar a las cuatro de la tarde. Máximo, cuatro pasajeros.

—¿Cuánto por una semana? Queremos ir a Los Ángeles, permanecer allí el fin de semana y regresar aquí el lunes.

—¿Queremos? —le pregunté—. ¿Cuántos son?

—Solamente dos. Mi jefe y yo.

La miré y dije:

—Este es el único camarote del barco. Por supuesto puedo dormir en cubierta, si es necesario.

Se echó a reír.

No es necesario.

—No comprendo —le dije—. ¿No es de fiar el tipo ese?

Volví a reír.

—Sí, es de fiar. Tiene setenta y un años y me trata como a una hija.

—Entonces ¿a qué viene esa excursión?

—Es un contratista de Phoenix. Tiene negocios aquí y en Los Ángeles que reclaman su atención. Como solo ha visto arena en estos últimos días, se le ha ocurrido la idea de respirar un poco de aire salado y de paso dedicar unas horas a la pesca.

—Muy poco podrá pescar en esta época del año. Todo el pescado que vale la pena se va ahora de vacaciones a México.

—No le importará.

—¿Harán todas sus comidas a bordo?

—Menos las del fin de semana, que pasaremos en tierra.

—¿Serán muchos quinientos pavos?

—Cuatrocientos harían la cifra más redonda.

—Trato hecho —le dije. Me puse de pie—. ¿Cuándo saldremos?

—Mañana por la mañana. A las ocho, ¿conforme? ¿Quiere usted un depósito?

Sonreí entre dientes.

—Me fío de usted, señorita...

—Andersen —me dijo—. Elizabeth Andersen.

Se puso de pie. La marejada producida por el paso, a popa, de un barco hizo mecer el casco, bajo nosotros. Se apoyó en una litera para no perder el equilibrio y a continuación subió la escalerilla. La llamé.

—A propósito, señorita Andersen, ¿qué día es hoy?

Rio. Una risa cascabelera, simpática.

—Igual que mi padre. Eso era lo primero que me preguntaba cuando despertaba de una de sus... digamos, indisposiciones. Es miércoles.

—Ya me lo figuraba —dije.

Vi cómo cruzaba el muelle en dirección al lugar en donde había dejado su coche. Se volvió para saludarme con un gesto gracioso de su mano; seguidamente subió al coche y desapareció de mi vista. Volví a mi camarote y me puse a asearlo.

Así fue mi encuentro con ella. No nos casamos sino hasta un año después.



—¿Por qué sonríes? —me preguntó Elizabeth.

Volví al presente no sin un ligero sobresalto y alargando la mano a través de la mesa la puse sobre la suya, oprimiéndola tiernamente.

—Estaba pensando en ti, en el día que te vi por primera vez —le dije—. Apareciste como una diosa rubia hecha de oro y marfil.

Se echó a reír y tomó un sorbito de su Manhattan.

—No me parezco ahora en nada a una diosa rubia.

Le hice señas al camarero para que nos sirviera otros dos cócteles.

—Sigues siéndolo para mí.

Ya no sonreía: su expresión se hizo grave.

—¿No estás arrepentido de haberte casado conmigo?

Hice un gesto enérgico de denegación.

—¿Qué pregunta más absurda! ¿Por qué había de estarlo?

—¿No me culpas de lo que ha sucedido? A Dani, quiero decir.

—No te culpo de nada —dije—. Sé ahora muy bien que nada habría podido hacer que alterase el curso de los acontecimientos.

—En cierta ocasión creíste todo lo contrario.

—Fui un estúpido —dije—. Me serví de Dani como de una muleta de inválido.

El camarero vino y puso sobre la mesa los dos cócteles. Cuando se está en un aeropuerto, a la espera de un avión, el tiempo nos parece interminable. Tal vez porque nos imaginamos que todo lo relacionado con un avión que vuela a seiscientas millas por hora debe ser forzosamente vertiginoso. Pero los pies de uno están en el suelo y nada parece moverse, salvo el deseo de estar ya en el aire camino del lugar ansiado.

No había experimentado tal sensación aquella mañana, o mejor dicho, el día anterior por la mañana. El viento sobre el lago era tibio cuando me apeé de mi coche,

en el mismo lugar de las obras. Iba a comenzarse el revestimiento de la última casa que integraba este grupo y estaba seguro de que obtendríamos la concesión del grupo siguiente. Con el tiempo que hacía podríamos tener las viviendas levantadas antes de que viniese el mal tiempo. De este modo el trabajo interior podría ser terminado durante el invierno.

Fui al remolque que nos servía de oficina y compulsé los datos y los informes suministrados por los capataces y jefes de equipo. Todo iba viento en popa, como se había previsto. Este trabajo me tendría ocupado hasta diciembre. Por estas fechas Elizabeth, el niño y yo podríamos trasladarnos al Sur. Davis estaba estudiando un nuevo proyecto en las afueras de Daytona y todas las probabilidades eran de que yo sería designado como jefe inspector de las obras. Desde luego, no era el puesto que Nora había soñado siempre para mí: el de arquitecto con oficinas lujosas y secretarios y clientes que vendrían a consultarme sobre la conveniencia de instalar muebles cromados en la cocina y teléfonos rosados en las pilas azules de los cuartos de baño... En vez de ello sería como un maestro de obras distinguido, con un mono azul y botas claveteadas y estaría todo el día a la intemperie, chapoteando en el barro, construyendo viviendas baratas, escuetas y a la vez sólidas, para que viviesen en ellas familias numerosas. No para neuróticas para las que una casa no es más que un pretexto para deslumbrar a las amigas con reuniones y fiestas extravagantes.

Me consideraba un hombre feliz. Entre otras cosas porque lo que hacía era de provecho y útil. Era algo que siempre había querido hacer. Por conseguirlo había ido a la universidad y estudiado arquitectura. Lo que había planeado antes de ir a la guerra.

Estaba a punto de iniciar mi primera ronda de inspección de la mañana cuando Sam Brady subió al remolque. Sam era el contratista de las obras, el hombre bajo cuyas órdenes trabajaba.

Le sonreí.

—Precisamente iba ahora a inspeccionar las obras de la última casa del grupo.

No me devolvió la sonrisa. Tuve la sensación de que algo muy desagradable ocurría. Le pregunté:

—¿Eh? ¿Qué sucede? ¿No te dieron el dinero para el grupo siguiente?

—No es eso. Obtuve el dinero.

—Entonces ¡ánimo y mano a la obra! Las levantaremos antes de que vengan las primeras nieves. La primavera próxima habrás ganado tantos papiros de a mil que no sabrás dónde ponerlos.

—No es eso —me dijo—. Lo siento en el alma, Luke, pero tendré que prescindir de ti.

—¿Estás loco? —le dije, incrédulo—. ¿Quién se encargará de levantar esas casas para ti?

—La compañía hipotecaria impone a su arquitecto. —Me miró, desolado—. Fue la condición que pusieron para hacer el préstamo, Luke. Si no tomo a este tipo, no

hay dinero.

Sacó del bolsillo un cigarrillo y lo encendió torpemente.

—Lo siento, Luke.

—Más lo siento yo —le dije, encendiendo a mi vez un pitillo—. Ya podrás imaginarte lo que eso significa para mí.

—¿Supiste algo más de ese negocio de Davis?

Moví la cabeza.

—Ni una palabra.

—Ya verás cómo lo consigues.

Di unas chupadas a mi cigarrillo, sin decir palabra.

—Mira, si solo es cuestión de tiempo, puedo darte entretanto un empleo... de jefe de equipo, por ejemplo.

—No, gracias —le dije—. Bien sabes que eso no puede ser.

Asintió con un movimiento de cabeza. No podía ignorarlo. Si bajaba de categoría no habría después contratista en el país que me reintegrara a mi puesto anterior. En ese mundillo de la construcción la voz corre cuando no vuela.

Dejé escapar una bocanada de humo y apagué el cigarrillo aplastándolo en el cenicero.

—Terminaré, pues, el día y...

—El hombre llegará esta tarde.

Comprendí.

—Entonces me largaré en cuanto almuerce.

Asintió, me entregó el sobre con la paga y se fue. Quedé unos momentos inmóvil y seguidamente me puse a sacar de mi vieja y desvencijada mesa de escritorio todos los objetos que me pertenecían.

No me fui directamente a casa. En vez de ello entré en un bar y vi cómo los Rojos se dejaban arrebatar el campeonato. Hice caso omiso del whisky y me dediqué a la cerveza, que solo costaba quince centavos. Maris decidió el partido con un prodigioso boleo cuando por quinta vez volvía yo del retrete. Había un primer plano del entrenador de los Cincinnati mirando muy afligido el campo después de que Maris hubo lanzado su prodigioso tiro.

El barman pasó un trapo mojado por el mostrador.

—Perdedores —dijo mirando por encima del hombro hacia la pequeña pantalla—. Eso es lo que son. No dan ni una. Valdría más que se retiraran de una vez a sus casitas.

Tiré unas monedas sobre el mostrador y me marché. Era inútil aplazar más tiempo el momento de decirle la verdad a Elizabeth.

En realidad no me fue difícil revelársela. Tuve la impresión de que la leyó en mi frente en cuanto puse los pies en la casa, más temprano que otros días. No hizo el menor comentario cuando se la dije; y después de terminar el arreglo del asado que estaba preparando, lo llevó a la cocina y lo introdujo en el horno.

Me quedé allí parado en espera de que dijese algo. No sé. Cualquier cosa. Por lo menos que mostrara su enfado. En vez de ello dijo sencillamente:

—Anda, hombre, toma un baño y arréglate un poco.

cuatro

Iba a pedirle al camarero que nos sirviera otra ronda de lo mismo cuando sorprendí la mirada de Elizabeth fija en mí. Y en vez del cóctel, pedí café. Sonrió.

—Hay algo, querida, por lo que no debes preocuparte. No temas; jamás volveré a las andadas —le dije.

—Espero que así sea. Necesitas de todas tus fuerzas, de toda tu entereza, si en verdad quieres ayudar a Dani.

—No sé qué podré hacer.

—Algo habrá que puedas hacer —dijo—, de lo contrario Gordon no te habría llamado.

—Es posible que tengas razón.

El lugar de los padres en nuestra sociedad... Para algo ha de servir un viejo progenitor. Aunque solo fuera para dar consejos en la Televisión.

Estaba inquieto. Las agujas del gran reloj de pared señalaban las dos menos cuarto. Quería estirar las piernas.

—¿Salimos para tomar un poco el aire?

Elizabeth accedió; tomé el *ticket* con el precio de las consumiciones y fui a pagarlo de paso para el exterior. Salimos al puente de observación, en el momento en que un enorme reactor, en medio de un ruido ensordecedor, aterrizaba. Pude ver en uno de sus costados la doble A pintada de negro, mientras la enorme mole se deslizaba hacia su exacto punto de llegada.

El altavoz sobre nuestras cabezas anunció con profundas sonoridades:

—American Airlines, vuelo cuarenta y dos, procedente de Nueva York, puerta cuatro.

—Ese debe de ser mi avión —dije.

Bruñido, brillante, desmesurado. Cuatro enormes motores precariamente dispuestos sobre el filo de unas alas en apariencia delicadas y frágiles. Mientras lo mirábamos, las puertas se abrieron y los pasajeros comenzaron a salir de él.

—Por primera vez comienzo a sentirme sola —dijo de repente Elizabeth.

Contemplé su rostro. Bañado en la luz fluorescente que iluminaba el campo, me pareció lívido. Me apoderé de su mano. Estaba helada.

—¿Sabes, cariño? No es imprescindible que me vaya.

—Tienes que ir, lo sabes muy bien.

Sus ojos relampagueaban, sombríos.

—No, por lo que se refiera a Nora —dije—. Hace once años declaró que no tenía derecho alguno sobre la niña.

—¿Lo crees tú?

No le contesté y encendí un cigarrillo. Pero ella no era de las que aceptaban el

silencio por respuesta. Insistió:

—¿Lo crees de veras?

Su voz se había hecho insólitamente dura.

—No —le contesté, bajando los ojos hasta el campo. Los maleteros, activos, trasladaban el equipaje del avión a las carretillas—. No sé qué creer. En mi fuero interno creo que es mi hija. Pero a veces querría que fuese verdad lo que afirmó Nora. Entonces podría sobrellevar con más facilidad el dolor de haberla perdido.

—¿Estás seguro de ello, Luke? —preguntó suavemente—. ¿Crees tú que eso bastaría para borrar de tu memoria todos esos momentos felices que pasaste con ella, cuando te pertenecía a ti más que a su propia madre?

Nuevamente sentí como una mano invisible que me apretara, despiadada, la garganta, sofocándome.

—¡Por favor, calla! —le dije con voz enronquecida—. Aunque fuera en verdad su padre, ¿qué provecho sacó ella de mí? No habría podido ocuparme de ella, mantenerla. Ni habría podido protegerla de su madre.

—Pudiste darle tu cariño. Y lo hiciste.

—Sí. La quise —dije, amargo—. ¿Y de qué le sirvió a ella este gran cariño mío? Y aun ahora ¿qué puedo hacer por ella? En la miseria, como siempre, sin poder levantar cabeza.

Sentía el amargor de la bilis que afluía a mi garganta.

—Jamás debí permitir que Nora se quedara con ella.

—¿Qué podías haber hecho?

—Raptarla y llevármela, lejos de este país —dije—. Cualquier cosa antes de que me la arrebatara su madre.

—Una vez lo intentaste.

—Lo sé —dije—. Estaba sin un centavo y me acobardé. Pensé que era todo cuestión de dinero, cuando en realidad lo que necesitaba Dani era solo cariño.

Me volví para mirarla fijamente.

—Nora jamás la quiso. Quiero decir, jamás sintió por ella un auténtico cariño. Nora se consagraba por completo a su trabajo y toleraba la presencia de la niña en el estudio, siempre que no la molestara demasiado. Pero cuando se cansaba de ella la enviaba a casa de su abuela, cuando no le dejaba que pasase unos días conmigo, en mi barco. ¿Y sabes lo que pasaba?

Elizabeth movió la cabeza negativamente.

—A Dani le encantaba siempre ver a su madre —dije—; trataba constantemente de congraciarse con ella, de atraérsela a fuerza de mimos y caricias. Pero Nora se limitaba a darle unas palmaditas, distraída y proseguía su trabajo, cualquiera que fuere. Y cuando la niña volvía a verse conmigo no dejaba de advertir, bajo su risa infantil, una expresión de tristeza que me traspasaba el corazón; y todo lo que podía hacer era reprimir mi llanto y disimular mi desesperación.

Los ojos de Elizabeth se arrasaron de lágrimas. Se acercó más a mí.

—Tú eras su padre —murmuró gentilmente—. No podías ser también su madre. Por mucho que llorases y te desesperaras.

El altavoz sobre nuestras cabezas volvió a lanzar sus broncos sonos:

—American Airlines, vuelo cuarenta y dos para Denver y San Francisco, por la puerta cuatro.

Me froté el cuello. Me sentí súbitamente extenuado.

—Ha llegado el momento —dije.

—Así es, papaíto.

La miré, sorprendido. Era la primera vez que me llamaba así. Sonreía:

—Tendrás que acostumbrarte de nuevo a la palabrita. Desde ahora más de una vez sonará en tus oídos.

—¡Dios te oiga! —le dije. Nos encaminamos hacia el interior.

—¿Me llamarás cuando llegues?

—Por supuesto, pero haremos una cosa. La llamada la haré a mi nombre. Si no tienes nada que decirme, comunica a la telefonista que la persona llamada no está allí. Así nos ahorraremos el gasto de la conferencia.

—¿Qué podría decirte?

Le acaricié suavemente con la mano el vientre. Se rio.

—No te preocupes. El nene no llegará antes de que tú regreses.

—¿Es una promesa?

—Sí. Es una promesa.

Cuando llegamos a la puerta cuatro había mucha gente ante ella. Una gran parte de los pasajeros se hallaban ya a bordo del avión. Me despedí de Elizabeth abrazándola y besándola tiernamente y entregué el talón de mi pasaje al interventor que estaba en la puerta.

Lo examinó, le aplicó un sello y arrancando un extremo del mismo, me lo devolvió.

—Pase usted, señor Carey.

Cuando el avión llegó a Denver no salté a tierra para desentumecer mis piernas como me aconsejó la azafata. En vez de ello permanecí en el salón y allí me sirvieron una taza de café. Estaba muy caliente y cargado y su calor se difundió por todo mi cuerpo y aflojó los músculos tensos de mi vientre.

¡Seis años! Un espacio de tiempo muy largo. Muchas cosas podían ocurrir en seis años. La transformación de una niña en mujer. Ahora sería una señorita, con tacones altos y falda ahuecada. Pálida, casi sin color en las mejillas, mucho color en los labios y los ojos sombreados levemente de azul o verde y sobre la coronilla el gracioso moño como una alcachofa que estaba de moda por aquel entonces y la haría aparecer más alta. Parecería de lejos una persona mayor, pero viéndola más de cerca se daría cuenta uno de lo muy joven que era en realidad.

Seis años son muchos para pasarlos fuera de casa. La niña que dejó uno en ella pudo crecer y convertirse en algo que no se deseó en modo alguno que fuera. Como

su madre. Seis años y la hija de uno pudo llegar a convertirse en... asesina.

Oí que se cerraba por dentro la puerta de la cabina de los pilotos y vi que se encendían las luces rojas. Apagué mi cigarrillo, dejé la colilla en el cenicero y me abroché el cinturón. La azafata vino, hizo un gesto de aprobación y prosiguió su inspección de los demás pasajeros.

Consulté mi reloj. Eran las cuatro y media, hora de Chicago. Lo atrasé dos horas. Eran, ahora, las dos y media, hora Costa del Pacífico.

Sonreí. ¡Era tan fácil! No había más que volver hacia atrás las agujas del reloj y uno podía volver a vivir nuevamente aquellas dos horas. Me pregunté por qué, si tan fácil era, no se había inventado una máquina que nos devolviera, no horas, sino años.

Podría entonces atrasar el reloj seis años y Danielle no se hallaría ahora en el doloroso trance en que se hallaba. No. Lo volvería quince años atrás, a la noche en que nació. Recuerdo aquellas horas en el hospital. Poco más o menos a esta hora. Nora acababa justamente de abandonar la sala de los alumbramientos



—No se quede mucho tiempo —dijo el doctor cuando me dirigía a su habitación—. Está muy cansada.

—¿Cuándo podré ver a la niña?

—Dentro de diez minutos. Toque con los nudillos la ventana de la *nursery*. La enfermera le enseñará a su hijita. Volví al corredor y cerré tras de mí la puerta.

—Veré primero a la niña. Nora querrá saber cómo es. Se enfadará si no se lo digo.

El doctor me miró un tanto desconcertado y se encogió de hombros. Hasta después de mucho tiempo no supe que Nora no había querido ver a la niña cuando vino al mundo. Cuando la enfermera alzó la cortina y me mostró a mi hijita me estremecí. Me estremecí al ver su carita roja crispada y su pelillo negro brillante y sus dedos diminutos apiñados en pequeños puños airados...

Algo muy dentro de mí comenzó a dolerme y pude sentir todo el sufrimiento del nacer, toda la conmoción que aquel cuerpecito había padecido en aquellas últimas horas. La miré y supe, antes de que abriera los ojos y a continuación la boca, lo que iba a hacer. Respirábamos al unísono, estábamos en la misma longitud de onda, unidos el uno al otro y era mía como yo era de ella. Nuestras vidas correrían entrelazadas. Y las lágrimas bañaron mis ojos; lágrimas por aquellas que ella no podía derramar.

Entonces la enfermera volvió a bajar la cortinilla y súbitamente me encontré solo. Solo como si me hallara en la orilla del mar y una ola de una negrura de noche me envolviera y me arrastrara. Pestañeeé durante unos momentos para rechazar las lágrimas y volví de nuevo al corredor del hospital.

Golpeé con los nudillos, suavemente, la puerta del cuarto en el que se hallaba Nora. Una enfermera vino a abrirla.

—¿Puedo verla ahora? —murmuré—. Soy su marido.

Con esa mirada peculiar de tolerancia que las enfermeras suelen reservar a los padres, asintió y me cedió el paso.

—No se quede mucho tiempo.

Me dirigí a su cama. Nora parecía dormir; su cabellera se derramaba en negra cascada sobre la almohada. Parecía pálida y cansada y en cierto modo más frágil e indefensa de lo que yo habría podido jamás imaginarla. Me incliné y la besé suavemente en la frente.

No abrió los ojos pero sus labios se movieron.

—¡Arriba los remos! ¡La armada francesa libre jamás se rendirá!

Miré, sonriendo, a la enfermera, de pie al otro lado de la cama. Puse mi mano sobre la de Nora extendida por encima de la sábana y la oprimí levemente.

—¡La Armada francesa libre jamás se rendirá!

La enfermera sonreía, ahora.

—El pentotal, señor Carey, a veces las hace disparatar.

Asentí y volví a oprimir la mano de Nora.

De repente invadió el rostro de Nora una expresión de terror.

—¡No me hagas daño, John! —murmuró ronca—. Haré lo que me ordenes. Te lo prometo. Pero ¡no me lastimes!

—¡Nora! —exclamé yo—. ¡Soy yo, Luke!

Abrió de repente los ojos.

—¡Luke! —La expresión de terror se desvaneció—. He tenido una horrible pesadilla.

Le rodeé el cuello con mi brazo. Nora acostumbraba a tener atroces pesadillas.

—No temas nada, Nora —murmuré—. Ahora todo irá bien.

—Soñaba que alguien me rompía las manos. Sufrí lo indecible. Ya sabes lo que para mí significan las manos. ¡Mis manos! Sin ellas no sería nadie.

—Fue solo una pesadilla —le dije—, ¡solo una pesadilla!

Alzó sus manos y las contempló, transida. Largas, delgadas y flexibles, de un modelado perfecto. Me miró y sonrió.

—Soy una necia, ¿verdad? No han cambiado. Son las de siempre.

Cerró los ojos y se durmió.

—¡Nora! —murmuré—. ¿No quieres que te hable de la niña? Es una nenita preciosa, adorable... ¡Se parece tanto a ti!

Pero Nora no hizo el menor movimiento. Estaba profundamente dormida.

Miré a la enfermera. Aquello no era lo que normalmente ocurría. Lo que suele leerse en los libros.

Estoy persuadido de que la enfermera advirtió la expresión de pasmo que debió de reflejar mi rostro, porque sonrió con simpatía y dijo:

—Es la droga.

—Por supuesto —le contesté. Y salí, silencioso, de la habitación.



Miré a través de la ventana. Creí ver, en la lejanía, por la proa del avión, el resplandor de la gran ciudad. San Francisco.

No tenía objeto volver las agujas del reloj quince años atrás. No habría detenido el curso de los acontecimientos. Era mejor retrasarlas veinte años.

1942. Verano. Estaba yo en los mandos de un maltrecho P38 y lo dirigía en un picado impresionante sobre las chimeneas de un crucero japonés. Estaba arrebatado, frenético, pero a la vez inspirado. Dejé caer las bombas sobre el crucero, pero merced a una maniobra milagrosa, en vez de hundirme en las frías aguas del mar, junto con la nave de guerra, logré enderezar el avión y salvarlo y con él mi pellejo.

Sin esta milagrosa inspiración no habría ganado la Medalla del Aire, ni la Estrella de Plata, ni el Corazón de Púrpura. Tal vez solo me habría valido la Medalla del Congreso, como la que obtuvo póstumamente Colin Kelly. No habría conocido la paz y el sosiego de los hospitales y de los retiros de convalecientes, ni habría emprendido después giras triunfales, ni ceñido los laureles del héroe... Porque sin aquel gesto, obra de mi instinto de conservación, yo habría dejado de existir y jamás me habría encontrado con Nora, y Danielle no habría nacido.

Casi alrededor de los veinte años. Y tal vez incluso esto no habría sido bastante. Era tan joven entonces.

Me sentí terriblemente cansado. Cerré mis ojos por unos instantes.

Por favor, ¡oh Dios mío!, devuélveme el tiempo.

Segunda Parte

LA PARTE DEL LIBRO QUE SE REFIERE A NORA

Trivial, pero cierto. El tiempo presta perspectiva. Cuando uno se halla preso de las emociones del presente, en realidad nada puede percibirse, porque se es como una hoja arrastrada por los vientos del otoño; por los demonios que lo poseen a uno. El tiempo adormece y, en ocasiones, mata a los demonios del amor y del odio, dejando solo el hilo más tenue de su recuerdo para que se pueda atisbar por el ojo de la llave el pasado y ver mucho de lo que no pudo verse antes. Miré hacia abajo desde la ventanilla del avión mientras este descendía y cruzando la ancha ciudad buscaba su campo de aterrizaje. Vi centellear las luces de la ciudad y las sartas de perlas que eran sus puentes y de repente comprendí que el dolor y los temores que me habían acometido ante el pensamiento de volver a la gran ciudad no existían ya. Quedaban sepultados en el pasado junto con los otros demonios que me habían poseído.

En ese momento supe por qué Elizabeth había insistido tanto para que viniera y le estaba agradecido. Había elegido este medio para exorcizar a mis demonios, para que volviese a encontrarme a mí mismo, libre de culpas y torturas.

Los reporteros gráficos estaban allí con sus cámaras, pero parecían tan cansados como yo por lo extemporáneo de la hora. Después de unos minutos de cordial forcejeo me dejaron que me fuera. Les prometí una amplia información más tarde, en el transcurso del día.

Fui al establecimiento Hertz y alquilé el coche más barato que tenían; seguidamente crucé en parte la ciudad y me dirigí a un nuevo hotel levantado en Van Ness, al otro lado de la calle en donde estaba situado el *Tommy's Joynt*. La habitación era pequeña, pero cómoda, amueblada con ese estilo antiséptico al que son tan afectos los hoteles. Cogí el teléfono y llamé a Elizabeth. Cuando oí su voz cálida desde la cama, contestando a la telefonista que el señor Carey no se hallaba en casa, tuve que reprimir el impulso de hablarle y darle las gracias. Pero antes de que pudiese pronunciar una palabra, cortaron la comunicación. Apuntaba el día por las ventanas y me asomé a una de ellas. Al norte, hacia las colinas, se alzaba por entre la neblina matinal la torre del Mark Hopkins. Me esforcé en ver detrás de ella, un tanto hacia el oeste, una fachada blanca y una azotea de piedra azul italiana que me eran familiares: la casa en donde, tiempo atrás, viví. La casa en la que, de seguro y pese a todo, estaba durmiendo ahora Nora.

Durmiendo en aquel mundo peculiar suyo, poblado de sueños y de fantasía.



Desde muy lejos, a través de las sombras espesas de un sueño profundo, le llegó el tintineo insistente del teléfono. Nora lo oyó y no lo oyó. En realidad no quería oírlo. Hundió más su cabeza en la almohada y llevó las manos a sus oídos, tapándolos. Pero

el teléfono siguió sonando.

—Rick, contesta.

Y el nombre la despertó. Porque Rick había muerto.

Se volvió rápida y miró, espantada, el aparato. Ahora su llamada parecía venir de muy lejos: todo lo que oía era el suave repiqueteo de una campanilla instalada en la extensión telefónica de su alcoba. No obstante, no hizo el menor movimiento para contestar a tan discreta llamada. Después de unos instantes el campanilleo cesó y nuevamente reinó el silencio en la casa. Se sentó en la cama y alargó la mano para coger de la mesilla de noche un cigarrillo. Sentía todavía en la cabeza la pesadez producida por el sedante que el doctor le había administrado la noche anterior. Encendió el cigarrillo y le dio rápidas chupadas. Por el teléfono interior de la casa le llegó la voz de su mayordomo.

—¿Está usted despierta, señorita Hayden?

—Sí —le contestó sin moverse de la cama.

—Su madre la llama por teléfono.

—Dígale que la llamaré dentro de unos minutos, Charles. Y tráigame unas tabletas de aspirina, y café.

—Sí, señorita Hayden.

Se oyó el chasquido del cierre de comunicación, pero al cabo de unos momentos se produjo otro chasquido, seguido de la voz del mayordomo.

—¿Señorita Hayden?

—Sí.

—Su madre dice que es muy importante que hable con usted inmediatamente.

—Está bien —dijo malhumorada. Alargó la mano y cogió el auricular—. Y oiga, Charles, tráigame en seguida la aspirina y el café. Tengo un dolor de cabeza terrible —. Luego, al teléfono:

—Sí, mamá.

—¡Nora! ¿Estás despierta?

La voz de su madre era penetrante, incisiva.

—Sí, ya estoy despierta —contestó sin disimular su resentimiento. No acertaba a comprender cómo se las arreglaba su madre. Tenía más de setenta años y su voz brotaba de su garganta firme, entera, como si estuviese despierta desde hacía muchas horas.

—Son las seis y media, Nora. Y te esperamos a las siete. El señor Gordon está ya aquí.

—¿Ha llegado ya Luke?

—No, pero no tardará.

—Lo dices con tal seguridad —exclamó Nora—, ¿cómo sabes que vendrá? ¿Has tenido noticias suyas?

—No.

—Tal vez no venga.

—Vendrá —le dijo su madre con un tono que no admitía réplica—. Dijo que vendría.

—Tú siempre le creíste, más que a mí.

Su voz estaba llena de resentimiento.

—Eso no importa. Eres mi hija.

—Y eso es para ti lo importante —añadió Nora, amargamente.

—Así es —le dijo su madre, siempre en el mismo tono autoritario—. Y si no lo has sabido hasta ahora, jamás lo sabrás.

Tras de unos golpes discretos sobre la puerta, esta se abrió para dar paso a Charles. Llevaba una pequeña bandeja de plata.

—El señor Gordon quiere que lleves un vestido sencillo y un abrigo de paño. Sin maquillaje... solo una sombra de pintura en los labios.

—El señor Gordon piensa en todo.

Charles dejó la bandeja encima de la mesilla de noche. Llenó de café una taza y se la entregó junto con tres tabletas de aspirina en un platillo.

—Puedes dar gracias a Dios de que lo tengamos a nuestro lado —le dijo su madre.

—¿Tengo forzosamente que ir? Me siento muy mal esta mañana. Tengo un dolor de cabeza atroz...

—¡Nora! —En la voz de la madre se advertía una nota vibrante de indignada protesta.

—¿Qué objeto tiene mi presencia? La perspectiva de un nuevo interrogatorio esta mañana me trastorna. No podré soportarlo. Además estarán ahí los periodistas...

La voz de la madre le llegó fría, dura, tajante.

—Esta mañana irás al Departamento Juvenil con tu hija. Es una cosa que no puedo hacer por ti. Su padre estará allí y tú también, con él, lo quieras o no.

La jaqueca le oprimía las sienes como un par de tenazas.

—Está bien. Allí estaré.

Colgó el auricular y cogió las tabletas de aspirina; colocó las tres en la lengua y las hizo pasar con un trago de café.

—¿Cómo está la señorita Danielle? —preguntó blandamente Charles, con una expresión solícita en su redondo y reluciente rostro.

Miró al mayordomo con cierta sorpresa. No había preguntado por su hija. Pero, en realidad, no había motivo para hacerlo. Si le hubiese ocurrido algo desagradable, su madre se lo habría dicho.

—Muy bien —contestó maquinalmente. Charles esperó, atento, a que prosiguiera—. Mi madre me dijo que estaba todavía durmiendo —añadió, mintiendo. A continuación se irritó contra sí misma. No tenía por qué dar explicaciones y menos a Charles que solo era un criado. Por mucho tiempo que hubiese estado a su servicio.

—Dígale a Violet que prepare mi baño —dijo, secamente.

—La mandaré subir inmediatamente, señorita Hayden.

La puerta se cerró tras del mayordomo y Nora terminó de beber su café. Saltó de la cama al suelo y ella misma se sirvió otra taza. Al volverse, vio su cuerpo reflejado en el gran espejo de su mesa tocador. Con la taza de café en la mano se dirigió a él.

Se estudió cuidadosamente. No representaba sus treinta y ocho años cumplidos. Seguía siendo esbelta, cimbreante como una espiga. No había grasa en sus caderas y sus senos, aunque jamás muy opulentos, seguían siendo redondos y firmes.

Sin dejar de mirarse, sorbió pausadamente su café. Observó con agrado la tersura y brilló de su carne a través de la blanca gasa y encaje de su camisón. Se acercó más al espejo para examinar su rostro. Sus ojeras, de un leve morado, eran apenas perceptibles. Fuera de ellas no mostraba señales de lo que había pasado en aquellas últimas horas. Sus ojos eran claros, transparentes y la piel en torno a los pómulos estaba tirante, tensa, sin la más mínima huella de tumefacción.

Comenzó a sentirse mejor. Ni uno solo de los que la verían hoy creería al verla que Danielle era realmente su hija.

Comenzó a oírse en el cuarto de baño contiguo el rumor del agua cayendo en la pila. Rápidamente apuró el resto del café y dejando la taza en el tocador se encaminó al cuarto de baño.

La doncella negra apartó la vista de la amplia pila de mármol sumida en el suelo.

—Buenos días, señorita Hayden.

Nora sonrió.

—Buenos días, Violet.

—¿Ha dormido usted bien, señorita Hayden?

—Como un tronco. Solo sé que después del sedante que me administró el doctor Bonner quedé hecha un marmolillo.

—Ojalá hubiese podido yo dormir así. Esos policías estuvieron haciéndome preguntas hasta las tantas de la madrugada...

Nora la miró, curiosa.

—¿Qué les dijiste?

—¿Qué podía decirles? —contestó Violet enderezándose—. La puritita verdad. Lo que vi cuando entré en el estudio—. Cogió de un estante adosado a la pared un frasco de sales y se puso a salpicar con ellas el agua de la bañera—. Pues que entré en él y la vi a usted en el suelo, inclinada sobre el señor Riccio. Y la señorita Dani acurrucada en la pared.

—¡Calla! No quiero que hables más de eso —dijo fríamente Nora.

—Sí, señora. Tampoco yo quiero hablar de eso, ni pensarlo siquiera.

Enroscó de nuevo el tapón del frasco y volvió a colocar este en el estante. El fragante olor a almizcle del perfume comenzó a ascender envuelto en el vapor desprendido del agua de la pila.

—En un minuto o dos estará llena. ¿Quiere que entretanto le dé un buen masaje? La descansará.

Nora asintió, silenciosa y se despojó de su camisón. Violet lo cogió, lo dobló

cuidadosamente y lo colocó a través de una silla, mientras Nora se tendía en la estrecha mesa de masaje.

Descansó la barbilla en sus brazos cruzados, y se estiró, gozosa, hasta sentir tensos todos los músculos de su cuerpo. Esto le procuraba una sensación deliciosa. Respiró hondo y cerró los ojos.

Después de tomado el baño, apretó el botón del teléfono interior.

—¿Charles?

—Sí, señora.

—Saque por favor el coche del garaje. Y le agradeceré que esta mañana coja usted el volante. No me siento con ánimos para hacerlo yo.

—Por supuesto, señora. Con mucho gusto.

Soltó el botón y se puso de pie. Se examinó detenidamente de nuevo en el gran espejo antes de abandonar el cuarto. Harris Gordon sabía muy bien lo que hacía. En situaciones como esta, era muy importante la primera impresión. El vestido negro que se puso era perfecto. La adelgazaba y rejuvenecía. Y el abrigo sencillo de lana que llevaba en el brazo añadía al conjunto el toque final, lo que sus amigas en el ramo publicitario llamaban el toque de la sinceridad. Parecía joven, atractiva y formal. Después de coger los guantes y el bolso, dejó la habitación.

Sus delgados tacones repiquetearon sobre los peldaños circulares de la gran escalera de mármol, al bajar por ella hasta el vestíbulo. Miró a través de una de las ventanas abiertas a ambos lados de la puerta de entrada.

Charles no había traído todavía el coche.

Cediendo a un instinto cuyo origen no supo en ese momento discernir, se encaminó por un estrecho corredor a su estudio. Se detuvo, sorprendida, ante la puerta que conducía al mismo. Enfrente de ella se hallaba sentado un joven agente de policía.

Se puso de pie al verla, y torpemente llevó una mano a la visera de su gorra.

—Buenos días, señora.

—Buenos días. Soy la señorita Hayden.

—Lo sé, señora. Estuve aquí anoche.

Enarcó una ceja, simulando sorpresa.

—¿Estuvo aquí toda la noche? —preguntó—. ¿Sin descansar un momento?

—Así es, señora.

—¿Ha desayunado usted? De seguro tiene hambre.

—Estoy muy bien, señora. —El policía se ruborizó ligeramente—. Fueron tan amables que me trajeron una taza de café.

—¿Puedo entrar ahí?

No se movió de la puerta, sin dejar de mirarla. No contestó.

—No tema —dijo con el tono condescendiente y a la vez un tanto altivo que empleaba con la gente inferior, cada vez que se sentía contrariada—, al fin y al cabo es mi estudio.

—Lo sé, señora. Pero el sargento me dijo que no permitiera que nadie tocara un objeto dentro del estudio.

—No tocaré nada —dijo ella fríamente—. Puede vigilarme, si así lo desea.

El policía titubeó breves instantes.

—Supongo que no habrá inconveniente.

Permaneció unos segundos, refrenando su impaciencia. El policía la miró y de nuevo un ligero rubor invadió su rostro. Finalmente abrió la puerta.

—Gracias —le dijo y el agente se apartó para cederle el paso.

Se detuvo un instante en el umbral y recorrió con la mirada el interior de su estudio. Había marcas de yeso en el suelo, allí donde había yacido el cuerpo de Rick, así como manchas oscuras, aparentemente de sangre. Percibió, sin verlas, las miradas vigilantes del policía y alzando la cabeza comenzó a caminar, cruzando el estudio hasta una ventana opuesta; evitando cuidadosamente pisar las señales de yeso que marcaban la posición del cuerpo.

El soldador autógeno seguía en el banco en el que lo había dejado cuando entró Rick en el estudio. La caja de las delgadas varillas de hierro estaba en el suelo junto al pequeño pedestal sobre el que su última obra comenzaba a tomar forma.

Era todavía una armazón informe, un esqueleto de hierro, pero se veían en algunas piezas de metal, tensas o retorcidas, contornos vagos e imprecisos —una insinuación, diríamos— de lo que sería la obra acabada. Cerró los ojos durante unos instantes. Sí, allí seguía, intacta, su obra maestra; la veía terminada. Sintió un intenso placer interno. Ni siquiera lo ocurrido la noche última había alterado su visión o su talento.

La fuerza y el convencimiento de lo que era, de lo que había dentro de ella, fueron acicates poderosos que le enardecieron la sangre. No era ella como las demás. Era distinta. Nadie podía ver lo que ella veía.

Abrió los ojos y miró al policía con una peculiar sonrisa de satisfacción en sus labios.

—Es precioso —dijo. Luego, bruscamente, giró sobre sus talones y salió del estudio.



Estaba hablando con mi hija, en voz baja, palabras tiernas vacías de sentido y Dani me escuchaba, absorta y como embargada por la emoción de volver a ser, por unos momentos, una pequeñuela. Y de pronto, como si su instinto se lo advirtiera, dirigió sus ojos a la puerta.

Dani saltó de su silla antes de que alguno de nosotros pudiera moverse y cuando llegó a donde se hallaba Nora no era ya la pequeñuela a la que había estado prodigando mis consuelos. La transición fue rápida y sorprendentemente completa. Era una mujercita la que se arrojaba a los brazos de su madre.

Miré a los que estaban sentados a la mesa, por si habían advertido el cambio.

Harris Gordon tenía una leve sonrisa en sus labios como si pensara en el efecto que esta escena habría producido en un tribunal. Mi antigua madre política estaba mirándole, con una expresión pensativa en sus brillantes ojos azules. Y a continuación dirigió su mirada hacia la puerta.

Nora tenía abrazada a su hija.

—Nena —le dijo suavemente presentándole la mejilla para que Dani la besara—. ¡Mi pobre nena!

—¿Estás bien, mamá? —le preguntó, ansiosa, Dani.

—Sí, cariño, muy bien. ¿Y tú?

—Perfectamente, mamá. Estoy... un poquitín asustada, supongo yo. ¡Tuve anoche pesadillas atroces!

Nora acarició sus cabellos.

—Vamos, vamos, no temas. Tu madre lo arreglará todo. Dentro de unos pocos días todo habrá terminado. Volverás a estar en casa como si nada hubiera sucedido.

—Lo sé, mamá, ¿sabes por qué?

Nora hizo con la cabeza un movimiento de denegación.

Dani vino adonde yo estaba y me cogió la mano.

—Porque papá ha venido para ayudarme —dijo con una sonrisa de orgullo—. Desde Chicago ha venido, ¡nada menos que de Chicago!

Nora nos miró a ambos. Pude advertir por la expresión de sus ojos que era como si los seis años que Dani y yo habíamos estado separados, no hubiesen transcurrido. Pude darme cuenta por el fervor cordial con que mi hija me estrechaba la mano que el tiempo se había borrado y que todo era como antes. Éramos tan semejantes que Nora hubo de sentirse, en más de una ocasión, cuando nos hallábamos juntos, una extraña.

—Te has quedado muy delgado, Luke. —Vino hacia mí con la mano extendida y pude percibir su resentimiento—. Gracias por haber venido.

—Ni con cadenas habrían podido retenerme lejos de mi hija —dije, quedamente. Le estreché la mano, de un modo breve e impersonal. No como solía hacerlo antes.

Retiró su mano rápidamente y la llevó a la frente: un ademán que me era familiar y que todavía retenía mi memoria. La jaqueca inminente, llamaba yo a aquel ademán. Y la sombra peculiar que entenebreció sus ojos lo confirmó.

—De repente me siento vieja —dijo—. Ahí de pie, junto a Dani, ¡te veo tan joven!

—Tú nunca serás vieja —le dije cortésmente. Mas en la rápida, centelleante mirada que me lanzó leí un desesperado reproche. Sabía, tanto como yo, que era aquella una piadosa mentira. La sombra se espesó y frunció el ceño. Se volvió rápidamente hacia su madre.

—¿Tienes ahí alguna aspirina, mamá? También los sedantes producen resaca.

Su madre le señaló, con un ademán, el aparador.

—Ahí encontrarás alguna.

Vi cómo se dirigía al aparador y sacaba de él un pequeño frasco. Vertió en la

palma de su mano tres tabletas y se llevó una a la boca, masticándola rápidamente. Sabía que había tomado ya tres antes de que llegara. Me miró un instante mientras tragaba la aspirina y de nuevo sorprendí en sus ojos aquel destello de escrutinio que le era tan peculiar.

De repente me inspiró compasión. No me pregunten porqué; en ocasiones es algo verdaderamente terrible el saber demasiado acerca de un semejante. Y yo sabía que un nuevo e inexplicable temor la atenazaba y que se sentía muy sola y desamparada. Porque se enfrentaba con el mañana: el mañana vacío de sus secretas pesadillas. Era el mañana que ella se dijo a sí misma que jamás vendría. Y era yo, en ese mañana, el mismo que había sido siempre. Antes de que hiciera trizas mi vida.

En septiembre de 1943 había terminado, prácticamente, la guerra con Italia. Mac Arthur había emprendido su largo periplo de regreso a las Filipinas, y yo me encontraba en San Francisco, en plena gira de inspección de fábricas e instalaciones defensivas. Mis jefes superiores habían decidido que aquella gira sería ideal para recobrar mis fuerzas antes de volver al frente de combate.

Nora iba a celebrar la primera exposición de las obras que había creado a lo largo de los veintiún meses que duraba nuestra guerra. El pequeño estudio situado en la parte de atrás de la casa de su madre, en donde antaño se levantaba el invernadero, estaba atestado de gente. Miraba en torno suyo, muy satisfecha. Le agradaba el sesgo que tomaba el acontecimiento.

Incluso los periódicos habían mandado a sus críticos de arte y al parecer estaban gratamente impresionados. Se sentía invadida por un íntimo y hondo sentimiento de orgullo. Era como una compensación por sus desvelos y trabajos; por todas aquellas noches agotadoras que había pasado en el estudio, después de trabajar todo el día en la fábrica de aviones.

¡La guerra! Fue la suya una insigne necedad. Pero como otras muchas se había dejado prender en el engranaje del patriotismo. Los periódicos habían proclamado con grandes titulares su heroísmo: Nora Hayden, hija única de una de las más distinguidas familias de San Francisco y una de las más jóvenes y prometedoras artistas de América, deja a un lado su carrera y se alista por toda la duración de la guerra en los cuerpos auxiliares del Ejército.

Se sintió arrebatada de ardor patriótico cuando leyó estas líneas. Pero en los primeros meses del año 1942 no pensó que la guerra durara tanto. Ahora, un año más tarde, su sentir era bien distinto. Le aburría soberanamente tener que levantarse a las seis y media y recorrer quince millas para ir y volver del trabajo, seis veces a la semana; y día tras día hacer la misma estúpida cosa...

Detener la correa transportadora: soldar el cable número uno al cable número dos; poner en movimiento la correa para que la muchacha en el asiento siguiente pudiera soldar el número dos al número tres. Detener la correa y volver a ponerla en movimiento al cabo del tiempo reglamentario. Nora estaba ya harta de representar el papel de Juanita, la obrera soldadora.

Todo aquello estaba demasiado mecanizado, demasiado planeado para su gusto. Hasta las horas del almuerzo estaban sujetas a una previa organización. Como si no fuera bastante tener que ingerir un bocadillo detestable, cada mediodía; junto con aquel bocadillo y una taza de café impotable, y sin azúcar, tenía que tragar exhortaciones para aumentar su producción.

Aquel mediodía había habido un alto en el trabajo por la presencia en la fábrica

de un héroe de la guerra. Ni siquiera salió del recinto. Prefirió ir al vestíbulo de la planta segunda, y sentarse en un banco cerca de la ventana. Encendió un cigarrillo y estiró las piernas. Cerró los ojos. La quietud momentánea de la fábrica le procuraba una sensación maravillosa de bienestar. Aprovecharía el providencial descanso. No se había acostado sino hasta las cuatro de aquella mañana, pues había querido tenerlo todo listo para la exposición que había de celebrarse por la tarde.

Oyó de repente, afuera, el clamor de la multitud. Se asomó a la ventana y miró al patio, abajo. Un Chevrolet del Ejército, pintado de verde oliva, se había detenido ante una plataforma adornada con los colores nacionales.

La multitud que llenaba el patio prorrumpió en vítores y aplausos cuando un hombre sentado en la parte de atrás del coche se apeó de este y subió, ligero, los escalones que llevaban a la plataforma. El hombre, por supuesto, era yo.

Estaba como atontado; aquellos aplausos me desconcertaban. Dejé vagar mi mirada, al azar, para que la gente no se diera cuenta de mi desconcierto. Era todavía un novato y no sabía cómo comportarme en aquellas ocasiones. Y fue entonces, al alzar los ojos y fijarlos distraídamente en la ventana situada encima de la puerta de entrada, cuando la vi, asomada a aquella. Al pronto no reparé en su figura; era como una visión fugitiva. Pero el destino, *kismet*, o lo que ustedes quieran llamarlo, dispuso que aquella visión, por muy rápida que fuera, pasase de mi retina al trasfondo de mi conciencia. Mi mirada errabunda volvió a la ventana y, entonces, durante una fracción de segundo, nuestras miradas se encontraron.

Nora, con un gesto de ira, abandonó la ventana. Aquello era demasiado. No era aquel su mundo; había sido una necia accediendo a trabajar en aquella fábrica. Vaciló un momento y a continuación bajó y se encaminó a la oficina de personal. Algún día había de dejar la fábrica. ¿Por qué no hoy, el día de su primera exposición?

Así, pues, todo era distinto ahora. Una vez más vivía su vida normal, en un mundo que era el suyo. Cogió de pronto el hilo de una conversación. Sam Corwin, el crítico de arte de *The Examiner*, estaba hablando con un hombre desconocido de ella.

—El ensamblaje es el arte del futuro —decía el crítico—. Estamos descubriendo, cada día que transcurre de esta guerra, que el único arte verdadero radica en lo accidental. La guerra está destruyendo el propósito deliberado del hombre y las únicas cosas que quedarán cuando todo esto haya terminado, serán resultado de lo accidental. Por lo tanto el ensamblaje será la única forma de arte que refleje la tentativa de la naturaleza para darse a sí misma un significado.

Se metió de cabeza en la conversación. Cada vez que se presentaba la ocasión de llevarle la contraria a Sam, la aprovechaba, encantada. Recordaba cuando ella también fue seducida por su erudición. No había cumplido aún los diecisiete años y su entusiasmo por el arte la impulsó una noche a visitarle en su apartamento, ansiosa de sabiduría.

Sus ansias de sabiduría y el ardor de la polémica y otros factores imponderables, la llevaron a la cama del eminente crítico. Recordaba con regocijo la expresión de

espanto que se pintó en su rostro cuando le dijo ella, momentos después, que era menor de edad.

Ahora le decía en su propia cara:

—No estoy de acuerdo, Sam. El arte sin propósito deliberado no es nada. Meramente expresa la vaciedad del artista. Especialmente en escultura. Una obra acabada debe expresar algo, aunque su creador sea la única persona que lo perciba.

Sonrió al desconocido y se disculpó de su intrusión alargándole la mano y diciéndole:

—Soy Nora Hayden y, en ocasiones, Sam tiene la virtud de sacarme de quicio.

El hombre, bajito y sesentón, sonrió amablemente y estrechó cordialmente su mano.

—Supongo que eso lo hace Sam para provocar a la gente a la polémica. Estoy encantado de conocerla, señorita Hayden. Yo soy Warren Bell.

Enarcó las cejas, sorprendida. Warren Bell era uno de los más distinguidos maestros de Bellas Artes del país.

—Profesor Bell, es para mí un gran honor conocerlo. —Se volvió hacia Sam, acusadora—. Hubieras debido decirme que el doctor Bell asistiría a mi exposición, Sam.

—No le riña, señorita Hayden. Debo confesar que no fue mi intención venir. Almorcé con Sam y fue él el que me sugirió la idea de hacerlo. Como había oído hablar mucho acerca de sus trabajos, no pude resistir a la invitación.

—El profesor Bell está organizando una exposición de escultura americana contemporánea —dijo Sam—. Le dije que la exposición no sería completa sin algo tuyo. Como ves no soy tan opuesto a tus teorías como tú pretendes.

Levantó las manos con un gesto burlón de rendición.

—Sam, tienes toda la razón del mundo. ¡El ensamblaje es el arte del futuro!

Rieron todos.

—Voy a decirle a Arlene Gately que le acompañe a ver mis cosas —le dijo al doctor Bell. Arlene Gately, dueña de una pequeña galería artística en la parte baja de la ciudad, era su patrocinadora y agente.

—No será necesario. Prefiero ir curioseando al azar y solo.

—Como usted quiera. —Sonrió—. Y si desea saber algo, diríjase a mí. Tendré mucho gusto en atenderlo.

El profesor se inclinó ligeramente y se alejó. Nora se volvió a Sam.

—Tunantón —le murmuró—. Hubieras debido avisarme.

—Quise hacerlo. Pero cada vez que intenté acercarme a ti, estabas rodeada de gente. —Sacó una pipa de uno de los bolsillos de su americana y la llevó a sus labios—. A propósito, ¿es cierto que tienes el propósito de exponer tus obras en el Clay Club de Nueva York el mes próximo?

Le miró, curiosa.

—¿Cómo lo supiste?

—Me lo dijo Arlene. ¿Quién sino ella podía decírmelo?

—Esa Arlene, en ocasiones, es muy ligera de lengua —dijo—. Todavía no lo he decidido—. Miró en dirección al doctor Bell—. ¿Crees que elegiré alguna de mis obras?

—¡Quién sabe! Cruzaremos nuestros dedos. Ya es hora de que San Francisco produzca otro escultor, fuera del consabido Búfano.

—¿Crees, Sam, que soy una artista auténtica?

La pregunta la hizo con una repentina expresión de gravedad en los ojos.

Con la misma expresión de gravedad le respondió Sam:

—En absoluto. Todo lo auténtica que puede ser una artista. Y barrunto que Bell opina lo mismo que yo.

—Entonces, no solo cruzaré los dedos de mis manos, sino también los de mis pies —exclamó Nora con un hondo suspiro de alivio.

Se volvió hacia ella y sonrió:

—Ojalá se cumplan mis vaticinios y por una vez no me vea obligado a oír de labios de un artista el peregrino apotegma de que la verdadera inspiración solo puede hallarse en el marxismo.

Se rio ella.

—¡Pobre Sam! Me imagino las dificultades que habrás tenido con la *intelligentzia*.

—Tienes que imaginártelas —exclamó él con tono de reproche—, porque en estos últimos tiempos ni siquiera te has dignado verme.

Posó su mano en el brazo de Corwin.

—No ha sido por mi gusto, Sam. Mal que me pese he tenido que cumplir mi deber de patriota. Entre la fábrica y el estudio no he tenido un momento de descanso.

—Sí, te noto tensa, sobreexcitada. Lo que necesitas es uno de mis famosos tratamientos de relajación.

Le lanzó una mirada especulativa. No había engaño entre él y ella. El favor se pagaba con el favor. Estaban, uno y otra, más allá del bien y del mal; en un mundo que les era exclusivo, exento de reglas y convenciones sociales.

—¿Hace mucho tiempo... verdad? —exclamó Nora.

—Una eternidad —contestó.

—¿Tendrá a bien el doctor recibirme esta noche en su casa, quiero decir, en su clínica, para aplicarme uno de sus famosos tratamientos de relajoterapia?

—De acuerdo. El doctor recibirá a la paciente, después de las ocho de la noche, en su... clínica.

—Estaré allí.

Sam fue a reunirse con el profesor Bell. Nora le siguió con la vista, ansiosa. Trató de oír lo que decían, pero la presión de una mano sobre su brazo la obligó a volverse.

—¿Cómo marchan las cosas, nenita?

—A las mil maravillas, mamá.

—Me alegro.

Cecilia Hayden sonrió. No solía sonreír a menudo. Sus ojos, de un azul intenso, centelleaban bajo la masa blanca de sus cabellos cuidadosamente peinados.

—¿Dispones de tiempo para hacerme un pequeño favor?

—¿Qué es, mamá?

—Se trata de un joven, hijo de un amigo de tu padre. Le invité a un cóctel esta tarde sin pensar en tu exposición. Probablemente se quedará a cenar con nosotras.

—¡Pero, mamá! —exclamó Nora sin poder reprimir su exasperación—. ¡Qué invitación más inoportuna! ¡Con todas las cosas en que tengo que pensar en una ocasión como esta!

—¡Por favor, nena!

Nora miró a su madre. Aquellas tres palabras, dichas con suavidad, eran terminantes. Pese a su frágil apariencia, Cecilia Hayden era de una dureza roqueña.

—No sabes lo simpático que es —prosiguió—. Un héroe de la guerra. Y solo le quedan tres días, antes de volver al frente. Estoy segura de que simpatizarás con él. Le dije a Charles que lo trajera aquí en cuanto llegara.

Hizo Nora un gesto maquinal de asentimiento y al volverse vio que Sam se acercaba a ella con una expresión de gozosa excitación.

—Quiere *El hombre moribundo*.

—¡No, ese no!

Una nota de desaliento alteraba su voz.

—A él le gusta extraordinariamente.

—Trata de disuadirlo —imploró ella—. Incluso titubeé antes de decidirme a exhibirlo. Y si lo hice fue solo porque, dado su tamaño, me iba muy bien para llenar ese rincón. Ese estilo de escultura lo abandoné hace ya mucho tiempo.

—No importa. Esa es la que quiere, a todo trance. Se volvió para contemplar, por encima de las cabezas de los presentes, la enorme figura de hierro. Era un hombre medio derrumbado en el suelo, apoyado en un codo, con una mano a través del pecho, representación viva, crispante, de una horrible agonía. Recordaba la exaltación que le poseyó cuando realizaba la obra, pero ahora, por razones que ella misma ignoraba, le causaba espanto.

—Por favor, Sam, háblale. Convéncele para que tome algo que no sea ese horror.

—Ni pensarlo, después de haberme dicho que era la primera vez que veía que un artista captara el momento exacto de la muerte en una escultura.

Le miró, pasmada.

—¿Dijo eso?

Sam afirmó con un gesto.

Nora miró nuevamente en dirección a la estatua como si buscara aquello que el profesor había encontrado en ella.

—Está bien —dijo finalmente.

—¡Magnífico! Le diré que puede llevársela.

Por lo menos era una escultura de grandes dimensiones, se dijo Nora para consolarse. Y en una exposición heterogénea haría mejor papel que una escultura pequeña. Ciertamente, no pasaría inadvertida.

Quedó allí inmóvil, meditabunda, cuando su madre me llevó a su presencia. La señora Hayden le tocó el brazo y Nora se volvió hacia nosotros. No bien alzó el rostro, me di cuenta de que era la joven a la que, aquella misma mañana, había visto asomada a la ventana de la fábrica. Noté la expresión de sorpresa que brilló en sus ojos y comprendí que también ella me había reconocido.

—Nora... el comandante Luke Carey. Comandante Carey, mi hija Nora.

La guerra es la piedra de amolar de la que se sirve el hombre para aguzar sus apetitos.

La miré y me di por perdido.

Hay mujeres diablos y mujeres ángeles. Y en ocasiones, aunque solo sea una vez en la vida de un hombre, tropieza uno con una mujer que es, a un tiempo, diablo y ángel. Esto lo supe en el momento exacto en que estreché su mano.

Sus ojos de un azul oscuro, casi violeta, me miraron velados por largas y sedosas pestañas. Llevaba el pelo tirante y recogido hacia atrás, revelando así la pureza de línea de su frente. Su tez era de una blancura lechosa, traslúcida, muy tersa y tirante en los pómulos, un tanto salientes. Su cuerpo era increíblemente esbelto y flexible, y sus piernas largas y el escaso relieve de su pecho prestaban a su figura un aire equívoco de joven adolescente. En ese punto y hora se decidió mi destino. Mi vida y mi muerte. Mi triunfo y mi derrota.

Nos dejó su madre, para atender a otros invitados, y yo seguí junto a ella, sin soltar su mano. Su voz era baja y tenía las inflexiones, cuidadosamente cultivadas, de las jóvenes que van a las mejores universidades de Nueva Inglaterra a hacer sus estudios.

—¿En qué está usted pensando, comandante Carey?

Me apresuré a soltar su mano. Fue como si perdiera contacto con una especie peculiar de realidad, como por ejemplo golpear una pared con la cabeza porque se siente uno tan feliz cuando deja de hacerlo.

—Perdone, señorita Hayden —le dije—, pero no sé, realmente, en qué estaba pensando.

—¿Cómo supo usted en dónde encontrarme?

—No hubo propósito deliberado. Fue un azar... un afortunado azar.

—¿Le sonrío siempre la fortuna?

Moví la cabeza, sonriendo.

—No. Muchas veces me volvió la espalda.

Vi que sus ojos recorrían los cintajos prendidos en mi guerrera. Aparte del «Corazón de Púrpura» había allí colorines como para animar un pequeño árbol de Navidad.

—Pero, por lo menos, lo ha dejado con vida.

Asentí a sus palabras.

—Es cierto. No puedo quejarme. Hasta aquí he conservado la piel.

—¿No cree usted que la conservará hasta el final?

Era más una afirmación que una pregunta. Me reí. Me agradaban el aplomo y el tono tajante de sus palabras.

—En dos ocasiones tuve una suerte increíble —dije—. Pero según dicen, a la

tercera va la vencida.

—¿Tiene miedo de morir?

—Sí. En todo momento.

Volvió a fijar sus ojos en los cintajos.

—Estoy segura de que con un récord semejante le eximirían de volver al frente, si usted lo solicitara.

—Es cierto —dije—, pero jamás solicitaría esa exención.

—¿Por qué no?

—Porque el pasar por cobarde me asusta más que la misma muerte.

—Esa no debe ser la única razón.

Estaba comenzando a sentirme incómodo. Su modo de insistir me desconcertaba.

—Tal vez no —reconocí—. Acaso sea porque la muerte es como una mujer esquiva por la que uno se siente irresistiblemente atraído. Uno quiere verla de cerca... saber si es tan mala o tan buena como la pintan...

—¿No piensa usted más que en eso... en la muerte?

—Desde hace dos años ya, no tengo otra cosa en qué pensar...

Fijé mi mirada en aquella estatua que desde que entré en el estudio había llamado mi atención. *El hombre moribundo*. Advertí que sus ojos seguían la misma dirección que los míos.

—Soy como el hombre de esa estatua. Cada minuto de mi vida.

Vi cómo durante unos segundos, con ojos escrutadores, examinaba su estatua; a continuación volvió a apoderarse de mi mano. Advertí que se estremecía.

—Perdóneme..., me doy cuenta de que he forzado de un modo ridículo la nota dramática.

—No se disculpe —dijo rápidamente. Sus ojos se habían oscurecido; eran, ahora, de un negro púrpura, el color de la uva de los viñedos cerca de Sacramento—. Conozco exactamente su sentir.

—No lo dudo —dije, sonriendo, y aparté mi mirada de ella. No podía sostener la suya, insistente, inquisitiva.

—¿Sabe usted? —dije—. Cuando me hablaron primero de esta reunión me eché a temblar. ¡Vaya rollo que me espera!, me dije. ¡Otra chica de sociedad haciendo sus pinitos artísticos! —y de nuevo, sintiéndome más seguro, afronté su mirada—. Pero tengo que confesar que me he equivocado. No son pinitos. Son pasos firmes, seguros, que, según mi modesta opinión, la llevarán al triunfo.

—¡Has dicho bien, Luke! —oí que una voz, que me era familiar, decía a mis espaldas—. ¡La chica es una auténtica artista!

Me volví, rápido. Habían transcurrido tres años desde la última vez que le vi.

—¡Profesor Bell!

Juzgué, por el rigor con que estrechó mi mano, que se alegraba de verme. Se dirigió a Nora y le dijo:

—Luke fue, hace unos años, uno de mis alumnos predilectos. Se destacó, sobre

todo, en arquitectura.

—En construcción —le dije, sonriendo, reavivando una vieja polémica—. La arquitectura tiende a hacer jaulas doradas; la construcción, viviendas para la gente.

—El viejo Luke de siempre.

Sus ojos se fijaron en mi rostro y leí en ellos, como en los de otros viejos amigos míos, el doloroso estupor que les producía la alteración de mis rasgos fisonómicos. Las diminutas cicatrices de metralla que salpicaban mi tez habían dado una nueva personalidad a aquel mozo de tersas y sonrosadas mejillas que había ido a la guerra.

—Aunque un poco cambiado, profesor —exclamé, sonriente—. En la guerra el tiempo corre como la pólvora.

A lo largo de la conversación tuve su mano en la mía, y pude sentir su calor creciente y su pulso acelerado.

La cena nos fue servida en el amplio comedor orientado hacia las colinas, en dirección a la bahía. Todos los demás se habían ido ya. Solamente nos hallábamos los tres: Nora, su madre y yo. Miré la cabecera de la mesa: el puesto de honor ocupado por la vieja señora.

Era, ciertamente, el lugar que le correspondía. Todo allí llevaba el sello de la distinción y del señorío. Las paredes revestidas de ricas maderas; los cuadros, la amplísima mesa rectangular y sobre ella deslumbrantes candelabros de plata. Sentada muy erguida, con la cabeza alta, me parecía, no sé por qué extraña asociación de ideas, una brillante hoja de acero.

Tenía la calma y la quietud de la mujer fuerte que se siente segura de su poderío. Con solo verla se adivinaba que, dotada de una gran sabiduría, jamás sentía la necesidad de evidenciarla. Según me dijo mi padre, muchos hombres de negocios que habían tratado con ella, habían quedado sorprendidos de la gran habilidad y sentido práctico mostrados por aquella joven viuda que había heredado dos grandes fortunas.

—Mi difunto marido me hablaba frecuentemente de su padre. —Me sonrió a través de la mesa—. ¡Eran tan buenos amigos! Es extraño, pero jamás llegué a conocerlo.

Asentí, silencioso. No era nada extraño para mí. Hasta que se retiró, el año anterior, mi padre había sido el jefe de cartería del pueblo, en el sur de California, en donde nació. Gerald Hayden y mi padre vivían en mundos muy distintos. Todo lo que les unía era el recuerdo de haber peleado juntos, en el mismo batallón, en la primera Guerra Mundial.

—¿Sabe usted? Su padre le salvó la vida a mi marido en la primera Guerra Mundial.

—Mi padre me contó el episodio, pero con los términos invertidos. Fue él el salvado por su marido.

Cogió una campanilla de plata que estaba en la mesa al alcance de su mano y la hizo sonar. Su repiqueteo tenía sonoridades de cristal.

—Si no tiene inconveniente tomaremos el café en la terraza. Miré a Nora. Esta

consultó con una rápida mirada su reloj de pulsera.

—Mamá, te dejo con el comandante Carey —le dijo—. Tengo una cita en el centro, a las ocho.

Frunció el ceño la señora Hayden rápida y casi imperceptiblemente.

—¿Tienes que acudir a ella... indefectiblemente?

Nora contestó a su madre sin mirarle a la cara.

—Le prometí a Sam Corwin que iría a verle para estudiar juntos la posibilidad de organizar una exposición de escultura moderna.

La señora Hayden me lanzó una rápida mirada y a continuación miró a su hija. El tono de su voz, discretamente moderado, expresaba solo una blanda protesta, pero tuve la impresión de que había elegido sus palabras con sumo cuidado. Tal vez fuera a causa de mi presencia.

—Pensé que habías dejado de cultivar su amistad. Hacía tanto tiempo que no veías al señor Corwin.

—Debo verlo ahora, mamá. Después de todo fue Sam el que trajo al profesor Bell a mi exposición.

Me volví hacia la vieja señora.

—No se preocupe por mí, señora Hayden —le dije—. También yo debo estar de vuelta en El Presidio a las ocho y media. Si me lo permite, de paso podré dejar a su hija en el centro.

—No quiero que se tome tantas molestias —dijo Nora.

—Ninguna molestia. Uso un coche del ejército, de modo que no tengo que preocuparme por el racionamiento de gasolina.

—Está bien —dijo—. Voy a cambiarme en un periquete.

Salió del comedor y su madre y yo la seguimos con la vista. A continuación se encontraron nuestras miradas.

—Tiene usted una hija con mucho talento, señora. Debe estar muy orgullosa de ella.

—Lo estoy —contestó. Y a continuación sus ojos de un azul intenso llamearon, expresivos—. Pero debo confesarle una cosa. A veces no acierto a comprenderla. Con frecuencia me deja atónita y desconcertada. Es tan diferente de las jóvenes de mi generación. Es cierto también que Nora es hija única y la tuve tardíamente.

—Es la guerra. Nos ha hecho a todos diferentes.

—¡Qué disparate! Es lo que oigo decir a cada momento —dijo, tajante—. De un absurdo elevado al cubo. Su generación no es la única que tuvo una guerra. La mía la tuvo también. Y asimismo la tuvieron los jóvenes de la generación de mis padres.

Habría podido rebatir sus palabras, pero no quise hacerlo.

—Su hija tiene un talento extraordinario —repetí, tesonero—. El profesor Bell solía decir que de todas las cosas del mundo era el talento lo más difícil de comprender y también de sobrellevar.

Sus ojos llamearon de regocijo.

—Es usted un joven muy simpático. Espero que vendrá a vernos de nuevo. Tengo la impresión de que congeniaremos de un modo profundo y duradero.

—Es usted muy amable, señora Hayden, pero tenga en cuenta que he de regresar al frente de combate. Tendremos que esperar a que termine la guerra para cimentar una amistad tan gratamente iniciada.

Me miró a los ojos fijamente.

—Entonces tal vez será demasiado tarde.

No dejó de captar la expresión de asombro que se reflejó en mi rostro y sus labios dibujaron una sonrisa.

—Tengo entendido que antes de alistarse en el ejército era usted un arquitecto que prometía mucho, comandante Carey.

—Salvo lo de que prometía mucho, compruebo que está usted muy bien informada de todo.

—Procuro estarlo en la medida de mis posibilidades. Es muy importante para una pobre viuda desamparada tener los ojos bien abiertos.

Iba a protestar. ¡Una pobre viuda desamparada! Pero volvió a sonreír y me di cuenta de que me estaba tomando el pelo.

—¿Qué otra cosa averiguó usted acerca de mí, señora Hayden?

—Antes de que estallara la guerra solicitó usted un puesto en la empresa Hayden y Carruthers. Les produjo una excelente impresión.

—Pero tuve que aceptar el puesto que me ofreció el Ejército. Un puesto magnífico: paga mínima y riesgo máximo.

—Pero lo desempeñó usted magníficamente, comandante Carey —exclamó—. Estoy también enterada de su comportamiento en la guerra, su heroísmo, su...

Levanté mi mano e interrumpí su discurso:

—¡Por favor, señora Hayden, suprima el ditirambo! Y dígame ¿a qué viene todo eso?

Me miró de hito en hito.

—Me agrada usted mucho, comandante Carey —dijo—, y no tengo empacho en decirle que en circunstancias normales habría una vicepresidencia para usted en la empresa Hayden y Carruthers.

La miré, atónito. Eso equivaldría a comenzar una carrera desde arriba. Algo portentoso para un tipo que después de graduarse jamás pudo tener un empleo estable. Hayden y Carruthers era una de las empresas constructoras de mayor importancia de toda la costa del Pacífico.

—¿Cómo sabe usted que obtendría ese alto cargo?

—Lo sé —dijo quedamente— porque poseo el control de las acciones de esa empresa.

—Dijo usted... en circunstancias normales. ¿Qué sentido debo dar a estas palabras?

Miró hacia la puerta y luego a mí. Sus ojos centelleaban, risueños.

—Lo sabe usted muy bien.

En ese preciso momento volvió Nora al comedor.

—Espero que no le haya hecho esperar mucho.

—En modo alguno.

—El comandante y yo tuvimos una charla muy interesante, Nora.

Capté la rápida mirada de curiosidad que Nora dirigió a su madre. Me había levantado y miré a mi vez a la señora Hayden.

—Le agradezco, señora, la grata acogida que me ha dispensado.

—No hay de qué, comandante. Esta es su casa. Y recuerde lo que le he dicho: reflexione.

—Lo haré, señora. Le repito mi profundo agradecimiento.

—Adiós, comandante.

—Buenas noches, mamaíta —dijo Nora.

Estábamos en la puerta cuando nos llegó nuevamente la voz de la madre:

—No tardes mucho, Nora.

Al ir a sentarse en el asiento de delante del coche percibí el perfume deliciosamente penetrante que se desprendía de su persona. Me amoscó. No era el perfume más apropiado para una cita de negocios.

—¿A dónde? —le pregunté.

—Calle Lower Lombard. Supongo que no le apartará mucho de su itinerario.

—En absoluto.

Se acercó más a mí y sentí su mano sobre mi brazo.

—¿Le habló mi madre de mí?

—No. —En realidad no mentía—. ¿Por qué?

—Por nada —dijo, y guardó silencio.

Recorrimos, callados, varias manzanas hasta que rompió el silencio con esta pregunta:

—No era cierto que debía usted estar de vuelta en El Presidio a las ocho y media, ¿verdad que no?

—No —le dije—. ¿Y qué me dice usted de su cita? ¿Puede anularla?

Hizo un gesto negativo.

—Ahora no. Es demasiado tarde —titubeó—. No sería justo. Usted me entiende, ¿verdad?

—Leo en usted como en un libro abierto.

Me miró con una expresión levemente airada.

—¡No es lo que cree usted!

—Yo no he dicho nada.

Detuve el coche ante una señal roja. Su reflejo encendió el rostro de Nora.

—¿Qué va a hacer ahora? —me preguntó.

—No lo sé. Iré tal vez al Barrio Chino... en busca de alguna fácil aventura.

—Eso es puro escapismo.

Cambió el semáforo y puse nuevamente en marcha el auto.

—Químicamente puro —convine—; que yo sepa el mejor medio de aliviar ciertas tensiones intempestivas.

Sentí que su mano se aferraba a mi brazo.

—¿Le ocurre eso muchas veces?

—En ocasiones... como ahora.

Pude sentir sus uñas a través de mi uniforme.

—¡Me gustaría ser un hombre!

Me miró de hito en hito:

—¿Quiere usted que nos encontremos más tarde?

Sentí contra mi manga la dureza de sus pequeños senos. Supe entonces que no me había equivocado con respecto a ella. Era todo aquello que me imaginé que era y comprendí que la fácil aventura que pretendía buscar, estaba al alcance de mi mano. No obstante, un instinto secreto me retuvo.

—No, creo que no —dije.

—¿Por qué?

—No tiene objeto —dije yo, soliviantado.

—¿Y por qué no? Quiero que me lo diga.

No me fue posible suavizar el tono duro, exasperado, de mi voz:

—Conozco por lo menos una docena de lugares en esta ciudad en los que podría aliviar mi tensión, si en realidad la tuviera.

Soltó mi brazo y apartó su cuerpo del mío. Advertí que el llanto, de repente, humedecía sus ojos.

—Perdóneme —le dije—, pero he estado mucho tiempo fuera, y he debido perder las buenas maneras que debe tener un caballero.

—No se disculpe. Merecí la lección. —Miró a través de la ventanilla y prosiguió —: Doble esta calle. Es la segunda puerta de la manzana siguiente.

Detuve el coche en la acera del lugar indicado.

—Tengo entendido que tiene tres días de licencia.

—Así es —le dije.

—¿Me llamará?

—No creo que me sea posible. Tengo la intención de ir a La Jolla, a pescar.

—Podría ir a verlo allá.

—No me parece prudente.

—¡Oh! ¿Tiene allá alguna chica?

Me reí.

—Ninguna chica.

—Entonces ¿por qué no le parece prudente?

—Porque tengo que volver a la guerra —dije con duro acento—. Porque no quiero lazos, de amistad u otros, que me aten al ayer o al mañana. No puedo pensar más que en el presente, en el día de hoy y procurar que mis ojos puedan ver la luz del

día siguiente. Esa es la razón de mi prudencia.

—¿Tiene usted miedo?

—En cantidad. Ya se lo dije antes.

Tenía ahora los ojos arrasados de lágrimas. Lágrimas auténticas. Rodaban, silenciosas, por sus mejillas. Le posé la mano en el hombro.

—Mire, eso es absurdo —le dije, gentilmente—. Piense que en la actualidad todo está sujeto a los azares de la guerra. Tal vez, algún día, cuando la guerra termine... si logro salir con vida...

Me interrumpió:

—Recuerdo que me dijo que la suerte no suele sonreír tres veces a los humanos.

—Eso es lo que dicen —reconocí.

—Entonces no cree usted de veras que pueda volver a verme algún día. — Vibraba una nota de tristeza en su voz.

—Discúlpeme una vez más, señorita Hayden, pero no quiero por nada del mundo entristecerla.

Me miró fijamente unos instantes, y a continuación se apeó del coche.

—No me despidió de usted. Odio las despedidas.

Cruzó apresuradamente la acera y subió, con paso ligero, la escalinata, sin volver la cabeza. Encendí un cigarrillo y esperé a que tocara el timbre. Después de un breve instante un hombre abrió la puerta y Nora entró en la casa. Cuando a eso de las tres de la madrugada regresé a mi hotel vi un mensaje debajo de la puerta.

«Le suplico que venga a verme por la mañana a fin de que podamos continuar nuestra discusión.»

Firmaba la nota «Cecilia Hayden».

Arrugué, airado, el papel y lo arrojé a la cesta. Por la mañana salí para La Jolla sin molestarme en llamar por teléfono a la vieja y autoritaria dama.

Antes de que expirase la semana me hallaba camino de Australia. Durante mucho tiempo nada supe acerca de la dama autoritaria y de su hija. Lo que sí supe más tarde fue la entrevista que tuvo cierto día con Sam Corwin.

—Señora Hayden —dijo Sam Corwin al entrar en la sala en donde la vieja señora le esperaba—. Supongo que no la he hecho esperar.

—No, señor Corwin —respondió—. Por favor, siéntese.

Se dejó caer pesadamente en la silla y la miró, curioso. Desde que le llamó, aquella mañana, no había cesado de preguntarse por qué deseaba verle la encopetada señora. Sin andarse por las ramas, fue directamente al grano.

—Nora ha sido nombrada candidata al Premio de la Fundación Eliofheim para Escultura.

Sam la miró, sintiendo por ella un nuevo y repentino respeto. Había oído rumores acerca de esto, pero los nombres de los artistas elegidos como candidatos al premio habían sido celosamente guardados. Habida cuenta, especialmente, de que este era el primer premio que se concedía desde que comenzó la guerra.

—¿Cómo lo ha sabido usted? —le preguntó un tanto amostazado. Ni siquiera él, tan bien informado siempre, había logrado obtener la confirmación de la noticia.

—No importa cómo lo he sabido —dijo, terminante—; lo importante es que lo sé y de buena tinta.

—Bien. Me alegro por Nora. Y espero que consiga el premio. Lo merece.

—Esa es la razón por la que he deseado verle. Quiero que ese premio lo obtenga mi hija. A todo trance.

Sam le miró sin decir palabra.

—El dinero puede ser, a veces, un escollo —prosiguió la señora Hayden—. Especialmente en el arte. Desearía tener la certeza de que la fortuna de mi hija no afectará adversamente sus posibilidades de ganar el premio.

—Estoy seguro, señora Hayden, de que el hecho de que su hija sea rica no influirá en el sentir de los jueces. Son todos ellos personas de gran integridad.

—Nadie está libre de prejuicios, en un sentido u otro —dijo, tajante—. Y tengo la impresión de que en el momento actual, todo el mundillo de las artes liberales se halla orientado hacia la ideología comunista. Todo lo realizado por alguien que no integre ese grupo es rechazado sistemáticamente como burgués y reaccionario.

—¿No cree usted que generaliza demasiado?

—De ningún modo —replicó mirándole fijamente—. Repase su memoria. En estos últimos años todos los trofeos, las recompensas y los premios importantes, en arte, literatura e incluso en ciencia, han sido ganados por comunistas, compañeros de viaje y otros simpatizantes del marxismo.

Sam no supo qué contestar. En su fuero interno reconocía que la señora Hayden, aunque con cierta exageración, proclamaba verdades como puños.

—Aun suponiendo que estuviera de acuerdo con usted, no acierto a comprender

qué podría hacerse en favor de Nora. El premio Eliofheim no puede ser comprado.

—Sé muy bien que no. Pero ambos sabemos que nadie está libre de influencias, nadie es capaz de sustraerse al poder de la sugestión. Los jueces son, después de todo, seres humanos.

—¿Cómo podría uno arreglarse para llegar hasta ellos? Se necesita la mediación de gente de enorme prestigio.

—El otro día estuve en San Simeón hablando con Bill Hearst^[2] —dijo la señora Hayden—. Le vi muy predispuesto en favor de Nora. Dijo que merecía el premio, y que de lograrlo sería un triunfo para el americanismo.

Este sentir del poderoso magnate del periodismo daba un nuevo cariz al asunto. Ahora comprendía Sam de qué magnífica fuente había obtenido su información la buena señora.

—Hearst es, desde luego, una baza importantísima. ¿Quién más?

—Su amigo, el profesor Bell, entre otros —dijo—. Y Hearst ya se puso al habla con Bertie McCormick, en Chicago. Este también está muy interesado en el asunto. Tiene que haber otros muchos; la cuestión es buscarlos.

—Sería una tarea ardua. Estamos en febrero, o sea que nos quedan tres meses antes de que el premio sea anunciado, en el mes de mayo. Aun entonces no lo sabríamos seguro.

Cogió una hoja de papel de su mesa.

—Su sueldo en el periódico es, aproximadamente, de cuatro mil quinientos dólares. Agreguemos a esto un promedio de dos mil por sus colaboraciones en revistas y demás publicaciones. —Le miró fijamente—. Todo ello, en realidad, no es mucho dinero, señor Corwin.

—No, señora, en efecto: no es mucho dinero.

—Usted tiene, señor Corwin, gustos muy costosos —continuó—. Tiene un bonito apartamento. Vive bien, aunque no enteramente de acuerdo con sus medios económicos. En estos últimos años se ha metido usted en deudas, que alcanzan un promedio de tres mil dólares al año.

Sonrió con suficiencia.

—No me quitan el sueño mis deudas.

—Lo comprendo, señor Corwin. Tengo entendido que una gran parte de esas deudas las liquida usted, no en dinero, sino en favores. ¿No me equivoco si calculo en diez mil dólares, poco más o menos, el total de sus ingresos anuales?

Asintió:

—Eso es, aproximadamente.

Dejó de nuevo sobre la mesa la hoja de papel.

—Estoy dispuesta a pagarle diez mil dólares para que me ayude a conseguir para mi hija Nora el premio de la fundación Eliofheim. En el caso de que lo obtenga concertaremos un convenio mediante el cual le garantizaría veinte mil dólares al año, más el diez por ciento de los ingresos brutos de Nora.

Sam calculó rápidamente. Sobre la base de su rendimiento presente, Nora podría ganar entre cincuenta y cien mil dólares al año, dando por supuesto, naturalmente, que ganara el premio.

—El cincuenta por ciento.

—Veinticinco y no hablemos más —se apresuró a decir la señora Hayden—. Tenga en cuenta que mi hija tiene que pagar los gastos del taller y otros.

—Un momento, señora Hayden. Vamos por partes, a ver si comprendo lo dicho por usted. ¿Me ofrece un empleo de agente de prensa para que le ayude a Nora a conseguir el Premio Eliofheim?

—Exactamente, señor Corwin.

—Y si lo consigue concertamos entonces un convenio mediante el cual me convierto en su representante personal, agente, etcétera por un período de diez años. Por todo lo cual cobraré veinte mil dólares al año más el veinticinco por ciento de las ganancias brutas que obtenga por la venta de sus obras, ¿no es así?

La señora Hayden asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero... ¿y si no gana el premio?

—En ese caso es evidente que no cabe la posibilidad de un contrato ulterior.

—Por supuesto —dijo. La miró con expresión astuta—. ¿Y si concertamos el acuerdo quién pagaría la garantía?

—Mi hija, naturalmente.

—Podría ocurrir que el producto de la venta de sus obras no alcanzase a cubrir esa garantía.

—No creo que eso le importara. —La vieja señora sonrió—. Nora es una mujer rica. Posee su fortuna propia; la que heredó de su padre y le produce una renta de cien mil dólares al año.

Sam la miró, sorprendido. Sabía que Nora era rica pero jamás pensó que lo fuera tanto.

—Dígame, señora, ¿está enterada Nora de lo que me ha dicho?

Asintió, sonriente.

—Por supuesto, señor Corwin. Antes de discutir el asunto con usted, obtuve su consentimiento.

Sam respiró, aliviado. No obstante no resistió la tentación de preguntar:

—¿Entonces por qué no se dirigió a mí personalmente?

—Nora creyó más conveniente que el asunto lo discutiéramos primero usted y yo —respondió la señora Hayden—. De este modo, si no hubiese accedido usted, las relaciones entre ambos no se habrían alterado.

Sam asintió.

—Ya veo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó de él su pipa. La llevó a sus labios, pensativo.

—Naturalmente convendrán conmigo que si acepto el empleo, deberán darme carta blanca y una completa libertad de movimiento.

—Nora le tiene en la más alta estima por su integridad y su talento, señor Corwin.

—En ese caso, señora Hayden ¡trato hecho!

—Nora se pondrá muy contenta.

—¿Dónde está? Tenemos muchas cosas que discutir.

—Haré que Charles la llame —dijo la señora Hayden—. Creo que se halla en el estudio.

Apretó un botón y al cabo de unos segundos apareció en la puerta el mayordomo. Le dijo que llamara a Nora y se volvió nuevamente hacia Sam. Su voz cobró un tono falsamente melifluo.

—También estoy yo muy contenta, señor Corwin. Es un gran alivio para mí saber que otra persona, fuera de mí, cuida de los intereses morales y materiales de mi hija.

—Esté segura, señora Hayden, que haré por ella cuanto me sea posible.

—No dudo que lo hará —dijo—. No acierto, muchas veces, a comprender a mi hija. Tiene un genio demasiado vivo. Y en ocasiones disto mucho de aprobar su conducta. Sam no contestó; quieto y chupando su pipa, escrutó el rostro enérgico de la anciana. Se preguntó hasta qué punto sabía acerca de los devaneos de su hija. Las palabras que seguidamente pronunció despejaron la incógnita. Era, en verdad, muy poco lo que la buena señora ignoraba a propósito de Nora.

—No puedo evitar que, por mi edad, se me tilde de chapada a la antigua —dijo con cierto tonillo, simulado, de disculpa—. Pero lo cierto es que he observado en mi hija cierta tendencia a lo que en mis tiempos habríamos llamado libertinaje y promiscuidad.

Sam estudió, muy cauto, el rostro de la señora Hayden.

—¿Puedo hablarle con entera franqueza, señora Hayden?

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Por favor, entiéndalo bien, no pretendo defender a Nora o condenarla. Pienso que lo más importante es que usted y yo definamos de una vez, sin rodeos, ni circunloquios, los términos de la cuestión.

Ella le observaba con la misma atención que lo hacía él.

—Prosiga, por favor, señor Corwin.

—Nora no es una persona ordinaria —dijo—. Tiene un enorme talento, tal vez sea un genio. ¡Quién sabe! Es hiperestésica, emotiva en grado extremo, con los nervios siempre a flor de piel. Lo sexual es para ella un estímulo, como lo es el alcohol para otros artistas.

—¿Trata usted de decirme cortésmente que mi hija es una ninfómana, señor Corwin?

—No es lo que trato de decirle, señora Hayden —dijo, escogiendo sus palabras cuidadosamente—. Nora es una artista. Para ella la satisfacción sexual es, a un tiempo, evasión y estímulo. En cierta ocasión me dijo que solo así podría procrear su mente formas humanas con vida propia.

La anciana seguía observándolo sin pestañear.

—¿Acaso usted y Nora...? —Dejó la pregunta en el aire.

Afrontó él, también sin pestañear, la mirada de aquellos intensos ojos azules. Movi6 lentamente la cabeza en se1al de asentimiento.

Lanz6 un leve suspiro y mir6 nuevamente a la mesa.

—Le agradezco su honradez y su franqueza, se1or Corwin. Y cr6ame, no fue mi intenci6n inmiscuirme en su vida privada.

—Debo decirle que aquello termin6 ya hace mucho tiempo —dijo—. Y pude comprobarlo la 6ltima vez que vino a mi casa.

—¿No fue eso hace unos seis meses? ¿Precisamente la noche de su exposici6n? Asinti6.

—Estaba muy trastornada. Hab6a estado llorando. Al parecer aquel joven comandante que la hab6a llevado en su coche hasta mi casa se hab6a conducido con ella groseramente.

—El comandante Carey —dijo la se1ora—. A m6 me pareci6 un joven encantador.

—Le dijo algo que la lastim6. En fin, no pude consolarla y al cabo de unos minutos ped6 por tel6fono un taxi y en 6l se fue a su casa.

—Comprendo ahora por qu6 aquella noche volvi6 tan temprano. Quisiera pedirle un favor, se1or Corwin.

—Se lo har6 con mucho gusto, se1ora.

—Nora siente una gran estima por usted, y valora en muy alto grado su opini6n. Ay6deme... y ay6dela y siempre que le sea posible s6quela de apuros.

—Lo har6, se1ora, por el bien de todos.

—Gracias —dijo. De repente dio la sensaci6n de un gran cansancio. Se reclin6 en su asiento y cerr6 los ojos.

—A veces pienso que lo que m6s le convendr6a ser6a casarse. Tal vez entonces cambiara.

—Podr6a ser. Pero en su fuero interno Sam rechaz6 la idea. Las mujeres como Nora jam6s cambiaban, solteras o casadas.

Permanecieron callados hasta que Nora entr6 en el comedor.

—El se1or Corwin ha aceptado nuestra proposici6n —le dijo su madre.

Nora sonri6 y le tendi6 la mano.

—Gracias, Sam.

—No me lo agradezcas —dijo—. Tal vez te arrepientas cuando todo haya pasado.

—Correr6 el albur.

—Est6 bien —exclam6 y su voz tom6 un tono vivaz y en6rgico de hombre pr6ctico—; ahora, dime ¿qu6 est6s haciendo?

—Prepar6ndome para una exposici6n que Arlene Gately celebrar6 el mes de abril.

—Canc6lala.

—Pero ¿por qu6 raz6n?

—No tiene ahora objeto.

—Pero yo le prometí...

—En ese caso tendrás que romper tu compromiso —rezongó Sam. Este se volvió hacia la madre de Nora—. Extiéndame un cheque de diez mil dólares. Nora y yo nos vamos a Nueva York.

—¿Nueva York? —preguntó Nora—. ¿Por qué?

La señora Hayden miró a Sam con ojos interrogadores.

—Nueva York, sí —repitió—. Quiero que Aaron Scaasi le exponga sus obras en abril.

—Pero... eso no es posible.

—¿Por qué no? —le preguntó Sam duramente.

—Porque Arlene ha sido siempre mi agente. Todas las exposiciones que hasta ahora he celebrado las organizó ella. Yo no puedo abandonarla ahora.

—Puedes hacerlo y lo harás. Arlene Gately podrá ser tan simpática y servicial como tú quieras, pero no es más que una tratante de cuadros de tercera categoría. No está a la altura de una candidata al Premio Eliofheim. En cambio Aaron Scaasi es uno de los tratantes de cuadros más importantes del mundo. En los momentos actuales una exposición en su galería te ayudará más a obtener el premio que cualquier otra cosa.

—Pero ¿cómo sabes que accederá?

—Me lo dice el corazón —y Sam sonrió— y sobre todo ese cheque de diez mil dólares que va a firmarme ahora tu madre.



Todo esto, por supuesto, tenía lugar cuando yo me encontraba todavía en el Pacífico.

Yo era un héroe a la hechura de los protagonistas de ciertas novelas de Somerset Maugham. El hombre blanco, bronceado por el sol, abriéndose paso a machetazos por la maraña pérfida de la jungla, el cual, al final de la aventura, hallaba por fin blando y exquisito refugio en los brazos morenos y los pechos túrgidos de una adorable princesa polinesia. Aquella jungla y su compensación final solo existían en la mente del escritor británico.

Mi jungla no estaba enmarañada ni en ella había princesa alguna de túrgidos senos. Había malaria, mosquitos y por las noches un frío horrible. Por mucha ropa que llevara uno, la traspasaba y se colaba en los huesos y le hacía a uno castañetear los dientes. Nos hallábamos al norte de Port Moresby sobre una estrecha faja de tierra en la que habíamos improvisado un precario aeródromo. Cuando no volábamos en misiones azarosas nos reuníamos en el pabellón de los pilotos, en torno a una enorme estufa y allí discutíamos sobre los aspectos tácticos de la guerra, como, por ejemplo, si el cabo Patrick había conquistado o no los favores de la dueña de «El Dragón Azul» o si el sargento O'Brien, como se rumoreaba, era poseedor o no del lívido treponema.

Estas discusiones de alto nivel eran interrumpidas con frecuencia por el ulular de

las sirenas llamándonos al cumplimiento de nuestros deberes. Nos remontábamos, realizábamos la misión, cualquiera que fuera, tomábamos nuevamente tierra y lo primero que hacíamos era mandar nuestra ropa interior a la lavandería a fin de tenerla lista para el vuelo siguiente. Nos parecía muy poco estético morir con la ropa interior sucia. Algo muy antiamericano, podríamos decir.

Ascendí a teniente coronel. Fue un caso de fuerza mayor. Mi jefe de escuadrilla cayó ante mis ojos, envuelto en llamas y tuve que ocupar su puesto. Recuerdo el pensamiento que acudió a mi mente cuando prendí en mi guerrera las nuevas insignias: llegó ya mi turno.

Pero la suerte siguió acompañándome. Todavía recuerdo el dolor agudo, penetrante, como de lanzazo que, de repente, sentí en mi espalda. El tablero de los instrumentos se desintegró ante mis ojos mientras el «Cero» japonés giraba vertiginosamente sobre mi cabeza y se hundía en el mar. No sé cómo pude zafarme del otro «Cero» que por debajo de mí me ametrallaba a mansalva. El caso fue que logré llegar al terreno de aterrizaje y tomé contacto con él. Oí gritos, exclamaciones de alarma, y en medio de una neblina roja sentí que unas manos tiraban de mí. Eran manos cálidas, manos confortantes, que, al parecer, querían arrancarme de aquel hermoso calor que me rodeaba.

Cerré mis ojos y me dejé arrastrar por aquellas manos. Era ya hora de que conociese aquella jungla de las novelas de Somerset Maugham. Me sonreía a mí mismo, expectante. Pero no hubo jungla; hubo algo mejor: una playa en Bali.

Me hallaba tendido en la arena y un millar de beldades de bronce, cimbreantes, con sus magníficos torsos desnudos (todas se parecían a Dorothy Lamour) desfilaban ante mí. Mi único problema era el de elegir entre tantas bellezas la que, aquella noche, compartiría mi lecho.

Fue, naturalmente, un sueño. Un sueño al que habría de renunciar para siempre. Mac Arthur tendría que resignarse a proseguir la guerra sin mi concurso.

Cuando me hallé en estado de viajar, fui reexpedido a Estados Unidos.

No me enteré de que Nora había ganado el Premio Eliofheim sino hasta la segunda semana de julio y ello porque vi su fotografía en la portada de la revista *Life*.

Desde el mes de febrero, en que fui herido, había pasado cinco semanas en un hospital de Nueva Guinea y a continuación siete semanas más en la Casa de los Veteranos de San Diego, tras de lo cual me dieron de alta y apto para el servicio. Antes de reintegrarme al mismo podía disponer de un mes de permiso, por lo que regresé a La Jolla y alquilé allí una pequeña embarcación en la que podía comer y dormir y tomar baños de sol.

Me hallaba en cubierta, tumbado en una butaca de lona, adormilado, cuando el ruido de algo que caía a mis pies me despertó. Abrí los ojos y vi a un muchacho que en el borde del muelle me sonreía. Me había jurado a mí mismo no leer diario alguno. Estaba de guerra hasta la coronilla. Pero sí había pedido al del puesto de periódicos que me mandase todas las semanas unas revistas y *magazines*.

Saqué del bolsillo del pantalón una moneda de medio dólar y la tiré en dirección al muchacho. Este la recogió con la gracia y destreza con que Joe Di Maggio paraba una pelota en el aire.

Me agaché y recogí del suelo el paquete de revistas. Desaté el cordel que las mantenía juntas y las publicaciones se desparramaron por la cubierta. Tomé al azar una de ellas: la primera al alcance de mi mano.

Miré, distraído, la fotografía de la joven que aparecía en la portada. Su rostro, la negrura de su cabellera me recordaron algo que, al pronto, no supe discernir.

Volví a fijar mi vista en el retrato y comprendí al punto por qué me había parecido familiar aquel rostro expresivo y singular.

Rezaba el pie de la fotografía, en menudas letras blancas: «Nora Hayden, ganadora del Premio de Escultura de la Fundación Eliofheim.»

Me abstraí contemplando aquel retrato. Evoqué interiormente la impresión que me produjeron aquellos negros ojos luminosos, su boca sensual, el modelado perfecto, de osada línea, de su mentón voluntarioso. Volvieron a mí nítidos, precisos, los recuerdos del ayer, y comprendí que el año transcurrido no los había borrado; ni siquiera esfumado.

Abrí el *magazine*. Había en las páginas interiores más fotografías de ella. Nora trabajando en el pequeño estudio sito en la parte de detrás de la casa de su madre. Nora fumando un cigarrillo mientras hace un boceto de la obra escultórica en proyecto. Nora sentada junto a una ventana, en un contraluz suave. O tendida de bruces en el suelo, oyendo un disco favorito. Comencé a leer:

La esbelta señora Hayden que tiene la silueta más de modelo que de

artista, no deja en el ánimo del observador la más mínima duda sobre el grado de intensidad con que se consagra a su arte.

—La escultura es de todas las bellas artes, la que reproduce la vida con mayor fidelidad —nos declara—. Es tridimensional. Puede usted verla desde todos los puntos de vista, palparla, sentirla como si fuera materia viva. Tiene corporeidad, forma, realidad y existe en la vida que a uno le rodea. Puede verla en cualquier piedra, en la trama y grano de cualquier trozo de madera, en la fuerza tensa y flexible de una varilla de metal.

Solo le es reservada al artista creador la facultad de hacer brotar de esta materia primigenia la visión soterrada en ella, dándole forma e infundiéndole vida.

Llegaba a mis oídos el eco hondo de su voz.

Cerré la revista y volví a examinar su cubierta. Estudié aquella fotografía largamente. No hubiera debido hacerlo. Tiré la revista y me puse de pie. Había cambiado, sencillamente, de modo de sentir. ¿Qué importaba que lo hubiese hecho un año después?

Me encerré en una estrecha cabina telefónica, situada al final del muelle y esperé hasta que oí sonar el teléfono, al otro lado del hilo, en San Francisco. La madre de Nora, en persona, me contestó.

—Le habla Luke Carey —dije—. ¿Me recuerda?

La voz de la empingorotada dama seguía firme y clara.

—Claro que le recuerdo, coronel. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, señora Hayden. ¿Y usted?

—Como siempre. No he estado enferma un solo día de mi vida —contestó—. Leí acerca de usted en los diarios. Su acción fue espléndida.

—¡Bah! Ya sabe usted cómo hinchán los periódicos los sucesos. Fui héroe a la fuerza. No tuve otra opción.

—Es usted demasiado modesto. Pero eso lo discutiremos en otra ocasión. —Su voz llegó a mis oídos suavizada—. No sabe usted lo que siento que no esté aquí Nora. Sufrirá una gran decepción cuando sepa que ha llamado.

—¡Oh! —exclamé—. Con las ganas que tenía de felicitarla por haber ganado el premio Eliofheim.

—Fue a causa precisamente del dichoso premio por lo que se marchó. La pobre no tuvo un momento de descanso desde que anunciaron su designación. Fui yo la que insistió más para que se fuera a La Jolla a descansar.

—¿Dijo usted La Jolla?

—Sí. —Un pensamiento gozoso alteró su voz—. ¿Desde dónde me llama usted?

—De La Jolla. Vine aquí a pasar el mes de mi permiso.

—¡Qué feliz coincidencia, coronel! Por supuesto; ahora recuerdo que algo leí en los diarios a propósito de su estancia en La Jolla. Nora se encuentra en el Sand and

Surf Club.

—La llamaré —le dije.

—Si no la encuentra allí, Coronel, comuníquese con Sam Corwin. Sabrá en dónde puede hallarla.

—¿Sam Corwin?

—Sí —dijo—. ¿Lo recuerda? El periodista amigo del Profesor Bell. Es él quien se encarga de llevar los asuntos de mi hija. Como sabe usted, Nora carece de todo sentido práctico.

Volvió a cambiar la voz de la vieja señora.

—Espero que no tendremos que esperar un año más para verle, coronel. Tengo la impresión de que tenemos algo que discutir usted y yo. En el caso de que quisiera reanudar su carrera, Hayden y Carruthers sería para usted un lugar que ni pintado.

—Le agradezco que haya pensado en mí, señora Hayden. Yo creo que muy pronto tendremos la ocasión de vernos y de hablar de eso.

—Ya sabe en dónde tiene su casa, joven. Hasta la vista.

Oí el chasquido que hizo el receptor al ser colgado y vacilé un momento antes de echar otro níquel en la ranura.

Marqué y esta vez fue Sam Corwin el que contestó.

—¿Está ahí la señora Hayden? —pregunté.

—¿Quién le llama?

—Luke Carey.

Tal vez fue imaginación mía; pero me pareció que el tono de su voz se hizo más amable.

—¿El coronel Carey?

—El mismo.

—Espere un momento, por favor. Veré si puedo hallarla.

Esperé unos segundos, tras de los cuales oí su voz.

—¡Coronel Carey! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo se enteró de que estaba aquí?

Me eché a reír.

—Me lo dijo su madre. Pensé que le agradaría echar un trago conmigo.

—¿Se encuentra en La Jolla?

—A tres millas apenas de donde usted se encuentra —le dije—. ¿Qué? ¿Acepta mi invitación?

—Me encantaría. Pero Aaron Scaasi, mi agente, va a llegar de un momento a otro de Nueva York. Con este motivo damos un cóctel a la prensa, a las cinco de la tarde.

Esperé unos instantes a que sugiriera otra ocasión, pero se abstuvo de hacerlo. Después de todo, pensé para mis adentros, era natural que no mostrara mayor entusiasmo en verme. Tampoco yo había sido muy galante con ella la última vez que nos vimos.

—Bueno. La llamaré otro día y espero que seré más afortunado.

—Así lo espero yo también —dijo con fría cortesía y colgó.

Salí de la cabina y me puse a caminar a lo largo del muelle. Miré a lo alto. El cielo era de un azul de esmalte: ese azul que suele verse en las tarjetas postales, en el que no faltaban nubecillas blancas, leves como gasas flotantes en el aire. El sol no deslumbraba y difundía un calor suave; más tarde su luz se haría cegadora y su calor insoportable, pero para entonces estaría ya muy mar adentro, pescando y disfrutando de las brisas marinas.

Pensé que aquí, en este punto, quedaba resuelto el asunto. Porque ignoraba lo que dijo Sam, así que hubo colgado el teléfono.

—No estuviste muy cordial con él —le dijo Sam.

—¡Vaya! Todo un año sin decir ni pío, y de repente aparece y dice. ¡Aquí estoy yo! Pero ¿qué se ha creído que es?

Sam fue a la mesa en la que había dejado Nora su boceto y le lanzó una ojeada. Reproducía la figura de un hombre joven en el acto de lanzarse al agua. El mozo estaba desnudo. Sam reconoció su rostro. Era un joven estudiante que trabajaba en el club como instructor de natación.

—No es uno de esos muchachos miembros del club —dijo secamente.

—¡Qué va! Esos son alfeñiques y este es todo un hombre, con las hechuras de un campeón. ¿Alguna objeción?

—Ninguna, personalmente —contestó Sam—. Me tiene sin cuidado que te acuestes con ese instructor de natación o con un afinador de pianos. Pero cuando eso es del dominio público, entonces no tengo más remedio que decir: ¡Alto ahí!, porque ese contubernio afecta a nuestro negocio.

La voz de Nora se tornó dura y fría.

—¿Cómo averiguaste que es el instructor del club?

—Es la comidilla de la gente. En Muscle Beach no se habla de otra cosa. Por otra parte el chico no se recata de pregonarlo a los cuatro vientos. No omite detalle, por íntimo que sea.

Tomó el boceto de la mesa, muy airada, y lo arrugó.

—¡El muy cabrón!

—Te aconsejé una y otra vez que fueras discreta —dijo, pacientemente.

—Pero, dime ¿qué es lo que debo hacer? —Tiró al suelo la arrugada cartulina—. ¿He de meterme a monja?

Sam se agachó, recogió la cartulina y la arrojó al cesto de papeles. Cachazudamente sacó una pipa de uno de los bolsillos de su chaqueta.

—¡Por favor! —exclamó, exasperada—. ¡Deja esa asquerosa pipa! ¡Huele a demonios!

Sin decir palabra volvió a meter la pipa en el bolsillo y se encaminó a la puerta.

—¡Sam! —gritó. La cólera la había abandonado y daba, súbitamente, la impresión de una muchacha muy joven y muy desamparada.

—¡Sam, perdóname! Y dime ¿qué debo hacer?

—No sé —respondió Sam, caviloso—; pero por de pronto, yo de ti plantaría

inmediatamente a ese impertinente botarate.

—Lo haré, Sam —se apresuró a decirle Nora.

—Y otra cosa —agregó Corwin—; sería altamente conveniente para ti que te vieran en compañía de un hombre como ese soldadito enmedallado que hace un momento te llamó. Te ayudaría mucho a disipar la mala atmósfera que le ha dado tus devaneos con el mocoso.



Cuando regresé, el viejo vigilante, sentado en un banco frente a la oficina del muelle, me saludó agitando su mano.

—Hola, coronel.

—Hola.

—Me han dicho que allá, por aguas de Coronado pica que es un gusto el atún. Yo de usted iría hasta allí para ver si es cierto lo que cuentan.

—Tal vez lo haga —le contesté y le entregué la obligada propina diaria.

Se embolsó rápido la moneda de cincuenta centavos.

—Gracias, mi coronel —me dijo, y agregó con un guiño levemente malicioso—. A propósito, ahí a bordo de su lanchón, le espera una chica. Le dije que había ido usted a almorzar y que volvería pronto.

Me encaminé a lo que el vigilante llamaba lanchón y que otro, menos modesto que yo, habría llamado yate. (Se hallaba, en realidad, a medio camino de una y otra cosa.) Nora debió de haber oído mis pasos porque se hallaba en el puente cuando subí a bordo. Llevaba *short* azules y una camiseta a rayas y con su pelo negro recogido en cola de caballo parecía una chiquilla traviesa.

—Hola —me dijo.

—Hola.

Sus ojos, heridos por el sol, parpadearon.

—Ahora me toca a mí disculparme, coronel.

Me acerqué a ella y escruté durante unos instantes su rostro sonriente.

—No debía tomarse tanta molestia, viniendo hasta aquí por tan poca cosa.

Puso su mano en mi brazo. Sentí en mi piel su calor.

—No ha sido para mí molestia alguna, coronel. Quería que supiera lo mucho que lamento mi brusquedad de hace unas horas.

Estaba tan cerca de mí que pude oler la fragancia de su pelo. Era un olor a limpio, un tanto áspero y picante, como el que desprenden los pinos, allá arriba en el monte. No llevaba maquillaje alguno, solo una leve sombra de color en los labios. Le miré a los ojos y lo que leí en ellos me incitó a besarla en los labios.

Su boca ardía y tras de sus labios blandos y suaves sentí la dureza y frescura de sus dientes agudos. Sus brazos rodearon mi cuello y su cuerpo se abrazó al mío, ciñéndolo estrechamente como la hiedra se ciñe a las paredes de una casa, hasta derribarla; que fue lo que a mí me ocurrió.

Después de besarla una y otra vez, un tanto brusco y repentino me desprendí de su abrazo y fui a coger un cigarrillo. Quise encenderlo, pero mi Zippo que siempre había funcionado a las mil maravillas esta vez se hizo el remiso.

—Mira cómo tiembla mi mano —observé.

—Yo también estoy temblando —dijo suavemente Nora.

Por fin el maldito chisme tuvo a bien brindarme fuego. Encendí el cigarrillo, le di una ligera chupada y lo puse a continuación en los labios de Nora. Esta le dio una prolongada chupada y se volvió hacia mí:

—Aquella vez, ¿recuerdas? deseé que me besaras.

—También yo.

—Entonces ¿por qué no lo hiciste?

Sus ojos eran como las sombras en el agua, entre el barco y el muelle.

—Sabías muy bien que aquella noche estaba dispuesta a todo.

—Dispuesta, sí, pero para otra persona.

—¿Qué podía importar eso, entonces?

—No sé... sentimientos absurdos que no vale la pena analizar.

—Los conozco. Vanidad de hombre, que exige de la mujer virtudes que él desconoce o atropella sin escrúpulo alguno.

—Tal vez tengas razón.

—Y ahora, dime ¿te importa tanto?

Por toda respuesta la cogí en mis brazos y la besé con renovado ardor.

De pronto sentí en mis mejillas la humedad de su llanto.

—¡Luke, Luke mío! —exclamó.

Sé todo lo que se ha dicho y escrito sobre lágrimas de la mujer. Pero en aquellos momentos todo lo olvidé. Son para el *ego* del hombre lo que el rocío para las plantas. Hinchido de orgullo viril sequé con mis besos sus lágrimas. Aquella tarde no iría a pescar el atún en las aguas agitadas del Coronado. En vez de ello iría a la conferencia de prensa organizada por Sam y Nora. Por primera vez desde que llegué, hube de ponerme el uniforme de coronel con todos los polícromos cintajos y quieras que no, asistí con ella al guateque.

Un trance penoso para mí. En cuanto nos vieron juntos los chicos de la Prensa, críticos, reporteros, fotógrafos, nos asaltaron literalmente. No nos dejaron ni un segundo en paz. Nos fotografiaron en todas las posturas. Nos dirigieron las más indiscretas preguntas. ¿Éramos novios, prometidos? ¿Íbamos a casarnos y cuándo? ¿En qué lugar y ocasión nos encontramos? ¿Iría a Washington conmigo a recoger el premio? ¿Vine aquí a estar cerca de ella, o fue a la inversa?

Al cabo de media hora se cansaron de dirigirnos preguntas a las que no podíamos contestar y dedicaron su atención al asunto que los había llevado allí. Se reducía el mismo a oír las declaraciones de Aaron Scaasi sobre la escultura de Nora Hayden. Según su docta opinión, desde los tiempos del tótem era lo más trascendental que se había llevado a cabo en América en el dominio de las artes plásticas.

Debo decir que fue convincente. A mí me convenció por completo. Era un hombre calvo, muy fornido; parecía un exboxeador y no uno de los más distinguidos tratantes en cuadros de la nación. No dejó un momento de enjugarse el sudor con el pañuelo de hilo azul celeste. Sentado junto a él en un diván, Nora parecía una modosa y discreta jovencita.

Sam Corwin iba y venía por entre los invitados.

—Sabe muy bien lo que se dice —murmuraba aquí y allá señalando con la barbilla a Scaasi—. La chica es un genio. Miré a Sam. Era un hombre delgado, de rasgos delicados, cuyo aspecto frágil habría engañado a un observador superficial. La línea firme de su boca y su mentón cuadrado desvanecían toda idea de fragilidad. Era, en realidad, duro y flexible como un acero toledano.

—Le creo —dije, preguntándome hasta qué punto llegaba el interés que Corwin mostraba por Nora.

Cualquiera hubiese dicho que el hombre adivinó mi pensamiento.

—Conozco a Nora —dijo— desde que hacía sus estudios primarios. Siempre tuve fe en ella y tuve una gran alegría cuando su madre y ella me pidieron que me encargara de sus asuntos profesionales.

Me examinó con sus ojos oscuros.

—Le estoy muy agradecido.

—¿Sí?

—Por haber venido al cóctel. Nora, después de su conversación telefónica con usted, esta mañana, se sintió muy afligida y pesarosa. Estaba, incluso, dispuesta a suspender la reunión de Prensa si no lo hallaba y se disculpaba con usted. Es muy emotiva y sensible, como una niña demasiado mimada y todas estas cosas la trastornan mucho. La fiesta tocaba a su fin y Corwin se alejó para cambiar las palabras finales con los periodistas. Tal vez el whisky ingerido embotaba mis sentidos, pero tuve la impresión de que había querido decirme más de lo que me dijo.

Scaasi y Nora acudieron a donde yo estaba y no pude impedir que me sintiera molesto por el modo familiar con que aquel apoyaba la mano en el hombro de su patrocinada.

—¿Querrá usted cenar esta noche con nosotros? —me dijo Scaasi.

Vacilé unos momentos, mirando a Nora, y seguidamente tomé mi partido.

—No, gracias. Ustedes tienen que hablar de sus asuntos y no quiero ser un intruso.

—No lo serías, en modo alguno —dijo rápidamente Nora.

Sorprendí en sus ojos una expresión de contrariedad.

Estuve a punto de volver sobre mi decisión, pero lo pensé mejor y me mantuve en ella. Me excusé, sonriendo:

—Me hice a mí mismo la promesa de ir esta noche en mi barco a Coronado. Aquello hierve de atún, según me han dicho y quiero estar allí cuando despunte el día.

—¿A qué hora volverás mañana? —me preguntó.

—Por la tarde, a última hora.

—Entonces no podré verte. A esas horas, mañana, debo regresar a San Francisco.

—Lo siento —le dije.

Sam llamó a Scaasi y se fueron, dejándonos solos.

—¿Me llamarás?

—Por supuesto.

—No. No me llamarás —exclamó al cabo de un momento—. Sé que no me llamarás. Será como la última vez. Volverás al frente y nada sabremos de ti. Lo que sepa será por los periódicos.

—No seas tonta. Dije que te llamaría.

—¿Cuándo?

—En cuanto llegue a San Francisco.

—Tal vez nunca —dijo con tristeza.

Cogí su mano. Me dio una sensación de calor, de suavidad y de blandura.

—Te llamaré: te lo prometo.

Me miró de un modo extraño.

—¿Y si te pasa algo? ¿Cómo lo sabré?

—No me pasará nada. Tengo ahora el convencimiento de que soy indestructible. Recuerda el proverbio: hierba mala nunca muere.

Se marchó el último de los invitados. Era ya hora de marcharse. Estreché manos a diestra y siniestra.

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo Nora.

Salimos al patio. Había cerrado la tarde y el cielo comenzaba a poblarse de estrellas.

Cerré la puerta tras de nosotros.

—Creí que no te gustaban las despedidas —le dije. Ansiaba besarla pero me abstuve de hacerlo. Temía que si lo hacía no podría irme.

Estoy seguro de que ella penetró mi pensamiento.

—No es una despedida —murmuró, estrechándome la mano ligera y brevemente. La puerta se cerró tras ella y yo me encaminé a donde me esperaba el taxi.



Scaasi había ido a su cuarto para asearse, por lo que Sam se hallaba solo en el suyo cuando entró Nora. La miró con ojos interrogadores.

—Dame de beber —le dijo.

Se levantó silencioso de la silla y le sirvió un whisky con soda. Nora se lo echó rápidamente al coleteo.

—Voy a casarme con él —dijo con tono que parecía de reto. Corwin permaneció callado.

—Bueno ¿nada tienes que decirme? ¿No es eso lo que mamá y tú queréis?

Tuvo un gesto de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Podré parecerte estúpida, pero no lo soy. Lo supe en el instante en que me dijiste que lo llamara. Y me lo confirmó él mismo, cuando me dijo que mamá le había dado mi número de teléfono.

Ahora, después de su revelación, se sintió un tanto desazonado e inquieto.

—El matrimonio es algo que no debe tomarse a broma.

—Lo sé —dijo Nora.

—Me parece un muchacho decente.

—Lo que equivale a decir que yo no lo soy.

—No he dicho eso.

—Por supuesto. Pero lo has pensado. Y piensas también que porque soy lo que soy no seré para él buena esposa.

Permaneció callado.

—¿Por qué no puedo serlo? —preguntó—. Tengo la edad precisa. No soy mal parecida. Tengo dinero a espuestas, más del que podremos gastar jamás, y después de la guerra puedo ayudarle a conseguir la posición que más le apetezca. ¿Es eso tan malo?

—¿Preguntas o afirmas?

—¡Afirmo! —dijo ella, un tanto airada.

Sacó del bolsillo la consabida pipa.

—En tal caso, me limitaré a hacerte una sola pregunta. ¿Le quieres?

Le miró, asombrada. Era aquello lo último que esperaba que él le dijese:

—Naturalmente.

—Entonces, todo va bien —dijo él, sonriendo—. ¿Cuándo se celebrará la boda?

Le vio sonreír y su ira y la expresión de reto de sus ojos se desvanecieron completamente. Sonrió a su vez.

—En cuanto él me lo pida ¡y eso será bien pronto! —contestó.

Cuando volví a mi barco lo primero que hice fue quitarme el uniforme y ponerme un mono. Los depósitos de gasolina estaban llenos (los llené por la mañana porque ya desde el día anterior había formado el propósito de hacerme a la mar en busca de un mítico atún) pero había algo en el funcionamiento del motor que no me gustaba, por lo que decidí repararlo y limpiarlo. Revisé pues émbolos, válvulas, anillos; limpié y engrasé pieza por pieza y antes de que me diera cuenta eran ya las diez de la noche. Entonces descubrí que estaba hambriento.

Miré en la despensa y no vi nada que me apeteciera. Por otra parte estaba medio vacía y tenía que surtirla si quería permanecer todo un día en el mar. Hallé una tienda de comestibles que aún estaba abierta, adquirí lo necesario y me fui a continuación al Greasy Spoon en donde me sirvieron un bistec casi incomible con el consabido botellín de salsa de chile. Con la ayuda de esta salsa picante pude ingerirlo, sin atragantarme. Pero ni la fuerza explosiva de esta salsa mejicana podía disipar el ingrato regusto que dejaba en la boca el malhadado bistec. Mientras lo masticaba penosamente pensaba en lo estúpido que había sido, rechazando la invitación de Nora.

Pero así era yo. Independiente, orgulloso. No quería lazos, ni ataduras de clase alguna.

Quise analizar, después de que hube rematado la deleznable comida, mis confusos y contradictorios sentimientos con respecto a Nora. ¿Por qué huía de ella? ¿Era a causa de su dinero? No. No podía ser por esta última razón. Recordaba el dicho que circulaba entre los estudiantes, en mis días universitarios. Con la misma facilidad puede uno enamorarse de una muchacha pobre que de una muchacha rica. Y esto último es mucho más práctico.

Supe entonces lo que era. Huía de ella porque tenía miedo. Miedo de enamorarme, de perder mi albedrío. Tenía todo aquello por lo que yo siempre había suspirado: encanto, señorío, distinción y unido a todo esto un gran talento artístico y una fiereza de hembra bravía que presentía muy soterrada en ella. La vida con una mujer como ella no sería muy fácil. Aparte de que ignoraba si me correspondía. ¿Qué podía yo ofrecerle?

Rechacé el resto de la comida y me levanté de la mesa. Fui al mostrador, pagué y recogí las bolsas de comestibles. No tenía refrigerador en el barco, por lo que coloqué los comestibles en el suelo del camarote y miré al cielo. Estaba despejado y la luna brillaba de tal modo que casi parecía de día. Miré al mar. Estaba liso, terso; diríase una alberca. Consulté mi reloj. Eran las once y media. Podría anclar a la vista de Coronado hacia la una. Fui y puse en marcha el motor, tras de lo cual subí a cubierta para llevar ancla.

El viaje duró lo que yo había calculado. Cuando detuve el motor y eché el ancla la espuma del mar me salpicó el rostro. Sentí como una caricia la rociada; por lo que me despojé rápidamente de la ropa y salté por encima de la borda al mar.

El nadar en aguas profundas procura al buen nadador una delicia indecible. El océano tiene suaves redondeces y uno las palpa y se ciñe a ellas como si fuera el cuerpo de una mujer, procurando al nadador una laxitud que apacigua sus nervios y lo sume en un estado de sedante reposo.

Al cabo de algún tiempo volví a bordo y recorrí la cubierta con mis pies desnudos chorreando agua. Abrí la puerta de mi camarote, entré en él y al ir a coger la toalla que solía tener colgada en el sitio correspondiente mi mano dio en vacío. Fui a volverme para encender la luz cuando, desde las sombras, se elevó una voz.

—¿Buscas una toalla, Luke?

De las mismas sombras vino volando una toalla; dio contra mí y cayó al suelo. Me agaché para recogerla.

No pude verla. Se hallaba en la oscuridad, dentro del camarote, pero oí su risa.

—¡Cielo santo! ¡Qué flaco estás! Te estuve mirando por la portilla. Se te pueden contar los huesos.

Arrollé, rápido, la toalla a mi cintura. Oí cómo se movía en el estrecho reducto y de repente su cabeza obstruyó el claro de luna que entraba por la portilla. Sentí el contacto de sus manos sobre mis hombros y al volverse, el claro de luna bañó sus facciones. Me abracé a ella y antes de que mis manos la tocaran supe que estaba tan desnuda como yo.

No sé el tiempo que estuvimos en el estrecho camarote, fuertemente abrazados.

—Te quiero, Nora —le dije.

Sentí el estremecimiento de su cuerpo, fundido con el mío.

—Te quiero, Luke. —Apoyó su mejilla en mi pecho—. Te dije que no era una despedida.

La tomé en mis brazos y la llevé hasta la litera.

—No nos despediremos ya más —murmuré. Sus brazos rodearon mi cuello y me arrastraron a una sima de voluptuosidad como jamás había conocido en mi vida.

¡Qué dulce la mentira del amor!

Cuando me desperté en medio de la noche la vi dormida a mi lado, la espalda contra la pared, las piernas recogidas, pues el espacio reducido no permitía extenderlas. Miré, a la luz de la luna, sus largas pestañas, negras y sedosas y me asombré de verla menuda e inocente como una niña. Lentamente se abrieron sus ojos.

Pero volvió a cerrarlos, y al cabo de unos segundos morosamente los abrió de nuevo. Una sonrisa maliciosa iluminó su rostro. Alzó un brazo y atrajo mi cabeza hasta su seno.

—Ven acá, nenín.

Sus senos eran como frutos maduros, rebosantes de savia, firmes, tersos y ardorosos, como dorados por el sol de julio. Los besé apasionadamente y ella lanzó

un suave gemido de sensual delicia.

Más tarde, con el rostro apoyado en mi hombro murmuró blandamente, extática:

—Luke, amor mío. Jamás sentí lo que siento ahora. Te lo juro. Jamás.

Le acaricié tiernamente los cabellos. No le contesté.

Alzó la cabeza y me miró a los ojos.

—No me crees, ¿verdad que no me crees?

—Le di mi asentimiento sin despegar los labios.

—Tienes que creerme. ¡Debes creerme! —dijo fieramente—. Pese a todo lo que diga la gente.

—Te creo.

Con gran asombro de mi parte todo su cuerpo se estremeció y observé los esfuerzos que hacía para no estallar en llanto.

—Hay mucha gente que me odia, que siente envidia de mí... que critica todo lo que hago. Inventan chismes sobre mí y los propagan a diestro y siniestro.

Recuerdo cómo en aquellos momentos me sentí superior a ella, en edad, experiencia, sabiduría.

—No te importe lo que digan de ti. Nadie está libre de las lenguas malignas. Pero yo te conozco y nada de lo que digan puede alterar mi sentir respecto a ti.

Hice que volviera a apoyar su cabeza en mi hombro y después de unos instantes su temblor cesó.

—Luke ¿en qué piensas? —me miró fijamente los ojos—. Luke, tengo que hacerte una terrible confesión.

Me acometió un repentino temor. Si me había mentido acerca de algo que la concernía, no quería saberlo. No quería que nada empañara la visión radiante que tenía de ella. No despegué los labios.

Creo que adivinó lo que estaba pensando, pues se puso a sonreír maliciosamente.

—No sé cocinar.

El alivio que sentí fue más bien cómico. Me eché a reír. A continuación salí del camarote para preparar el café.

Cuando volví observé que había encontrado en algún rincón del camarote un trozo de alambre. Se sentó y se puso a jugar con él mientras yo daba cuenta del café, espeso y humeante. Vi entonces, maravillado, cómo en sus manos aquel trozo de alambre adquiría vida y tomaba finalmente la forma de un hombre en el acto de zambullirse en el agua. Se dio cuenta de pronto de que la observaba, y dejó a un lado la figura.

—¡Sigue, por favor! —le dije—. No sabes lo que daría por tener esas mágicas manos tuyas.

Sonrió.

—A veces me pesa tenerlas. Quisiera no tener ese prurito que no me deja un momento de sosiego. En todo lo que tocan mis manos veo una forma oculta que debo poner al descubierto. Un deseo vehemente que puede más que yo. ¿Puedes

comprenderlo?

—Creo comprenderte. Hay en ti un impulso creador que solo poseen los elegidos de Dios. Muchos ven esas cosas en la materia que nos rodea, pero muy pocos pueden recrearlas.

Miró a la figura de alambre y luego, con un gesto abstraído, la tiró lejos de sí.

—Tal vez tengas razón y me cuente entre los seres elegidos —exclamó, amarga—. ¿Y tú? ¿Qué eres tú?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Nunca me detuve a pensar en ello. Por de pronto soy un tipo como otros muchos que espera a que la guerra termine de una vez.

—¿Y qué harás entonces?

—Me dedicaré a la busca y captura de un empleo. Tal vez consiga, si la suerte me acompaña, levantar unas cuantas casas antes de que me haga viejo y pierda el entusiasmo. Ni siquiera sé si tendré éxito en la construcción. No tuve jamás ocasión de probármelo a mí mismo. De la universidad pasé directamente a la Fuerza Aérea.

—El profesor Bell afirma que eres muy bueno.

—Fui su alumno favorito —le dije—; quizá, por esa razón, se muestre parcial en su juicio.

—Tal vez yo pueda ayudarte. Tengo un primo arquitecto bastante renombrado.

—Lo sé —le dije—. George Hayden. Hayden y Carruthers.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo tu madre.

Me miró reflexivamente y a continuación me pidió con un ademán un cigarrillo. Le tendí uno y se lo encendí. Le dio una prolongada chupada.

—Mi madre no pierde el tiempo.

No le contesté.

Se retrepó en el asiento.

—¡Qué quietud se respira aquí! Se siente una como perdida en una inmensidad vacía, lejos de todo. Ni el menor ruido que hiera tus oídos, nadie que te moleste y turbe tu soledad. Una honda y tremenda calma. Como si se estuviera a solas en otro mundo.

No despegué los labios.

—Luke —dijo sin mirarme—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Sus ojos llamearon, sombríos y claros a un tiempo.

—¿Por qué, entonces, no me lo pides?

—¿Qué puedo ofrecer a una muchacha como tú? —le pregunté a mi vez—. No tengo nada. Ni dinero, ni empleo, ni futuro. No sé incluso si me será posible mantener a una mujer.

—¿Es eso tan importante? Yo tengo lo suficiente...

—Para mí lo es —le interrumpí—. Tocante a eso soy chapado a la antigua.

Se puso de rodillas, junto a mí y cogió mis manos.

—Eso no tiene importancia, Luke. Créeme. Pídeme que me case contigo.

Escruté su rostro, sin pronunciar palabra.

Sus ojos se apartaron de los míos.

—Es decir, si en realidad lo deseas como yo lo deseo. Pero no quiero que te sientas obligado a pedírmelo, por lo que ha ocurrido entre nosotros. Eso no cuenta y deseo que lo sepas.

La cogí por los hombros e hice volver su rostro hacia mí.

—Te quiero —le dije—. ¿Te casarás conmigo?

No despegó los labios; solo me miró e hizo un gesto de asentimiento. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Me incliné sobre ella y la besé tiernamente en los labios.

—Tendré que comunicárselo a Sam.

—¿Sam? —le pregunté.

—Debo hacerlo. Me obliga a ello el pacto que concerté con él. Tendrá que anunciar oficialmente a la prensa nuestro compromiso, antes de que uno de esos columnistas cultivadores del escándalo se nos adelante, babeando sobre nosotros su veneno.

No le contesté.

Posó en mi brazo una de sus manos.

—Sam es un amigo leal.

—La noche que nos conocimos tenías una cita con él —dije.

—¡Oh! no me digas que tienes celos de él.

No le contesté.

—No tengas celos de él. Sam ha sido siempre un buen amigo mío, durante muchos años. Desde que era colegiala.

—Lo sé. Él mismo me lo dijo.

Me miró fijamente.

—Eso es lo que ha sido siempre para mí: un buen amigo. Jamás ha habido cosa alguna entre nosotros, contra lo que pueda decir la gente.

—¿Es esa una de las calumnias a que te has referido antes? —le pregunté.

—Sí. Pero no es más que eso: una asquerosa calumnia.

Fue aquel el primer error que cometí. Creer en la falsedad de aquella calumnia, cuando era ella, Nora, la de la falsedad. La creí entonces, a pies juntillas, prendido en el sortilegio de aquellos ojos, de candoroso mirar y de su voz firme, suavemente modulada. Todo ello desentonaba de su modo de ser, pero esa discordancia no la advertí entonces. Tampoco pensé en que un edificio cimentado sobre una mentira, solo podía levantarse a fuerza de mentiras y que una obra construida de tal forma estaba expuesta a derrumbarse al menor estallido de la verdad. Pero eso no lo sabía yo entonces.

Pensé que todo aquello que ella no deseaba que supiese pertenecía a un pasado

muerto y enterrado; que nada de aquel pasado debía importarme. Yo la quería y ella me quería a mí y el ayer lo dejábamos atrás, muy lejos de nosotros. Me incliné sobre ella y la besé suavemente en las mejillas.

—Te creo —le dije.

Miré a Dani, sentada junto a mí y a continuación a Nora sentada al otro lado de la mesa, entre Harris Gordon y su madre. Sin que pareciera que lo hacía a propósito, había tenido especial cuidado de evitar mis miradas después de nuestras primeras palabras de saludo. Me pregunté si los demonios de la memoria habían vuelto a posesionarse de ella para torturarla, como lo habían hecho conmigo.

Harris Gordon consultó su reloj.

—Creo que debemos prepararnos ya para salir —dijo. Su mirada cruzó la mesa y fue a posarse en Dani—. Sube, muñeca y recoge tu abrigo.

Dani le devolvió la mirada, muy callada; se levantó de la mesa y salió de la habitación. Un silencio un tanto engorroso nos envolvió; aparentemente la niña se había llevado consigo el nexo invisible que hacía posible la comunicación entre nosotros.

Gordon aclaró su garganta.

—Dani irá en el coche con su madre y su abuela. —Se volvió hacia mí—. Le agradeceré que me acompañe, Coronel. Tendremos así ocasión de charlar.

Asentí. Era lo que yo deseaba. Hasta aquí no sabía del asunto más de lo que supe la noche anterior, después de la llamada telefónica. A lo largo del desayuno se había evitado cuidadosamente el hablar de aquello que había originado nuestra reunión.

—Podemos ir en mi coche, mamá —dijo Nora—. Charles lo conducirá.

Un leve suspiro se escapó del pecho de la señora Hayden al ponerse de pie. Me miró con una leve y triste sonrisa.

—Es harto penosa la vejez. No es lo apacible y dulce que uno quisiera que fuera.

Asentí a sus palabras con una sonrisa. Me daba perfecta cuenta de su estado de ánimo.

Cuando Gordon acompañó a la vieja señora hasta la salida, Nora y yo nos quedamos solos. Cogió la cafetera y me dijo:

—¿Más café?

Hice un ademán de asentimiento.

—¿Crema y azúcar?

La miré pausadamente.

Enrojeció:

—¡Qué tonta soy! Me olvidé. Solo. Sin crema. Un solo terrón de azúcar.

Permanecimos unos instantes silenciosos.

—Dani es muy bonita, ¿no te parece?

—Sí, es muy bonita —exclamé sorbiendo mi café.

—¿Qué piensas acerca de ella?

—No sé, verdaderamente, qué pensar. ¡Ha transcurrido tanto tiempo! Y ahora la

he visto solo unos minutos.

Observé en el tono de su voz una nota de sarcasmo.

—No creí que necesitaras tanto tiempo para formar una opinión de tu hija. Solías decir que estabais sintonizados.

—Lo estábamos —dije—. Pero hace de eso muchísimo tiempo. Ha crecido y han ocurrido tantas cosas... No sé, tal vez con el tiempo vuelva a producirse esa compenetración.

—Parecías antes más seguro de tu hija.

Le lancé una penetrante mirada.

—De muchas cosas estaba antes más seguro. Seguro como lo estoy ahora de una cosa. De que en este momento y deliberadamente estás tratando de explotar la palabra *hija*. Si deseas decirme algo, este es el momento más apropiado para hacerlo.

Tuve la impresión de que caía un velo sobre sus ojos.

—Te portas ahora como la primera vez que te conocí. Lastimosamente rudo y zafio.

—No nos engañemos, Nora y gastemos nuestra pólvora en salvas. Si antes, juntos, vivimos una mentira, busquemos ahora, separados, la verdad, sin rodeos y sin frases huecas.

Fijó la vista en el tapete que cubría la mesa.

—¿Por qué viniste? —me preguntó amargamente—. Le dije a Gordon que no te necesitábamos. Solos nos arreglábamos muy bien.

Me levanté.

—No quería hacerlo. Pero si se arreglaban tan bien sin mí, no me explico por qué me llamaron.

Le volví la espalda y me fui al vestíbulo. Sentí un dolor punzante en el estómago. Nora no había cambiado lo más mínimo.

Dani bajaba en este momento por la escalera. La miré y experimenté una extraña sensación de angustia. La que bajaba no era ya una niña. Era toda una mujer. Una mujer a la que yo conocía muy bien. Su madre.

Vestía un traje sastre y se cubría con un abrigo de lana holgado. Llevaba el pelo artísticamente alborotado y un carmín fresco en los labios lozanos. La niña sentada junto a mí durante el desayuno había desaparecido de nuevo.

—¡Papaíto!

Se deshizo el hielo, dentro de mí. La voz seguía siendo la de una niña.

—¿Sí?

Terminó de bajar y dio una vuelta frente a mí.

—¿Qué tal estoy?

—Una verdadera muñeca. —Sonreí y fui a abrazarla.

—No, papá —exclamó—. Vas a despeinarme.

Dejé de sonreír. Seguía siendo una niña, ya que era aquello todo lo que le preocupaba. Pero tal vez fuera otra cosa. Nora solía hacer lo mismo cuando quería lo

que ella llamaba guardar la *línea*. Me pregunté si mi hija había llegado también a pensar como ella.

Me pareció que mi hija se había dado cuenta de mi desazón.

—No te preocupes, papá —me dijo con aquel extraño tono tranquilizador que tomó su voz cuando entró Nora en la habitación—. Todo marchará bien.

Le contesté, mirándola a los ojos.

—Sí. Estoy seguro de que todo irá bien.

—También yo, papá —exclamó con singular énfasis—. Hay cosas que han de suceder forzosamente, se quiera o no.

La escruté tratando de penetrar su pensamiento.

La vieja señora hizo en esto su aparición, seguida de Gordon y de Nora.

—Dígale a Charles que siga mi coche —exclamó Gordon, abriendo la puerta que daba al exterior.

—¿A qué hora debemos estar en el tribunal? —preguntó Nora mientras traspasaba el umbral.

Gordon la miró con expresión de burla.

—Hoy no vamos al tribunal. Nos limitamos sencillamente a devolver a la niña a la custodia de la Sección Juvenil.

—Me alegro. No me siento hoy con ánimos de afrontar un tribunal.

Gordon no contestó y expresando su asentimiento con un ademán se dirigió a donde estaban estacionados los coches.

—Suba usted primero, coronel —me dijo cortésmente.

Al pasar vi a Charles junto a la portezuela del Jaguar de Nora. Al reconocerme sonrió levemente, exclamando:

—Coronel Carey.

—Charles —le dije, sonriéndole y tendiéndole la mano—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, coronel. —Había en su voz una cálida cordialidad—. Dentro de lo penoso de las circunstancias, me alegro de volver a verle, señor.

—Cierra la puerta, Charles —dijo Nora desde el interior del coche.

Charles hizo un signo de asentimiento y cerró la portezuela. Me lanzó una rápida mirada y contornando el coche apresuradamente fue a ocupar su asiento ante el volante.

—¿Vino usted en coche, coronel? —me preguntó Gordon. Le señalé el pequeño Corvair que había alquilado, un pigmeo entre dos gigantes, su Cadillac negro y el Jaguar grisáceo de Nora.

—En ese caso haré que mi chófer nos siga en él —dijo—. Tal vez lo necesite cuando hayamos terminado.

Después de cambiar unas lacónicas palabras con su chófer, tomó el volante y recorrimos el largo paseo de coches que conducía al exterior. El jardinero abrió la verja y traspasamos sus umbrales. Había en la calzada un grupo de periodistas y fotógrafos pero se precipitaron a sus coches cuando vieron que no nos deteníamos.

Gordon hizo una nueva señal y los tres coches doblaron por California Street y pasando por delante de la catedral Grace tomaron la dirección oeste.

Nuestras manos, a un tiempo, fueron a buscar el encendedor del tablero. Riendo retiró su mano. Yo encendí mi cigarrillo y sostuve el mechero para que él encendiera el suyo.

—Gracias —me dijo, sin mirarme—. Espero que no me guardará rencor por lo que ocurrió en nuestro último encuentro.

Le miré, atento. Recordé una fotografía que había visto de Gene Tunney y Jack Dempsey, después del combate en que este había perdido el título de campeón del mundo. Había transcurrido algún tiempo desde la pelea y los dos boxeadores habían coincidido en un banquete. Tunney aparecía sonriente en la fotografía; no así Dempsey. Su ceño fruncido y el gesto amargo de su boca denotaban que aún no había podido asimilar la acidez de su derrota. Comprendí muy bien su sentir.

Por mucho tiempo que haya pasado, a nadie le gusta recordar una zurra. No era yo una excepción. No me gustaba, pero como cualquier otro ser humano, tenía que acostumbrarme a llevar a rastras el penoso recuerdo.

—Procure que aquel éxito que alcanzó usted a expensas mías, lo repita ahora a favor de mi hija. Entonces daré por buena mi derrota.

Se guardó de comentar lo incisivo de mi reacción y se limitó a decir sencillamente:

—Tenga la seguridad de que haré lo imposible para proteger a su hija y sacarla de este grave aprieto en que se encuentra.

Esperé hasta que doblamos por Gough Street y entonces le dije:

—Todo lo que sé de él es lo que usted me dijo por teléfono y lo que he leído en los periódicos. Espero que me dé usted una versión exacta de lo sucedido.

—Por supuesto. —Me miró, curioso—. Supongo que no es necesario que ahonde sobre la clase de relaciones existentes entre Nora y Riccio...

Denegué con un ligero ademán. Conocía a Nora.

—Estuvieron disputando todo el día —dijo—. Al parecer Nora quería poner término a sus relaciones, tanto particulares como profesionales. Le pidió que abandonara la casa inmediatamente. Pero esto, por más de una razón, no le convenía al mozo. Y se negó rotundamente.

—¿Nora quería sustituirlo por otro? —pregunté.

Me miró nuevamente de soslayo y se encogió de hombros.

—No lo sé, ni se lo pregunté. La policía estaba ya en el estudio cuando yo llegué. No creí prudente someterla a un interrogatorio.

—Comprendo —exclamé.

Volvimos a hallarnos en Market Street, en dirección al oeste.

—Aparentemente Riccio había seguido a Nora desde la alcoba hasta el estudio, sin cejar en su disputa. Dani estaba en su cuarto, tratando de estudiar, cuando oyó los gritos de su madre. Bajó corriendo la escalera y vio que Riccio se abalanzaba a su

madre con un gesto de amenaza. Cogiendo lo primero que vio al alcance de su mano, un afilado cincel de escultor que se hallaba sobre la mesa de trabajo, se interpuso entre su madre y Riccio e hirió a este en el estómago. Cuando Riccio cayó al suelo, bañado en sangre, la muchacha tuvo un ataque de nervios y se puso a gritar desesperadamente. Charles fue el primero en acudir al estudio, seguido de la doncella de Nora. Nora le dijo a Charles que por el teléfono de la casa llamara al doctor, y seguidamente sirviéndose del teléfono del estudio me llamó a mí. Yo le aconsejé que notificara inmediatamente a la policía y que cooperara con ella, pero que se abstuviera de hacer declaración alguna hasta que yo llegara. Yo llegué a los veinte minutos escasos. La policía se personó allí diez minutos antes que yo.

Dejé mi colilla en el cenicero.

—Ahora, la verdad desnuda.

—¿Si fuera Nora la que lo mató? ¿Es eso lo que piensa usted?

Hice un gesto afirmativo.

Contestó pausadamente:

—No lo creo, francamente. Hablé con las dos antes de hacer una declaración cualquiera. Sus versiones separadas se corroboraban mutuamente y descartaban toda idea de premeditación.

—Tuvieron tiempo para ponerse de acuerdo.

Volvió a mover la cabeza negativamente.

—He tenido una larga experiencia en casos como este y no suelo equivocarme. Por otra parte no estaban ni una ni otra en condiciones de idear una versión falsa coherente. El estado de las dos rayaba con la histeria. Jamás, en aquel estado, habría podido improvisar una historia consistente.

—¿No había otros testigos?

—Ninguno.

—¿Qué ocurrió entonces?

—El doctor Bonner, que llegó antes que yo, hizo subir a Nora a sus habitaciones y le inyectó un sedante. Entonces, después de pedirle al sargento Flynn que le telefonara a usted, me fui a la Jefatura de Policía con Dani y allí prestó la muchacha la correspondiente declaración. Se la leí y contra mi consejo insistió en firmarla. De la Jefatura de Policía fuimos al Departamento Juvenil y allí quedó Dani bajo la custodia del personal del departamento. Por fortuna pude persuadir al funcionario de guardia a que llamase al juez del Tribunal Juvenil y este, después de consultar con el doctor Bonner y a demanda de este, permitió que Dani pasase la noche en su casa. La llevé entonces a la casa de su abuela y desde allí le telefoneé a usted.

Nos hallábamos ahora en Portola Drive y corríamos monte arriba. Miré hacia atrás. El Jaguar de Nora rodaba a corta distancia de nuestro coche y hacia la izquierda podía verse una extensa parte de la ciudad. Sobre la derecha veía las señales familiares de la construcción. Íbamos acercándonos a un enorme cartelón:

Hasta aquí venía yo a comprar nuestros árboles de Navidad cuando Nora y yo estábamos casados. Recuerdo que en cierta ocasión consideré que era este un lugar apropiado para la construcción, pero por los problemas que presentaba el desmonte y la falta de cooperación del municipio, el proyecto fue abandonado. Pero la tierra escaseaba ahora y había adquirido mayor valor. Por lo visto las autoridades habían cambiado de criterio.

Miré las casas con ojo crítico. Era un buen trabajo el que estaban haciendo.

Me volví hacia Gordon.

—¿Qué fue exactamente lo que le decidió a llamarme?

Se encogió de hombros.

—En realidad, no lo sé. Supongo que obedecí a un presentimiento, o a una corazonada, como usted quiera llamarlo. Tuve la sensación de que teniéndolo a mano, cerca de mí, sería más fácil ganar la partida.

—¿Pensó eso no obstante lo que dijo Nora la última vez que nos vimos ante el juez?

No contestó al pronto. Cuando llegamos a la cumbre del monte el coche hizo un viraje cerrado hacia la derecha y tomó por la avenida Woodside. A nuestra derecha vimos una hilera de edificios de un verde oscuro. Gordon condujo el coche por un camino lateral que contornaba uno de los edificios y se detuvo ante una puerta sobre la cual un letrero decía:

DIVISIÓN JUVENIL

Gordon paró el motor y se volvió para mirarme fijamente a los ojos. Con una entonación clara y terminante me dijo:

—Lo que yo piense o deje de pensar no tiene importancia alguna. Lo que cuenta es lo que usted piense. La responsabilidad es suya. O es usted su padre, o no lo es.

Abrió la portezuela y saltó al suelo. Oí que un automóvil se aproximaba al nuestro. Miré por el retrovisor y vi el Jaguar de Nora. Fui a coger la manija de la portezuela.

Los reporteros y los fotógrafos nos rodearon antes de que se detuviera el coche de Nora. Gordon, adosado a una puerta, me hizo una señal.

—Tráigala hacia aquí lo más rápido que le sea posible.

Hice un ademán afirmativo y me abrí paso hasta la portezuela del coche. Nora fue la primera en bajar. Yo la ayudé cogiéndole una mano. Relampaguearon los *flashes*. Se volvió y me ayudó a bajar a Dani. Sus manos estaban heladas; las sentía temblar entre las mías.

—No les mires, cariño. Déjate llevar por mí.

Dani asintió, silenciosa y nos encaminamos hacia la puerta. Los reporteros se apiñaron a nuestro alrededor y nos obligaron a detenernos.

—Pose un momento para una fotografía, por favor —gritó uno de ellos.

Tuvo Dani un momento de indecisión, como si aquella voz autoritaria la forzase a una instintiva obediencia, pero yo seguí empujándola hacia la puerta.

—No te vuelvas, cariño. Sigue andando.

Gordon se unió a nosotros y formamos un cerco en torno a Dani.

—Por favor, amigos míos, apártense —imploró Gordon—. No atosiguen a la pobre criatura. ¡Tengan consideración con ella!

—¡No hable de consideración, señor abogado! ¿Acaso la tuvo ella con el pobre Riccio? —La voz, bronca y desabrida, partió de uno de los extremos del grupo—. Déjenos fotografiarla... merece los honores de la primera plana.

Dani palideció intensamente y sus rodillas flojearon. Rodeé su talle con un brazo y blandí airado el otro, cerrado el puño.

—¡Déjenla en paz o les rompo el cuello! —grité.

Se aquietaron de repente, ignoro si por mi actitud indignada o por el sonrojo que les produjo las palabras de su colega, y los que se hallaban más cerca de nosotros se apartaron. Pude así llegar hasta la puerta y traspasar sus umbrales, seguido de Nora y de Gordon. Este cerró la puerta tras de nosotros.

Dani se había abrazado a mí y tenía medio cerrados los ojos. Estaba tan pálida que el escaso maquillaje que llevaba en la cara se destacaba de esta sombríamente. La estreché con ternura en mis brazos.

—Nena, nenita, ¡serénate! —le dije.

Percibía el temblor convulsivo de su cuerpo. Trató de hablar, pero no pudo decir palabra. Su temblor aumentó.

—Llévela a ese banco de ahí, señor Carey —dijo una enfermera vestida de blanco. No la había visto entrar.

Conduje a Dani hasta el banco y nos sentamos en él. Seguía con la cabeza apoyada en mi pecho. La enfermera se inclinó con un frasco de sales en la mano.

—Dele a aspirar estas sales, señor Carey —dijo, solícita.

Tomé el frasco y lo acerqué a las narices de Dani. Llegó hasta las mías su olor picante. Dani lo oliscó y tuvo un acceso de tos.

La enfermera me cogió el frasco y me entregó un vaso de agua. Llevé este a los labios de Dani. Bebió un sorbito y luego otro y otro, pausadamente.

Me miró, agradecida. Habían vuelto los colores a su cara.

—Ya me encuentro mejor, papaíto —murmuró.

—¿Estás segura?

Hizo un ademán afirmativo. Sus ojos eran como los de su madre, de un violeta oscuro, pero más suaves y tiernos. En estos momentos, sin embargo, reflejaban cansancio, pesadumbre y como una vejez repentina.

—Tendré que acostumbrarme a todo eso —exclamó, doliente—. Hay que dar tiempo al tiempo.

—No tienes que acostumbrarte a nada —le respondí, reprimiendo a duras penas mi indignación.

Sonrió.

—No te preocupes, papá. Pronto estaré bien.

Sentí clavados en los míos los ojos de Nora. Conocía aquella mirada. La había captado antes muchas veces cuando nos miraba a Dani y a mí. Como si fuéramos dos individuos de otro planeta. Una llamarada del viejo rencor cruzó su cara.

—Si se siente mejor, señorita —dijo la enfermera— tenga la bondad de ir a la mesa de registro.

Dani asintió. Al ir a levantarse yo la cogí del brazo, pero ella rechazó mi ayuda, apartando mi mano. Comprendí que había sorprendido la mirada de su madre.

—Ya estoy bien, papá.

La seguí hasta la pequeña mesa de registro. Sobre la pared desnuda veíanse pintadas estas palabras:

REGISTRO DE MUCHACHAS

Tenía todo aquello el sórdido aspecto de un hotel barato.

Bajo aquellas palabras podían leerse, más menudas, las siguientes:

No se les permitirá a las jóvenes reclusas más maquillaje que una ligera sombra de carmín en los labios. Todo lo que posean deberá depositarse en esta mesa antes de ingresar en los cottages.

Detrás de esta mesa se hallaba sentada una mujer de cabellos grises, de apacible aspecto.

—Su hija no tiene que firmar de nuevo su ingreso, señor Carey. Lo firmó ya anoche. Todo lo que tiene que hacer ahora es depositar aquí todos los objetos de valor que lleve encima.

Dani colocó su bolso encima de la mesa.

—¿Puedo quedarme con un peine y una barrita para los labios?

La mujer hizo un ademán afirmativo.

Dani abrió el bolso y sacó de él una barrita y un peine. Luego se quitó el reloj pulsera y lo metió en el bolso. A continuación desprendió de su cuello un collar sencillo de perlas y lo metió también en el bolso. Finalmente quiso sacarse la sortija que llevaba en un dedo, mas por muchos esfuerzos que hizo no lo consiguió. Lanzó a la mujer una mirada interrogadora.

—Lo siento, Dani, pero tiene que quitárselo —dijo la mujer con suma gentileza.

Dani llevó el dedo a sus labios y lo chupó repetidas veces. Por fin salió el anillo, dejando un cerco blanco. Lo iba a echar en el bolso con los demás objetos pero se detuvo, vacilante, y volviéndose hacia mí, me lo entregó.

—¿Quieres guardármelo, papá?

Había algo en su voz que me obligó a mirar el anillo. Me dio un vuelco el corazón, recordando una cálida tarde en La Jolla, mucho tiempo atrás. Ella tenía seis años de edad: los había cumplido aquel día y yo me había gastado mis últimos quince dólares en aquel anillo de oro de catorce quilates. Hice que grabaran en él tres iniciales: D. N. C. Danielle-Nora-Carey. Advertí por unas señales cómo, al correr el tiempo, lo habían ensanchado. Durante unos instantes quedé sin habla. Hice un leve gesto de asentimiento y con sumo cuidado metí el anillo en uno de mis bolsillos.

Entonces volvió a abrirse la puerta y entró en la estancia la señora Hayden.

—¡Esos malditos reporteros! ¡No me recaté de decirles lo que pensaba de ellos!

Vino hacia donde estábamos y posó su mirada en Dani.

—¿Estás bien, hijita?

—Muy bien, abuela.

—Ahora ya puede irse —exclamó la mujer sentada a la mesa con una entonación suave y a la vez terminante—. La señorita Geraghty la acompañará hasta los *cottages*.

Un súbito sobresalto alteró las facciones de Dani. Sus ojos se ensombrecieron, llenos de temor.

La señorita Geraghty la tranquilizó:

—No tema, señorita. Aquí la cuidaremos bien.

Dani lanzó un hondo suspiro. Fue hasta donde estaba su madre y alzó sus labios para besar la mejilla de Nora.

Este fue el momento que eligió Nora para exhibir sus dotes dramáticas.

—¡Nena, nenita mía! —gritó—. ¡No les dejaré que me separen de ti, nenita de mi alma!

Era más de lo que necesitaba la pobre criatura. En una fracción de segundo se halló en los brazos de su madre, sollozando histéricamente. En un momento todos se

apiñaron en torno a ellas poseídos de una honda emoción. Este era otro de los talentos de Nora. Hasta la enfermera, que debía de estar acostumbrada a escenas como esta, tenía lágrimas en los ojos.

Rápida y profesionalmente la enfermera desprendió a Dani de los brazos de su madre y la hizo salir de la habitación por otra puerta. Sobre ella había un letrero que rezaba:

HACIA LOS *COTTAGES* DE LAS JÓVENES
RECLUSAS.

Nora sin dejar de sollozar se volvió hacia Gordon. Este le dio un pañuelo y Nora rápidamente se cubrió con él los ojos, no sin que yo atisbara en ellos una llamarada de triunfo. Vi cómo se dirigían a la puerta y entonces me volví hacia la señora Hayden.

Observé en su rostro una expresión de gravedad y tristeza.

—¿No querrá volver a casa y almorzar con nosotras? Tenemos que hablar de tantas cosas...

—No, gracias —le dije—. Quiero volver a mi hotel y descansar un buen rato. Toda la noche última la he pasado desvelado.

—Entonces, dejémoslo para el domingo. Venga a cenar conmigo. No habrá nadie más. Usted y yo solos.

Me pregunté cuál sería su propósito. La buena señora jamás hacía algo sin una razón determinada.

—Veré —le dije—. De todos modos, la llamaré.

Me contempló, calladamente, unos instantes. Luego exhaló un largo y hondo suspiro.

—No tenga miedo de mí, Luke. Quiero entrañablemente a la niña. De veras.

La expresión de ansiedad y de imploración que leí en sus ojos me convenció de que decía la verdad. Era la primera vez que solicitaba de mí el ser creída.

—Sé que usted la quiere, mamá Hayden —le dije.

Me miró, agradecida.

—De cualquier forma, llámeme.

—Lo haré, téngalo por seguro.

Observé cómo se dirigía hacia la puerta y la abría para salir al exterior. Cuando la hubo cerrado me volví hacia la encargada del registro que se disponía a teclear nuevamente en su máquina.

—¿Cuándo podré visitar a mi hija? —le pregunté.

—Las horas usuales de visita son de dos y media a tres todos los domingos. Pero a veces se hacen excepciones con las nuevas reclusas.

—Me conformaré con las horas indicadas.

—Cuando venga, sírvase pasar por aquí, señor Carey. Tendré listo el pase.

—Gracias.

Salí al paseo de coches. Ya no estaba allí el Jaguar de Nora y la mayor parte de los reporteros se habían ido, pero Gordon permanecía junto a su negro Cadillac hablando con los dos periodistas que habían quedado rezagados del grupo. Me hizo una; señal y me reuní con ellos.

—John Morgan del *Chronicles* —dijo Gordon, indicando al más alto de los dos— y Dan Prentiss de la Prensa Asociada.

—Le presento mis disculpas por aquella estúpida observación, señor Carey —dijo Morgan—. No quiero que piense que todos los periodistas somos así.

—Lo mismo digo, coronel —se apresuró a decir el de la Prensa Asociada—. Cuento con toda mi simpatía y consideración, señor y si puedo ayudarle en algo no vacile en llamarme.

—Gracias, caballeros.

Después de estrechar mi mano, se fueron. Me volví hacia Gordon.

—¿Y ahora, qué?

Después de lanzar una ojeada a su reloj me miró y dijo:

—Tengo que volver a mi despacho. Toda la tarde estaré ocupado. ¿En dónde puedo alcanzarlo, a eso de las seis?

—Estaré en el hotel.

—Bien. Allí le llamaré y fijaremos una cita para que podamos terminar nuestra conversación. —Sonrió, súbitamente—. No me había equivocado, ¿sabe usted? En un aprieto, es usted un hombre que ni caído del cielo. Estuvo magnífico hace poco.

—No hice nada.

—¡Vaya si hizo! Su reacción fue admirable. Gracias a ella todos los chicos de la prensa se han puesto de nuestro lado.

—Los auténticos, claro está.

La forma de decir estas palabras me sorprendió.

—¿Los auténticos? ¿Qué quiere decir? ¿No fue un reportero auténtico el que lanzó aquella frase estúpida?

Sonrió entre dientes.

—No, no era un periodista. Fue mi chófer. Por un momento temí que no llegara a tiempo para representar su pequeña comedia.

Le miré, la boca abierta. Debí de haberlo imaginado. Su reputación de abogado astuto, avezado a todos los ardides, no la había usurpado ciertamente.

Abrió la portezuela de su coche.

—A propósito. Aquí tiene sus llaves. Su coche lo encontrará aparcado abajo en la calle. Recogeré a mi hombre más lejos, en un ramal apartado. No podía correr el riesgo de que alguien lo reconociera.

Cogí las llaves y vi cómo subía a su coche. Estuve allí unos momentos hasta que el Cadillac hubo desaparecido de mi vista; luego, lentamente, me encaminé al lugar

en donde se hallaba mi coche.

Pasé por delante de una cerca de espino artificial, tras de la cual veíanse, en hilera, unas casetas de madera de un tipo uniforme. Me acerqué a ella y permanecí unos instantes mirando aquellas casetas. En una de ellas estaba seguramente mi hija. Pensé, dolorido, en su soledad.

Me pregunté si Nora sentiría por su hija la angustia tremenda que yo sentía. Y luego, insidiosamente, como solía hacerlo, Nora tomó posesión de mis pensamientos y estos recrearon visiones de un pasado que creía muerto y olvidado.

Las tres semanas que me quedaban de licencia fueron lo que duró nuestra luna de miel. Y lo que, en cierto modo, duró también nuestro matrimonio. Porque pasaron cerca de dos años antes de que yo regresara. Hacía ya un año que la guerra había terminado por aquel entonces y no nos fue posible reanudar lo que el tiempo había desunido. Nora no había ido al aeropuerto para verme partir porque no le gustaban las despedidas. Tampoco se hallaba en el aeropuerto cuando regresé, mas sí su madre.

La vieja señora estaba en el campo cuando descendí del avión. Nada de sala de espera para ella. Me tendió la mano:

—Luke, bien venido a casa. Me alegro de verle de nuevo entre nosotros.

La besé en la mejilla.

—También yo me alegro —dije—. ¿En dónde está Nora?

—Lo siento, Luke. Pero su cable no llegó sino hasta ayer. Se encuentra en Nueva York.

—¿Nueva York?

—Esta noche inaugura su primera exposición de posguerra. No teníamos la menor idea acerca de su regreso. —Advirtió la expresión de desencanto que se pintó en mi cara—. Nora se alteró mucho cuando la llamé esta mañana y le comuniqué su llegada. Quiere que le telefonee tan pronto como llegue a casa.

Quise sonreír, pero la sonrisa quedó en mueca amarga. Esas cosas solo me sucedían a mí. La tónica de todo un año. Cada vez que creía poder evadirme de mis obligaciones militares surgía algo que me obligaba a quedarme en algún punto del mapa, por lo regular remoto. Aquel malhadado ascenso a coronel, en vez de una recompensa fue para mí un castigo. Todos los demás componentes de mi grupo hacía ya seis meses que habían vuelto a sus hogares.

—¿Se encuentra bien? —pregunté. Nora no era dada a las efusiones epistolares. No creo que estas alcanzaran un promedio de una carta al mes. Si no hubiese sido por su madre, habría perdido por completo contacto con ella. La vieja señora me escribía regularmente, por lo menos una vez a la semana.

—Perfectamente. Ha estado trabajando muy duro para preparar su exposición. Pero ya conoce a Nora. —Me miró, burlona—. Solo piensa en su arte y a él se entrega en cuerpo y alma, totalmente.

—Así es.

Cogió mi brazo.

—Vámonos ya. Ahí fuera tengo el coche. Charles recogerá el equipaje.

Charlamos camino de casa. Tuve la impresión de que mi suegra estaba más nerviosa de lo que exteriormente aparentaba. En cierto modo era comprensible. En realidad era esta la primera vez que teníamos ocasión de poner a prueba nuestro

precario parentesco. Yo mismo estaba un tanto desconcertado.

—El número de Scaasi lo encontrará sobre la mesa de la biblioteca, junto al teléfono —me dijo cuando entrábamos en la casa.

Siguió al mayordomo que, con mis maletas, subía la escalera y yo entré en la biblioteca. El número de teléfono, anotado en un trozo de papel, estaba allí donde me había indicado. Cogí el teléfono y di el número a la operadora. No tardé mucho en obtener la comunicación.

—Galerías Scaasi —dijo una voz. En el fondo se oía un sordo y confuso rumor de voces.

—La señorita Hayden, por favor.

—¿Quién llama?

—Su marido, desde San Francisco —dije.

—Un momento, por favor. Trataré de localizarla.

Esperé lo que me pareció un tiempo interminable. Al cabo de un rato la misma voz de antes me llegó por el alambre.

—Lo siento, señor Hayden, pero no he conseguido encontrarla.

Señor Hayden. Fue esta la primera vez que me llamaron así. Pero no fue la última. Aunque finalmente me sacara de quicio, esta vez me pareció muy divertido.

—Mi nombre es Carey, señorita —le dije—. ¿Por casualidad se encuentra ahí Sam Corwin?

—Voy a verlo. Espere un momento.

Un momento después oía la voz de Sam en el teléfono.

—Hola, Luke. Bien venido.

—Gracias, Sam. ¿En dónde está Nora?

—No lo sé —dije—. La vi por aquí hace un minuto. Estaba esperando su llamada. Pero ya sabe cómo son estas exposiciones y especialmente el día de la inauguración. Tal vez se haya ido a cenar. En todo el día no ha probado bocado. Ha sido un día fatal.

—Ya me lo imagino. ¿Y cómo ha ido todo?

—A las mil maravillas. Antes de que abriera la Exposición, Scaasi había vendido ya las obras más importantes. Los resultados superan todo lo previsto.

Poco podía decir después de esto.

—Dígale que en cuanto pueda me llame. —Consulté mi reloj. Eran, aquí, las seis de la tarde. En Nueva York eran las nueve—. Estaré aquí toda la noche.

—Téngalo por seguro, Luke. Está en la casa de la madre de Nora, ¿verdad?

—Así es.

—Haré que le llame en cuanto la vea.

—Gracias, Sam —dije—. Adiós.

Colgué el receptor y salí de la biblioteca. La señora Hayden me estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Habló con Nora?

—No. Según parece se fue a cenar.

No pareció mi suegra muy sorprendida.

—Le dije que usted la llamaría a eso de las seis.

No sé por qué me puse a defender a Nora.

—Tuvo un día muy agitado, me dijo Sam. Ya sabe usted cómo son esas inauguraciones en Nueva York.

Me miró como si fuera a decir algo, pero al parecer cambió de pensamiento.

—Debe de estar agotado después de un vuelo tan largo. ¿Por qué no va arriba y se refresca un poco? Antes de una hora se servirá la cena.

Subí a mi cuarto y ella se encerró en la biblioteca. Lo que no supe hasta mucho tiempo después fue que volvió a llamar a Sam Corwin.

Sam, en Nueva York, cogió el receptor, sabiendo muy bien a qué atenerse.

—Sí, señora Hayden.

La voz de la vieja vibraba tajante, colérica.

—¿En dónde está mi hija?

—No lo sé, señora Hayden.

—Le dije, sin embargo, que se arreglara para que estuviese ahí cuando su marido la llamara.

—Le di a Nora su mensaje, señora Hayden. Me aseguró que esperaría su llamada. Pero cuando telefoneó Luke, ya se había ido.

—¿A dónde fue? —repitió la señora Hayden.

—Se lo he dicho ya. No lo sé.

—Pues vaya a buscarla. Inmediatamente. Y díglele que quiero que me llame a casa sin perder un segundo.

—Sí, señora Hayden.

—Y quiero además que la ponga en el primer avión que salga para San Francisco. No deje de hacerlo. ¿Me oye usted, señor Corwin? —Su voz tenía vibraciones metálicas, de hoja de acero.

—Sí, señora Hayden. —Percibió en su mano el chasquido del receptor al ser colgado. Lentamente colgó el suyo. Se frotó las sienes con las manos. Todo parecía indicar el comienzo de un buen dolor de cabeza. Nora podía hallarse en uno de entre cien lugares diferentes.

Se abrió paso por entre el público que llenaba los salones de Scaasi y salió a la calle. La Calle Cincuenta y Siete estaba casi vacía. Miró a un lado y a otro de la calle, tirando mentalmente una moneda al aire. Después de un momento de reflexión, tomó su partido. Cruzó la calle y se encaminó a Park Avenue. Si tenía que iniciar un periplo, partiría de un lugar elevado y de allí iría descendiendo. El Morocco era, para este propósito, un lugar como otro.

Se encaminó a él, pero al cruzar Levington en busca de la calle Cincuenta y Cuatro, una droguería muy iluminada le hizo cambiar de idea. Obedeciendo a un impulso de su subconsciente entró en el establecimiento y llamó por teléfono a un

detective conocido suyo.

Eran ya más de las dos de la madrugada cuando tras de intensa búsqueda lograron localizarla. En un sótano de la calle Octava en pleno Greenwich Village^[3].

—Aquí es —dijo el detective. Olisqueó el aire denso y viciado—. Con solo respirarlo ve uno visiones.

Sam golpeó la puerta con los nudillos. Tenía que estar allí. Se había encontrado con el mozalbete en un bar de la Avenida Octava que solían frecuentar los actores desocupados. Sam se enteró con gran sorpresa de su parte que Nora había estado viendo casi constantemente al muchacho desde su llegada a Nueva York. Esto le produjo un gran desconcierto porque estaba convencido de la eficacia de las medidas que había tomado para vigilar todos los pasos e idas y venidas de su representada.

Transcurridos unos momentos, una voz ronca desde el otro lado de la puerta les dijo:

—Largo de aquí. Estoy ocupado.

Sam golpeó de nuevo la puerta, esta vez con más vigor.

Vibró una voz airada:

—¡He dicho que no me molesten! Estoy ocupado. ¡Largo de aquí!

El detective examinó la puerta, y a continuación puso el pie en la cerradura. Al parecer no tuvo que empujar muy fuerte; la puerta se abrió de par en par con el consiguiente estrépito.

De las sombras que invadían el cuarto surgió un jovencillo que cargó sobre ellos. De nuevo el detective dio pruebas de su singular eficacia. Con un golpe seco y preciso que nadie vio cortó en flor el ímpetu del mozalbete, y este cayó redondamente al suelo. Desde él miró, espantado, a los intrusos.

—¿Está aquí Nora Hayden? —preguntó Sam.

—No hay aquí nadie que se llama así —contestó el joven, frotándose la dolorida barbilla.

Sam le miró unos instantes sin pronunciar palabra, luego pasó por encima de su cuerpo y se dirigió a la puerta del fondo. Antes de que llegara a ella se abrió. Y apareció Nora.

Estaba completamente desnuda, con un cigarrillo entre los dientes.

—Mi precioso Sam. —Se echó a reír—. ¿Has venido a divertirme un rato? Porque supongo que aquello, a estas horas, estará aburridísimo—. Le volvió la espalda y entró de nuevo en el cuarto—. Anda, ven —le dijo por encima del hombro—. Aquí hay morisqueta como para surtir a todo el ejército mejicano.

Sam se abalanzó a ella y asiéndola por los hombros la forzó a volverse. Le arrancó de los labios el cigarrillo, lo estrujó y lo arrojó al suelo. El olor acre de la marihuana le hizo estornudar.

—¡Vístete!

—¿Para qué? —preguntó, bravía.

—Vas a volver a casa.

Volvió a reír.

—¡Hogar, dulce hogar! ¡Por humilde que sea, nada hay como el hogar, el dulce hogar!

Sam le cruzó la cara. La resonante bofetada estuvo a punto de hacerla caer al suelo.

—¡He dicho que te vistas!

—Un momento, un momento. —El jovencillo estaba ahora de pie y sujetándose con una mano los pantalones negros se dirigía a Sam—. ¡Usted no puede hacer eso! ¿Acaso es su marido o su amante o cosa parecida?

Nora se echó nuevamente a reír.

—¡Esa sí que es buena! ¿Ese mi marido o mi amante? ¡No me hagas reír, que estoy hilvanada! Es un perro de guarda contratado por mi mamaíta linda. Mi marido está a cinco mil millas de aquí.

—Tu marido está en San Francisco. Llegó allí ayer tarde. Te ha estado llamando por teléfono inútilmente.

—Ha estado fuera dos años. Unos días más o menos ¿qué importancia tienen?

—No te das cuenta de lo que te he dicho —dijo Sam—. Luke ha regresado y está en tu casa, en San Francisco.

Nora le miró con una expresión sarcástica:

—¡Magnífico! Lo recibiremos con música, banderas y gallardetes desplegados al viento.

De repente su rostro palideció intensamente y se precipitó al cuarto de baño. Sam oyó el rumor inequívoco de sus jadeos y bascas, y poco después el del agua corriente. Al cabo de unos minutos salió del cuarto; con una mano mantenía sobre su rostro una toalla mojada.

—Estoy muy mala. No sabes lo mala que estoy.

—Lo sé.

—No. No lo sabes —dijo—. Nadie lo sabe. ¿Acaso sabes lo que siento, noche tras noche, cuando me acuesto sola, con un desasosiego que nada puede calmar?

—Das al sexo una importancia que no tiene.

—Para ti no la tendrá —dijo, indignada—, pero yo soy distinta. Soy una artista y después de todo un día de trabajo, de creación, me siento sobreexcitada. No puedo dormir y tengo que hacer algo para aplacar mis nervios.

—¿No has probado una ducha de agua fría?

—¡Muy gracioso! —dijo—. ¿Crees tú que todas mis obras salen de aquí? —Se tocó la frente—. ¡Pues no, no brotan de ahí! ¡Brotan de aquí! —Tocó con sus manos su cuerpo desnudo—. ¡De aquí, de aquí salen, y al irse dejan un hueco, un vacío! ¡Y ese vacío tengo que llenarlo, una y otra vez! ¿Puede usted comprender eso, señor crítico de arte?

Sam señaló la ropa de Nora desparramada sobre la cama deshecha.

—Anda, vístete. Tu madre quiere que llames a Luke inmediatamente.

Le miró ahora, un tanto turbada.

—¿Sabe mamá...?

Le lanzó una mirada penetrante.

—No hay nada que tu madre no sepa acerca de ti. Me lo reveló el mismo día en que nos pusimos de acuerdo para que yo fuera tu agente.

Se dejó caer sobre la cama.

—Jamás me dijo a mí que lo supiera.

—No tenía objeto. No habría alterado el curso de los acontecimientos.

Las lágrimas comenzaban a arrasar los ojos de Nora.

—No puedo —exclamó— no puedo volver a casa.

—Sí, sí puedes. Tu madre me dijo que te pusiera en el primer avión que saliera para San Francisco, después de que hubieses hablado con Luke.

Le miró, inquisitiva.

—¿Dijo eso?

—Sí.

—Y a propósito de Luke, ¿lo sabe él también?

—Que yo sepa, nada sabe todavía de tus... deslices. Me figuro que tu madre querrá que siga ignorándolos.

—Nora permaneció unos instantes silenciosa; lanzó un hondo suspiro y exclamó:

—¿Crees que podré corregirme? Ahora que Luke ha vuelto no pasaré las noches sola.

Comenzó a vestirse, presurosa.

—¿Crees que me conseguirás un pasaje esta madrugada?

Parecía ahora una chiquilla agitada, impaciente.

—Saldrás en el primer reactor con rumbo a California.

Sonreía ahora, feliz y contenta.

—Ya verás. Seré una buena esposa para él.

Se puso el sostén y volviéndole la espalda le dijo:

—Abróchame, Sam.

Se inclinó y le abrochó el sostén. Se puso el vestido y volvió al cuarto de baño. Cuando salió de él al cabo de unos minutos, limpia y lozana, su aspecto era el de una jovencita que acabara de salir de la ducha matutina, después de una noche tranquila y reposada.

Se acercó a él, súbitamente, y le estampó un beso en la mejilla.

—Gracias, Sam, por haberme encontrado. Tenía un miedo terrible de volver a casa. No me sentía con ánimos para enfrentarme con él. Pero ahora sé que todo irá bien. Yo quería que me encontrases, y así ha sido.

La miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Si querías que te encontrase, ¿por qué no dejaste unas letras?

—Tenía que ser así —dijo—. Alguien, fuera de mí, tenía que saberlo. Abrió la puerta—. Vámonos.

Cruzaron la habitación contigua y salieron a la escalera sin mirar al mozalbete, sentado en una silla.

Charles puso en la mesa, frente a mí, el vaso de zumo de naranja. Esto sucedía dos meses después de lo anteriormente relatado. Cogí el vaso y empecé a beber cuando entró en la habitación mi suegra.

Me dirigió una sonrisa.

—Buenos días, Luke. —Se sentó y desplegó su servilleta—. ¿Cómo se encuentra Nora esta mañana?

—Muy bien —le dije—. Durmió toda la noche apaciblemente. Ya no tiene por la mañana aquellos terribles mareos que sufría al principio.

Hizo un gesto afirmativo.

—Nora es una chica fuerte y sana y todo irá como una seda.

Asentí a sus palabras. Hacía apenas mes y medio que me hallaba en casa cuando Nora descubrió que estaba encinta. Una tarde al regresar de la oficina la encontré presa de un tremendo ataque de nervios. Tendida a través de la cama, en nuestra alcoba, sollozaba histéricamente.

—¿Qué ocurre? —le pregunté. Ya me había acostumbrado a sus arrebatos.

—¡No lo quiero creer y no será, no será! —Se enderezó y se puso a chillar.

—Tranquilízate. Nora. Y dime ¿qué es lo que no será?

—¡Ese estúpido doctor! Dice que estoy embarazada.

Sonreí entre dientes, a pesar mío.

—¿Qué tiene eso de extraño? Son cosas que suelen suceder.

—¿Te parece muy divertido, verdad? Todos los hombres sois lo mismo. Os sentís muy orgullosos y viriles, ¿verdad?

—No quiero analizar mi sentimiento, pero desde luego no es nada desagradable.

El llanto había desaparecido ya de sus ojos y toda su indignación la concentraba ahora en mí.

—Para ti el tener un hijo no representa nada. No entorpecerá *tu* trabajo. No alterará la forma de *tu* cuerpo, ni te engordará, ni te hará feo y repulsivo hasta el punto de que nadie te mirará ya a la cara.

Clavó en los míos sus ojos llameantes de rabia.

—No lo tendré. —Lanzó un grito histérico—. Me desharé de él. Iré a ver a un doctor que...

Fui hasta ella, indignado.

—¡No harás tal cosa!

—¡Trata de impedírmelo! —gritó; saltó de la cama y se dirigió a la puerta.

Le cerré el paso; la así por los hombros y la volví hacia mí.

—Te lo impediré —le dije, tajante.

Sus ojos llamearon, airados.

—¡Yo te importo un comino! Te es igual que muera de parto. Lo importante para ti es el hijo.

—No es cierto. Lo que me importa es tu salud. Los abortos provocados son peligrosos.

El enfado desapareció lentamente de sus ojos.

—Es cierto que me quieres, ¿verdad?

—Sabes muy bien que te quiero.

—¿Y cuando llegue el bebé me seguirás queriendo, aún más que a él?

—Tú eres lo único que poseo en el mundo, Nora. Un hijo es algo distinto por completo.

Estuvo callada unos segundos.

—Es un hijo, un varón, lo que tendremos.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté—. Los nenes no se hacen en el estudio, como las estatuas.

Me miró a los ojos.

—Lo sé. Todos los hombres desean un hijo y tú tendrás uno. Yo me arreglaré para que lo tengas.

—De todos modos, no te esfuerces mucho. Una nena haría igualmente mi felicidad.

Se desasíó de mis brazos y corrió a mirarse en el espejo.

Se desprendió del *negligée* que cayó al suelo y poniéndose de lado miró el reflejo en aquel, de su cuerpo desnudo.

—Mira. Ya se me está formando una barriguita.

Sonreí entre dientes. Estaba lisa como una tabla.

—Estás viendo visiones, Nora.

—No es verdad. El doctor me dijo que en algunas mujeres se nota el embarazo desde el primer mes. Además me siento más pesada.

—Pues no lo pareces.

—No, ¿verdad? —exclamó. Y al volverse y ver su sonrisa agregó—: Voy a demostrártelo.

Se echó a reír y de un empujón me hizo caer de espaldas sobre la cama. Retozamos; ella siempre encima de mí. Me besó, e hizo que su cuerpo gravitara estrechamente sobre el mío.

—¿Eh, qué me dices?

—Que me parece muy bien.

—¿Verdad que sí? —Su voz se había hecho de repente baja, ronca: un signo que me era ya familiar. Me besó de nuevo y sentí sobre mí los estremecimientos de su cuerpo.

—Un momento, querida —le dije, cauteloso—. ¿Crees tú que es prudente...?

—No seas tonto. El doctor me dijo que llevara la vida normal de siempre. Solamente que evitara un peso excesivo sobre mí. Que en estos casos era preferible la

superioridad de la mujer.

—¿La superioridad de la mujer? —le pregunté fingiendo ignorancia—. Yo estaba convencido de la superioridad del hombre.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Es el hombre el de la posición supina y la mujer...

Obré como si estuviese aprendiendo algo nuevo. Y de repente no pudiendo contenerme más, eché al aire brazos y piernas exclamando dramáticamente:

—Tómame. Soy tuyo.

Reímos estrepitosamente.

Pero a partir del día siguiente y mañana tras mañana sintió molestias y mareos violentos que la dejaban extenuada.

—¿Cómo va el trabajo en la oficina? —me preguntó mi suegra.

—Supongo que no va mal. Ellos siguen estudiando mis posibilidades y yo trato de asimilar las de la empresa. En realidad tengo muy poco que hacer.

—Esas cosas toman tiempo.

—Lo sé. —La miré fijamente—. He llegado a pensar que tal vez me conviniera volver a la Universidad para ponerme al corriente de los nuevos conceptos surgidos durante mi ausencia. ¡Han sido tantos! Entre otros el empleo del aluminio como componente estructural. Es todo un campo desconocido para mí.

—No se apure. Todo vendrá por sus pasos contados.

Sabía por qué hablaba así. Tenía un propósito que yo ignoraba. Era inútil pedirle que me lo revelara. Lo haría solamente cuando ella lo creyese oportuno y no antes. Sabía yo muy bien cómo las gastaba la buena señora.

Era una mujer de una vez aquella suegra mía. Tenía un modo especial de hacer las cosas. Me lo demostró, sin lugar a dudas, el primer día que puse los pies en la oficina de la empresa.

Me llamó a su despacho y sacando de uno de los cajones de la mesa un sobre me lo entregó silenciosamente.

Lo abrí, curioso, y saqué de él varias acciones finamente policromadas. Las desplegué en abanico y fui examinándolas una por una. Representaban el veinte por ciento del capital de la empresa Hayden y Carruthers. Todas estaban endosadas a mi nombre.

Las volví a poner sobre la mesa.

—No las he ganado.

Sonrió.

—Las ganará.

—Tal vez —le contesté— y entonces las tomaré. No ahora. Tendría la sensación de que cometía una estafa. Hay gente en esta empresa que trabaja en ella desde hace muchos años. Tienen más derecho que yo a esos valores.

—¿No ha leído el periódico de la mañana?

—No.

—Entonces vale la pena que lo lea —me contestó tendiéndome el *Chronicle*. Estaba ya doblado por la página financiera. Leí el pequeño encabezamiento:

HAYDEN Y CARRUTHERS DESIGNAN A UN NUEVO
VICEPRESIDENTE

Entre el texto que seguía figuraba mi fotografía. Leí el texto rápidamente.

—Eso sí que es comenzar desde arriba —le dije, devolviéndole el periódico.

—No puede comenzar de otro modo un Hayden.

Era por demás superfluo decirle que no era un Hayden. En su modo de pensar era clara y terminante. No había perdido a una hija: había ganado un hijo.

—Con tal de que no me estelle en el descenso.

—Tiene usted un extraño sentido del humor, Luke.

—Es la voz de la prudencia, señora. Las cosas que se obtienen fácilmente, con la misma facilidad se pierden.

—Tenga más fe en sí mismo —me dijo. Sonrió y agregó—: Estoy segura de que conseguirá el éxito que todos esperamos de usted.

—Espero que así será. —Me volví y me encaminé hacia la puerta.

Me detuvo su voz.

—Espere —me dijo—. Se olvidó de recoger sus acciones.

—Guárdemelas. Cuando juzgue que las he ganado, le pediré que me las devuelva.

Vi por la expresión de sus ojos que mis palabras la habían herido. Volví sobre mis pasos y me acerqué a la mesa.

—Por favor, señora —le dije— no interprete mal mis palabras. No las dicta el orgullo, sino el deseo de merecer lo que usted con tanta generosidad me ofrece. Me sentiré mejor si logro conseguirlo por mi propio esfuerzo.

Me miró fijamente unos instantes y a continuación deslizó el paquete de acciones en el cajón de la mesa.

—Comprendo y le apruebo de todo corazón. Un Hayden no podría proceder de otro modo.

No había respuesta de mi parte.

—Le deseo mucha suerte.

—Gracias. —Y le devolví su sonrisa.

De entonces acá el recuerdo de esta escena ha acudido muchas veces a mi memoria, acompañado siempre de una sensación molesta.



Cuando Nora bajó al comedor terminábamos nuestro café. Ya estaba vestida para salir a la calle. Enarqué una ceja.

El hecho de que Nora estuviese levantada antes de mediodía era en sí un

verdadero milagro.

Tenía el rostro encendido, de excitación.

—¿Tienes que estar temprano en la oficina? —me preguntó.

—No, particularmente —le respondí, pensando que si faltara a ella durante todo un año nadie advertiría mi ausencia.

—Magnífico. Quiero enseñarte algo.

—¿Qué es?

—Es una sorpresa.

—Dímela —le dije—. He tenido ya demasiadas sorpresas en el corto espacio de tiempo que estoy en casa. No me siento con ánimos para recibir otra.

Se rio.

—Esta te agradará. —Miró a su madre y las dos sonrieron—. Una amiga mía quiere modernizar su casa.

—Me parece muy bien —dije. Esto me permitiría hacer algo—. ¿En dónde está?

—No lejos de aquí. Iremos ahora a verla y luego te diré qué es lo que quiere mi amiga.

—Magnífico. Yo estoy ya listo para salir. Cuando tú lo estés, avísame.

—Ya podemos irnos. Tomé el desayuno arriba.

La casa era un sueño. Tres alas y diecisiete habitaciones, en la cumbre de Nob Hill y mirando a la bahía. Un enorme vestíbulo y contornándolo una magnífica escalera de mármol blanco de noble y viejo estilo. Las habitaciones eran espaciosas, como ya no se construyen en la actualidad. En la parte de atrás se levantaba un garaje para tres o cuatro coches y encima de él una salita reservada a la servidumbre. La casa estaba construida de piedra gris y los años le habían dado una pátina prodigiosa. Su tejado era de un azul luminoso que parecía arrancado del cielo.

—Una hermosa casa —exclamé—. No creo que haya que reformarla mucho. Se correría el riesgo de destruir su armonía.

—Creo que lo más importante será modernizar los cuartos de baño, el sistema de calefacción y acaso el remodelado de algunas habitaciones.

—Sí, eso es todo lo más que puede hacerse —dije, sin dejar de estudiar la casa.

—Necesita mi amiga un cuarto para los niños. Y para ella un estudio muy espacioso en el ala norte con luz abundante. También desea para su marido una combinación de biblioteca y despacho para cuando se le ocurra trabajar en casa.

Comenzaba a comprender.

—¿Para quién, exactamente, es esta casa?

—¿No lo has adivinado?

—Me temo mucho que sí.

—Mamá acaba de comprarla para nosotros.

—¡Formidable! —estallé—. ¿No tienes idea de lo que cuesta sostener una casa como esta? Más en un mes de lo que yo gano en un año.

—¿Qué importa eso? No tenemos que preocuparnos por el dinero. Mis rentas

particulares bastan y sobran para todas nuestras necesidades.

—¿Acaso crees que lo ignoro? —le dije—. Pero ¿jamás te has detenido a pensar que una de mis ambiciones es la de poder mantener a mi familia? Tú y tu madre no pensáis más que en el dinero. Comienzo a sentirme un *gigoló*.

—Te estás conduciendo como un perfecto idiota. Yo solo pienso en tener una casa decente en la que pueda vivir, un hogar para nuestro hijo.

—Un niño no necesita para su buena crianza una casa de diecisiete habitaciones en Nob Hill. Si deseas una casa que puedas llamar tuya, hay un sinnúmero de ellas que podemos comprar. Casas que están al alcance de mi bolsillo.

—Por supuesto —dijo sarcástica— alguna barraca nauseabunda, al alcance de tu bolsillo, pero muy lejos de mi posición social.

—¿Tu posición social! ¿Y la mía?

—La adquiriste cuando te casaste conmigo —dijo fríamente—. Y cuando fuiste a trabajar para Hayden y Carruthers. Por lo que se refiere a San Francisco tú formas parte de la familia Hayden. Lo quieras o no, eres uno de nosotros. La contemplé fijamente. Sus palabras habían caído sobre mí como una ducha de agua helada. Lo que decía era cierto. La guerra ya había terminado y con ella la carrera del coronel Carey. Mi única identidad era ahora la de mi asociación con ellos.

—Quiero esta casa —dijo quedamente Nora—. Y si no quieres reformarla, buscaré a otro arquitecto que quiera hacerlo.

No tenía que mirarla para saber que haría exactamente lo que decía. Y para saber también lo que esto significaría para mí. Le dije, pues, con una repugnancia que no me molesté en disimular.

—Está bien. Lo haré.

—No te pesará, amor mío. —Me rodeó el cuello con sus brazos—. Te convertirás en el arquitecto más famoso de San Francisco cuando vean las cosas maravillosas que habrás hecho con esta casa.

Pero tampoco ella se recató de reprimir la llamarada de triunfo que iluminó sus pupilas. Y aquella fue la primera noche desde mi llegada que no buscó, en las sombras, mi abrazo.

En última instancia no fui yo el que restauró la casa. Yo obtuve todo el éxito, cara al público. Pero, en realidad, fue Nora quien lo hizo todo. Yo no hice más que realizar sus ideas dentro de los cánones arquitectónicos.

Consiguió, empero, lo que se había propuesto. Aquello era un escenario, un magnífico escenario. Antes de que nos mudáramos a él, *House Beautiful* lo había difundido a todo color y al mes de publicada la información era yo el arquitecto más cotizado de toda la ciudad.

Todo aquel que era algo en la costa del Pacífico quería que le restaurase la casa. Tenía yo más demanda que un pavero la víspera de Navidad.

Un éxito instantáneo, que lejos de satisfacerme me desalentó. Un desaliento que culminó el día en que, por primera vez, rechacé un trabajo. George Hayden acudió a mi despacho.

Le miré, sorprendido. George era un hombre alto, muy fornido, sonrosado de rostro, muy serio y formal. Era la primera vez que se presentaba en mi despacho; normalmente él me llamaba al suyo.

—¿Qué tal, Luke?

—Ya lo ves, George, picando piedra —le contesté, volviéndome a él y apagando la lámpara concentrada en el plano en el que estaba trabajando—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quisiera charlar un rato contigo.

—Muy bien, a tus órdenes. —Le señalé una silla.

Se sentó.

—He estado revisando el informe mensual. He sacado la impresión de que estás muy sobrecargado de trabajo.

—No me importa —le dije, sincero—. Después de tanto tiempo sin hacer nada, esta actividad me complace mucho.

Hizo un ademán afirmativo.

—He estado pensando en que ya es hora de que te pongamos al frente de un departamento. Ya sabes lo que es: dejar que la gente moza haga el trabajo menudo; así puedes dedicar todo tu tiempo a los trabajos grandes.

Este lenguaje me era familiar. En el ejército los altos jefes hablaban así. Me hice el desentendido.

—¿Qué trabajos grandes, George? Todo cuanto hago es trabajo menudo.

—En ese campo tuyo de actividad, el margen es amplio y variable —dijo—; no es como en las obras mayores. Por esta razón me disgusta que se pierda un cliente solo porque estás sobrecargado de trabajo. Si alguien se empeña en restaurar su casa y un arquitecto no quiere complacerle, buscará a otro que satisfaga su deseo.

—¿Te refieres a la señora Robinson que acaba de marcharse?

—No me refiero solamente a la señora Robinson. Habrá otras más, aparte de ella. Todas vienen por tus ideas. No les importa quién haga o deje de hacer los planos.

—No nos engañemos, George. No vienen a mí por mis ideas. La mayoría de ellas son idiotas que no saben la diferencia que hay entre el Taj Majal y una cafetería de Hollywood. Vienen a mí porque me he convertido de pronto, por arte de birlibirloque, en el hombre de moda.

—Bueno, ¿y qué? —dijo mirándome con expresión astuta—. Lo importante es que vengan y nos den trabajo.

—¿Y cuánto tiempo crees tú que durará eso? Hasta que descubran que sus casas no aparecen en las revistas como la nuestra. Entonces acudirán a otro cualquiera.

—No tiene que ocurrir eso necesariamente. Para evitarlo y mantener el fuego sagrado tenemos a un R. P.^[4] que es un prodigio.

—Por favor, George —dije, mortificado—. No sigas. Tú y yo sabemos muy bien cuál es el imán que atrae a todas esas viejas locas; ¡la casa de juguete de Nora!

Miró unos instantes sus manos sin decir palabra. Eran blancas, pulidas y muy bien manicuradas. Luego fijó en mí su mirada penetrante:

—Tú y yo sabemos también que como arquitecto no valgo yo ni la mitad de lo que valía el difunto Carruthers. Pero no obstante he conseguido mantener la reputación de la empresa.

—Pero es que la casa de los Robinson no se halla dentro de mis posibilidades. He ido a verla. El terreno, la disposición de la casa, todo es allí ingrato. No es una restauración lo que necesitan, sino un derribo completo.

—Quieren una restauración y están dispuestos a pagar por ella doscientos mil dólares. Esto representa para nosotros por lo menos diez mil dólares de honorarios y comisiones, por unas pocas semanas de trabajo.

—No es la clase de trabajo que me agrada hacer —dije tercamente.

—Por esta razón quiero montar un departamento. Así podrás concentrarte en aquello que más te agrada. Pero el cliente se sentirá feliz, también, sabiendo que tú diriges el tinglado.

Cogí un cigarrillo. Su idea era buena. Tal vez resultaría. Había algo en mi pensamiento que quería poner en práctica. Más dentro de mis facultades.

—¿Qué quieres que haga?

—Primero llama a la señora Robinson y dile que has hallado un hueco en tus ocupaciones que te permiten trabajar en su casa. —Se puso de pie. Había conseguido el propósito que lo trajo a mi despacho—. Luego ponte de acuerdo con mi secretaria para fijar una cita a fin de que almorcemos juntos y discutamos tus proyectos.

Salió de mi despacho y pensé que si para comer esperaba aquel almuerzo me moriría de hambre.

Volví a mis planos. Estaba trabajando en el boceto de un tocador y cuarto de baño de un tamaño desmesurado, anexo a una alcoba de gigantescas dimensiones. La casa

era para el presidente de un banco local. Había abocetado un baño de estilo finlandés, hundido en el suelo, de dos metros de ancho y dos y medio de largo.

En él podía bañarse toda la familia a un tiempo, y me pregunté si era ese en realidad el propósito de la buena señora. Todo en este recinto era por duplicado, los lavabos, las duchas, los toalleros. Lo único que faltaba era un bidet de plata, y era porque nadie había pensado en ello.

Empero...

Empero... Era esta la palabra clave. Súbitamente vi desplegarse ante mí, mi vida entera. Años y años construyendo cuartos de baño como este. Mi pretensión a la fama. Carey construye los cuartos de baño más grandes.

Era demasiado. Arranqué los bocetos del tablero, los estrujé y los tiré al cesto. Acto seguido me encaminé al despacho de George. No esperaría a que tuviese lugar el problemático almuerzo para saber a qué atenerme.

Su secretaria me detuvo, la mano en alto, cuando llegué a la puerta de su despacho particular.

—El señor Hayden está telefoneando.

—No me importa —dije, apartándola y entrando en el despacho.

George terminaba justamente de colgar el receptor. Me miró, asombrado.

—¿Qué ocurre, Luke? —me preguntó secamente. No le gustaba que entrara alguien en su despacho sin ser anunciado previamente.

—¿Dijiste en serio aquello del departamento?

—Por supuesto, Luke.

—Entonces ¿por qué no hablamos ahora de eso?

Me sonrió.

—No es el momento.

—¿Por qué? —le pregunté—. Aún no sabes cuáles son mis proyectos.

Me miró fijamente. No tenía respuesta a aquello. Después de un momento me señaló una silla.

—¿Cuáles son, exactamente, tus proyectos?

Fui a sentarme frente a él y saqué un cigarrillo.

—La construcción de viviendas baratas. Producción masiva a base de un diseño-tipo transformable para evitar la monotonía de una urbanización a gran escala. Las viviendas costarían un promedio de diez a once mil dólares.

Asintió lentamente.

—Para que el negocio rinda necesitarás una gran extensión de terreno.

Había pensado en ello.

—En las afueras de Daly City hay disponibles ochenta acres de terreno liso. Sería un lugar ideal para mi proyecto.

—Me parece una excelente idea —me dijo—. ¿Has pensado en algún buen contratista?

Le miré fijamente.

—He pensado que nosotros mismos podríamos encargarnos de las obras.

Durante unos segundos permaneció callado, jugueteando con el lapicero que tenía entre los dedos y haciéndolo repiquetear sobre la mesa.

—Echas al olvido algo importante —me dijo finalmente.

—¿Yes...?

—Que somos arquitectos, no constructores.

—¿Y por qué no hemos de ampliar nuestra empresa? Otros lo están haciendo.

—No me importa lo que hagan los demás —dijo George—. Yo no estoy dispuesto a hacerlo. Como arquitectos estamos libres de todo riesgo financiero. Nos limitamos a cobrar nuestros honorarios y eso es todo. El constructor arriesga más y todos los dolores de cabeza son para él.

—Pero es también el constructor el que saca mayor tajada.

—Que le aproveche —dijo George—. No soy codicioso.

—Entonces, no te interesa mi proyecto.

—No he dicho tanto. He dicho que bajo las presentes circunstancias no deberíamos hacerlo. Por supuesto, si tú logras encontrar a un contratista que quiera suscribir un proyecto como este, muy gustosos colaboraremos con él.

Me puse de pie. Era inútil discutir lo que era archisabido. No había en todo el país un arquitecto que rechazara un trabajo como ese. Representaría ciento cincuenta mil dólares solo en honorarios.

—Gracias. Ya me figuré que esa sería tu respuesta.

Me contempló unos instantes. Y su voz tomó una entonación engañosamente suave.

—He pensado una cosa, Luke. Y es que deberías ponerte de acuerdo contigo mismo, y decidir qué es lo que en realidad quieres ser: arquitecto o contratista.

Era aquello como si de pronto se hiciera la luz en un cuarto oscuro. George estaba absolutamente en lo cierto. Recuerdo qué fue, en primer lugar, lo que me impulsó a estudiar arquitectura. Porque quería construir casas. Luego, juguete de las circunstancias, olvidé el propósito. La construcción. Mi verdadero propósito. La construcción de casas en las que la gente pudiera vivir.

George no comprendió el significado de mi repentina sonrisa. Tal vez creyera que era una sonrisa sarcástica, pero si lo creyó así estaba equivocado. Jamás había sido en mi vida tan sincero.

—Gracias, George —le dije calurosamente—. Gracias por haber simplificado de un modo tan justo la cuestión.

Llegaron las nuevas a casa antes de que yo pusiera el pie en ella. Mi suegra y Nora estaban esperándome.

—Veo que George no perdió el tiempo —comenté.

Nora mostraba una expresión helada.

—Por lo menos pudiste haberlo discutido con nosotras antes de dejar la casa.

Fui al aparador y me serví un poco de whisky.

—No había que discutir nada. El estallido era inevitable.

—¿Qué pensará la gente? —preguntó Nora.

—No sé ni me importa saberlo —dije encogiéndome de hombros y echando un trago de whisky—. ¿Qué crees *tú* que pensará la gente?

—Que es un insulto, a mí y a mi madre —contestó airada Nora—. Todo el mundo sabe lo que hemos hecho por ti.

—Eso es lo malo. —Miré a la madre de Nora—. Créame, señora, no ha sido mi intención insultarla. La culpa toda ha sido mía. No debí dejarme arrastrar por los acontecimientos. Debí haber esperado algún tiempo y reflexionado, antes de tomar una decisión cualquiera.

Me miró con calma.

—¿Por eso rechazó las acciones?

—Tal vez. Aunque entonces ignoraba qué sesgo tomarían los acontecimientos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó Nora.

—No lo sé todavía. Buscaré un empleo en la construcción y así aprenderé algo.

—¿Qué clase de empleo quieres obtener? —me preguntó, sarcástica—. ¿Sesenta dólares a la semana por conducir un *bulldozer*?

—Tengo que comenzar por abajo —le contesté, sonriendo—. De todos modos ¿qué te importa? No necesitamos el dinero.

—¿De modo que solo aspiras a ser un vulgar trabajador? Después de los trabajos que he tenido para levantar esta casa y para que basaras sobre ella tu reputación...

—No nos engañemos, Nora. Jamás has pensado en mi reputación, sino en la tuya.

Me miró unos instantes y a continuación alzó las manos en señal de rendición.

—Es inútil —exclamó, y volviéndome la espalda salió de la habitación.

La observé mientras se encaminaba a la puerta. Pese a su embarazo se mantenía esbelta y airosa. Había seguido un régimen riguroso; no estaba dispuesta a que la maternidad estropeará su figura. Volví al aparador y repetí el whisky. Cuando me volví me di cuenta de que mi suegra seguía allí observando mis movimientos.

—No debe hacerle mucho caso, Luke. Las mujeres embarazadas suelen ser más emotivas que lógicas.

Hice un ademán afirmativo. Era aquella una buena razón. Pero ya por aquel entonces conocía bastante a fondo a mi mujer. Encinta o no sus reacciones eran siempre las mismas.

—George me dijo que tenía un proyecto de urbanización —dijo—. Hábleme de eso.

Me dejé caer en una silla.

—¿Qué puede importarle? No lo llevará a efecto. Es contrario a los principios de la empresa.

Se sentó frente a mí.

—Eso no quiere decir que usted no pueda hacerlo.

La miré fijamente.

—No voy a engañarme a mí mismo. No poseo, ni en broma, el dinero que necesito para acometer esa empresa.

—¿Cuánto tiene usted?

Era esta una pregunta fácil de contestar. Después de pagados los siete mil dólares por la embarcación que compré en La Jolla, me quedaban exactamente diecinueve mil dólares. Quince mil del seguro sobre mi padre y el resto de los ahorros de mi paga en el ejército.

—¿Invertiría todo ese dinero en su proyecto?

—Por supuesto. Pero sería como una gota de agua en un cubo. El terreno solo cuesta dos mil dólares el acre. Solo ese capítulo absorbe ciento sesenta mil dólares.

—El dinero es lo de menos en este negocio —dijo quedamente—. Puedo conseguirlo.

—Oiga usted —dije alzando una mano—. No quiero su dinero. Sería volver a las andadas.

—No diga necedades, Luke. ¿Tomaría usted ese dinero si yo fuera totalmente una extraña?

—Eso es distinto. Sería un negocio como otro cualquiera en el que quedaría descartada toda consideración de orden familiar o personal.

—Nuestra relación familiar no tendría nada que ver con el negocio —dijo rápidamente—. Usted cree en él, ¿no es así? ¿Piensa obtener un beneficio considerable?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Si las cosas marchan como yo preveo, podríamos obtener un beneficio de medio millón de dólares.

—A mí no me molesta ganar dinero. —Sonrió—. Y supongo que a usted tampoco.

Su lógica no tenía falla. Por otra parte, ¿cómo iba yo a ir en contra de mis propios deseos? Al día siguiente compré el terreno. Dos días después nació Danielle.

Tuve algunos momentos penosos porque llegó casi dos meses antes de tiempo. Pero el doctor me dijo que no debía preocuparme, porque la niña era muy hermosa y estaba perfectamente desarrollada.

No había visto antes a muchas niñas acabadas de nacer. Pero tenía que convenir con el doctor que Dani era la niña más hermosa del mundo.

Los sonidos de la noche eran ahora más diferentes. Solía oír un suave murmullo que procedía de la habitación contigua, que era la que ocupaba la niña y su nodriza. A veces lloraba a horas tempranas de la mañana y podíamos oír los movimientos de la nodriza y adivinábamos más que oíamos todo lo que hacía la mujer para acallar el llanto de la criatura, primero con el biberón y luego con el susurro de una nana, hasta que volvía a dormirse.

De un modo inconsciente me acostumbré a la rutina de estos sonidos, oyéndolos en mi sueño y recreándome en su regularidad, pues era esta anuncio de que todo iba desenvolviéndose normalmente. No era así por lo que se refería a Nora.

Nora volvió del hospital a casa, tensa, sobreexcitada, con los nervios a flor de piel. Por la noche el ruido más ligero la despertaba. Barruntaba que algo había de ocurrir, pero no sabía qué. Lo adivinaba en la forma que tenía de proceder, un tanto insidiosa, como si sintiera el deseo secreto, imperioso, de provocar un conflicto de irreparables consecuencias.

Dejé pasar los días con un tacto extremo y en la espera de que su estado de ánimo cambiase, pero mi esperanza resultó fallida. Me di cuenta de ello cierta mañana, a las dos, en que la lámpara de la mesilla de noche se encendió de repente y me despertó.

Había estado todo el día en el campo con los sobrestantes. El aire y el sol, unidos a la agitación y a la fatiga de la jornada me habían sumido en un sueño profundo. No obstante aquella luz repentina me arrancó del mismo. Me incorporé frotándome los párpados.

—¿Qué ocurre?

Nora, sentada en la cama, me observaba con ojos llameantes.

—La niña está llorando.

La miré, entornados los ojos, fingiendo que no estaba completamente despierto y salté de la cama al suelo.

—Voy a ver lo que pasa.

Calcé mis babuchas, me puse la bata y fui a la habitación contigua. La nodriza tenía ya a la niña en sus brazos y le daba el biberón. Me miró un tanto asustada, en la suave penumbra que reinaba en la habitación.

—¡Señor Carey!

—¿Ocurre algo, señora Holman?

—Nada, señor, salvo que la chiquitina tiene un hambre feroz.

Me aproximé y contemplé la carita sonrosada de mi hija. Tenía cerrados los ojos y chupaba del biberón con evidente delicia.

—Mi mujer oyó su llanto —le dije.

—Dígale a su esposa que no se preocupe. Dani está perfectamente.

Asentí, sonriendo.

—El hambre la despertó —le dije a Nora cuando volví a acostarme y apagué la luz. Me volví a mi lado y permanecí muy quieto durante unos segundos, esperando a que hablara. Pero siguió callada y el sueño volvió a apoderarse de mis sentidos.

Y la luz nuevamente se encendió. Otra vez me desprendí, con penoso esfuerzo, de las brumas del sueño que piadosamente me envolvía.

—¿Qué sucede ahora?

Nora se hallaba sentada en el lado de la cama más opuesto al mío, apretujando contra su pecho una almohada y un extremo del cobertor.

—¡Roncas!

La miré por toda respuesta. Me sentí como un boxeador que después de felicitarse a sí mismo por haber evitado los golpes de su adversario, se viese de repente levantado del suelo por un potente *uppercut*. No había forma ahora de evitar el combate. No pude reprimir mi indignación.

—Está bien, Nora —exclamé—. No dormiré. ¿Qué otra cosa quieres?

—No es necesario que seas desagradable.

—No lo soy. Hace ya mucho tiempo que te veo con ganas de pelea. Veamos, ¿qué motivos te he dado para que estés continuamente de punta conmigo?

Levantó la voz:

—¡Yo no estoy de punta contigo!

Dirigí una mirada hacia la habitación de Dani.

—¡Vas a despertar a la niña!

—¡Ahí está! ¡Lo que yo dije! —exclamó con expresión de triunfo—. Piensas antes en la niña que en mí. Cada vez que la niña llora, allá vas volando a ver lo que le pasa. ¡Y a mí que me parta un rayo! Yo no cuento. Yo no soy más que su madre. Serví tus fines ¡y eso ha sido todo!

Ante tamaña estupidez solo cabía una respuesta y cometí el error de dársela.

—¡No seas estúpida! ¡Apaga la luz y duerme!

—¡No le estás hablando a una niña!

Me incorporé apoyándome en un codo.

—Si no lo eres deja, pues, de portarte como tal.

—Yo ya sé lo que tú querías, una mujer sumisa, una esclava que se arrastrara a tus pies y te sirviera a ti y a tu preciosa hijita.

Me eché a reír. Realmente no podía tomarse en serio tanta ridiculez.

—¿Servirnos a mí y a mi hijita? —le dije—. Pero si todos sabemos que no eres capaz ni de calentar el biberón de la niña.

—Lo que ocurre es que tienes celos.

—¿Celos de qué?

—Celos de mí, porque soy una artista, una celebridad. Todo lo que deseas es rebajarme, apagar mi brillo... convertirme en una ordinaria, ¡en una vulgar ama de casa!

Me recliné en la almohada, verdaderamente fatigado.

—No creas..., reconozco que, en ocasiones, la idea me fascina.

—¿Lo ves? —cacareó, triunfante—. ¡Estaba en lo cierto!

Estaba extenuado.

—Anda, Nora, no discutamos más y vuelve a la cama. Tengo que levantarme temprano y...

—Vuelvo a la cama, sí —me interrumpió—, pero *no* a esta cama. ¡Estoy ya hasta la coronilla de tus ronquidos y de los berridos de la niña!

Llevando a rastras almohada y cobertor se encaminó al cuarto de baño. Antes de que pudiera moverme de la cama oí un portazo. Nora se había encerrado en el cuarto reservado a los huéspedes. Cuando fui a él la puerta estaba cerrada con doble vuelta de llave.

Volví pausadamente a mi cama. Tal vez fuera esta la mejor solución. Debía esperar a que le pasara el arrechucho; a la noche siguiente, quizá, todo volvería a la normalidad. Pero estaba equivocado. Cuando regresé a casa, a la tarde siguiente, los trabajadores ya habían comenzado a redecorar la otra alcoba, a gusto de Nora y esta había trasladado ya a ella sus efectos.

Bajé al comedor y Charles me comunicó que Nora había ido al centro a cenar con el señor Corwin y otros críticos de arte que se hallaban de visita en la capital. Cené solo y trabajé en mi despacho particular hasta las once y media, hora en que subí a mis habitaciones. Como hacía todas las noches antes de acostarme, fui a ver a la niña.

Dani estaba durmiendo apaciblemente, sobre un costado, los ojillos muy apretados, el diminuto pulgar entre los labios gordezuelos. Oí detrás de mí un ruido. Me volví. Era la nodriza con el inevitable biberón.

Me eché atrás y dejé que la nodriza se aproximara a la niña. Sin abrir los ojos, sus labios golosos se adhirieron instantáneamente como una ventosa al pezón de la botella.

—¿Me deja que le dé yo el biberón? —le dije, de pronto.

La señora Holman sonrió. Me mostró la mejor forma de coger a la niña y la tomé en mis brazos. Abrió los ojos y los fijó en mí durante unos segundos. Luego, convencida sin duda de que era de fiar, cerró los ojos y con nuevos bríos atacó el biberón.

Fui a acostarme alrededor de las doce. Nora no había regresado todavía a la casa. Caí en un sueño desapacible. No supe aquella noche a qué hora volvió. No la vi sino hasta el día siguiente por la tarde, al volver del trabajo, y advertí un cambio de humor notable.

—Tengo preparados algunos cócteles en la biblioteca.

La besé en la mejilla. Llevaba un suntuoso pijama de casa, de raso negro.

—Te veo muy distinta —le dije siguiéndola a la biblioteca—. ¿Esperas a alguien?

—No, tonto. Es que cambié de peinado.

No advertí cambio alguno de peinado. Tomé el cóctel que me ofrecía.

—¿Tuviste un buen día?

Sorbió su cóctel, los ojos llameantes.

—Maravilloso. Es lo que necesitaba. Salir, airearme, volver a la vida activa y dinámica.

Asentí, sonriendo. Por de pronto había pasado la tormenta.

—Cené anoche con Corwin y Chadwinke Hunt, el crítico. Estuvieron acordes en que cuanto antes reanude mi trabajo mejor sería para mí. Scaasi le dijo a Sam que le gustaría organizar otra exposición de mis obras hacia el otoño.

—¿Crees que estarás lista para entonces?

—Más que lista. Todo el día lo he pasado haciendo bocetos. Miles y miles de ideas bullen en mi cabeza.

Alcé mi vaso.

—¡Por tus bulliciosas ideas!

—Gracias. —Sonrió y me estampó un beso en la mejilla—. ¿Sigues enfadado por lo de la otra noche?

—No —dije—. Los dos estábamos nerviosos.

Volvió a besarme.

—Me alegro. Creí que no te gustaría que me mudase al otro cuarto. No sé por qué no lo pensé antes. Mamá y papá durmieron siempre en habitaciones separadas. Es mucho más civilizado.

—¿Sí, verdad?

—Por supuesto. El matrimonio no implica necesariamente una renuncia total al derecho que tiene todo ser civilizado a la individualidad y a la privacidad. —Me miró, ansiosa—. Aparte de que esta privacidad preserva ese elemento de misterio tan importante en todo matrimonio.

Eso era nuevo para mí. Jamás oí quejarse a mis padres de esa falta de privacidad.

—Entonces ¿qué deberé hacer cuando desee ejercer mis deberes conyugales?

Sonrió maliciosamente.

—Puedes silbar.

—¿De este modo?

Introdujo dos dedos en la boca.

—¡No por favor! Charles creerá que te has vuelto loco.

Terminé mi cóctel.

—Voy a subir a lavarme las manos y de paso veré a Dani.

—Puedes lavártelas aquí abajo. La señora Holman ha acostado ya a la niña.

Le lancé una mirada inquisitiva.

—¿Cómo se portó hoy?

—Como un ángel, según acaba de decirme la señora Holman. Ahora, corre a lavarte. He dicho a la cocinera que preparase una roulade de buey como a ti te gusta, y dentro de unos minutos la tendrás en la mesa. Después de cenar desearía que vieses cómo he arreglado mi cuarto. Le dije a Charles que dejara allí una botella de

champaña con mucho hielo.

Me eché a reír. ¡A lo que vino a parar todo! Acaso no fuera la idea tan descabellada como me pareció al principio. Asimismo tuve que reconocer que aquello era como un toque de picardía en el severo cuadro conyugal.

En cierto momento, en la mitad de la noche, dije:

—¿No les parecerá extraño a los domésticos que con dos alcobas, solo usemos una?

—¿Qué nos importa lo que piensen o dejen de pensar los domésticos?

—Me importa un comino —le dije, volviendo a estrecharla en mis brazos—, pero insisto en que mañana por la noche honres con tu presencia mi humilde alcoba.

Pero era siempre su cuarto el elegido para nuestros encuentros amorosos. Jamás el mío. Era yo siempre el que tenía que cruzar el frío cuarto de baño que se interponía entre las dos alcobas. Tuve que acostumbrarme a girar el pomo de su puerta lenta y cautelosamente para que no me oyera, porque a veces hallaba la puerta cerrada con llave. Ocurría también que en ciertas ocasiones volvía de mi trabajo tan cansado que me acostaba y echaba a dormir sin averiguar si la puerta de su alcoba estaba o no cerrada con llave.

Comencé a sentirme como un hombre que se viera forzado a meterse en un callejón que sabía, no tenía salida. Comencé a sufrir la obsesión de aquella puerta cerrada. Unos cuantos tragos de whisky antes de acostarme aflojaban mi tensión y llegaban incluso a quitarme el deseo de traspasar los límites del cuarto de baño.

Comencé también a acostumbrarme a darle a Dani el biberón de medianoche y esto contribuyó a calmar mis nervios sobreexcitados. En cierto modo aquello tan inefable llenaba dentro de mí un vacío cuya existencia había ignorado hasta entonces. La besaba con devoción y volvía a dejarla en la cunita y acto seguido me iba a mi habitación y hallaba al instante el consuelo de un sueño reparador.

Exteriormente todo marchaba con absoluta normalidad. Nora y yo no nos distinguíamos de otras parejas de recién casados. Salíamos de casa varias veces a la semana, asistíamos a fiestas y reuniones y también las dábamos en casa con frecuencia. Representaba a las mil maravillas su papel de joven casada y de todos y de todas era admirada por su finura y gentileza.

Pero cuando llegaba la hora de acostarse, yo solía dar la excusa de que tenía que terminar un trabajo que tenía que tener listo a la mañana siguiente, antes de salir para el trabajo. Me encerraba entonces en mi despacho-estudio y echando unos tragos, dejaba pasar un tiempo prudencial, el suficiente para que ella se acostase y se durmiese. De este modo la dejaba en la ignorancia de si había ido o no a mendigar ante su puerta.

Si este proceder mío chocó o pareció extraño a Nora, fue algo que jamás me dijo. Pasó el tiempo y al parecer estaba satisfecha de cómo iban las cosas. Estaba completamente absorbida por el trabajo y por las noches acudía a reuniones de artistas o cenaba con sus amigos, cuando no se quedaba a trabajar en su estudio hasta

altas horas de la noche. Por consiguiente ignoraba yo si subía a su habitación o se quedaba a dormir en la pequeña alcoba que había improvisado en su estudio.

La rutina es una cosa fatal. Al cabo de algún tiempo me pareció que esta forma de vivir era la normal, y que sería así por tiempo indefinido.

Lo que no sabía era que en aquel mundo peculiar suyo, poblado de sueños y fantasías, Nora sentía tanto miedo de mí como yo de ella.

Recordaba el dolor. El dolor terriblemente desgarrador que recorrió su cuerpo cuando de él se desprendió la nueva vida. El dolor y las luces blancas deslumbrantes proyectadas sobre ella desde el techo, de un verde suave, del cuarto de los alumbramientos. Cada color era claro y distinto. La sangre en los guantes blancos de caucho del doctor. El pomo negro en el depósito de metal gris junto al anestesista. Era siempre así como en sus sueños recreaba la escena. Ni en esto era como las demás personas. Soñaba en technicolor.

La voz del doctor susurró, tranquilizadora, en sus oídos.

—No ceje en sus esfuerzos, señora Carey y verá cómo todo termina en muy pocos minutos.

—¡No puedo! —Quiso gritar, pero ningún grito salió de sus labios—. No puedo, me duele demasiado.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Se las imaginó rodando por sus mejillas. Como diminutos brillantes.

—Debe hacerlo, señora Carey —volvió a susurrarle el doctor. Y al inclinarse sobre ella, pudo observar las venillas de un rojo púrpura a uno y otro lado de su nariz.

—No puedo —gritó nuevamente—. No puedo aguantar el dolor. ¡Por el amor de Dios, haga algo o enloqueceré! ¡Córtelo! ¡Sáquelo en pedacitos! ¡Pero que no me torture más!

Sintió el pinchazo de una aguja en su brazo. Miró al doctor, presa de un loco terror. Recordó que era católico y que los católicos creen que hay que dejar morir a la madre con tal de salvar al hijo.

—¿Qué ha hecho usted? —le gritó—. ¡No me mate a mí, mate al niño! Por favor. ¡No quiero morir!

—No se preocupe —le dijo el doctor quedamente—. Nadie va a morir aquí.

—¡No le creo!

Forcejeó para levantarse, pero unas manos la retuvieron por los hombros, impidiéndole todo movimiento.

—¡Voy a morir, lo sé! ¡Voy a morir!

—Cuenta a partir de diez, señora Carey —le dijo calmadamente el doctor—, a la inversa. Diez, nueve...

—Ocho, siete, seis. —Fijó su mirada en el rostro del doctor. Parecía como si fuera esfumándose por los lados. Como en el cine, cuando la imagen se desenfoca—. Ocho, siete, seis, cinco, cuatro, siete, cinco, tres...

Vino la oscuridad. Una blanda y suave oscuridad.

Un sonido que procedía del estudio contiguo a la pequeña alcoba en donde Nora dormía, la despertó. Se incorporó, rápida y preguntó:

—¿Es usted, Charles?

Las pisadas fueron aproximándose a la puerta. Esta se abrió para dar paso a Sam Corwin.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Nora.

—Trabajé toda la noche. —Consultó su reloj de pulsera. Eran cerca de las diez de la mañana. Eran pasadas las cinco cuando vino a acostarse, tan rendida que ni siquiera se molestó en quitarse la blusa de trabajo.

—¿Qué haces tan temprano?

Sam encendió un cigarrillo.

—He venido a traerte una noticia despanpanante.

Saltó de la cama al suelo. Estaba tan cansada que apenas podía tenerse en pie. Deslizó sus dedos por entre la maraña de sus cabellos. Los sintió ásperos y sucios.

—¿Qué noticia?

—Tu boceto para las Naciones Unidas ha sido aceptado. La tuya será la única estatua realizada por una mujer en el recinto de las Naciones Unidas.

El cansancio la abandonó por completo, cediendo el paso a una alegría frenética y repentina.

—¿Cómo lo has sabido?

—Hace una hora Scaasi me llamó desde Nueva York. Y vine a tu casa volando.

Sintió por un momento la embriaguez del triunfo. No se había equivocado. Hasta el mismo Luke tendría que reconocer su talento. Miró a Sam.

—¿Has hablado ya con alguien acerca de esto?

—No. Pero tendré que anunciar la noticia esta misma mañana a la prensa.

Penetró en el estudio.

—Quiero comunicársela a Luke antes de que lo sepa por otro conducto.

—Bien —dijo Corwin—, la noticia aparecerá en los periódicos de la tarde.

—Entonces se la comunicaré ahora mismo.

Sam la siguió por el corredor hasta el vestíbulo. Charles bajaba en este momento por la escalera.

—¿Se ha ido ya el señor Carey, Charles?

—Sí, señora. Salió a eso de las ocho, con la niña y la señora Holman.

—¿Se fueron con él? —exclamó Nora, sorprendida—. ¿Y por qué, santo Dios?

—Dijo algo acerca de que era este el gran día, señora. Parece ser que hoy terminan las obras del primer grupo de casas y habrá una ceremonia. Me dejó encargado que se lo dijera, señora, por si tenía tiempo para acudir a la fiesta.

—Gracias, Charles. Algo me dijo sobre eso. Lo había olvidado.

El mayordomo se echó a un lado para dejarlos pasar.

Sam la siguió hasta su alcoba. Cerró la puerta tras de ambos.

—No sabías nada de eso, ¿verdad? —le preguntó él.

Nora no contestó.

Sam paseó su mirada por la habitación. Por primera vez se percató de que no era esta la alcoba que compartía con Luke.

—¿A qué viene esto de los cuartos separados? ¿Ocurre algo entre Luke y tú?

—No. No ocurre nada.

—Un momento —dijo, suavemente—. Soy el viejo amigo Sam, no lo olvides. Puedes hablarme sin rodeos.

Súbitamente se puso a llorar contra su pecho.

—¡Oh, Sam, Sam! —exclamó—. No sabes lo terrible que es todo esto. Está enfermo. La guerra lo deshizo. No es un hombre normal.

—No comprendo.

Las palabras brotaron trémulas de sus labios como si no pudiera callarlas un segundo más.

—Ya sabes que fue herido, ¿verdad? Pues bien, eso ha afectado su mente y desviado sus instintos naturales.

—¿Como por ejemplo...?

—Ya sabes. Perversidades. Me obliga a hacerlas. Es la única forma de estimularlo. Aberraciones. Sin ellas sería poco menos que impotente. No sé lo que voy a hacer. A veces creo que voy a perder la razón.

—Yo no sabía que la herida fuera así. ¿Por qué no le sugieres que vaya a ver a un doctor?

—Se lo dije, pero no quiso escucharme. Me mandó al diablo. Todo lo que quiere es que tenga hijos, para poder probar que es un hombre.

Nora se apartó de él y de una caja que estaba sobre la mesilla de noche sacó un cigarrillo. Sam encendió una cerilla y le dio fuego.

—No tiene más que un pensamiento: amargarme la existencia —prosiguió Nora—. Sabe que el doctor pediatra nos aconsejó que no sacáramos a la niña fuera de la casa. Tiene un fuerte resfriado. Pues bien, se la ha llevado a las obras, donde solo hay polvo, barro y porquería. Lo ha hecho solo para contrariarme.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Le miró, los ojos llameantes.

—Voy corriendo allá y me la traeré a casa. Es mi hija, y no permitiré que nadie, ni siquiera él, la toque. —Percibió un asomo de incredulidad en la expresión de Sam—. No me crees, ¿verdad?

—Te creo.

—Tal vez me creerás de veras cuando te enseñe algo.

Echó a andar seguida de Sam. Cruzaron el cuarto de baño y penetraron en la

alcoba de Luke. Con un ademán dramático, abrió la pequeña puerta de la mesilla de noche, junto a la cama.

—¡Mira!

Señaló con el índice el interior de la mesilla de noche. Sam vio dos botellas de whisky llenas, y una medio vacía.

En su rostro se pintó una expresión de sorpresa.

—Bebe. Noche tras noche. Y luego viene a buscarme. Y finalmente cae en un estupor alcohólico y se duerme.

Cerró de un puntapié la mesilla y volvió a su cuarto seguida de Sam. La observó unos instantes, silencioso.

—No podéis continuar así.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Puedes divorciarte de él.

—No.

Volvió a acometerle una vaga sensación de escepticismo.

Tuvo la impresión repentina de que todo estaba muy amañado, demasiado amañado para ser verdad.

—¿Por qué no?

—Lo sabes tan bien como yo. Mi madre no cree en el divorcio y la trastornaría por completo ver el nombre de la familia arrastrado por los tribunales de justicia.

—¿Y qué más?

Sostuvo una mirada sin parpadear.

—¡Mi hija! He visto a muchas niñas desgraciadas por el hogar deshecho. No quiero que nada de esto le ocurra a Dani.

No sabía Corwin si creerla o no.

—Iré a las obras contigo —decidió de repente.

Nora le miró sorprendida. Se había posesionado de tal modo de su papel de mártir en el drama que había inventado que se había olvidado por completo de su propósito de ir a buscar a Dani.

—Y luego os traeré a casa, a tu chiquitina y a ti.

Le sonrió de repente. ¡La creía! Estaba convencida de que creía en su patraña. ¿Y por qué no habría de creerla? La verdad era de una claridad meridiana. Posó su mano en el brazo del hombre.

—Gracias, Sam. Ve al comedor y que te sirvan una taza de café mientras yo me visto. En un momento me reuniré contigo.

Dani estaba loca de contento. Sus ojos negros llameaban de alegría y lanzó un grito estridente cuando, empujada por mí, se deslizó por el tobogán hasta los brazos tendidos de la señora Holman. Cuando volví a cogerla entre los míos, se revolvió entre ellos, mostrando vivamente el deseo de repetir el juego. Me dispuse a ponerla de nuevo en lo alto de la rampa.

—Téngala ahí un momento, coronel —me pidió uno de los fotógrafos alzando su cámara—. Será una instantánea magnífica.

Dani se quedó quieta y posó para el fotógrafo como si no hubiera hecho otra cosa en el transcurso de los ocho meses que tenía de existencia. El aya sonrió orgullosamente. Oí el chasquido del obturador y solté a la niña. Esta, una vez más, se deslizó graciosamente por el tobogán. A continuación la llevé a los columpios.

La sujeté al diminuto asiento y la columpié. No cabía en sí de alegría. Tenía las mejillas arreboladas y dentro de su abrigo de una blancura azulada de nieve parecía verdaderamente una muñeca. Nos hallábamos en el terreno designado para el recreo de los niños, a la espalda de la casa modelo, como demostración del mucho espacio disponible para la vida al aire libre.

Miré hacia la calle con satisfacción. Veíanse a lo largo de ella, alineados, muchos coches y a los agentes de fincas muy atareados mostrando las diferentes casas a los presuntos clientes.

En realidad no eran tan diferentes las casas. Pero, y eso era lo importante, daban la impresión de serlo. Cada una de ellas era básicamente la misma, la forma convencional de *T* con un ático que podía expandirse y tomar la forma y la altura que decidiese el comprador. Pero limitando la construcción a cuatro casas por acre y a razón de ocho por manzana, nos era posible dar a cada casa una posición distinta. Esto contribuía a deshacer, de un modo artificioso si se quiere, la uniformidad y la monotonía de los bloques de viviendas baratas.

El precio era también conveniente: 13 990 dólares. No me pregunten por qué no se fijó en catorce redondos. Esta era otra de las prácticas dentro del gremio de la construcción. Supongo que esos diez dólares de menos eran precisamente lo que daba a la operación un airecillo de ganga. Y era, en verdad, una ganga.

El precio de compra comprendía calefacción por aire caliente y aparcamiento para coches. Podía competir favorablemente con casas más cerca de la ciudad que costaban de tres a cinco mil dólares más. Y aun cuando perdíamos veinticinco acres a causa de las carreteras y accesos que nos imponían las ordenanzas municipales, podíamos obtener un beneficio neto de mil quinientos dólares por cada casa.

Di más impulso al columpio y Dani se echó a reír jubilosamente. Comprendí cómo se sentía. Este era su mundo. Miré a través del columpio. Los *bulldozers*

estaban ya trabajando en el bloque siguiente, despejando y nivelando el terreno. Al día siguiente vendrían las excavadoras a cavar los cimientos y a continuación los mezcladores de cemento. Después de esto comenzarían a crecer las estructuras allí donde solo había habido tierra yerma. Este era también mi mundo.

Sentí en mi brazo el contacto de una mano. Se elevó, tras de mí, la voz de Nora.

—¿Te diviertes tanto que no puedes saludar a tu mujer?

Me volví, sorprendido. Aunque había encargado a Charles que la avisara, en realidad no la esperaba. Hasta este momento no había mostrado el interés más mínimo por mi proyecto.

—Es una sorpresa agradable, Nora.

Como por ensalmo los reporteros y fotógrafos que habían comenzado a agruparse y a encaminar sus pasos al bar que habíamos improvisado en el remolque que nos servía de oficina, reaparecieron súbitamente. No tenía que engañarme a mí mismo. Nora era la atracción principal. Nora Hayden era *noticia*. Especialmente en la ciudad que la había visto nacer.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunté.

Sus ojos se clavaron en los míos, penetrantes.

—Sam tuvo la amabilidad de acompañarme. Vine a llevarme a la niña a casa.

—¿A casa? ¿Y por qué? Se está divirtiendo en grande.

—¿No sabes que tiene un resfriado?

Detuvo el columpio y se puso a desabrochar el cinturón de seguridad.

Sam vino hacia nosotros, con una expresión curiosa en sus ojos. Me volví hacia la señora Holman y le pregunté:

—¿Qué resfriado? Usted no me ha dicho que Dani estuviera resfriada.

El aya me miró, luego a Nora y finalmente posó la mirada en el suelo. Farfulló algo que no pude oír. Dani se oponía briosamente a abandonar el columpio y se retorció y revolvió en los brazos de su madre.

Uno de los fotógrafos se acercó a Nora y le sonrió, obsequioso.

—Los niños son todos así —dijo con extrema amabilidad—, unos ángeles mientras no se les contraría.

Un súbito rubor invadió las mejillas de Nora. Pero fue solo un relámpago. A él siguió una palidez intensa. La horrorizaba la idea de aparecer ante las cámaras con una niña en los brazos, berreando. No era así como su mente recreaba la escena. Las madres han de llevar siempre en los brazos delicados y sonrosados querubines que sonríen inefablemente. Estrechó a Dani más fuertemente contra su pecho y se apartó del columpio. El llanto y el pataleo de Dani fueron en aumento.

Nora se volvió y puso a la niña en los brazos del aya.

—Llévela al coche del señor Corwin.

Se dirigió a mí:

—Mira lo que has hecho —exclamó, airada—. Cualquiera diría que te encanta mortificarme.

Con el rabillo del ojo vi a unos reporteros que contemplaban, avizores, la escena. No sé si oyeron o no las palabras de Nora. Yo bajé la voz para decirle:

—Lo siento. No sabía que Dani tuviera un resfriado.

—¡Lo tenía y la has dejado jugar en este aire frío y viciado! Voy a llevarla inmediatamente a que la examine el doctor.

Apenas podía reprimir mi cólera, pero no obstante pude dominar el tono de mi voz.

—No exageres, Nora. Nadie te creerá.

Una llamarada de odio prendió en sus pupilas. Me sorprendió su intensidad. No podía concebir que cupiera en ella un odio tan grande y tan profundo. No me contestó pero pude darme cuenta exacta de que el abismo que se había abierto entre nosotros sería ya para siempre infranqueable.

No obstante, estábamos allí, a la vista de todos, como en un escaparate, y por el bien de ella, y por el mío, debíamos sonreír y dar la impresión de un matrimonio perfectamente avenido. Meforcé a una sonrisa.

—Bien, bien, ya que estás aquí echa un vistazo a las casas, y dame tu opinión sobre ellas.

—No tengo tiempo —dijo desdeñosamente—. Tengo que llevar a Dani a casa y luego arreglar mis cosas para salir inmediatamente para Nueva York.

Esta vez me cogió desprevenido.

—¿Nueva York?

—Sí, mi boceto para las Naciones Unidas ha sido aprobado. Quieren que vaya allí para discutir el asunto.

Era noticia y sensacional. Aun aquellos reporteros especializados en el ramo de la construcción conocían su importancia. Se arremolinaron en torno a ella y se pusieron a interrogarla. En un momento se encontró Nora en medio de una conferencia de prensa de alto nivel. Cuando hube de alejarme para resolver un problema suscitado por uno de los *bulldozers*, Nora se hallaba repartiendo sonrisas a diestro y siniestro, feliz y contenta porque una vez más ocupaba el centro del escenario.

También yo me sentía satisfecho. Era aquello, después de todo, una suspensión de las hostilidades. Solo supe, al día siguiente, por los periódicos, la brevedad dramática de aquella suspensión. Estaba en las obras cuando vino un empleado a avisarme de que me llamaban en la oficina.

Era Sam Barrows, el agente de la propiedad inmobiliaria que se encargaba de las ventas de las casas del proyecto. Su voz sonaba muy débil en el teléfono, como si no quisiera que le oyeran.

—Corre inmediatamente al Banco Nacional Valley, Luke. Hay un lío padre.

—¿Qué clase de lío? —pregunté. El Banco Valley era el depositario de las hipotecas de la construcción—. No pueden quejarse. No nos hemos salido del presupuesto, sino todo lo contrario.

—No puedo hablar. Vete allá sin perder un momento.

Colgó. Iba a llamarle de nuevo, pero no lo hice pensando que si hubiese podido decirme más, lo habría hecho. Cogí mi coche y me dirigí al Banco Nacional Valley.

Estaban todos allí cuando entré en el despacho del presidente del banco. No lo supieron, pero yo estaba más asombrado de verlos que ellos a mí. Lancé una ojeada circular. Se hallaban presentes mi suegra, George Hayden, Stan —el presidente del banco— y el vicepresidente del mismo, encargado de la sección de hipotecas.

—Ignoraba que hubiese junta —dije—. Alguien se olvidó de avisarme.

Se advertía que todos estaban incómodos y que ninguno quería ser el primero en tomar la palabra. Después de un momento de silencio el vicepresidente tomó la iniciativa y me preguntó:

—¿Vio los periódicos de la mañana, Luke?

—No —le dije—. Salí para la obra cuando todavía no había clareado el día. No llegan muy temprano a la obra, los diarios.

—Entonces, por favor, lea esto.

Me tendió un número doblado del *Chronicle*.

Un suelto destacado con trazos de lápiz rojo atrajo mi mirada. Lo encabezaba una fotografía de Nora.

NORA HAYDEN DESIGNADA PARA ESCULPIR UNA ESTATUA PARA LAS NACIONES UNIDAS

Alcé la mirada y la fijé en los presentes.

—Me parece muy bien —dije— pero no veo la relación que puede tener esto con nuestro negocio.

—Lea el texto.

Comencé a leerlo. Los dos párrafos primeros nada nuevo decían. Se referían a la designación. Eran los tres párrafos siguientes los verdaderamente devastadores.

Interrogada en el transcurso de la inauguración de la empresa Carey, una urbanización ampliamente anunciada, patrocinada por su marido, el coronel Luke Carey, héroe que fue de la segunda Guerra Mundial, Nora Hayden con su acostumbrada franqueza nos expresó su opinión sobre los modernos hogares americanos, sus propietarios y aquellos que los construyen.

—El constructor americano siente el mayor desprecio por los que han de ocupar los modernos hogares de la nación. Sin imaginación y sin el menor sentido de la estética, está convirtiendo la casa americana en una madriguera de cemento de un gusto horrible, sin más propósito que el de asegurar a su inversión un provecho desmesurado. Cada casa se asemeja exactamente a la siguiente, como células de un conglomerado vegetal o zoológico.

Compadezco a las mujeres que, por una circunstancia u otra, se vean forzadas a vivir en esas modernas celdillas.

Cuando le preguntamos si este modo de pensar lo aplicaba también a la empresa constructora de su marido, el coronel Carey, nos respondió:

—Pueden suponer lo que mejor les satisfaga. Por lo que a mí toca soy enemiga acérrima de esas estructuras zoológicas, ayunas de gusto y de personalidad y antes viviría en una covacha que en una de esas casas modernas.

La señorita Hayden tiene el propósito de salir esta tarde hacia Nueva York para discutir con el comité artístico de las Naciones Unidas los proyectos relativos a la referida obra.

Sentí, al terminar la lectura del artículo, que mi estómago se contraía. Tiré el periódico sobre la mesa.

—Debe de haber una equivocación —exclamé—. Le exigiré a Nora una retractación.

—No servirá de nada —dijo George Hayden—. El daño ya está hecho.

—¿Qué daño? —pregunté, indignado—. El que compra casas no suele leer estas patrañas.

—Estás muy equivocado, Luke —terció Sam Barrows quedamente—. Nuestro libro de ventas indicaba anoche cuarenta y siete compromisos firmes y diecinueve posibles. Esta mañana, a las diez, los compromisos firmes habían bajado a veinte y los posibles a once. Llamé en persona a casi todos los que habían cancelado su compromiso, y aunque ninguno quiso confesar la verdadera razón que le había movido a hacerlo, todos convinieron en que habían leído el artículo.

—¡Procesaré a ese podrido periódico!

—¿En qué fundarás tu acusación? —preguntó George Hayden, desdeñosamente—. ¡No ha hecho más que transcribir las declaraciones de tu mujer!

No le contesté. Tenía sobrada razón. Me dejé caer en una silla y cogí con mano trémula un cigarrillo.

—Si cambiáramos el nombre del proyecto y suprimiéramos el mío, tal vez esto nos ayudara a capear la tormenta.

—Lo dudo, Luke. Tienes que desengañarte. Eso echa abajo todo el tinglado.

Encendí el pitillo sin decir palabra. Mi sueño se desvanecía en el aire como el humo de mi cigarrillo.

—Tiene que considerar nuestra posición, Luke —dijo el presidente del banco—. Tenemos cerca de un millón de dólares desembolsados en este proyecto y ese dinero tenemos que protegerlo. No tendremos más remedio que cancelar el préstamo.

—Tendría que darme la oportunidad de colocarlo en otro banco.

—Por supuesto, Luke, pero dudo que encuentre quien lo tome.

Consultamos con una docena por lo menos de bancos, tratando de syndicar el

préstamo y todos ellos rechazaron nuestra propuesta.

Me volví hacia mi suegra que durante todo este debate había permanecido quieta y callada.

—¿Qué cree usted? Ya sabe lo que esto representa para usted. Quebramos y sus trescientos mil dólares se van al cielo.

Me miró con ojos penetrantes.

—Muchas veces es preferible detenerse a tiempo y dar lo perdido por perdido. Podríamos perder diez veces más tratando de poner remedio a lo irremediable.

Miré uno tras otro a los presentes.

—Me resisto a creer que todo un negocio de esa importancia se venga abajo por cuatro palabras imprudentes de una mujer.

Mi suegra volvió a hablar:

—Una mujer que es la tuya y a la que debiste impedir que las pronunciara.

Le contesté, ácidamente:

—Que yo sepa, jamás, en ningún momento, logró usted impedirle que hiciera su santa voluntad.

—Es posible, Luke. Pero en el caso presente obró como esposa suya, no como hija mía. La responsabilidad recae enteramente sobre usted.

—¡No es una niña! —dije, airado—. ¡Sabía muy bien lo que decía!

—De cualquier modo es usted responsable —insistió tercamente la buena señora.

—¿Cómo podía impedírselo? —exclamé fuera de mí—, ¿encerrándola en un cuarto y dejándola sin cenar?

—Es tarde ya para discutir un hecho consumado. —George se volvió hacia mí—. Siempre tuve miedo de que ocurriera algo semejante. Por eso te aconsejé que esperaras a estar mejor preparado.

—¿A qué santo esperar? —exclamé—. La idea era buena. Y sigue siéndolo. Pero ¿eso qué importa? Ustedes ya resolvieron el caso, sin apelación, y ¡no hay más que hablar! Me levanté y me encaminé a la puerta.

—¡Luke!

La voz de mi suegra detuvo mis pasos.

—¿Sí?

—No se aflija. Yo procuraré que no pierda su inversión.

La miré con fijeza.

—Rehusé toda participación en la casa que usted nos regaló a Nora y a mí. Rehusé el paquete de acciones de Hayden y Carruthers que me ofreció. ¿En qué se basa para creer que aceptaré esa limosna que usted me ofrece?

Sus ojos se volvieron duros, helados, pero diré en favor de mi suegra que la furia que sentía no alteró en lo más mínimo el timbre de su voz.

—No sea necio, Luke. Aún no está todo perdido para usted.

Sonreí amargamente.

—Sé lo que usted quiere decir; que puedo volver a Hayden y Carruthers, siempre

que me porte como un buen chico y haga todo lo que me manden.

No me contestó, pero observé que apretaba los labios y que estos formaban una línea estrecha, dura.

—Gracias, pero no, muchas gracias —dije amargamente—. No es esta la primera vez que caigo envuelto en llamas, pero esta vez son los de mi bando los que me han derribado.

Abarqué con una mirada toda la habitación. Todos estaban callados y tenían los ojos fijos en mí.

—Sobreviviré. Salí con vida de otros percances, y lo mismo saldré de este.

—¡Luke! —La voz de mi suegra brotaba ahora áspera y tajante—. Si pasa el umbral de esa puerta, jamás, ¡entiéndalo bien!, jamás le será ofrecida una nueva oportunidad. Puede tener completa seguridad de que no la tendrá.

De repente me sentí anonadado por la fatiga.

—Ya es hora de que dejemos de engañarnos uno a otro, mamá Hayden —dije con aire de extremo cansancio—. Sabemos muy bien usted y yo que la única oportunidad que me fue ofrecida fue la de hacer exactamente lo que usted y Nora querían. Ahora me doy cuenta de lo estúpido que fui creyendo que podría acostumbrarme a vivir de ese modo.

Cerré la puerta tras de mí y me fui a un bar a echar unos tragos. Después me fui a casa con el propósito de decirle a Nora exactamente mi sentir. Pero no tuve ocasión de hacerlo. Cuando llegué a casa, Nora había salido ya para Nueva York.

Fui arriba, a la habitación de Dani. Al verme entrar, la niña se incorporó en su cunita y me miró, curiosa. Fui hasta ella, la cogí en mis brazos y la estreché tiernamente contra mi pecho. De repente sentí que las lágrimas rodaban por mis mejillas. Posé suavemente mis labios en su blando cuello.

—Mi pequeña Dani —le susurré—, ¿sabes una cosa? ¡Me han pegado un cañonazo de padre y señor mío!

Me declararon en quiebra el día en que Dani cumplió un año.

quince

Se diría que la vida se había detenido tras de un frenazo chirriante y que si uno seguía moviéndose a través de los días, lo hacía en calidad de fantasma. La gente no le veía a uno; no se la podía tocar como ella tampoco podía tocarle a uno. Era como si no se viviera, como si se careciese de corporeidad y la sensación, después de todo, no era tan desagradable. Lo malo era que el fantasma, a falta de otros sentidos, tenía muy desarrollado el de la vista. Veía, en verdad, demasiado.

Eso hacía que el gusanillo del miedo le royera a uno las entrañas y se lo sintiera como una negra serpiente enroscada en los intestinos. Pero el miedo no es siempre una sensación física. Ofrece muchas y variadas facetas y una de ellas es la máscara con que se cubren aquellos que han aceptado las mentiras de los otros y se sienten sujetos por ellas y no tienen la gallardía de romper estas ataduras.

La madre de Nora cumplió su promesa. Mi nombre fue lodo y todas las puertas se me cerraron. Pronto me convencí de la inutilidad de mis esfuerzos y me di por vencido. Siempre me quedaba la compensación de poder ver a mi hija durante el día.

Observé sus primeros pinitos en el parque. Oí sus risotadas en el Zoológico y también en Cliff House, tratando de ver a los leones marinos que jamás se encontraban allí. Pero lo que más le gustaba a la niña era echar moneditas en los aparatos tragaperras del viejo Palacio de Cristal de Sutro.

Había uno que la divertía prodigiosamente. Representaba una granja y en ella el granjero ordeñaba a una vaca mientras su mujer echaba de comer a las gallinitas y el molino giraba sus aspas al viento. Recuerdo que el día de su segundo cumpleaños hicimos funcionar ese aparato seis veces seguidas.

Por la noche tenía yo siempre a mano el *bourbon*^[5] para quitarme el amargor de mi sinsabor cotidiano. Los fines de semana, que Nora, por lo regular, pasaba en casa, me iba a La Jolla y me entretenía con mi barco. Era lo único que no había perdido en mi bancarrota y estos fines de semana eran las únicas ocasiones en que me sentía con ánimos para hacer algo con visos de utilidad: trabajos menudos como pintar, calafatear, pulir los metales, aceitar el motor. Por lo regular estos dos días de voluntario ajeteo los pasaba tan absorto que ni siquiera pensaba en beber. Pero el lunes por la noche, ya en casa, echaba mano nuevamente a la botella.

Debieran dar una medalla al hombre que inventó el *bourbon*. El whisky escocés sabe a medicina, a perfume la ginebra, y en cuanto al whisky a base solo de centeno suele producir acidez en el estómago. El *bourbon*, en mi sentir, es superior a todas esas bebidas. Es suave, sedante y le procura a uno una sensación de calma y de paz. Jamás se emborracha uno bebiendo *bourbon*. Se diría que llena todos los huecos que tiene uno en el cuerpo y le hace a uno sentirse nuevamente fuerte y robusto. Y con él el sueño acude más fácilmente.

Pero ni siquiera el *bourbon* llegaba ya a cerrar mis ojos. El fantasma seguía viendo demasiadas cosas. Como la noche en que no pudiendo conciliar el sueño fui a la planta baja en busca de una botella de whisky. Eran las tres de la mañana. Al pie de la escalera encontré a Nora. Cerró la puerta tras de sí y permanecimos uno frente al otro, inmóviles y callados. Se cruzaron nuestras miradas. Eran las miradas de dos personas extrañas que tratan de recordar en qué lugar se habían visto antes.

No era ciertamente muy brillante el aspecto que yo ofrecía, con mi pelo revuelto, mi arrugado pijama y una bata abierta cuyo cinturón arrastraba por el suelo. Para completar el cuadro iba descalzo y no debía ser un espectáculo muy grato la vista de mis pies desnudos sobre el pulido *parquet*.

En cuanto a Nora era como si la viese por primera vez. Desprendía su cuerpo un vaho de almizcle y sexo. Estaba muy pálida y bajo sus ojos violeta veíanse aquellos cercos de un leve azul traslúcido que yo conocía muy bien y que solo un sueño prolongado podía borrar. Era Eros quien la marcaba así por su ardor en el combate amoroso. Y ella no ignoraba que yo sabía, de sobras, el origen de aquellas sombras cerúleas.

No pude soportar más tiempo la tensión que creaba este inopinado encuentro, y sin pronunciar palabra le volví la espalda.

Noté un leve temblor en su voz.

—Si buscas whisky, le dije a Charles que llevara una caja de *bourbon* a tu estudio.

No le contesté.

—Es *bourbon* lo que bebes, ¿verdad?

La miré un instante y le respondí:

—Sí.

—Es lo que pensé.

Se dirigió a la escalera, pasando por delante de mí. Estaba a mitad de ella cuando se volvió hacia donde yo estaba y me dijo:

—Cuida de apagar las luces antes de subir a tu cuarto.

Fui a mi despacho-estudio y encontré allí efectivamente la caja de botellas a que había aludido Nora. Saqué una y me puse a pensar en las muchas cosas que habría podido decirle y que no le dije. Sentí de nuevo en mis entrañas la presencia de aquel gusanillo que se me antojaba una negra serpiente. Lo inundé de *bourbon* para que se apaciguara.

Mi hija me necesitaba, me dije a mí mismo. Si necesitaba a su lado a alguien que la quisiese y la llevase al Palacio de Cristal para jugar con los aparatos, para disfrutar con ella del sol y del aire y de las delicias del campo y todas aquellas otras cosas que jamás le procuraba su madre. Cogí la botella y me la llevé a mi habitación. Me tendí en la cama.

Terminaba mi tercera embestida a la botella cuando oí el leve chasquido de una llave dentro de una cerradura.

Miré hacia el cuarto de baño. La puerta del mismo estaba abierta. Iba a saltar de la cama, pero me contuve. Y nuevamente cogí la botella.

Apuré rápidamente el contenido del vasito y apagué la luz. Me tendí en la cama pero no pude dormir. Todos mis sentidos, tensos, estaban puestos en aquella otra puerta, envuelta en sombras. No tuve que esperar mucho tiempo. La luz se hizo de repente en el cuarto de baño, al tiempo que Nora lo cruzaba y llegaba al paso de mi puerta. Allí se detuvo un momento, lo justo para que me diese cuenta de que no llevaba nada bajo la gasa transparente de su camisón.

—¿Estás despierto, Luke?

Me incorporé en la cama, sin contestarle.

—Dejé abierta la puerta de mi alcoba.

Seguí callado.

Vino hasta el pie de mi cama y se detuvo allí para contemplarme. Con un movimiento brusco de su cuerpo hizo que la *negligée* se desprendiera de sus hombros y cayera al suelo.

—Recuerdo que una vez me dijiste que no necesitabas sustitutos. —Hubo una leve nota de desprecio en su voz—. ¿Sigues pensando de esa forma?

Cogí un cigarrillo y lo encendí. Mis manos estaban temblando.

La nota de desprecio en su voz se hizo más vibrante:

—Hubo un tiempo en que llegué a creer que eras un hombre. Pero veo ahora que estaba equivocada. Te quitaste el uniforme y con él se fueron los últimos restos de tu hombría.

Aspiré con fuerza el humo de mi cigarrillo, como si quisiese sentir en mis pulmones su cálido aliento. Sentía correr el sudor por entre los dedos de mi mano crispada.

—Será mejor, Nora, que te vayas a tu cuarto —le dije sordamente.

Se sentó en el borde de la cama y me quitó de la mano el cigarrillo. Lo llevó a sus labios, y dio una fuerte chupada y me lo devolvió al instante. Percibí el leve perfume de su pintura de labios.

—Tal vez cuando te cuente lo que hice esta noche te sentirás con más bríos.

—¡Nora, cuidado! Te estás pasando de la raya —la voz brotó enronquecida de mi garganta.

No prestó atención a mis palabras. Por el contrario, se acercó más a mí, hasta quedar su rostro a pocos centímetros del mío. Pude sentir a través de mi pijama la presión cálida de sus menudos pechos.

—Fue solamente una vez, una sola vez —susurró, provocativa—, ¡qué sensación tremenda! Pero tú ya me conoces. Para mí una sola vez es como la comida china. Al cabo de una hora siento más apetito que antes.

No pude reprimir más tiempo mi indignación. Había llegado al límite extremo de mi capacidad de aguante. La cogí por los hombros y la sacudí violentamente. En sus ojos brotó una extraña llamarada y sentí que su mano me exploraba, cálida y urgente.

—¡Tómame!

—¡Nora! —grité, y la estreché en mis brazos vigorosamente.

Un vigor que duró lo que dura un relámpago.

Se desprendió de mis brazos inútiles, saltó de la cama y se inclinó para recoger su *negligée*. Yo me quedé en la cama, jadeante, flácido, grotesco. Me miró, despectiva. En sus ojos había prendido una fría llama de triunfo.

—Me he preguntado muchas veces cómo pude llegar a creer que fueras lo bastante hombre para ser mi marido —dijo, desdeñosamente—, porque en lo tocante a eso, hasta un niño lo haría mejor.

Se fue dando un portazo, y yo alargué la mano hacia la botella. Pero esta vez ni siquiera el *bourbon* pudo disipar el amargor que me subía a la garganta.



Estaba en La Jolla, a bordo de mi barco, cuando supe por la radio que los rojos habían cruzado la línea en Corea. Salté al muelle, entré en la caseta del teléfono y llamé a Jimmy Petersen, en Washington. Habíamos volado juntos en el Pacífico. Había seguido en el ejército después de la guerra y era ahora general de brigada en las Fuerzas Aéreas.

—Acabo de enterarme de la situación en Corea —le dije cuando oí su voz al otro extremo del alambre—. ¿Podéis emplear allí a un hombre que no es manco?

—Por supuesto, pero ahora utilizamos reactores. Tendrás que reentrenarte y no creo que te den para comenzar el mismo grado que antes.

—¡Al diablo el grado, Pete! ¿Cuándo salgo?

Rio con ganas.

—Preséntate en El Presidio mañana por la mañana y ponte al habla con Bill Killian. Ya tendré para entonces algo para ti.

—Estaré allí como una bala, Pete. Gracias.

—Tal vez no me des las gracias cuando te veas convertido otra vez en capitán.

—¡Mi general! —le dije sinceramente—. Te daría las gracias aun cuando me llevaras allí como soldado pelón.

Volví al barco en donde Dani estaba durmiendo en su camita portátil de viaje. Tenía ya cerca de los tres años, entonces, y abrió los ojos cuando la cogí, con cama y todo.

—¿Adónde vamos, papaíto? —me preguntó soñolienta.

—Vamos a casa, mi amor. Tu papaíto tiene algo que hacer.

—Ta bien —murmuró y cerró los ojos nuevamente.

Sujeté con correas la camita en el asiento del coche, al lado del mío y coloqué nuestras maletas en los asientos de atrás. Consulté el reloj. Eran alrededor de las ocho. Si el tráfico no era muy denso podría estar en San Francisco hacia las cuatro de la madrugada.

Dani hizo todo el viaje sin abrir los ojos. No había tráfico. Llegué a casa a las tres

y media. Vi que había todavía luz en el estudio de Nora. Subí a la habitación de Dani y la puse en la cunita. De allí fui a mi cuarto y entonces recordé que había visto luz en el estudio de Nora. Le habría comunicado mi decisión a la mañana siguiente, pero pensé que podría hacerlo ahora, puesto que aún estaba despierta.

Había, sí, luz en el estudio. Pero este estaba vacío.

—¡Nora! —llamé.

Oí un ruido que procedía de la pequeña alcoba anexa al estudio. Fui a la puerta y la abrí. Iba a llamarla de nuevo, pero mi voz se heló en mi garganta.

Estaban todavía los dos enlazados en la cama y el miedo los paralizó. La infamia tomó súbitamente un ropaje grotesco. Nora fue la primera en recobrarse. Gritó:

—¡Largo de aquí!

Sentí como si mi cabeza fuera a estallar. Este era el desenlace clásico y si por un lado me enfurecía la idea de conocer la verdad de un modo tan inesperado, por el otro me acometían unos deseos locos de reírme a carcajada limpia de lo que tenía de ridículo y grotesco la escena. Al pronto, el furor se impuso.

Me abalancé a la cama y cogiendo al intruso por la piel del cuello lo puse en el suelo, lo enderecé violentamente y a renglón seguido le asesté un tremendo puñetazo en la mandíbula. Cayó de espaldas a través de la puerta dando contra una estatua. Estatua y hombre cayeron al suelo con estrépito.

Fui a precipitarme sobre él pero algo detuvo mi brazo. Fue la vista de su vencimiento y desamparo. No era más que un chiquillo. El miedo y la culpabilidad se combinaban para convertirlo en una figura patética. Dejé caer mi brazo.

Charles entró en este momento en el estudio; acababa de ponerse la bata y sus manos seguían todavía enredadas en el cinturón. A cierta distancia, detrás de él, veíanse las figuras de la cocinera y de una de las doncellas de la planta baja.

Volví a la pequeña alcoba, recogí los efectos del muchacho y los arrojé al estudio.

—Charles —exclamé—, llévese a este granuja y una vez vestido arrójelo a puntapiés de la casa.

Cerré la puerta y me volví a Nora. Estaba pálida y sus ojos llameaban de ira y odio.

—Tú, vístete también. Así, envuelta en la sábana, pareces una golfilla barata.

—¿Por qué tuviste que despertar a la servidumbre? ¿Cómo podré mirarles la cara de aquí en adelante?

Me quedé mirándola, atónito. No la inquietaba el que yo la hubiese sorprendido en la cama con otro. Lo único que la preocupaba era lo que pudiesen pensar los criados.

Moví la cabeza, perplejo. Uno no acaba jamás de aprender cosas. Y de repente me pareció que todo estaba muy claro.

—No tienes por qué preocuparte, Nora —le dije hasta con cierta gentileza—. A nadie, en realidad, has engañado. Excepto a mí.

—¡Nunca me creíste! Prestaste oído a todos los chismes que corrían sobre mí y

los creíste.

—En eso te equivocas de medio a medio, Nora —le dije—. Nunca supe de esos chismes. Ni entonces ni ahora. ¿No sabes tú que siempre es el marido el último en enterarse de que su mujer le decora la frente?

—¿Qué esperabas tú que hiciese? Después del nacimiento de Dani jamás te acercaste a mí.

Moví la cabeza, denegando.

—Es inútil, Nora. Es ocioso cuanto digas.

Comenzó a llorar.

—Tampoco las lágrimas solucionan nada, Nora.

Cesaron de fluir automáticamente.

—Por favor, Luke —exclamó, saltando de la cama y yendo hacia mí con los brazos abiertos—. No volverá a suceder ya más.

Me eché a reír.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Por lo que a mí toca, no volverá a suceder ya más. Me iré de esta casa y no volveré a poner los pies en ella.

—No, Luke, no. —Vehemente, echó sus brazos alrededor de mi cuello—. Me portaré bien contigo, ¡te lo prometo!

—Sé lo que son tus promesas y me río de ellas.

Me desprendí, violento, de sus brazos. Sus ojos abiertos expresaban un gran terror.

—¿Qué vas a hacer?

La ira y el dolor acumulados dentro de mí rompieron, de repente, sus amarras.

—Algo que hace ya mucho tiempo debí hacer.

Con el revés de mi mano abierta le crucé la cara. Dio una vuelta sobre sí, cayó sobre la cama y de esta rodó al suelo. Salí del cuarto antes de que se levantara.

Atravesé el estudio y recorrí el pasillo. Vi los rostros de los criados que me miraban, atónitos. Cuando llegué al pie de la escalera vi a Charles que volvía al *hall* después de cerrar la puerta de entrada a la casa. El pobre viejo no se atrevía a mirarme a la cara.

Se abrió la puerta del estudio y Nora apareció en el vestíbulo completamente desnuda.

—¡Hijo de zorra! ¡Cornudo! —chilló, histérica—. Pregonaré a los cuatro vientos lo que eres. Ni siquiera un hombre. ¡Un homosexual, un perverso, un marica!

Lancé una mirada a Charles.

—Atiéndala, por favor. Llame a un doctor si lo cree necesario.

Asintió, silencioso. Cuando llegué a la planta superior, todavía seguían sus gritos y denuestos.

La señora Holman estaba en la puerta de la habitación de Dani, con una expresión consternada en el rostro.

—¿Está bien Dani? —le pregunté.

Hizo un ademán afirmativo. Estaba intensamente pálida.

Entré en el dormitorio de la niña. Estaba sumida en el sueño apacible de siempre. Me incliné y besé sus mejillas. Bendije a Dios que así velaba el sueño de los inocentes.



En Corea me acompañó la suerte, como lo había hecho durante la guerra anterior. Me adapté perfectamente a los reactores y realicé nueve misiones, logrando derribar dos Migs antes de que ellos me derribaran a mí. Era una guerra de menor cuantía y por ello no obtuve ascensos ni recompensas extraordinarias. Ligeramente herido, pasé a un hospital y de allí me mandaron a casa.

Llegué a San Francisco y allí me fue dispensado un recibimiento triunfal. La única persona que me esperaba en el muelle era un modesto funcionario del Juzgado con un mandamiento en la mano.

—¿El coronel Carey?

—Sí.

—Lo siento, pero aquí tiene usted *esto*.

Me puso el documento en la mano y se fue corriendo, como una rata perseguida por un *terrier*.

Desplegué el papel y recorrí rápidamente con la vista su texto. La fecha era la de aquel día, 20 de julio de 1951.

Nora Hayden Carey contra Luke Carey. Acción para divorcio a solicitud de la demandante, la señora Carey. Funda su demanda en los siguientes cargos: crueldad mental, abandono y desamparo.

—¡Bienvenido! —dije para mis adentros, metiéndome el papel en el bolsillo. No hay nada que alegre tanto el corazón como esas bienvenidas, cordiales y efusivas...

Tercera Parte

LA HISTORIA DE LUKE

El fin de semana

Miré mi reloj cuando abandoné el garaje y tomé el ascensor. Había vuelto al hotel a eso de las doce, después de mi visita a la Sección Juvenil. Eran, pues, las dos en Chicago. Elizabeth estaría ya esperando mi llamada.

Advertí de repente que mis manos temblaban. Sentía, apremiante, la necesidad de un trago. Salí del ascensor cuando este llegaba a la planta primera en donde estaba instalado el bar. Ordené un Jack Daniels. Solo uno. Lo apuré rápidamente y a continuación subí a mi cuarto.

Me quité la chaqueta y la arrojé sobre una silla. Seguidamente me senté en el borde de la cama y pedí la conferencia. Deshice el nudo de mi corbata y me tendí en la cama esperando mi comunicación.

Pronto me fue dado el deleite de oír su voz cálida a través del alambre.

—¡Hola!

—¡Elizabeth! —exclamé.

—¿Luke? —advertí al pronto una nota de inquietud en su voz—. ¿Estás bien?

—Muy bien —le respondí reprimiendo la emoción que se apoderó de mí al oír su voz.

—¿Cómo va todo? —preguntó, ansiosa.

—Pésimamente —dije—. Nada ha cambiado—. Saqué del bolsillo de mi camisa un paquete de cigarrillos—. Nora sigue odiándome.

—¿Y eso te sorprende? ¿Esperabas otra cosa?

Encendí un cigarrillo.

—No, por supuesto. Pero...

—¿Pero qué?

—Hubiese querido poder hacer algo más por Dani... que ella supiera mis ansias por ayudarla.

—Tu presencia allí es prueba suficiente —exclamó Elizabeth.

—Sí, pero...

—No te preocupes más —dijo quedamente—. Dani no puede ignorarlo. Lo más importante es que no se sienta sola.

Esta observación, en sus labios, me desconcertó.

—Pero ¿y tú? ¿No te sientes sola?

Se echó a reír.

—No estoy sola. Tengo a un amiguito que me hace compañía. No se separa de mí ni a tres tirones.

—¿Cómo me gustaría que estuvieses a mi lado!

—Será la próxima vez —dijo—. Ahora tendrás que arreglártelas sin mí.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti, Luke. La próxima vez que llames hazlo a cobrar aquí. Así entrará en la cuenta del mes que viene.

—Está bien, cariño.

—Adiós, Luke.

Colgué el receptor. Me sentí mejor. Parte de la tensión había desaparecido. Elizabeth producía en mí ese efecto a la vez sedante y estimulante. Cerré mis ojos y rememoreé viejos tiempos inolvidables. Cuando nos encontramos por primera vez. Cuando ella y su jefe me alquilaron la embarcación en La Jolla.



Atracamos en el muelle de Santa Mónica y el viejo tomó un taxi y se fue a Los Ángeles. Elizabeth se quedó a bordo. El jefe le había dicho que dispusiera a su antojo del sábado y del domingo, ya que esos dos días los pasaría él con su familia en Los Ángeles.

Así que se hubo ido, le dije a Elizabeth:

—Tengo aquí a un amigo y podría pasar la noche en su casa, si así lo cree preferible.

—¿Por qué lo haría? ¿Por comodidad o por caballerosidad? —No había en su voz el menor asomo de coquetería.

—No puede uno dejar de ser un caballero, aunque el concepto parezca un tanto trasnochado.

—Me lo imaginaba. —Me miró con sus claros ojos azules—. Si hubiera tenido la duda más mínima, Luke, no habría consentido en quedarme a bordo.

—En vista de tan amable observación, la invito a salir conmigo a cenar.

—Cenaré con usted a condición de que me deje pagar la cuenta.

—Ni hablar. Este fin de semana será usted mi invitada de honor.

—Pero no es justo... después de que le regateé cien dólares.

—Los negocios son los negocios, y esto es otra cosa —dije, tozudo.

Notó el cambio de expresión de mi rostro y apoyó una mano en mi brazo.

—¿Significa eso tanto para usted? ¿Por qué?

—Tenía una mujer que se había empeñado en pagar todas mis cuentas. Y eso terminó para siempre.

Retiró la mano de mi brazo.

—Ya veo —dijo—. Bien. Lleve la cartera bien repleta. Nosotras las suecas, tenemos fama de comer como caballos.

Fuimos al restaurante especializado en platos de pescado y mariscos, situado en Coast Highway, entre Malibú y Santa Mónica y mi rubia escandinava confirmó la verdad de su aserto. Hasta a mí me asustaba el tamaño de las porciones, pero ella las liquidaba limpiamente y arrebañaba el plato. Tomamos luego el café contemplando a través del cristal de la ventana cómo las rocas, al pie del edificio, rompían el ímpetu bravío de las olas. Pasaron las horas de un departir ameno y fácil y eran ya las once

cuando regresamos al barco.

—Estoy rendida —me dijo mientras caminábamos por el muelle—, tal vez sea porque no estoy acostumbrada a respirar tanto aire marino.

—Tiene tanto vigor que lo deja a uno noqueado.

La miré a la luz amarillenta y desigual de la única bombilla colgada de un poste que iluminaba aquella parte del muelle.

—Acuéstese. Mientras tanto, si no tiene inconveniente, bajaré un momento a la playa. Quiero ver a cierto amigo mío.

Me miró unos instantes, inquisitiva, e hizo un ademán de asentimiento.

—Vaya. Y muchas gracias por la comida.

Le dije sonriendo maliciosamente:

—La de esta noche no fue más que un ensayo. Espere la de mañana. Será solemne: luces mortecinas, blancos manteles, música.

—Me relamo ya de gusto. Y gracias por haberme avisado. No comeré nada en todo el día de mañana, para reservar mis fuerzas.

Saltó a bordo y desapareció en el camarote.

Esperé un momento, luego me volví y me puse a caminar por el muelle. Entré en el primer bar que hallé a mi paso y pedí una botella de Jack Daniels. Este era el nombre del amigo que quería yo ver.

Me emborraché como un cosaco y debían de ser las tres pasadas cuando, tambaleándome, salté del muelle al barco.

Hice los esfuerzos más inauditos para no hacer ruido y caminé de puntillas con tan escaso tino que tropecé con unos cordajes que había en cubierta y caí sobre esta de bruces con el estrépito consiguiente. Traté de levantarme pero no pude, y juzgando quimérica la idea de llegar hasta mi camarote me eché a dormir en el lugar donde había caído.

Un dulce cosquilleo en la nariz me despertó a la mañana siguiente: lo producía el aroma combinado del café y del bacon frito. Me incorporé antes de que me diera cuenta de que me hallaba en mi litera, sin más ropa que los calzoncillos. Me froté la cabeza con una mano. No recordaba cómo y en qué momento había llegado hasta allí.

Elizabeth debió de oír mis movimientos porque dejó el hornillo de la cocinilla anexa y me trajo un vaso lleno de zumo de tomate.

—Ande, tome esto.

La miré, extrañado.

—Bébalo. Le disipará la bruma que envuelve su cerebro.

Como un autómatas bebí de un trago el contenido del vaso. Tenía razón. ¡Vaya si disipó la bruma! Y con ella parecía que se llevaba también los dientes, la garganta y parte del estómago.

—¡Canastos! —jadeé—. ¿Qué puso en ese vaso? ¿Dinamita?

Se echó a reír.

—Es una vieja receta sueca contra la resaca. Zumo de tomate, pimienta,

Worcestershire, salta Tabasco y aguardiente sueco. Solía decir mi padre de esta receta: O te cura o te mata.

—Su padre tenía razón. Es la muerte en los labios. ¿Cómo pudo obtener el aguardiente sueco?

—En el mismo bar en el que se encontró usted anoche con su amigo. Es el que está más cerca de aquí, supongo yo.

Asentí, silencioso.

—Es muy fuerte su amigo. Lo dejó *knock out*.

—Estoy desentrenado —le dije, a la defensiva—. Hacía cuatro días por lo menos que no empinaba el codo. ¿Cómo consiguió usted traerme hasta la litera?

—¡Bah! Usted es una pluma. Mi padre tenía cerca de dos metros y pesaba cien kilos corridos y yo sola me bastaba para meterlo en la cama. Esta madrugada recordé aquellos buenos tiempos. —Me quitó de la mano el vaso vacío—. ¿Tiene hambre?

Unos minutos antes habría saltado a la sola mención de comida, pero ahora me sentía ferozmente hambriento.

Hice un ademán afirmativo.

—Siéntese, pues, a la mesa —dijo, volviendo a la cocinilla—. En el precio no está incluido el servicio del desayuno en la cama. ¿Cómo quiere los huevos?

—Fritos. —Salté de la litera y me puse apresuradamente los pantalones—. Un momento —protesté—. Las tareas culinarias me corresponden a mí.

Pero ya estaban los huevos en la sartén. El desayuno fue espléndido y copioso: molletes calientes con mantequilla, mermelada, cuatro huevos, media libra de bacon y una cafetera llena de aromático café. Me puse a engullir todo como un descosido y cuando terminada la parte sólida fui a atacar el café, vino con su taza y la llenó de oloroso brebaje y se sentó. Encendió un cigarrillo.

Bebí a sorbos mi *moka* y me retrepé en la silla con un suspiro gozoso.

—He comido como un animal.

—Como un hombre —rectificó ella—. Me gusta ver comer a los hombres.

—Pues ha visto comer a un profesional. —Volví a llenar mi taza—. Esto es, de verás, café.

—Gracias.

Encendí un cigarrillo y tomé a sorbitos el café.

—¿Tiene usted una hija?

Hice un ademán afirmativo.

—¿Qué edad tiene?

—Ocho años.

—¿Se llama Nora?

Hice un gesto de denegación.

—No, Dani. Abreviatura de Danielle. Nora se llama mi exmujer.

—¡Oh!

Le lancé una mirada escrutadora.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Hablaba de ellas cuando lo arrastré por la cubierta y lo traje al camarote. Las echa mucho de menos a las dos, ¿verdad?

—A las dos, no. A mi hija —rezongué. Me puse en pie—. ¿Por qué no sale a respirar un poco de aire fresco? Yo me quedaré aquí y limpiaré la vajilla.

—Llévese la taza de café a cubierta. La vajilla corre a mi cargo durante estos dos días.

Salí afuera y me senté en una de las sillas destinadas a la pesca. La neblina de la mañana desaparecía mar adentro, empujada por una brisa ligera y cálida. El día prometía ser caluroso. Terminaba mi café cuando oí sus pisadas detrás de mí.

Me volví para mirarla.

—¿Quiere que vayamos hoy a la playa?

—¿Por qué ir a una playa atestada de gente cuando podemos fácilmente ir mar adentro y tener todo un océano particular para los dos?

Me levanté y le dije, sonriendo:

—Es usted el patrón y donde hay patrón no manda marinero. Saltaré a tierra y adquiriré las necesarias municiones de boca.

—Ya me cuidé de los bastimentos —exclamó, risueña—. E incluí en los mismos una docena de latas de cerveza, por si el calor aprieta más de la cuenta.

Me apresté para soltar las amarras y llevar el ancla.

La mañana cumplió su promesa. El sol apretó firme y caló hasta los huesos de tal modo que ni siquiera la inmersión en el frescor de las aguas verdosas del mar lograba suavizar el ardor de sus caricias. Pero esto no parecía preocupar a Elizabeth.

Se tendió cuan larga era sobre cubierta y dejó que el sol se cebara en ella. Cerca de una hora estuvo así, sin mover un músculo. La veía desde mi refugio —la caseta del timonel—, medio echado sobre la banqueta, detrás de la rueda. No estaba dispuesto a ser tostado vivo.

Levanté la visera de mi gorra que sombreaba mis ojos y la interpele:

—Si quiere broncearse de una vez, ahí en el camarote tengo una loción a propósito, que la bronceará sin quemarle la piel.

—No, gracias. El sol no me quema la piel. Me la pone morena. Ahora, si es usted tan amable, le agradecería que me trajese una cerveza. Estoy deshidratada.

Bajé al camarote y saqué de la nevera dos latas de cerveza. Las abrí y fui con ellas a cubierta, bajo el sol. Tuve la sensación de que me metía en un horno de cocer pan. Al verme se incorporó y tomó de mi mano la lata helada. Se la llevó al punto a la boca y bebió ávidamente su contenido. En su precipitación parte de la cerveza se le escurrió por una de las comisuras de sus labios y rodó hasta sus hombros bruñidos por el sol. No pude impedirme de contemplar y admirar la soberbia estatua que apenas velaba el precario bikini.

Era alta, un metro setenta por lo menos, y toda ella estaba a proporción, en armonía con su tamaño. Era, en lo físico, todo cuanto podía desear un hombre. Ni

menos ni más. La medida justa.

Se enjugó el rostro con su brazo. Al hacerlo sorprendió mi mirada. Sonrió entre dientes, y dijo:

—Mi madre solía regañarme por mi modo de beber. Decía que bebía alocadamente. Como mi padre.

—Cuando tiene uno mucha sed se bebe así... disparatadamente.

Volvió a tenderse, cara al sol.

—¡Oh Dios, qué bien me siento! El sol y el océano. Jamás pensé que echara tanto de menos el agua.

Tuve que forzarme para apartar mi mirada de ella. Por primera vez en mi vida tenía ante mí, en carne y hueso, la reproducción exacta de la rubia integral, de la Venus de Oro tantas veces vista en la pantalla o en las revistas de Las Vegas. El tenerla tan cerca despertaba en mí apetencias largo tiempo reprimidas.

—Si tanto echa de menos el agua —le pregunté—. ¿Por qué fue a parar a un lugar tan seco como Sandsville?^[6]

Tenía cerrados los ojos, para protegerlos del sol.

—Fui a Phoenix con mi marido. Era piloto de la Fuerza Aérea. Se estrelló con su reactor en una montaña, a seiscientas millas por hora. Después de su muerte tomé este empleo. Desde entonces no me he movido de allí.

—Lo siento —dije. Y tendí mi vista mar adentro, pensando en la fatalidad de ciertos destinos humanos—. ¿Cuándo sucedió eso?

—Hace cuatro años. Usted también fue piloto, Luke, ¿no es verdad?

—Lo fui, en cierta ocasión. De eso hace muchísimo tiempo... cuando era muy joven.

—No parece usted muy viejo.

—Tengo treinta y seis años, yendo para los setenta.

—Es el alcohol lo que le hace sentirse viejo. A mi padre le ocurría lo mismo... — Se detuvo al ver la expresión de mi cara. Bajó los ojos y añadió—: Lo siento, Luke... ¡Pierdo al cabo del día tantas ocasiones de callarme!

—¿Qué edad tiene usted?

—Veinticuatro años.

—A los veinticuatro años todo se ve de color de rosa.

—Sí, ¿verdad? —exclamó clavando sus ojos en los míos—. ¿Acaso es de color de rosa quedarse viuda a los veinte años?

—Soy yo ahora el que deplora no haber sabido callarse.

—Olvidelo.

Cogí la lata que había dejado en el suelo y bebí unos tragos.

—¿Cómo supo que había sido aviador?

—Hace ya mucho tiempo que sé de usted. Por eso fui a La Jolla a buscarlo.

—¿A buscarme a mí?

—Era usted el héroe de Johnny, mi marido. Un magnífico piloto de caza. Coronel

a los veinticinco años. Johnny aspiraba a ser como usted. Tuve que venir para saber lo que habría sido... si hubiese vivido.

—¿Y ahora?

—Mi curiosidad ha quedado satisfecha. Negativamente. Johnny no se asemejaba en nada a usted.

—¿Por qué lo dice?

—Anoche cuando le puse en su litera estaba llorando. No me imagino a Johnny llorando por cosa alguna después de cumplidos los seis años de edad. Era de genio muy vivo, agresivo y en ocasiones violento e impaciente. Usted es exactamente lo opuesto. Blando y tierno en su interior.

—Jamás fui en realidad un héroe —dije—. La guerra le fuerza a uno, si quiere sobrevivir, a actos desesperados que el éxito convierte en actos heroicos. Yo fui un experto de la supervivencia—. Sonreí sarcásticamente—. Aunque muchas veces me he preguntado el porqué de esas ansias absurdas de supervivencia.

Sus ojos sondearon los míos.

—Dice usted muy bien. Son absurdas para quien el sobrevivir solo significa pasar la vida escondido en una barrica de whisky.

A mi vez la miré con ojos escrutadores e inquisitivos. Sostuvo fiera, altivamente mi mirada. En sus ojos claros y límpidos no había el menor asomo de temor. Lancé un hondo suspiro.

—Supongo que tengo bien merecido el palmetazo. —Consulté mi reloj—. Dentro de media hora levaremos anclas. Tiene el tiempo justo para otra zambullida.

Recogí mi lata de cerveza y me fui al camarote. Allí hacía menos calor. Bebí un trago de cerveza y puse sobre la mesa el recipiente, frente a mí. Oí entonces, a través del portillo, el chapoteo del agua al zambullirse en ella Elizabeth.



El teléfono, sobre la mesilla de noche, me devolvió a la realidad del presente. Forcejeé para desprenderme de las sombras cálidas del recuerdo.

—¿Sí? —farfullé.

—¿El coronel Carey?

—Sí.

—Al habla Harris Gordon.

Desperté por completo.

—Sí, señor Gordon.

—Lamento no haber podido llamarle antes. No he tenido un momento libre.

Miré el reloj. Eran las siete pasadas. Había estado durmiendo toda la tarde.

—No se preocupe.

—¿No le importa que aplacemos nuestra cita hasta mañana por la mañana? Es sábado por la noche y resulta que mi mujer ha invitado a varios amigos a venir a casa.

—Lo comprendo perfectamente.

—¿Mañana por la mañana a las nueve?

—De acuerdo —le contesté—. Nos encontraremos en el vestíbulo.

Colgué el teléfono y fui a asomarme a la ventana. Caían las primeras sombras de la noche y comenzaban a encenderse las luces de neón. La noche del sábado en San Francisco y sin saber qué hacer, en mi ciudad natal. Por lo que volví a tenderme, encendí un cigarrillo y me quedé absorto, pensando en Elizabeth y en mí.

Elizabeth llevaba aquella noche un sencillo vestido blanco. Su cabellera caía sobre sus hombros bronceados por el sol como una cascada de oro derretido. Su figura espléndida atraía las miradas y su paso por entre los veraneantes creaba un ambiente de tortícolis. En el sur de California abundan las mujeres hermosas y particularmente por las playas de Malibú, frecuentadas por las artistas de cine, pero no obstante algo había en Elizabeth que la destacaba de entre las demás mujeres.

El *maître d'hôtel* era un lince y sabía lo que se traía entre manos. Nos instaló junto a una ventana que daba al mar. Podíamos ver toda la animación de la playa, pero también todos los playistas podían vernos. Que era lo que se trataba de demostrar. A continuación nos mandó una botella de champaña y unos violines.

Elizabeth me sonrió:

—Se ve bien que es usted un hombre muy importante por estas latitudes.

—No lo hacen por mí. —Levanté mi copa—. Lo hacen por usted. Menos mal que el hombre no me ha reconocido. La única vez que estuve aquí me echaron porque estaba borracho.

Se echó a reír.

—Tal vez me eche a mí cuando me vea comer.

Se fueron por fin los violines y la orquesta comenzó a tocar aires de danza. Interrogué con los ojos a Elizabeth, esta hizo un signo de asentimiento y la conduje a la pista de baile. La enlacé, y al posar mi mano sobre su espalda desnuda, de elástica dureza, pude percibir la fuerza que se escondía bajo su piel satinada.

Di un traspies al tratar de acoplarme a la cadencia de la música.

—¡Hace tanto tiempo que no bailo!

—Lo mismo me ocurre a mí.

A continuación apoyó su mejilla contra la mía y desde este instante todo fue como una seda.

Me sorprendí cuando me di cuenta de que los de la orquesta enfundaban sus instrumentos; miré el reloj y vi que eran las tres de la madrugada. Era la primera vez, desde hacía muchísimo tiempo, que toda una noche había transcurrido para mí como un relámpago. Pagué la cuenta y le di una considerable propina al *maître d'hôtel* por habernos tratado con tanta gentileza. Nos fuimos caminando bajo la noche estrellada de California, inmersos en un ambiente inefable de aromas de flores y de efluvios del mar.

—¿Bajamos a la playa?

Hizo un ademán afirmativo y deslizó su brazo bajo el mío. Descendimos por el caminito que contornaba el restaurante, pasamos por delante del pequeño hotel frente a la playa y nos encontramos en esta.

La noche era quieta. No nos llegaba el menor ruido de la carretera, por encima de nuestras cabezas.

—¡Qué silencio! —exclamó—. Oigo hasta el cuchicheo de los peces debajo de esas olas que parecen caminar de puntillas.

—Todo lo contrario de tu imaginación que parece un caballo desbocado.

Me eché a reír. Caminamos durante unos minutos por la playa hasta que llegamos a una roca. Nos sentamos en ella, muy juntos y contemplamos el océano. No pronunciamos una sola palabra. No era necesario. La paz y la quietud de aquella noche incomparable producían sobre nosotros una especie de dulce y grata anestesia.

Tiré la colilla y seguí con la vista la línea de minúsculas chispas que trazó en las sombras antes de hundirse en el mar. Permanecimos sentados, muy cerca uno del otro, pero sin tocarnos, viendo cómo las olas se deshacían en la playa.

Volvió el rostro hacia mí.

—¡Luke!

La besé. Sin tocarla con mis manos, sin abrazarla, sin frenesí de clase alguna; nuestros labios se juntaron, sencillamente y se dijeron, sin palabras, todo cuanto había de soledad y de vacío en nuestras vidas, y cuáles eran nuestras ansias y esperanzas.

Después de unos momentos apartó su boca de la mía y reclinó su cabeza sobre mi hombro. Permanecimos así un gran rato. Finalmente suspiró y alzó la frente.

—Es muy tarde ya, Luke. Estoy cansada. Volvamos al barco.

Estuvimos callados en el taxi que nos condujo a Santa Mónica. Solamente hablaron un lenguaje mudo los dedos entrelazados de nuestras manos.

Saltamos del muelle al barco y nos detuvimos ante la entrada del camarote. Su voz era queda y serena.

—No soy de esas mujeres que buscan la aventura sentimental y la limitan a un fin de semana romántico, Luke. Yo soy más ambiciosa, y mis sentimientos más duraderos. No soy una viuda desconsolada que porfíe por llenar el hueco que dejó en su vida el difunto. No quiero servir tampoco de extintor de incendios...

La miré a los ojos:

—Comprendo.

Se quedó callada unos segundos mientras me escrutaba tratando de hallar la verdad en el fondo de mis ojos.

—Espero que así sea —murmuró quedamente—. Lo espero y lo deseo con toda mi alma—. Y, diciendo estas palabras, prendió sus labios en los míos—. Dame unos minutos antes de entrar.

Penetró en el camarote, yo me quedé en cubierta y encendí un cigarrillo. Advertí de repente que mis manos temblaban y un miedo insensato se apoderó de mí. No supe al pronto discernir la causa de aquel miedo, y quise disiparlo echando un trago, pero no encontré más que latas de cerveza. Abrí una y apuré rápidamente su entero contenido. Estaba tibia pero después de beberla me sentí mejor. Tiré el cigarrillo por encima de la borda al mar y bajé al camarote.

La hallé acostada en mi litera, con la sábana hasta la barbilla. Su cabellera suelta derramaba sobre la almohada su áureo caudal.

—Apaga la luz, Luke. Me siento cohibida.

Alargué la mano y apagué la bombilla. La luz del muelle se infiltró por la portilla y enmarcó su rostro. Me despojé de la ropa apresuradamente, me arrodillé junto a la litera y empecé a besarla con ternura.

Me ciñó el cuello con sus brazos.

—Luke, Luke.

Alcé mi cabeza y echando atrás la sábana, lentamente, la descubrí. Sus ojos los tenía ahora muy abiertos, y espiaban cada uno de mis movimientos. Después de un momento de silencio, me dijo.

—¿Te gusto, Luke? ¿Soy bastante bonita para ti?

Sus senos eran rotundos y altivos. Su cintura delgada; el talle alargado y flexible, el vientre liso con un asomo de redondez allí donde comenzaba la curva turgente de las caderas. Sus muslos eran fuertes y sus piernas largas y rectas.

Su voz quebró de nuevo el silencio.

—Quiero ser hermosa para ti.

—Mi diosa de oro —susurré, llenando de besos su cuello. Sus brazos me estrecharon, apremiantes.

—Quiero ser tuya, Luke.

Me sentí envuelto en oleadas de pasión. Besé sus pechos. Gimió dulcemente y el calor de su cuerpo prendió en el mío, abrasándolo. Y entonces solo hubo el palpitar furioso de mi corazón y como un estruendo dentro de mi cerebro.

Súbitamente todo el whisky y todo el sórdido libertinaje a que había recurrido para olvidar, volvieron a mí y rompieron todos los diques.

—¡Oh, no! —grité al advertir que sus brazos, como helados, aflojaban su presa. Sus ojos llameaban de sorpresa y decepción—. ¡Por favor, no!

El fiasco no podía ser más evidente.

Permanecí unos momentos inmóvil; luego, lentamente, me incorporé y fui a coger un cigarrillo.

—Lo siento, Elizabeth, lo siento. Debí preverlo. No creí que mi fracaso fuera tan completo. No sirvo ya para nada, ni siquiera para cumplir como un hombre.

Me senté en el borde de la litera y miré al suelo; no me sentía con valor para mirarla a ella. Elizabeth estuvo callada durante un buen momento; luego tomó mi cigarrillo, y lo dejó a un lado; con la otra mano me cogió la cara, y me forzó a mirarla.

Su voz brotó queda y tierna.

—¿Tanto daño te hizo esa mujer? ¿Hasta este extremo ha hecho trizas tu vida?

—Yo mismo me hice trizas —dije, amargo—. Ya lo ves, soy un fracasado en todo, hasta en el amor.

Asió mi cabeza y la posó sobre sus senos. Acarició mis cabellos y me dijo muy

quedo:

—No es cierto, Luke, lo que te ocurre es que quieres con demasiada vehemencia.

Cuando me desperté por la mañana, ya se había ido. Sobre la mesilla había dejado una nota y cuatro billetes de a cien dólares cada uno. Cogí la nota con dedos temblorosos. Decía así:

Querido Luke:

Perdóname que me haya ido de este modo. Sé muy bien que el proceder no es muy equitativo, pero, por el momento, no veo otra solución. Todo ser humano lleva sobre sus hombros una cruz y tiene que buscar solo el camino de su redención. Yo encontré el mío cuando murió Johnny. Tú solo tendrás que encontrarlo.

Si algún día lo hallas y vuelves a ser el hombre que realmente eres, ven a buscarme. Y tal vez puedan juntarse nuestros caminos, para siempre. Porque eso es lo que en verdad deseo y me imagino que es también lo que tú desees. Sé que todo esto te parecerá bastante incoherente, pero es algo que no puedo evitar. Siempre soy incoherente cuando lloro.

Te quiere,

Elizabeth.

Más de tres meses estuve tratando de olvidar lo que me había escrito, hasta que un día me desperté en la prevención. Todo lo había perdido: mi barco, mi crédito y la poca dignidad que aún me quedaba. Como no pude pagar la multa me condenaron a treinta días de trabajos forzados en la colonia agrícola destinada a este efecto.

Al final de los treinta días, cuando me devolvieron la ropa vi que la nota de Elizabeth seguía en uno de mis bolsillos. La cogí y la volví a leer. Seguidamente me miré en un espejo. Por primera vez desde hacía muchísimo tiempo mis ojos aparecían claros y limpios. No era una ilusión de mis sentidos. Eran claros y limpios.

Pensé en Elizabeth y en lo feliz que sería viéndola. Pero no de aquella guisa. Mi traza era la de un vagabundo. Así pues, busqué trabajo y lo hallé de jornalero en unas obras. Cuando estas terminaron, al cabo de siete meses, había ascendido a ayudante del maestro de obra. Tenía ahorrados seiscientos dólares y era dueño de un viejo coche.

En el fui, sin parar un solo momento durante el largo recorrido, hasta Phoenix. Allí me enteré de que se había ido a Tucson, en donde su jefe había comenzado unas importantes obras de urbanización. Llegué a Tucson aquella misma tarde, antes de que cerrara la noche. La oficina de las obras se hallaba no lejos de la carretera y la primera cosa que vi cuando aparqué fue un letrero que rezaba así:

Abrí la puerta de la oficina y entré. Vi en el pequeño despacho de recepción a una joven de pelo negro. Alzó la cabeza y me interrogó con los ojos.

—He visto el letrero de afuera y vengo a buscar trabajo.

Hizo un ademán afirmativo.

—¿Tiene usted experiencia?

—Sí.

—Siéntese, por favor. La señorita Andersen le atenderá en seguida.

Descolgó el teléfono y murmuró unas palabras en la bocina. A continuación me entregó un impreso para que lo llenara.

—Llénelo mientras espera.

En el preciso momento en que lo terminaba sonó el teléfono y la joven me señaló la puerta que comunicaba con el despacho interior.

Elizabeth no reparó en mí cuando entré en el despacho. Estaba abstraída mirando unas hojas llenas de cifras, encima de su mesa.

—¿Tiene experiencia? —me preguntó, sin alzar la vista de las hojas.

—Sí, señora.

Sus ojos siguieron clavados en las cifras.

—¿Qué clase de experiencia?

—Variada.

—¿Variada? —preguntó, impaciente—. Esa no es una respuesta de... —Alzó los ojos, me vio y quedó sin habla.

Me pareció más delgada; más salientes sus pómulos.

—Pero, le diré, señora, no vine a buscar trabajo. Vine en busca de alguien que me dijo que podríamos recorrer juntos el mismo camino, para siempre...

Pero antes de que terminara la frase, se había levantado de la silla, contornado la mesa y arrojado en mis brazos.

La cubrí de besos mientras lloraba y repetía una y otra vez mi nombre.

La puerta al otro lado del despacho se abrió para dar paso al anciano que era su jefe. Al vernos abrazados se detuvo e iba a volverse para abandonar el despacho, cuando, pensándolo mejor se inmovilizó y aclaró su garganta.

Sacó de uno de sus bolsillos unas gafas, se las puso y a través de ellas me lanzó una mirada penetrante. Volvió a aclarar su garganta.

—¡De modo que es usted! —dijo—. ¡Canastos! Ya era hora de que se presentara aquí, buen mozo. Espero que ahora terminen sus lloriqueos y prestará más atención a su trabajo.

Nos volvió la espalda y salió del despacho, cerrando tras de sí la puerta. Volvimos a los abrazos y besos, riéndonos al unísono, jubilosamente. Oyendo el cascabeleo de su risa intuí en aquel instante que no podría vivir sin oírla; que aquella risa sería

siempre el anuncio jubiloso de su presencia junto a mí. Esta sensación no me abandonó jamás, ni siquiera ahora, cuando yo me hallaba en San Francisco y ella en Chicago, esperándome, en una noche de sábado solitaria.

A la mañana siguiente Harris Gordon se hallaba en el vestíbulo cuando bajé a él a las nueve en punto. Fuimos al café anexo en el que solo había mesas vacías. Era la mañana del domingo.

La camarera nos sirvió el café y yo le pedí salchichas y molletes con mantequilla. Gordon hizo un ademán negativo.

—Ya he desayunado.

En cuanto se hubo ido la camarera le pregunté:

—¿Cómo están las cosas?

Gordon se sacó un cigarrillo.

—En cierto sentido tenemos suerte. Dani no será juzgada criminalmente.

—¿Y eso?

—Según la ley, en el estado de California, un menor que ha cometido un delito no es tratado de la misma forma que un criminal adulto. Esta ley se aplica particularmente a aquellos menores de una edad inferior a los dieciséis años.

—Entonces ¿cómo determinan la culpabilidad y el castigo de un menor?

—Aquí es donde la ley funciona a favor nuestro. A un niño no se le puede castigar. California mantiene el principio de que a un niño o una niña no se le puede hacer responsable de sus acciones, aun en el caso de que se haya determinado su culpabilidad. En vez de ello, debe comparecer ante un Tribunal Tutelar de Menores y este determinará la mejor solución posible con respecto a su rehabilitación y vuelta eventual a la sociedad. —Sonrió—. ¿Le parezco acaso demasiado legalista?

Denegué con un ademán.

—En modo alguno. Siga.

La camarera reapareció con mi desayuno. Gordon esperó a que se fuera para reanudar su discurso.

—El tribunal debe determinar a quién o a quiénes se confiará la custodia del menor, en bien del mismo y de la salvaguardia de la sociedad. Pueden ser el padre o la madre, o ambos, según sea el caso, una familia adoptiva, una escuela-reformatorio como Los Guillicos, incluso un hospital o una institución mental si es necesario. Pero solamente después de realizada una investigación a fondo. En el caso de que el Tribunal decidiera retenerla en su custodia, Dani podría ser enviada al Centro de Recepción Oficial Tutelar de Menores de California, en Perkins, para ser sometida a un tratamiento psicológico y psiquiátrico.

—¿Qué significa todo eso?

—Por de pronto una cosa segura —se apresuró a decir—. Si tiene el pensamiento de que podría conseguir la custodia de Dani, deséchelo al instante. El Tribunal jamás permitiría que la niña saliese de los límites del Estado.

Nos miramos de hito en hito. Por lo menos sabía a qué atenerme. Jamás, por mucho que hiciera, me sería concedida la custodia de Dani. Fingí la más completa impasibilidad.

—De acuerdo. No puedo tenerla —dije—. ¿Quién entonces puede tenerla?

—Francamente, dudo de que el tribunal la ponga en manos de su madre. Nos quedan tres posibilidades: su abuela, un hogar adoptivo que elija el tribunal, o Los Guilicos. Creo que podemos eliminar el hogar adoptivo. La abuela de Dani puede ofrecer mayores ventajas.

—Entonces la opción final sería entre su abuela y una institución, ¿no es así?

Asintió gravemente.

Terminé la parte sólida de mi desayuno y pedí a la camarera más café.

—¿En quién cree usted que recaería la elección? —pregunté.

—¿Quiere usted mi opinión franca y sincera?

Hice un ademán afirmativo.

—En mi sentir, las probabilidades son, diez a uno, en favor de Los Guilicos.

Permanecí silencioso durante unos momentos. El pensamiento de que Dani pudiera pasar meses, tal vez años, detrás de unas rejas, me era intolerable.

—¿Qué podríamos hacer para que la custodia le fuera encomendada a la abuela?

Gordon me miró fijamente.

—Tendríamos que probar que podemos darle a Dani todo aquello que le daría una institución; esto es, estrecha supervisión, enseñanza, educación religiosa, psicoterapia, análisis si fuera necesario. Y un contacto estrecho y constante con la inspectora tutelar que le fuera asignada.

—¿Por qué se necesita todo eso estando con su abuela?

—Porque solo le es concedida su custodia. Permanecerá bajo la tutela del Tribunal hasta que este se halle completamente seguro de que no causará más problemas sociales.

—¿Cuánto durará esa tutela?

—Basándome en mi experiencia, calculo que quedará bajo la tutela del Tribunal hasta que haya cumplido por lo menos los dieciocho años.

—Es terriblemente penoso vivir un tiempo tan largo bajo un microscopio. Incluso para una niña.

Me miró de un modo extraño.

—Esa niña mató a un hombre —dijo—. Este recuerdo lo llevará como una marca, toda su vida.

Era muy cruel el comentario. Pero era justo.

—¿En qué puedo ayudar?

—Considero de la mayor importancia que se quede en San Francisco hasta que comparezca Dani ante el tribunal.

—Esto es imposible —dije—. Los trámites de un proceso son interminables.

—Este no es un proceso ordinario, coronel. No interviene en él un jurado que

señale o determine la culpabilidad.

No es más que una vista custodial ante un juez a la que solo asisten las personas interesadas. Ni la policía ni el fiscal del distrito asisten a la vista, a menos que se solicite su comparecencia para responder a cuestiones específicas relativas a la conducta y buen comportamiento del menor. Todo ello debe ser resuelto con la mayor rapidez posible. La ley actúa para proteger al menor de una detención innecesaria. Si el menor permanece en custodia más de quince días sin una vista, queda automáticamente en libertad.

—En una palabra —exclamé—. ¿Cuánto tiempo durará todo esto?

—La vista de detención tendrá lugar el martes. La vista del tribunal custodial siete días después. Pongamos, en total, diez días.

—¡Diez días! —estallé—. Mi mujer dará a luz uno de estos días. ¿Por qué hemos de esperar hasta el martes para la primera vista?

—No puede ser de otro modo, coronel —explicó Gordon, paciente—. La vista de detención se ha señalado para el martes porque es el día fijado por el juez para los casos en que intervienen menores del sexo femenino. La vista final se celebrará una semana más tarde porque, como le he dicho antes a la inspectora designada por el Tribunal Tutelar para seguir el caso debe tener tiempo para investigar a fondo todos los aspectos del mismo. Y esta investigación es tan importante para nosotros como lo es para el tribunal. El juez suele basar su criterio sobre este informe de la inspectora, a menos de que lo juzgue insuficiente, en cuyo caso ordena que la menor sea sometida a un examen más profundo en Perkins. Nuestra tarea consiste en convencer a la inspectora y al tribunal de que es mejor para los intereses de Dani y de la sociedad que la niña sea encomendada a la custodia de su abuela.

—¿Cuándo necesitará mi presencia? Nada puedo hacer para convencer a cualquiera que es la abuela de Dani la que debe encargarse de su custodia.

—No estoy de acuerdo con usted, coronel. Mucho, muchísimo puede hacer, con solo declarar que este es su más ardiente deseo respecto a su hija.

—Sí, ¿eh? —exclamé sarcástico—. ¡Qué poco cuenta mi palabra! Cuentan las cifras, y no tengo ni para hacer cantar a un ciego.

Me miró, sorprendido.

—Se tiene en muy poco, coronel. Su palabra representa algo más que dinero. La gente no olvida tan fácilmente los servicios que prestó usted a su patria.

—¿Cómo? ¿Va a utilizar el recursito de héroe de la guerra?

—¿Y por qué no? Todos los recursos son válidos y este nos está dando ya buenos resultados.

—¿Qué quiere decir?

Gordon llamó con un ademán a la camarera y le pidió que le trajera los periódicos de la mañana. Cuando los hubo extendido sobre la mesa, señaló con el índice una fotografía en primera plana y su encabezamiento.

La fotografía reproducía mi persona y la de Dani. La tenía junto a mí, ciñéndole

el cuello con mi brazo. Entrábamos en el vestíbulo de la casa de prevención tutelar de menores. El encabezado era sencillo:

UN HÉROE DE GUERRA ACUDE EN DEFENSA DE SU HIJA

—Muy respetuosos con usted ¿verdad? Los periódicos están ya de su lado. No dicen ni palabra de su arrebató. Otro que no fuera usted se la habría cargado, pues nadie se mete impunemente con los chicos de la Prensa.

Le miré con ojos interrogadores.

—Todos los que ahora intervienen en el caso de su hija son humanos. Hasta el juez lee los diarios y, lo reconozca o no, sufre su influencia. —Gordon se retrepó en su asiento—. Si su estancia en San Francisco representa para usted una carga económica, la señora Hayden me ha asegurado que está dispuesta a sufragar sus gastos.

—Mi estado económico no tiene nada que ver con todo eso. Ya le he dicho que mi mujer está a punto de dar a luz.

—La opinión pública puede cambiar de la noche a la mañana —agregó Gordon—. En este preciso momento, existe una gran simpatía hacia usted y su hija. Si se fuera ahora antes de que se haya arreglado el asunto de la custodia, la gente llegaría a la conclusión de que su hija era incorregible y de que usted se desinteresaba de ella y no hacía el menor esfuerzo para salvarla.

Le miré, irritado. Era ciertamente muy hábil. Me tenía atrapado, con razonamientos de los que no podía zafarme.

—Tenga presente esto, coronel: depende por completo de usted que Dani pase los próximos cuatro años de su vida en una institución correccional del Estado, o en casa con su abuela.

—De repente me encuentro con que toda la responsabilidad recae sobre mis hombros —dije con voz alterada por la indignación—. ¿Por qué no tomó todo esto en cuenta el tribunal cuando concedió a Nora la custodia de Dani? El tribunal tenía, entonces, suficientes pruebas para conocer la contextura moral de Nora. ¿En dónde está la justicia?

»¿Y en dónde estaba la vieja señora cuando ese individuo vivía en la casa de Nora? Debió saber lo que allí ocurría. No creo que se volviera ciega repentinamente. ¿Por qué no dio los pasos necesarios para apartar a Dani de allí antes de que todo eso sucediera?

»¡Ni siquiera estaba yo aquí! Me estaba vedado el verla. ¡Oh no! No se me consideraba digno de acercarme a ella. ¡No era ni su padre! ¡Y ahora resulta, según usted, que toda la responsabilidad es mía!

Gordon me miró, silencioso, durante unos segundos. Vi en sus ojos un asomo de

comprensión. Habló, queda, suavemente:

—Concediéndole que todo lo que dice usted es cierto, ello no altera las presentes circunstancias. Nos enfrentamos ahora con un amargo hecho actual, no con un amargo hecho pasado. —Pidió la cuenta a la camarera—. No tome una decisión demasiado precipitada. Por lo menos espere hasta el martes, después de la vista de detención, para tomar su partido.

Se puso en pie.

—Quizá le convenga mañana asistir a la declaración del forense; esto le ayudará seguramente a tomar una decisión.

—¿Estará presente Dani?

—No. Pero su declaración será leída ante el juez. Y Nora estará allí para declarar su versión del hecho.

—¿Qué se probará con todo esto?

Se encogió de hombros.

—Tal vez nada que no sepamos ya. Pero es posible que le convenza a usted de la importancia de su papel en este caso.

Pedí otra taza de café y Gordon salió del restaurante. No tenía ya objeto el ir a casa de la vieja señora. Lo más importante era ir a ver a mi hija.

cuatro

El Jaguar de Nora estaba estacionado detrás del Departamento Juvenil. Me había apeado del coche y me dirigía a la entrada del edificio cuando la voz de Charles me detuvo.

—Coronel.

Me volví y respondí a su saludo.

—Hola, Charles.

—¿Podría hacerme un favor, señor? Tengo aquí unos paquetes que la señorita Hayden me pidió que entregara a la señorita Dani.

—¿Dónde está la señorita Hayden?

Charles esquivó, embarazado, mi mirada.

—No está... no se siente muy bien hoy. El doctor Bonner le aconsejó que permaneciera en la cama y descansara. Está muy trastornada.

—Me lo imagino —dije secamente—. Está bien. Los entregaré yo mismo a mi hija.

—Gracias, coronel. —Se volvió y abrió la portezuela del coche. Sacó de su interior una pequeña maleta y dos paquetes, uno de los cuales parecía una caja de bombones.

—¿Lo aceptarán ahí dentro? —pregunté.

—Por supuesto, señor. Pero me dijeron que iba usted a venir y pensé que a la señorita Dani la complacería más que fuese usted quien se los entregase.

Al echar a andar hacia el edificio, Charles se puso a mi lado y me dijo:

—¿Me permite usted que le espere aquí fuera, señor? Me agradecería mucho saber cómo se encuentra la señorita Dani.

—Por supuesto, Charles. Le buscaré cuando salga.

—Gracias, señor. Le esperaré en el coche, señor.

Se encaminó al estacionamiento de coches mientras yo entraba en el edificio. La misma mujer de pelo gris se hallaba sentada a la mesa. Me sonrió al verme.

—Le tengo ya listo su pase de visitante, coronel.

—Gracias —le dije.

Se fijó en la pequeña maleta y en los paquetes.

—¿Me permite, coronel? Es una pura formalidad.

Al pronto no comprendí lo que quería decir, pero no tardé en darme cuenta de la índole de aquella «pura formalidad».

Aunque no llamaban a esto una prisión, las reglas imperantes eran las de una prisión.

Abrió, primero, la maleta. Veíanse, encima de todo, varias blusas y faldas. Las sacó y las puso encima de la mesa. Quedaron entonces al descubierto dos suéters,

varios pares de medias, ropa interior, dos pares de zapatos y varios pañuelos. Sus manos activas recorrieron el fondo y los lados de la maleta. Luego, sonriendo, volvió a meter todo en la maleta y la cerró. Vino a continuación el escrutinio de los dos paquetes. Había adivinado. Uno de ellos contenía una caja de dulces. El otro, varios libros de un género inocuo.

La mujer me miró con expresión de disculpa.

—Todo me parece en orden. No tiene usted idea de las cosas que algunas gentes tratan de pasar de matute.

—Me lo imagino —dije.

Me entregó un volante y me señaló una puerta.

—Vaya por ahí hasta el final del corredor. Hallará entonces una escalera que lo llevará a la primera planta. Guíese por las indicaciones en las paredes hasta encontrar una verja cerrada. Muestre el pase a la matrona de turno. Ella le llevará hasta donde está su hija.

—Gracias.

Los corredores eran de una limpieza de clínica, las paredes pintadas de un verde pálido de hospital. Subí la escalera y me hallé en un corredor que era la reproducción exacta del que había dejado unos segundos antes. Sobre la pared opuesta un letrero indicaba:

HACIA LOS *COTTAGES* DE LAS RECLUSAS.

Seguí la indicación hasta llegar a un enrejado de tela metálica. El alambre era grueso y retorcido. Cerraba por completo la totalidad del corredor, por los dos lados y desde el suelo al techo. En el centro había una puerta con el marco de acero y del mismo material del enrejado. Traté de abrirla, pero estaba cerrada. La sacudí y sus vibraciones poblaron de ecos el corredor vacío.

Se abrió una puerta y apareció una mujer negra, muy corpulenta. Con cierto jadeo terminó de abotonarse el uniforme blanco.

—Acababa de llegar —exclamó en tono de disculpa.

Puse mi pase ante sus ojos.

Lo leyó rápidamente. Hizo un ademán afirmativo. Cogiendo una llave de uno de los bolsillos de su blanco uniforme, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta. La traspuse y acto seguido volvió a cerrarla.

Recorrimos el pasillo hasta llegar a una sala de recepción de amplias dimensiones. Veíanse sillas diseminadas por uno y otro lado y en un ángulo de la sala, junto a unas ventanas, una mesa y alrededor de ella otras sillas más. Varias muchachas, sentadas o de pie, en torno a la mesa, escuchaban la música de un pequeño aparato de radio. Dos chicas, una negra y otra blanca bailaban. La música era un *rock and roll*.

Al entrar, las muchachas nos miraron. Había una extraña y desinteresada curiosidad en la expresión de sus rostros, pero se desvaneció rápidamente cuando vieron que no habíamos venido a visitarlas.

—¿En qué habitación se encuentra Dani Carey? —preguntó la matrona.

La miraron, desconcertadas.

—La recién llegada.

—¡Oh, la nueva chica! —Fue la negrita la que contestó primero—. Está en el doce.

—¿Por qué no está con vosotras? ¿No la habéis invitado?

—Claro que la invitamos. Pero no quiso venir, señorita Matson. Prefirió quedarse en su cuarto. Está todavía muy asustada. Ya le pasará.

La matrona hizo un gesto de asentimiento y me indicó que la siguiera. Recorrimos otro largo corredor, bordeado a uno y otro lado de numerosas puertas. La matrona se detuvo ante una de ellas y la golpeó con los nudillos.

—Dani, tiene usted un visitante.

—Está bien —exclamó Dani desde dentro del cuarto.

—Le avisaré cuando termine el tiempo reglamentario de la visita —dijo la matrona.

—Gracias —le dije. La mujer se alejó por el corredor.

—¡Papaíto! —exclamó Dani y se echó en mis brazos.

—Hola, chiquitina. —Escamoteé los paquetes y la besé.

La puerta estaba ahora abierta de par en par y pude ver el cuarto de Dani. Era pequeño, estrecho y a uno y otro lado de la pared se veían dos camas sencillas de campaña. Muy alto, en la pared de enfrente, se abría un ventano. En una de las camas se hallaba sentada una mujer joven. Al verme entrar se puso de pie.

—Esta es la señorita Spicer, papá —me dijo Dani—. Señorita Spicer, le presento a mi padre.

La joven me tendió la mano.

—Celebro conocerle, coronel Carey. —Su apretón era firme y cordial—. Soy Marian Spicer, inspectora del tribunal tutelar designada para atender al caso de su hija.

Le lancé una mirada escrutadora. La palabra inspectora evocaba en mí, por alguna razón oscura, la imagen de una mujer bigotuda, de rostro avinagrado. Esta que veía ante mí era joven, no tenía más de veintiocho años, de buena estatura, pelo castaño muy ensortijado y ojos castaños vivos y expresivos. Tal vez advirtiera mi sorpresa, porque su sonrisa se hizo más amable y cordial.

—¿Cómo está usted, señorita Spicer?

Estaba sin duda acostumbrada a esta reacción, pues no paró mientes en ella. Miró los paquetes que traía en las manos.

—Veo que su padre le ha traído algunas cosillas, Dani. Ya puede estar satisfecha.

Dani me interrogó con los ojos. Era indudable que había reconocido el maletín.

—Tu madre te envía unas cuantas prendas —le dije.

Algo como una sombra veló los ojos de Dani.

—¿No viene mamá?

—No. No se siente bien.

La sombra se hizo más densa. No pude ver ya en sus ojos.

—Si quieres que te diga la verdad, papá, no la esperaba.

—El doctor Bonner le ordenó que se quedase en cama. Porque ella, en realidad, tenía el propósito de...

Me interrumpió:

—¿Cómo lo sabes, papá? ¿La viste?

No supe qué contestar.

—Probablemente mandó a Charles para que te entregase a ti los paquetes. ¿Verdad que fue así, papá?

Sus ojos se posaron en mí, como retándome a decir la verdad.

Asentí.

Se apartó de mí con una expresión de enfado que no pudo disimular.

—Voy a dejarla sola con su padre, Dani —dijo en voz baja la señorita Spicer—. Volveré más tarde.

Dani se dirigió a una de las camas, la más opuesta al lugar en donde yo me hallaba y se sentó en el borde de la misma, las facciones alteradas. Volví a lanzar una mirada circular al cuarto. Tendría a lo más ocho pies por diez; el único mobiliario, aparte de las dos camitas, lo constituía una silla y dos diminutas cómodas al pie de las dos camas. Las paredes habían sido otrora verdes, pero posteriormente fueron pintadas de color crema sin demasiado éxito. Estaban muy manchadas. Me acerqué y vi la razón de aquel desaliño. Las paredes estaban cubiertas de garabatos y dibujos: nombres y direcciones de muchachos, figuras más o menos sugestivas, versos, números de teléfono y ocasionalmente fragmentos de esa baja fraseología que suele encontrarse en ciertos lugares públicos. Miré a Dani.

La jovencita que había bajado la escalera la mañana del día anterior había desaparecido. Era muy distinta a ella la niña que veía frente a mí, sentada en el borde de la camita. Su único maquillaje era un pálido asomo de carmín en los labios y, en lugar del peinado artísticamente alborotado, llevaba el pelo recogido en forma de cola de caballo. La falda y la blusa que ceñían su delgado cuerpo la hacían aparecer todavía más joven de lo que era en realidad. Saqué un cigarrillo.

—Dame uno, papá.

La miré, sorprendido.

—No sabía que fumaras.

—Muchas son las cosas que no sabes de mí, papá —dijo impaciente.

Le tendí un cigarrillo y se lo encendí. Vaya si fumaba; como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Inhalaba el humo y lo despedía por las narices en dos columnillas paralelas y de rigurosa precisión.

—¿Sabe tu madre que fumas? —le pregunté.

Hizo un ademán afirmativo y nuevamente me miró con expresión de reto.

—Me parece una equivocación. Todavía eres muy joven

Me cortó, rápida:

—Déjate ahora de sermones de padre. Llegan demasiado tarde.

Le sobraba razón. Hacía muchos años que había cesado en mis funciones de padre. Traté de cambiar el tema de conversación:

—¿No vas a ver lo que tu madre te ha mandado?

—Me lo figuro —replicó—. Dulces, libros, ropa. Lo que me prepara siempre cada vez que salgo de casa. Desde la primera vez que me mandó al campo, durante el verano.

Repentinamente sus ojos se arrasaron de lágrimas.

—De seguro se imagina que esta es otra salida al campo. Nunca dejaba de mandarme algo, por supuesto, pero jamás vino a visitarme, ni siquiera el día de los padres.

Tuve el impulso de tomarla en mis brazos y consolarla, pero observé algo en su actitud rígida, engallada, que detuvo instantáneamente mi movimiento. Después de unos minutos cesó en su llanto.

—¿Por qué no viniste nunca a verme, papaíto? —me preguntó con una vocecita extraña de desvalimiento—. ¿Es que ya no me querías?

Los miembros que integraban el jurado forense estaban ya sentados cuando, a la mañana siguiente, entré en la pequeña Sala destinada a estos juicios. Estaba llena; solo estaban desocupados los asientos de primera fila reservados a los testigos. Harry Gordon, al verme de pie en el fondo de la sala, se levantó de su asiento y me hizo signos para que me acercara e indicó un asiento al lado de Nora. Había otros que habría preferido pero todas las miradas de los reporteros estaban fijas en mí. Me senté.

—Charles me dijo que te vio ayer —murmuró Nora a mi oído—. ¿Cómo está Dani?

Estaba muy pálida. Llevaba muy poco maquillaje y estaba vestida con elegante sencillez.

—Estaba muy decepcionada porque no fuiste a verla —le dije.

—Fue mayor mi decepción, pero el doctor no quiso que saliera de casa.

—Eso es lo que me dijeron. ¿Te encuentras ahora mejor?

Asintió.

Aparté de ella mi mirada, sintiendo en mi boca un leve amargor reminiscente. Nora era la de siempre, no había habido cambio alguno en ella, ni aun después de ocurrido este drama. Sucediera lo que sucediera jamás abandonaría el ámbito estrecho y brillante en que se desenvolvía su vida, llena de pequeñas mentiras, de disimulo y de arbitrariedad. El día anterior había estado tan enferma como yo.

Sobre un pequeño estrado se levantaba una mesa. Sentado a esta el funcionario encargado de la investigación forense abrió la sesión golpeando la mesa con un martillito de madera. Callaron todas las voces y en medio de un gran silencio prestó su declaración el médico forense. Hombre competente, dio su informe con rapidez y eficacia. Había practicado la autopsia del cuerpo de Anthony Riccio y hallado que la muerte había sido causada por la ruptura violenta de la aorta ventral, herida infligida con un instrumento inciso cortante. Estimó que la muerte había sobrevenido, todo lo más, a los quince minutos de infligida la herida y con toda probabilidad en un tiempo menor.

El testigo siguiente era otro doctor, el cirujano de la policía. Este testigo, experto también, testificó que había llegado a la escena del crimen respondiendo a una llamada de la Jefatura de Policía y había hallado ya muerto al finado. Fuera del examen superficial necesario para redactar el certificado de defunción, no había hecho más que autorizar el traslado del cuerpo al Depósito de cadáveres.

Bajó del estrado y el alguacil llamó al testigo siguiente:

—Doctor Alois Bonner.

Dirigí una mirada al doctor mientras este se levantaba de su asiento. Hacía mucho

tiempo que no le veía. No había cambiado mucho con los años. Tenía el pelo bellamente plateado y la gran prestancia y las maneras distinguidas que le habían atraído el favor de la clientela más rica de San Francisco.

Prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos.

—Doctor Bonner —exclamó el presidente de la Sala—, dígle al jurado exactamente lo que ocurrió el viernes último por la noche.

El doctor Bonner se volvió hacia el jurado y rompió a hablar con aquella voz suya «de cabecera» meliflua y a la vez firme y levemente imperiosa.

—Iba a salir de mi consulta unos minutos después de las ocho cuando de repente sonó el teléfono. Era Charles, el mayordomo de la señorita Hayden, quien me informó que había ocurrido un accidente en la casa y deseaban que acudiese a ella con la mayor urgencia.

»Puesto que mi consulta se halla situada a una manzana de la casa de la señorita Hayden, llegué allí escasamente a los cinco minutos de hecha la llamada. Fui conducido inmediatamente al estudio de la señorita Hayden y vi allí al señor Riccio tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de la señorita Hayden. Esta mantenía contra su costado una toalla empapada en sangre.

»Cuando le pregunté qué había ocurrido me dijo que había recibido una herida en el pecho. Me arrodillé en el suelo junto a él y aparté la toalla. La herida era grande, de terrible aspecto y sangraba abundantemente. Volví a taponar la herida con la toalla y le tomé el pulso. Era muy débil e irregular. Pude darme cuenta de que sufría dolores intensos y de que se hallaba en período agónico. Abrí mi maletín para aplicarle una inyección de morfina y calmar sus dolores, pero mientras la preparaba expiró.

Se volvió hacia el presidente de la Sala. Este le miró reflexivamente unos instantes y a continuación dirigió su vista a un hombre sentado junto al taquígrafo de la Sala.

—¿Desea usted interrogarle, señor Cáster?

—Cáster es uno de los ayudantes del fiscal del distrito —susurró Gordon a mi oído, mientras el aludido, tras un gesto afirmativo, se ponía de pie y se dirigía al doctor Bonner.

—Doctor Bonner, ¿en cualquier momento, durante su examen del herido, antes de expirar este, pronunció alguna palabra?

—Sí, señor. Habló.

—¿Qué dijo?

—Repitió la misma frase dos veces. «Ella..., ella me ha matado.» —Cuando el señor Riccio pronunció estas palabras, ¿tenía usted, doctor Bonner, alguna idea sobre la persona a la que iban dirigidas?

—En aquel momento, no —contestó firmemente el doctor. Con el rabillo del ojo pudo ver el destello de satisfacción que iluminó las pupilas de Gordon y me di cuenta de que ya había hablado con el buen doctor.

—¿Había allí, en el estudio, cuando usted entró en él, otra persona fuera de la

señorita Hayden y del finado?

—También se encontraba allí la hija de la señorita Hayden —contestó el doctor.

—¿Estuvo allí todo el tiempo que duró el examen de la víctima?

—Sí.

—Gracias, doctor Bonner.

El ayudante del fiscal del distrito volvió a su silla y se sentó.

—Puede usted bajar del estrado, doctor Bonner —le dijo el presidente de la Sala—
—. Gracias.

—¡Inspector Gerald Myrer! —llamó el alguacil.

Un joven muy fornido, bien vestido y de traza castrense, sentado en el extremo de nuestra fila de asientos, se levantó, avanzó hasta el sillón de los testigos, prestó juramento y se sentó.

—Declare su nombre y ocupación para conocimiento del jurado.

—Inspector Gerald Myrer, de la policía de San Francisco, Brigada de Homicidios.

—Ahora hablemos de sus actividades con relación al suceso ocurrido la noche en que murió el señor Riccio.

El inspector sacó del bolsillo una pequeña agenda y la consultó:

—Recibimos la llamada en la Brigada a las ocho y veinticinco de la noche. Nos la hizo el primer radiopatrulla que recogió la noticia. Llegamos a la casa de la señorita Hayden a las ocho y treinta y siete. Dos coches patrulleros estaban ya allí y el agente estacionado en la puerta me dijo que un hombre había sido asesinado en el estudio. Fui allí directamente.

»El cadáver estaba tendido en el suelo. En la estancia se hallaban también la señorita Hayden, su hija Dani Carey, el doctor Bonner y el mayordomo Charles Fletcher. El señor Harris Gordon, el abogado, quien según los patrulleros había llegado unos pocos minutos antes que yo, también se encontraba allí. Inmediatamente comencé mi investigación.

Aclaró su garganta y recorrió con la vista la sala.

—Mi investigación reveló que la señorita Hayden y su hija eran las únicas personas que se hallaban en la habitación en el momento en que el finado recibió el golpe que le causó la muerte. Interrogué a la señorita Hayden y a su hija y llegué a la conclusión de que la hija había clavado un cincel de escultor en el pecho de la víctima, en el transcurso de una disputa entre la señorita Hayden y el difunto. El cincel de escultor se hallaba en el suelo, junto al cuerpo de la víctima. Lo mandé al laboratorio de la policía para su examen.

—Perdóneme la interrupción, inspector Myrer —dijo el presidente de la Sala—, pero desearía que nos informara ahora de los resultados de ese examen.

El inspector asintió.

—Sí. Con mucho gusto. El laboratorio de la Policía me informó que la sangre que había en el cincel era del tipo O, que correspondía al tipo de sangre de la víctima. También me informaron que habían hallado en el mango del cincel tres clases de

huellas dactilares: las de la señorita Hayden, las de su hija y las de la víctima. Algunas de estas huellas eran confusas e imprecisas, pero se hallaron otras precisas y definidas que mostraban a las claras que cada una de esas tres personas había tocado el cincel.

—Gracias, inspector. Prosiga.

—Después de llevar a cabo mi investigación conduje a la hija, Danielle Carey, a Jefatura. Nos acompañó el abogado, el señor Gordon, el cual, como ya he dicho, se encontraba en el lugar del suceso. En Jefatura la señorita Carey prestó declaración y a continuación firmó el texto de la misma en presencia del señor Gordon. Luego, de acuerdo con la ley, la llevé al Departamento Tutelar de Menores, en Koodside Avenue, en donde la dejé bajo la custodia de la inspectora tutelar de guardia. El señor Gordon nos acompañó también hasta allí.

—¿Tiene usted una copia de la declaración?

—Sí, señor.

El presidente de la Sala se volvió hacia el jurado.

—Bajo la ley del Estado de California, el menor de edad no será obligado a comparecer ante tribunal alguno y a sufrir el rigor de la ley, como autor de un delito cualquiera. El único tribunal al que deberá comparecer el menor, será el llamado Tribunal Tutelar de Menores. No obstante, puesto que nuestra única obligación es la de establecer la causa física de la muerte del finado, nos tomamos la libertad de leer al jurado la declaración prestada por la menor referida.

Se volvió hacia el inspector.

—Léanos, por favor, la declaración de la señorita Dani, inspector Myrer.

El inspector Myrer sacó de uno de sus bolsillos interiores un papel doblado. Lo desplegó y comenzó a leer con una voz igual e inexpresiva:

La declaración de la señorita Danielle Nora Carey, una menor.

Me llamo Danielle Nora Carey y vivo con mi madre, Nora Hayden, en San Francisco. Estaba arriba, en mi cuarto, estudiando para los exámenes trimestrales, cuando oí voces que venían de abajo, del estudio de mi madre. Sabía que mi madre y Rick habían estado disputando todo el día sobre algo. Por lo regular, cuando disputaban, me encerraba en mi cuarto, pues todo eso me desazonaba mucho. Pero esta vez la disputa era más violenta que nunca y comencé a asustarme de veras, temiendo por mi madre. Ya una vez, anteriormente, durante una de sus disputas, Rick la había golpeado, y mi madre no pudo salir de casa durante tres días, porque no quería que la gente la viese con un ojo morado.

Sus voces y gritos iban en aumento. Entonces creí oír que mi madre gritaba y que Rick exclamaba: «¡Te mataré!» Salí corriendo de mi cuarto y me precipité escalera abajo hacia el estudio. Estaba asustadísima a causa de mi madre y cuando abrí la puerta del estudio vi que Rick la tenía cogida por

un brazo y se lo retorció tratando de doblegarla contra el borde de una mesa. Me apoderé del cincel, que fue la primera cosa que vi sobre la mesilla junto a la puerta y corrí hacia ellos. Le grité que dejara a mi madre tranquila. Él, entonces, la soltó y se volvió hacia mí, amenazador. Avanzando un paso me dijo que me fuese al diablo. Yo, olvidando que tenía en la mano el cincel, le di un fuerte golpe en el pecho.

Se quedó quieto un momento y luego llevó las manos a su pecho y dijo «¡Oh, Dios mío, Dani!, ¿cómo se te ocurrió venir y hacer una estupidez semejante?» Vi entonces que tenía clavado el cincel y que con las manos trataba de contener la sangre que salía de la herida. Pasé por delante de él y fui adonde se hallaba mi madre. «¡No quise hacerlo!», dije, llorando. Mi madre me echó a un lado y corrió a socorrer a Rick. Rick se volvió hacia ella, se sacó el cincel y lo dejó caer en su mano. La sangre parecía salir a borbotones de su pecho y mi madre tiró el cincel al suelo. Rick avanzó un paso hacia mi madre y entonces se desplomó. No pude resistir más la vista de todo aquello, me tapé la cara con las manos y me puse a gritar con todas las fuerzas de mis pulmones.

Acudieron entonces Charles y Violet, y Violet me dio unos cachetes hasta que paré de gritar. Seguidamente vino el doctor Bonner y me dijo que Rick había muerto. Creo que eso es todo, aunque insisto que no lo hice a propósito.

He leído la declaración anterior que he prestado por mi propia voluntad y sin presión de clase alguna y reafirmo que es la versión exacta y verdadera de los hechos en ella escritos.

El inspector de policía miró al jurado. Agregó con la misma voz igual e inexpresiva con que había leído la declaración:

—Lleva, por supuesto, la firma de Danielle Nora Carey.

El presidente de la Sala se volvió al ayudante del fiscal del distrito:

—¿Quiere usted preguntar, señor Cártter?

Cártter denegó con un movimiento de cabeza.

—Gracias, inspector. Puede usted bajar del estrado.

El alguacil se levantó de su asiento y cuando hubo pasado el inspector exclamó:

—¡Nora Hayden!

Me puse de pie para dejar pasar a Nora. Estaba muy pálida y crispada y tenía los labios estrechamente apretados.

Por primera vez pude advertir algo de su madre en ella. Se mantenía erguida, la barbilla en alto.

Prestó juramento y se sentó en el sillón de los testigos.

Harris Gordon fue a sentarse junto al ayudante del fiscal.

La voz del presidente se elevó cordial y llena de simpatía para la testigo. El

nombre de Hayden pesaba algo en esta vieja ciudad de San Francisco.

—Tenga la bondad, señorita Hayden, de decirle al jurado lo que usted sepa de los acontecimientos ya descritos.

Su voz era muy baja, pero perceptible. Por lo menos para el jurado y las primeras filas de los asistentes al acto. Pude, no obstante, darme cuenta de que una gran parte del gentío que llenaba la sala daba muestras de descontento porque no oía las palabras de la testigo.

—El señor Riccio y yo habíamos estado disputándonos. Durante varios años fue representante mío, pero estaba descontenta de sus servicios y lo cesé en su cargo. No le satisfacía la indemnización que yo estaba dispuesta a ofrecerle y esto originó una discusión que duró todo el día. Finalmente, por la noche, estando yo en mi estudio, vino a verme y me amenazó. Le dije que me dejara tranquila, que sus gritos y amenazas me impedían trabajar y concentrarme y que acabaría por echar a perder la escultura en la que estaba trabajando.

»En este punto me cogió por los hombros y se puso a sacudirme violentamente, diciendo que todo aquello eran excusas de mal pagador. Yo traté de zafarme de él, pero entonces me cogió el brazo y me lo retorció de tal modo que me puse a gritar, pues el dolor que sentía era terrible. Fueron estos gritos los que hicieron que mi hija bajara corriendo y entrara en el estudio. Al oírla gritar se volvió hacia ella y le dijo con muy malos modos que se fuera.

»Vi cómo le golpeaba. Recuerdo mi asombro porque jamás había visto a Dani golpear a nadie. Siempre había sido una chica de buen carácter, apacible, llena de calma y de dominio de sí misma. Jamás se sabía que estuviese en casa, como no se la viera.

»Entonces el señor Riccio se volvió hacia mí y vi la sangre que se escapaba de la herida. Dani vino corriendo adonde yo estaba diciendo que no lo había hecho adrede. Le dije que se apartara de mí, pues quería socorrer al señor Riccio. No comprendí lo que había ocurrido hasta que vi el cincel en su mano. Me... me lo entregó y vi que estaba empapado en sangre. Lo dejé caer al suelo. El... el señor Riccio fue desplomándose. Traté de sostenerlo, pero no pude. Cayó al suelo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se ahogaba y quiso hablar, pero no lo consiguió. Entonces se echó a llorar. Pero discretamente, como una dama. Llevó el pañuelo delicadamente a sus ojos. Rompió el silencio de la sala la voz gentil y solícita del presidente.

—Por favor, traigan un vaso de agua para la señorita Hayden.

El alguacil tomó un jarro que había en su mesita y vertió agua en un vaso. Lo llevó a la testigo y esta bebió delicadamente unos sorbitos.

—¿Desea que suspendamos unos minutos la sesión, señorita Hayden? —le preguntó el presidente.

Nora le lanzó una mirada de agradecimiento.

—No, señor, no lo creo necesario. Estoy repuesta ya. Muchas gracias.

—Cuando usted quiera, señorita Hayden.

Nora tomó otro sorbo de agua y reanudó su declaración. Su voz era todavía débil pero podía oírse.

—Dani se puso a gritar y acudió el mayordomo. Le dije que llamara al doctor mientras yo avisaba a la policía.

»Acto seguido me dediqué al herido y traté de confortarlo—. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. Pero nada podía hacerse ya. Estoy segura de que Dani no supo lo que hacía, ni tuvo jamás la intención de herirle. Dani no es capaz de hacer daño a una mosca.

Permaneció silenciosa durante unos segundos y dio la impresión de que hacía esfuerzos inauditos para dominar su emoción; por fin alzó la frente y miró directamente al jurado.

—Supongo que todo fue culpa mía —dijo bravamente—. Hubiera debido ser mejor madre. Pero, me imagino que es un reproche que muchas madres deben dirigirse a sí mismas.

Este fue el toque final de una farsa diestramente urdida. Había cinco mujeres en el jurado y todas ellas lloraron al unísono con la testigo.

Nora se volvió al presidente y mirándole a los ojos le dijo:

—Con su venia... creo que es todo cuanto puedo decir.

El presidente aclaró su garganta y dirigiéndose al ayudante del fiscal le preguntó:

—¿Quiere usted interrogar a la testigo, señor Cáster?

El señor Cáster se puso de pie.

—Señorita Hayden; nos dijo que ordenó al mayordomo que llamara al doctor mientras usted notificaba a la policía y que después de esto atendió al herido, ¿no es así?

Nora asintió.

—Sí, señor.

—Sin embargo, cuando el inspector Myrer llegó a su casa, ya se encontraba en ella el señor Gordon, su abogado. ¿Cuándo lo llamó usted?

—Después de que hube llamado a la policía, creo yo. En realidad no lo sé. Estaba tan trastornada que no lo recuerdo.

Me pregunté si Cáster había adivinado que Nora mentía. Pero lo creyera o no, se abstuvo de insistir.

—¿Cuáles eran sus relaciones con el señor Riccio?

—Era mi agente comercial —contestó Nora.

—Pero vivía en su casa, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Suele ser así en su profesión?

—No lo sé —contestó Nora—. Pero en el caso particular mío era una necesidad. Era además de agente, un amigo y consejero.

—Deduzco de sus palabras que sus relaciones con el señor Riccio, fuera de su

carácter profesional, tenían un matiz personal, íntimo...

Gordon se levantó.

—¡Protesto! La pregunta es impertinente y ajena a la cuestión que aquí se debate.

—Concedida la protesta.

—¿Tenían, usted y el señor Riccio, la intención de casarse en fecha más o menos próxima?

—¡Protesto! Ruego respetuosamente a la sala que solicite del ayudante del fiscal, que se limite en sus preguntas, a los propósitos estrictos de esta investigación.

—Concedida la protesta —acordó el presidente. Su voz, al dirigirse al señor Cáster, mostraba un leve asomo de irritabilidad—. Limite sus preguntas a los fines y propósitos de este debate.

Cáster miró a Nora.

—¿Vio usted a su hija coger el cincel con el que golpeó al señor Riccio?

—No lo vi.

—¿Sabía usted que ese cincel estaba encima de la mesilla junto a la puerta?

—Supongo que sí.

—¿Acostumbraba usted a dejar ese cincel en ese sitio? ¿No juzgó en momento alguno que un instrumento tan afilado pudiera ser potencialmente peligroso?

—Dejaba el cincel en cualquier sitio en donde estuviese trabajando y tuviera que servirme de él. En este caso se hallaba en aquella mesa porque había estado tallando en ella una figura de madera. —Ahora se expresaba con una voz firme y vibrante—. Era mi estudio, mi taller. Además de ese cincel tenía otros muchos instrumentos propios de mi arte, incluso un soldador de acetileno. Soy una escultora y solo me interesa el crear, no el poner en orden mis herramientas. Jamás he considerado que cualquiera de estas herramientas de trabajo pudiera ser un peligro potencial. Son los instrumentos de mi arte.

—He terminado —dijo Cáster, y volvió a su asiento.

Nora bajó del estrado muy erguida. Su arte era su broquel y en él se escudaba para que nada del mundo pudiera tocarla. Se sentía a salvo y segura detrás de él.

Solo había otro testigo más: Charles. Su testimonio confirmó nuevamente todo cuanto se había dicho antes, por lo que, deduje, no se había llamado también a Violet. El presidente dio por terminado el debate y dejó el fallo en manos del jurado.

No empleó más de cinco minutos en llegar a un acuerdo. El presidente del jurado emitió el veredicto:

—Este jurado ha llegado a la conclusión de que el finado Anthony Riccio halló la muerte de resultas de un golpe inferido con un instrumento inciso cortante en manos de una menor de edad llamada Danielle Nora Carey, en defensa legítima de su madre.

Se levantó un murmullo en la sala mientras el presidente golpeaba la mesa repetidas veces con el martillo de madera observé cómo los reporteros salían atropelladamente de la sala para tomar, fuera de esta, sus posiciones.

Me levanté de mi asiento y dejé que Nora y Gordon pasaran y se dirigieran por el

pasillo central hacia la puerta.

Vi cómo desaparecían tras ella y simultáneamente el centelleo de los *flashes*. Decidí esperar a que los fotógrafos se fueran y me senté de nuevo.

La sala estaba ya casi vacía. Miré a través del pasillo. Una mujer joven se hallaba sentada en una de las sillas, muy atareada escribiendo en una pequeña agenda. Al cabo de un rato cerró el librito, alzó la cabeza y me saludó con un ademán. Yo le devolví el saludo maquinalmente antes de reconocerla. Era la inspectora que le había sido asignada a mi hija.

Me puse de pie.

—¿Cómo está usted, señorita Spicer?

—Muy bien. ¿Y usted, coronel Carey?

—¿Vio usted a Dani esta mañana?

Hizo un ademán afirmativo.

—¿Cómo está?

—Se siente todavía un poco perdida. Pero eso ocurre siempre en los primeros días. Ya se acostumbrará. —Se puso de pie—. Debo irme ya.

—Por supuesto —dije yo.

Vi cómo se alejaba a toda prisa por el pasillo central.

Dani ya se acostumbrará, había dicho. Como si fuera algo meritorio... ¡acostumbrarse a estar entre rejas!

Me encaminé hacia la salida. Los corredores estaban ya vacíos. Era la luz del sol tan fuerte que solo vi a Harris Gordon cuando estaba a medio metro de él.

—¿Y bien, coronel Carey? ¿Qué le ha parecido todo esto?

Le miré, parpadeando.

—Fuera lo que fuere, proceso normal o vista, todos se han arreglado maravillosamente para que Dani cargue con el mochuelo.

—El homicidio justificado es un delito muy leve comparado con el de asesinato —dijo, poniéndose a caminar a mi lado.

—Sí, ¿eh? —le contesté secamente—. Esos pequeños detalles siempre se agradecen.

—Hubo algo que no se dijo en la sala y que, creo yo, debiera usted saber.

Me quedé mirándole.

—¿Qué fue?

—Lo que Dani dijo después de firmar aquella declaración en la Jefatura de policía.

—¿Por qué le dejó usted que hiciera esa declaración?

—No pude impedírselo. Insistió en hacerla. Y la firmó a pesar de que yo insistí y porfié para que no la firmara.

Permanecí callado unos instantes.

—¿Qué dijo ella?

Me miró con ojos inquisitivos.

—«¿Van a llevarme ahora a la cámara de gas?» Entonces se echó a llorar. Le dije que no la llevarían, pero no me creyó. Mientras más trataba de tranquilizarla, mayor era su histerismo. Llamé desde allí al doctor Bonner. Vino y le inyectó un calmante. Fue con nosotros al Departamento Tutelar de Menores, pero tampoco esto la calmó. Su nerviosismo fue en aumento. Fue esta la razón principal por la que me confiaron aquella noche su custodia. Solo se aquietaron sus nervios cuando su abuela le dijo unas palabras mágicas. Bastaron para apaciguarla y procurarle cierto sosiego.

—¿Qué fueron esas palabras?

—Que usted venía —dijo—. Que usted no les dejaría que le hicieran el menor daño.

Cuarta Parte

LA PARTE DEL LIBRO QUE SE REFIERE A DANI

Cuando Dani era todavía muy niña y tenía miedo de la oscuridad solía mirarme desde su camita y decirme con una vocecita trémula.

—Papaíto, por favor, apaga la noche.

Yo encendía una lámpara diminuta y solo entonces cerraba los ojos y se dormía, segura y a salvo en su pequeño mundo familiar.

¡Si hubiese podido hacer ahora lo mismo! Que con solo encender una lamparita sacara a mi hija de las tinieblas de la noche. Pero aquel jurado había hecho lo necesario para que no se produjese el milagro de la lamparita que apagaba la noche.

Observé cómo Gordon subía a su coche y se alejaba. Me volví para mirar el edificio que acababa de abandonar. Luego me encaminé al estacionamiento situado en Golden Gate Avenue, en donde había dejado mi coche.

No sé por qué me puse a recordar el viejo estribillo infantil. *Humpty Dumpty subió a la azoteílla. Humpty Dumpty se cayó de coronilla.*

Me di cuenta por primera vez cómo debieron de sentirse los hombres del rey cuando no pudieron juntar los pedazos del pobre Humpty Dumpty. Como mentecatos que eran. En primer lugar no hubieran debido dejarle que subiera a la azoteílla. Me apliqué a mí mismo el cuento. Debí de haber evitado que Dani se cayera.

Tal vez tuviera yo la culpa de su caída. Recordé nuestra entrevista, el día anterior, en el pequeño cuarto del Departamento Tutelar y mis esfuerzos para explicarle por qué no pude ir a verla. Recuerdo también el efecto que me produjeron mis propias palabras. Aunque expresaran la pura verdad tenía que reconocer que sonaban a falso.

Y Dani era todavía una niña, pese al cigarrillo que tan expertamente fumaba. ¿Qué fue lo que creyó? No sé decirlo.

Lo que sí sé decir es que quería creerme, que quería confiar en mí. Pero también intuía la sombra de una duda. Ya la había abandonado una vez y también podría abandonarla ahora.

Era solo una sombra, pero estaba allí, acechando sus pensamientos, sus acciones. Era demasiado mayor para hablarme de ella y demasiado pequeña para ocultármela. Eran tantas las cosas que debíamos decirnos, tantas las cosas que debíamos reaprender uno del otro, pero ya no teníamos tiempo.

Oprimidos por la angustia de no poder expresar cuanto queríamos, llegó la hora de la despedida.

—Vendré mañana a verte.

—No —dijo—. No se permiten visitas durante la semana. Pero te veré el martes. La señorita Spicer me dijo que ese día se celebrará una vista.

—Lo sé.

—¿Irás mamá?

Asentí.

—También tu abuela.

Me incliné y la besé cariñosamente.

—Pórtate bien y no te preocupes, muñeca.

Repentinamente me ciñó el cuello con sus brazos. Mejilla contra mejilla, estrechamente, me confió en un leve susurro:

—Ahora no tengo ya miedo de nada. Ahora que has vuelto a casa.

Solamente cuando me vi fuera del edificio, bajo la luz del sol, me di cuenta de lo que había querido decir. Pero no había vuelto a la casa para quedarme en ella. Había venido de visita.

Eran las cuatro de la tarde cuando regresé al hotel. Al entrar en el cuarto vi la lucecilla roja intermitente que avisaba que había en la gerencia un mensaje para mí. Descolgué el teléfono, llamé a la telefonista y le di mi nombre y el número de mi habitación.

—La señora Hayden le llamó. Es muy importante que la llame en seguida.

—Gracias.

Colgué el receptor y acto seguido volví a descolgarlo para marcar el número que me había dado la telefonista. Me contestó una doncella y unos segundos después oí la voz de la vieja señora.

—¿Está solo? —me preguntó con voz cautelosa.

—Sí.

—Es muy importante que le vea.

—¿A propósito de qué?

—No puedo decírselo por teléfono —dijo—. Pero, créame, Luke, es muy importante, de lo contrario no le habría llamado—. Advertí en el tono de su voz una nota extraña de inquietud—. ¿No podría venir a cenar conmigo? Estaremos solos.

—¿A qué hora?

—A las siete. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Estaré allí a esa hora.

—Gracias, Luke.

Colgué el receptor y comencé a desnudarme. Una ducha caliente aflojaría la tensión de mis músculos. Me pregunté qué podría querer de mí la vieja señora. Si estaba inquieta a causa de lo que yo pudiera declarar en la vista que había de celebrarse al día siguiente, sus temores carecían de base. No me quedaba otra opción que la de apoyar su candidatura para la custodia de Dani.

Pese a la circunstancia de que el tiempo era apacible y levemente fresco, ardía un buen fuego en la chimenea de la biblioteca cuando entré en ella, precedido por la doncella. La señora Hayden se hallaba arrellanada en uno de los sillones frente al fuego.

—Sírvase usted mismo, Luke.

—Gracias.

Fui a la mesilla en donde había todo lo que podía apetecer. Puse en el *bourbon* unos cubitos de hielo y agregué agua. Con el vaso en la mano me volví hacia mi exsuegra.

—A su salud.

—Gracias.

El whisky era de excelente calidad y lo saboreé plenamente. Hacía mucho tiempo que no bebía un whisky de esta calidad. Mis medios no me lo permitían. Lo bebí con amorosa delectación. No merecía que se le tragase de golpe.

—¿Y bien? —pregunté.

La vieja señora alzó hasta mí sus ojos.

—¿Se fue ya la doncella?

Hice un ademán afirmativo.

—Asegúrese de que la puerta está bien cerrada —me dijo, cautelosa.

Crucé la amplia estancia y entreabrí la puerta. No había nadie en la habitación contigua. La cerré de nuevo y volví al lado de la vieja señora.

—¿Por qué tanto misterio?

Silenciosa, cogió su bolso y lo abrió. Sacó un sobre del mismo y me lo entregó. Estaba dirigido a ella. La interrogué con los ojos.

—Lea lo que hay en él.

Dejé el vaso sobre la mesa y abrí la carta. Estaba escrita a máquina, en un papel blanco ordinario:

Querida señora Hayden:

Usted no me conoce, pero por mucho tiempo he sido una amiga de Tony. Hace varias semanas me entregó un paquete de cartas, diciéndome que eran muy importantes y que se las guardara. También me dijo que estaba teniendo muchas dificultades con su hija y que cuando llegara el momento de acordar un arreglo monetario estas cartas le ayudarían mucho a obtener lo que en derecho le correspondía.

Cuando leí en los periódicos del sábado lo que le había ocurrido, abrí el paquete y leí las cartas. Eran tanto de su hija como de su nieta; la última estaba fechada dos meses atrás. Serían de considerable interés para la policía y aún más para los periodistas, ya que prueban que las dos estaban enamoradas de Tony. Pero Tony no está ya en este mundo y en cuanto a mí soy la última interesada en causarles más trastornos de los que ya tienen. Así pues, si le interesan estas cartas, publique este anuncio en Personales en el Examiner, no más tarde del jueves: Vuelve a casa, se te perdona todo, tía Cecilia. Entonces me pondré en contacto con usted antes de acudir a otra persona con las cartas.

Pero recuerde: nada de abogados ni de policía. O no hay trato alguno.

La carta no llevaba firma. Miré a mi exsuegra.

—Bien, ¿qué piensa usted? —me preguntó.

—Podría ser obra de una chiflada. No es raro que en casos como este gente perturbada escriba a los protagonistas de un suceso sonado.

—No lo creo así, Luke. Llamé a Nora y le pregunté si había escrito cartas a Riccio y me dijo que sí. Le pregunté qué había en ellas y me contestó que era algo que no me importaba lo más mínimo. Y al preguntarle a continuación si sabía que Dani le hubiera escrito cartas, se puso furiosa y me colgó.

—Lo que me cuenta es típico de Nora. Cada vez que se enfrenta con una verdad que no le es grata, la rehuye. ¿Cree usted que haya algo de verdad en esta carta?

—Tal vez no —dijo—. Pero no quiero correr un albur.

—Esto no es más que puro y simple chantaje. Suponiendo que acceda usted a comprar esas cartas siempre se quedarán con algunas para poder repetir el golpe. Yo de usted entregaría esa carta a la policía.

—¿No cree usted que ha habido ya pasto suficiente para los periódicos? ¿Quiere usted que se les dé más?

Fijé mi mirada en la anciana.

—¿No cree usted haber hecho lo suficiente para proteger el buen nombre de los Hayden? —repliqué, sarcástico—. ¿Cree usted que existe detergente que devuelva la blancura a los trapitos sucios de Nora? ¿Cree usted que la gente es tan estúpida que ignora lo que ocurría en su casa?

—No. La gente no es estúpida. ¡Pero sí lo es usted! —Volvió a meter, airada, la carta en su bolso—. No me importa ya lo que publiquen o dejen de publicar los periódicos acerca de Nora. Nada puedo hacer para que cese ese estado de cosas y, francamente, ni siquiera lo intento. Pero creo que no leyó usted esa carta.

—Sí la leí.

—¿Leyó lo que decía acerca de las cartas de Dani, y de que también estaba enamorada de Riccio? —preguntó, iracunda, la vieja señora.

—Lo leí, pero no le presté mayor atención. Después de todo Dani es una niña.

—Entonces es usted más estúpido de lo que yo pensaba.

Dani podrá ser, en años, una niña, pero ¿se fijó bien en ella? Es una mujer, físicamente, y comenzó a serlo cuando apenas había cumplido los once años. Es, en ese aspecto, como su madre. Nora tuvo su primera experiencia sexual cuando contaba apenas trece años, su primer aborto poco después de los quince. Que yo sepa tuvo dos más antes de que se casara con usted.

La miré, asombrado.

—¿Todo eso lo sabía usted?

Bajó su mirada.

—Lo sabía —reconoció, queda—. Pero creí que después de casarse con usted, todo eso sería agua pasada. Que se reformaría y comprendería lo estúpida que había sido.

—Pero, no obstante, la sostuvo... no le negó el apoyo.

—Soy su madre —dijo, sencillamente, con cierta orgullosa dignidad—. En realidad no era el buen nombre de Hayden lo que me interesaba. Era mi hija. Del mismo modo que no me inquieto ahora por mi buen nombre, sino por Dani. Haré lo imposible para defenderla. No quiero que sea como su madre. Quiero ayudarla.

—Nora dijo que yo no era el padre de Dani —dije.

—Sé lo que dijo Nora. Pienso que soy ahora lo bastante mayor para aceptar la verdad. ¿Lo es usted o no?

—Podrá discutirse mi paternidad, mas no mi cariño de padre. Si duda usted de él, póngalo a prueba.

Sus ojos se clavaron fijos en los míos.

—Creo que ni siquiera sabe Nora si es usted o no el padre de Dani.

No pronuncié palabra.

—Por lo tanto, ya lo ve usted —prosiguió gentilmente—. Todo viene a parar a lo mismo. El cariño que sienta o deje de sentir usted por Dani.

Volví a coger mi vaso y eché otro trago. Los cubitos de hielo se habían derretido y el fino aroma del whisky se había desvanecido en el agua. Por lo visto todo venía a parar a mi persona. Harris Gordon había dicho lo mismo el sábado, acaso de un modo diferente, pero en esencia la misma cosa. O era su padre o no lo era.

Volví a la mesilla y vertí más whisky en mi vaso. Pensé en aquella niña a la que tan entrañablemente quería antes de que supiera lo que me diría su madre acerca de ella.

Pensé también en la chiquilla con la que había jugado en el barco, allá en La Jolla, después de que Nora me dijo que no era su padre. Mi cariño por una y otra era de la misma esencia e intensidad. Como el que ahora sentía por la desventurada Dani.

Me volví hacia donde se hallaba mi exsuegra.

—Supongo que el ser padre es algo más que un acto de la naturaleza. Implica también un acto de amor.

Sus viejos ojos llamearon.

—Lo más importante, Luke, es el acto de amor. Todo lo demás no cuenta.

Tomé un pequeño sorbo de whisky y me senté.

—Bien ¿qué vamos a hacer ahora con respecto a esa carta?

—Ya mandé el anuncio al periódico. Lo publicarán el jueves. Hoy es lunes. Tenemos tres días para averiguar en dónde se encuentran esas cartas y quién las tiene.

—Dos días. Mañana y miércoles. El día de hoy prácticamente ha pasado ya, y una buena parte del de mañana lo pasaremos en la audiencia. Ni sé cómo empezar. No sé nada acerca de Riccio. Ni siquiera quiénes eran sus amigos.

—Sam Corwin lo sabrá.

—¿Sam? —pregunté, sorprendido. No había pensado para nada en Sam Corwin. Era extraño que me hubiese olvidado de él. Él y Nora se habían casado un año después de nuestro divorcio. Le había visto en la casa varias veces cuando iba a dejar

a la niña, después de sus vacaciones conmigo. Siempre se había mostrado conmigo amable y cortés.

—Sí, Sam. ¡Pobre Sam! Sabía lo que era Nora cuando se casó con ella, pero creyó que podría cambiarla. Pero después de que ella conoció a Riccio, el hombre tuvo que darse por vencido. A causa de Riccio se divorció de ella. El divorcio fue por completo a su favor e incluso obtuvo un buen arreglo económico.

—¿Tuvo entonces Sam algo para presionarla?

—Sí. Para presionar a los dos.

Se abrió la puerta tras de ella y apareció la doncella:

—La señora está servida.

Nos levantamos de nuestros asientos y la vieja señora me dijo, sonriendo:

—¿Me dará su brazo, Luke? Le devolví la sonrisa. —Me honra usted, señora.

dos

Por primera vez me dirigí a la entrada principal del edificio. El estacionamiento de coches estaba lleno y tuve que dejar el mío a bastante distancia del lugar. Subí por el caminito curvo que desde la calle conducía a la entrada.

Un jardinero con ropa de trabajo estaba muy atareado recortando la hierba que crecía en uno y otro lado del caminito. Se detuvo y me miró cuando pasé por delante de él. El sudor le corría por la frente.

Miré hacia las puertas acristaladas. Podía leerse en ellas, en letras doradas:

ESTADO DE CALIFORNIA
CONDADO DE SAN FRANCISCO
Tribunal Tutelar de Menores
Departamento de Inspección Tutelar
Custodia infantil.

Entré y me hallé en un amplio vestíbulo lleno de reporteros y fotógrafos. Hubo unos cuantos fogonazos y varios reporteros me rodearon. Mostraron mayor moderación que la vez anterior.

—¿Puede decirnos algo de lo que se propone hacer en defensa de su hija, coronel Carey?

Hice un gesto de denegación.

—No. No puedo. Tengo entendido que según las leyes de este Estado no se puede procesar a una menor de edad. Esto no es más que el primero de una serie de juicios custodiales.

—¿Intentará usted obtener la custodia de su hija?

—Eso tiene que decidirlo el Tribunal. Estoy seguro de que decidirán lo que más convenga a mi hija.

—¿Vio usted a su hija?

—Sí. Fui a visitarla el domingo por la tarde.

—¿Fue su madre con usted?

—No. Su madre estaba indispuesta.

—¿Entonces su madre no la ha visitado?

—No lo sé. Pero sí sé que tenía en su cuarto paquetes de su madre.

—¿Sabe usted lo que había en ellos?

—Ropa, libros, bombones.

—¿De qué hablaron usted y su hija?

—De nada que tuviera importancia. La charla usual entre un padre y una hija,

supongo yo.

—¿Le dijo algo más sobre lo que ocurrió la noche del viernes?

Miré fijamente al periodista que me dirigió la pregunta:

—No. No hablamos de eso, en modo alguno.

—¿Supo algo que arrojará más luz sobre lo ocurrido?

—No —dije—. No sé más de lo que oí en la investigación forense que se celebró ayer. Me imagino que todos ustedes estuvieron presentes. Ahora si tienen la bondad de dejarme pasar...

Me abrieron paso.

El Tribunal Tutelar de menores se hallaba a la izquierda del gran vestíbulo principal. Seguí la dirección de la flecha y recorrí un largo pasillo hasta llegar a un recodo del mismo, en donde otra flecha me indicó una escalera. Bajé por ella y me encontré frente a una puerta acristalada que comunicaba con una salita de espera. Crucé esta y abrí la puerta que daba al Tribunal Tutelar.

Era una sala de reducido tamaño, con una plataforma al fondo de la misma. Frente al bufete del juez se veía una larga mesa y alrededor de ella varias sillas. A poca distancia de la mesa se veía un pequeño escritorio y una silla. Las paredes estaban pintadas de un gris oscuro y en la larga pared se abrían cuatro ventanales. El resto del espacio lo ocupaban sillas y bancos.

Mientras estaba solo, examinando la sala, un hombre entró en ella por una de las puertas detrás de la mesa del juez. Se detuvo al verme.

—¿Es aquí donde tendrá lugar la vista del caso Dani Carey? —le pregunté.

—Sí, pero ha llegado muy temprano. Esta Sala abrirá sus puertas a las nueve de la mañana. Puede esperar fuera, en la sala de espera. Le llamarán cuando le llegue el turno.

—Gracias.

Había varios bancos en la salita de espera. Consulté mi reloj. Eran las ocho y treinta y cinco minutos. Encendí un cigarrillo.

Unos minutos después entró en la salita otro hombre. Me lanzó una ojeada, encendió un cigarrillo y se sentó.

—¿Aún no ha llegado el juez?

Hice un gesto de denegación.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Otra vez perderé medio día de salario. Eso es lo que me cuesta cada vez que vengo a este lugar. Siempre dejan mi caso para lo último.

—¿Tiene usted aquí a una hija?

—Sí, hombre —dijo sacudiendo la cabeza. Las cenizas de su cigarrillo cayeron sobre su camisa sucia de trabajo. No paró atención en ello—. Aquí la tienen. No es más que una zorra desorejada. Eso es lo que es. Ya les dije que la próxima vez que trincara se quedaran con ella. Pero no, tienen que llamarme para que me haga cargo de ella.

Me miró con más detenimiento.

—Oiga, yo a usted le conozco —dijo—. ¿Acaso le he visto otra vez por aquí?

—No. Esta es la primera vez que vengo.

—Amigo, no sabe usted lo que se le viene encima. Le harán venir una vez y otra hasta que, rendido por agotamiento, consienta en llevarse a la niña a casa. Eso es lo que han hecho conmigo. La chica solo tiene quince años y medio, dicen. Hay que darle una oportunidad para que se corrija. Bueno, yo voy y le doy esa oportunidad. ¿Y qué pasa? Dos días después la policía vuelve a trincarla en un *meublé* en donde la menuda está despachando fletes a cinco pavos por barba. Y aquí me encuentro porque de seguro querrán devolverme mi preciosa niña.

Me lanzó otra mirada penetrante a través del humo de su cigarrillo.

—¿Está seguro de que no le he visto ya antes?

Hice un gesto de denegación.

Volvió a mirarme y de pronto chasqueó los dedos.

—¡Vaya si le conozco! Vi su fotografía en los periódicos. ¡Ya decía yo! Usted es el padre de la chica que apioló al amiguito de su madre.

No dije nada.

Se inclinó hacia mí y en un susurro confidencial me dijo:

—¡Menuda alhaja! ¡Hay que ver cómo está la infancia! Dígame, amigo, de seguro el difunto se beneficiaba también de la niña, ¿verdad? No me sorprendería nada. Los periódicos no dicen siempre toda la verdad.

Apreté los puños. Pero pude reprimir mi impulso y mis dedos se aflojaron. Era estúpido indignarse. Era aquello algo a lo que debía acostumbrarme. Sentí una punzada en el corazón. Dani tendría también que acostumbrarse a lo mismo. Y eso era mucho peor.

Entraron dos mujeres. Parecían mejicanas y charlaban entre sí animadamente, en español. Al vernos se callaron, se dirigieron a uno de los bancos y se sentaron. La más joven de las dos mujeres parecía encinta.

Un momento después entró una negra y a continuación un hombre y otra mujer, esta blanca. El rostro de esta última estaba todo hinchado y uno de sus ojos amoratado. El hombre trató de cogerla de un brazo para hacerla sentar en el banco, pero ella se desasíó de él, irritada y fue a sentarse en el banco opuesto. No le miró.

La mujer negra se dirigió a una de las mejicanas:

—¿Crees, cariño, que te devolverán a la nena?

La mujer encinta hizo el clásico gesto de ignorancia:

—No lo sé —dijo con un acento ligeramente español.

—Son los de la Beneficencia los que quieren tenerlas aquí, cariño. Estoy segura. Si se quedan aquí solo les cuesta cuarenta cocos al mes mantenerlas. Si te dejan que te las lleves a casa, entonces tienen que abonarte setenta dólares por cabeza. Es todo cuestión de dinero, pequeña.

La mujer embarazada se encogió de hombros. Dijo algo en español a la otra mujer y esta hizo un enérgico ademán afirmativo. En el banco opuesto la mujer con el ojo

amorado se puso a llorar calladamente.

Más gente bajó por la escalera y pronto todos los bancos fueron ocupados. La que vino posteriormente se arremolinó en el corredor fuera de la salita de espera. A las nueve menos cinco apareció Gordon seguido de Nora y de la madre de esta. Me puse de pie y fui a recibirlos.

Harris Gordon miró a través de la puerta acristalada.

—Por lo que veo hay lleno absoluto.

—No somos nosotros los únicos que han topado con la Justicia.

Me lanzó una mirada peculiar.

—Sí. Son muchos los que topan con esa digna señora. Esperen aquí. Voy a avistarme con el alguacil para averiguar a qué hora expondrá el juez nuestro caso.

Desapareció por el corredor. Me volví hacia Nora y le pregunté cortésmente.

—¿Cómo estás?

Sus ojos me escrutaron, buscando en mi rostro un atisbo de ironía.

—Muy bien. Ayer, después de la vista, fui a casa y me metí en la cama. Estaba completamente extenuada.

—Lo comprendo. Lo que hiciste no fue nada fácil.

—¿Lo hice bien? No quise decir más de lo que debía. Fue para mí muy duro tener que testificar, pero no me quedaba otra opción, ¿verdad?

—Es cierto. No tenías otra opción.

Gordon volvió.

—No tendremos que esperar mucho —dijo—. Según el apuntamiento nuestro caso será visto en tercer lugar. Los dos primeros casos no durarán más de quince minutos, me ha dicho el alguacil.

Encendí un cigarrillo y me apoyé contra la pared. Se abrió la puerta que comunicaba con la Sala y oí que llamaban un nombre. Me volví y advertí que las dos mujeres mejicanas se ponían de pie y se dirigían a la puerta. Esta se cerró tras ellas. Eran exactamente las nueve.

Volvieron a salir cuando apenas habían transcurrido diez minutos. Al pasar por delante de mí observé que la mujer embarazada lloraba. El alguacil llamó otro nombre. Era el del hombre que había entrado después de mí.

Salió antes de que hubieran pasado diez minutos. Parecía altamente satisfecho. Al pasar por delante de mí, camino de la escalera, se detuvo un instante para exclamar:

—Esta vez la van a encerrar y por bastante tiempo. Por lo que a mí toca pueden tirar la llave.

No dije nada y el hombre pasó de largo en dirección a la escalera. Oí entonces, a mi espalda, la voz del alguacil:

—¡Carey!

Cruzamos la salita de espera y por la puerta que había abierto el alguacil entramos en el recinto de la audiencia.

El alguacil nos señaló unas sillas junto a la mesa que se hallaba enfrente de la que

ocupaba el juez. Después de mirarnos con una expresión displicente nos preguntó:

—¿Es la primera vez que comparecen ante este tribunal?

Respondimos con un gesto afirmativo.

—El juez tuvo que salir por un momento, pero no tardará en volver.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando la puerta tras de él se abrió y el alguacil se apresuró a exclamar:

—Levántense todos y miren a la Sala. Hago saber que se abre en este momento la sesión de este Tribunal de Menores, del Estado de California, Condado de San Francisco, bajo la presidencia de Su Señoría el magistrado Samuel A. Murphy.

El juez era un hombre alto de unos sesenta años. Tenía el pelo blanco y sedoso y tras de sus gafas de carey sus ojos eran azules y penetrantes. Llevaba un traje gris bastante arrugado, una camisa blanca y una corbata de color pardo. Se sentó y cogió de la mesa un papel que había en ella, frente a él. Hizo un signo al alguacil. Este se levantó y fue a la puerta situada a la derecha. La abrió:

—Danielle Carey.

Dani traspuso el umbral de la puerta y se detuvo, irresoluta. Pero al vernos corrió hacia nosotros. Nora, sin levantarse del todo de la silla, abrió los brazos y a ellos fue, impetuosa, Dani.

Exclamó mi hija, sollozante:

—¡Mamá! ¡Mamaíta santa! ¿Estás bien?

No pude entender lo que musitó Nora en los oídos de Dani. Dejé vagar mi mirada en otra dirección. La escena me parecía sencillamente odiosa. Nadie conocía como yo las dotes teatrales de Nora. En el cuadro de la puerta por donde había entrado a la Sala Dani se hallaba otra figura. Era la señorita Spicer, la inspectora tutelar. Desde allí observaba la escena entre madre e hija.

Miré al juez. Él, también, estaba observando lo mismo. Intuí que todo esto no era producto del azar o de la improvisación. Me pareció demasiado bien planeado y estudiado.

Se abrió otra puerta en el mismo lado de la sala y entró en esta un agente uniformado. Era de talla mediana y su pelo de tono castaño. En el hombro llevaba la insignia de la oficina del *sheriff* del condado de San Francisco. Cerró la puerta y se apoyó contra ella.

Dani se desprendió de los brazos de su madre y fue a besar a su abuela; a continuación se abalanzó a mí. Sus ojos brillaron de alegría. Besó mi mejilla:

—¿Has visto, papá? ¡Mamá ha venido! ¡Ha venido!

Le sonreí.

—Ya te dije que vendría.

La señorita Spicer vino hasta el borde de la mesa a la que estábamos sentados.

—Siéntese aquí, al lado mío, Dani.

Dani se separó de mí yendo a donde le indicaba la inspectora. Se sentó y saludó a Harris Gordon.

—Hola, señor Gordon.

—Hola, Dani.

El juez aclaró su garganta.

—El procedimiento es un tanto insólito —exclamó— por lo que, para que yo sepa quiénes son, deseo una previa presentación.

—¿Me permite Su Señoría que yo la haga?

El juez asintió.

—Hágala, señor Gordon.

—A mi izquierda se encuentra Nora Hayden, la madre de la menor. A mi derecha, la señora Cecilia Hayden, abuela materna de la niña. Junto a ella, el coronel Luke Carey, padre de la niña.

—¿Actúa usted como abogado de la menor?

—Sí, Su Señoría —dijo Gordon—. Y también como consejero legal de la familia.

—Comprendo. Supongo que ustedes conocen ya a la señorita Marian Spicer, la inspectora designada por este Tribunal Tutelar para llevar el caso, ¿no es así?

—Así es, Su Señoría.

—Entonces creo pertinente iniciar el debate. —Cogió la hoja de papel que tenía encima de la mesa y leyó:

El viernes último, por la noche, el departamento de policía, con arreglo a la Sección 602 de la ley del Tribunal Tutelar de Menores de California, confió la custodia de una menor llamada Danielle Nora Carey a la inspectora correspondiente. Los motivos eran que la mencionada menor había cometido un acto de homicidio, un delito en el estado de California. Desde dicho momento, con la excepción de la primera noche en que la menor fue confiada a la custodia del señor Harris Gordon, abogado, por consejo de un doctor y para proteger la salud y el bien físico de la susodicha menor, esta ha permanecido bajo custodia en el hogar preventivo de menores, de acuerdo con la ley.

Nos hemos reunido esta mañana para oír una petición formulada por el departamento tutelar para mantener en custodia a la mencionada menor todo el tiempo que el departamento Tutelar juzgue necesario para investigar adecuadamente todos los factores que intervienen en este caso, antes de presentarlo ante este tribunal.

El juez dejó el papel encima de la mesa y miró a Dani. Su voz era en extremo gentil y bondadosa.

—A despecho del tono legal de todo esto, Danielle, ha de saber que no se halla ante un tribunal de justicia ni está sometida a un procedimiento criminal. Está usted aquí porque ha cometido una mala acción, ciertamente una muy mala acción, pero no estamos aquí para castigarla. Queremos ayudarla, cuanto podamos, para que no

vuelva ya a cometer malas acciones. ¿Comprende esto, Danielle?

En la palidez de su rostro, los ojos de Dani, muy abiertos y brillantes, expresaban una temerosa inquietud.

—Creo que sí —respondió vacilante.

—Celebro que así lo crea, Danielle. Es muy importante para usted que comprenda que aunque no será castigada criminalmente por lo que ha hecho, no podrá sin embargo, sustraerse a ciertas consecuencias derivadas de su mala conducta. Estoy obligado por la ley a informarle de estas posibles consecuencias y de sus derechos ante este tribunal. ¿Me sigue usted?

—Sí, señor.

—Este tribunal tiene la facultad de sacarla de su casa y de llevarla a un asilo estatal de menores o a un reformatorio hasta su mayoría de edad. O la de mandarla a un hospital estatal para ser sometida a observación. O bien la de confiarla a la custodia de cualquier otra institución del Estado si estima que no es aconsejable devolverla a su familia inmediata o a cualquier otro pariente suyo.

»Puede, en todo tiempo, mientras se halle bajo la jurisdicción de este tribunal, mantenerla bajo tutela, de forma que viva con quien viva estará siempre en contacto con la inspectora tutelar que le sea asignada hasta que este tribunal le libre de esta obligación o alcance su mayoría de edad. Pero deseo que tenga presente esto que voy a decirle. Lo que decida este tribunal no es de índole penal; es lo que juzga le conviene mejor. ¿Comprende esto, Danielle?

Dani hizo un gesto afirmativo. Miró hacia la mesa, frente a ella. Pude observar que se retorció nerviosamente las manos.

—Durante cualquier fase del procedimiento ante este tribunal —continuó el juez — le cabe naturalmente el derecho de recurrir a su abogado, el derecho a citar testigos de descargo, el derecho a rebatir cualquier testimonio que considere perjudicial a sus intereses. ¿Comprende esto, Danielle?

—Sí, señor.

—Me obligo también a informar a sus familiares que les cabe igualmente los mismos derechos a abogado, testigos y repreguntas. Ahora debatiremos sobre la petición. Señorita Spicer, tenga la amabilidad de exponer las razones que le mueven a solicitar de este tribunal la detención de la menor.

La inspectora se puso de pie. Se puso a hablar con voz clara y suave.

—Hay dos razones que abonan nuestra solicitud, Su Señoría. Una: la naturaleza del acto cometido por la menor indica un trastorno emocional más profundo de lo que pueda revelar un examen psicológico y psiquiátrico preliminar. Otra: necesitamos un espacio de tiempo adicional para investigar más a fondo el ambiente y vida familiar de la menor a fin de ayudarnos a hacer una recomendación apropiada para su futuro cuidado y tratamiento.

Se sentó.

El juez se volvió hacia nosotros.

—¿Tienen alguna objeción a esta solicitud?

Gordon se puso de pie.

—No, Su Señoría. Tenemos la mayor fe en la experiencia y criterio del departamento tutelar y en su habilidad para hacer una evaluación y una determinación apropiadas de todos los factores que concurren en este caso.

En la voz del juez se advertía una leve nota de diversión. Sabía que Gordon no podía hacer otra cosa; que no tenía otra opción. Las peticiones de detención tutelar eran siempre concedidas.

—Gracias, señor Gordon, por su manifestación de fe, y esta Sala espera hacerse verdaderamente digna de ella.

Nos miró un instante y prosiguió:

—Es decisión de este tribunal que la solicitud del departamento tutelar referente a Danielle Nora Carey, una menor, sea concedida y que, en virtud de la misma, sea declarada pupila de este tribunal hasta el momento en que sea dictada la resolución final. Señalo para dentro de una semana a partir del día de hoy una vista completa de este caso. Espero, pues, que en ese día, comparecerán todos ustedes ante mí para someterme todas las pruebas y datos que crean pertinentes al caso. Deseo también que me sean sometidos todos sus planes relativos a la futura custodia y educación de esta menor, por escrito, todo lo más tarde veinticuatro horas antes de la vista. — Golpeó la mesa ligeramente con el martillo de madera.

Miró a Dani y su voz se hizo nuevamente gentil y tierna, exenta de todo rigor oficial.

—Ello quiere decir que volverá usted a su *cottage*, Danielle, y permanecerá allí hasta que se haya investigado a fondo su caso. Compórtese como una buena chica y coopere con la señorita Spicer y las demás, y todo ello, a la vez que facilitará nuestra tarea, redundará en su propio provecho. ¿Comprende?

Dani hizo un ademán de asentimiento.

Miró a la inspectora tutelar.

—Puede usted, si gusta, llevar a Danielle y a sus familiares a mis habitaciones particulares, señorita Spicer, antes de conducirla al *cottage*.

La inspectora asintió con un gesto y se puso de pie.

—Gracias, Su Señoría —dijo Gordon.

El juez inclinó la cabeza con un gesto benevolente y seguimos a la señorita Spicer a través de la puerta que se encontraba detrás del estrado.

Las habitaciones particulares del Juez consistían en dos piezas de reducido tamaño, la más pequeña destinada al alguacil y la mayor al juez mismo. La señorita Spicer nos condujo directamente a esta última. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías con libros de Derecho; la otra de fotografías y diplomas con sus correspondientes marcos. Un limpio y escueto escritorio y varias sillas completaban el mobiliario.

—Acomódense a su gusto —dijo con tacto la señorita Spicer—. Yo tengo que ir a mi oficina a despachar un asunto urgente. Vuelvo en seguida.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Nora se volvió hacia Dani:

—Te veo muy delgada. Y dime, ¿por qué no te pusiste aquel vestido tan bonito que te mandé? ¿Qué clase de impresión crees tú que habrás hecho al Juez con ese que llevas? Sin duda habrá creído que no nos importa un comino que vayas bien vestida o no. ¿En dónde encontraste esa horrible ropa? Jamás vi que la llevaras antes.

Observé a Dani. Su rostro reflejaba una curiosa expresión de paciente tolerancia. Esperó a que Nora hubiese terminado su arrebatado alegato y, a continuación, habló con una leve nota de ironía en su voz.

—No estoy ya en el Colegio de la señorita Randolph, mamá. Tengo que llevar la misma ropa que llevan las demás. Es la ropa que da la casa.

Nora insistió, mirándola a los ojos:

—Estoy segura de que si lo hubieras pedido te habrían dejado llevar la tuya. Probablemente la darán porque la mayor parte de las chicas no tienen nada que ponerse encima.

Dani no contestó. Fui a sacar un cigarrillo. Dani me miró, suplicante. Le tiré la cajetilla y la cogió en el aire diestramente.

—¡Dani! —La voz de Nora fingía una nota de protesta.

—Vamos, Nora, tranquilízate. —En la voz de la vieja señora Hayden había un leve asomo de sarcasmo—. Deja ya de representar... no tienes público. Sabes muy bien que fuma. Más de una vez te dije que no se lo permitieras. Pero siempre me dijiste que era una manía mía, que el tabaco no la perjudicaba.

Miró a Dani y le dijo:

—Ven aquí, nenita.

Dani se acercó a ella:

—Sí, abuela.

—¿Te tratan bien allí?

—Sí, abuela.

—¿Te dan suficiente comida?

Dani sonrió:

—Más que suficiente. Pero no tengo muchas ganas de comer.

—Tienes que comer para conservar tus fuerzas. ¡Solo nos faltaba que encima de todo esto te pusieras enferma!

—No me pondré enferma, abuela.

—¿Qué quieres que te mande, Dani?

Dani hizo un ademán de denegación.

—Nada necesito, abuela. Muchas gracias.

La vieja señora le besó la frente.

—Haz lo que te ha dicho el juez, Dani. Pórtate bien y coopera con las autoridades y verás como dentro de poco estarás de nuevo entre nosotros.

Dani la miró con ternura y asintió gravemente. Brillaba una extraña luz en sus ojos. Como si supiera mejor que la anciana lo que iba a sucederle. Pero no despegó los labios.

En vez de ello se volvió a mí.

—Dime, papáito, ¿tienes todavía el barquito aquel en La Jolla?

Hice un gesto de denegación.

—No, Dani.

—¡Qué lástima! —dijo—. Cómo me hubiera gustado ir en él, otra vez, contigo.

—Iremos en ese o en cualquier otro algún día. Dani. Pronto, cuando salgas de este enredo.

Afirmó con la cabeza pero pude ver que tampoco a mí me creía.

—Una de las matronas me dijo que había visto un retrato de tu mujer en el periódico. Me dijo que era muy guapa. —Me lanzó una mirada penetrante—. Decía el periódico que la razón de que no hubiese venido contigo era la de que iba a tener un nene.

—Es la verdad, Dani.

—¿Cuándo?

—Ahora ya muy pronto —dije—. El doctor juzgó que no era prudente que viajara.

Una repentina sonrisa iluminó su rostro.

—Entonces, ¿es verdad lo que decían los periódicos! No sabes lo que me alegro de ello.

—¡Claro que es verdad! —le sonreí a mi vez, jubiloso—. ¿Crees que podía tener otra razón para no haber venido?

Dani miró a su madre con el rabillo del ojo. Nora se estaba aplicando carmín a los labios para disimular el intenso aburrimiento que le producía nuestra conversación.

—No lo sé —dijo en voz baja—. Al principio creí que no venía porque me odiaba.

Me eché a reír.

—¿Cómo pudiste imaginar semejante absurdo?

De nuevo lanzó a su madre una mirada rápida de soslayo.

—No sé. Fue una idea como otra cualquiera.

La puerta se abrió y apareció nuevamente la señorita Spicer. Detrás de ella había una matrona en actitud de espera.

—Tendrá que irse ahora, Dani.

—Está bien —contestó Dani. Aplastó la colilla contra el cenicero y me besó—. Adiós papaíto.

Besó luego a su abuela, y seguidamente se acercó a su madre. Nora le ciñó el cuello con los brazos y la miró a los ojos.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, Dani?

Dani asintió, vehemente.

—Más que a nadie en el mundo, ¿no es así?

Nuevamente asintió Dani.

—¿Cuánto, hija mía?

Pude darme cuenta de que era este un juego que habían jugado muchas veces antes de ahora. Lo que en realidad significase o dejase de significar para Nora, lo ignoraba completamente.

—Hasta el cielo, mamita.

Nora me lanzó una rápida mirada para comprobar si había oído la respuesta final de Dani. Me eché a reír. Dani se volvió y leí en sus ojos una expresión de espanto. Debe de haber alguna verdad en eso que llaman telepatía porque estoy seguro de que supo por qué me estaba riendo.

Se volvió para besar a su madre.

—Adiós, mamá.

Nora me lanzó una mirada irritada. La indignación y el enfado teñían de rojo sus mejillas. Fue a decir algo, pero se mordió el labio y se calló.

—Puesto que se hallan todos aquí —dijo la señorita Spicer suavemente después de que hubo cerrado la puerta tras de Dani— me pregunto si no sería conveniente concertar desde ahora nuestras citas. Facilitaría mucho las cosas—. Contornó el bufete del juez y se sentó a él—. ¿Podría ir a verla mañana por la tarde, señorita Hayden?

—El jueves sería mejor —contestó Nora—. Es día de salida para la servidumbre y estaríamos solas. Podríamos hablar con más libertad.

—Para mí sería más conveniente tener a mano a todos los miembros de la servidumbre —dijo la señorita Spicer—. Me gustaría hablar también con ellos a propósito de Dani.

Nora miró a Gordon.

—No sé —dijo. Vaciló y prosiguió, un tanto turbada—. No me seduce particularmente la idea de discutir mis asuntos privados con los criados. ¡Cómo se no tuvieran ya bastante para satisfacer sus ansias de chismes y de habladurías! Nada averiguará por conducto de ellos.

—Es mi obligación la de averiguar todo cuanto pueda acerca de su hija, señorita Hayden. Y tenga la seguridad de que emplearé en ello la máxima discreción.

Nora volvió a mirar a Gordon. Este asintió a las palabras de la inspectora. Nora se dirigió entonces a la funcionaria:

—¿Podría venir mañana por la mañana?

—Será mejor por la tarde. Por la mañana tengo una cita en el Colegio de la señorita Randolph.

—Entonces, el miércoles por la tarde —convino Nora, petulante—. A las dos.

—Las dos me parece una hora excelente. —La señorita Spicer se dirigió entonces a la madre de Nora—. ¿Le parece bien a usted el jueves?

La anciana señora asintió.

—¿Las nueve de la mañana es muy temprano para usted?

—Suelo levantarme muy temprano —replicó la señora Hayden.

La señorita Spicer se volvió finalmente a mí:

—¿Qué día y hora la parecen a usted más convenientes?

—Fíjelos usted misma, señorita.

—Desconozco sus planes, coronel Carey —dijo—. Sé que su mujer está en vísperas de dar a luz. No sé si tiene la intención de regresar a Chicago y volver nuevamente cuando se celebre la vista. Por lo tanto dejo a su criterio la iniciativa de fijar nuestra cita.

Me había propuesto esperar a que terminara esta vista para convencerme a mí mismo de que mi estancia era innecesaria. Pero ahora sabía que debía quedarme un tiempo más. Llamaría a Elizabeth aquella tarde y le diría que no regresaría como habíamos acordado.

—Estaré aquí, señorita Spicer —le dije—. Usted misma fije día y hora.

—Gracias, coronel Carey. ¿El viernes por la tarde, a las cuatro, en su hotel?

—Muy bien.

—Entonces, ¿podemos irnos ya? —preguntó Nora.

—Otra cosa más, señorita Hayden.

—¿Sí?

—El juez me rogó que le pidiese a usted su permiso para obtener una transcripción de los trámites del divorcio entre usted y el coronel Carey.

Nora estalló.

—¡Eso es absurdo! No veo razón alguna para que fisgoneen en mi pasado. ¡Dani era una niña cuando obtuve el divorcio!

—El tribunal tutelar se arroga el derecho de recabar cuanta información juzgue necesaria para el bien y la salvaguardia de su hija. Creo que debe usted facilitarme copia de esa documentación. Puedo obtenerla de todos modos por la vía judicial. ¿No cree usted más conveniente facilitarla de buen grado?

—¿Me amenaza usted con que retendrá a mi hija hasta que obtenga judicialmente esos antecedentes? —preguntó Nora con voz helada.

La señorita Spicer no pareció intimidada en lo más mínimo. Miró con perfecta calma a Nora.

—No amenazo ni suelo amenazar en modo alguno, señorita Hayden —dijo con voz queda y firme—. No hago más que informarle de las facultades de este tribunal. Si quiere usted el bien de su hija debe hacer cuanto sea posible para cooperar con nosotros. ¿Me expreso correctamente, señor Gordon?

—En absoluto, señorita Spicer. —Harris se volvió a Nora—. Dani se halla actualmente bajo la tutela temporal de este tribunal. Esto quiere decir que su potestad sobre ella es absoluta. Le sugiero que le conceda el permiso que pide.

—¡Pensé que usted era mi abogado! —dijo Nora, airada—, pero todo lo que hizo en la Sala fue darle la razón al juez. Ahora le da la razón a esta... a esta mujer. ¿He venido a este tribunal idiota solo para que me humillen? Después de todo es natural que tratando con la gentuza que tratan no sepan distinguir a la gente honorable. ¿No podemos apelar ante un tribunal más alto?

—Dani es una menor. Este es el único tribunal ante el cual puede legalmente comparecer.

Nora le lanzó una furiosa mirada.

—Entonces ¿para qué diablos le necesito?

—Yo no la llamé, señorita Hayden —dijo Gordon dignamente—. Fue usted quien me llamó. Me retiraré cuando usted guste.

Nora le lanzó una rápida mirada y acto seguido le volvió la espalda.

—¡Está bien! ¡Al diablo con todo! Haga lo que mejor le venga en gana. ¡Me importa un pepino!

Gordon se volvió hacia la inspectora.

—Le ruego que disculpe a mi cliente. Todo esto la ha trastornado de un modo indecible.

—Lo comprendo, señor Gordon.

—Tengo en mi oficina una transcripción de los trámites del divorcio. Puede pasar a recogerla cuando guste.

—Gracias, señor Gordon. —Marian se levantó del asiento—. Creo que será todo por ahora.

Nos dirigimos hacia la puerta. Abría la marcha la anciana señora Hayden; la seguía Gordon y detrás de este iba yo.

La voz de la señorita Spicer me detuvo.

—Coronel Carey, ¿me permite una palabra?

Me volví y fui a donde estaba.

—Diga, señorita Spicer.

Sus labios dibujaron una ligera sonrisa.

—Celebro que haya decidido quedarse, coronel. Y estoy segura de que Dani se alegrará también mucho. La inquietaba la idea de que no pudiera quedarse.

—Es lo menos que podía hacer. Hasta a una persona por completo ajena a ella le sería muy duro abandonar a una criatura en un momento como este.

Me miró especulativamente unos instantes y a continuación bajó los ojos.

—Supongo que así es, coronel.

Mi exsuegra me estaba esperando en el asiento de atrás de su Rolls-Royce cuando salí del edificio. Me hizo un ademán y me acerqué a ella.

—¿En dónde está Nora? —le pregunté.

—Se fue —dijo la anciana señora—. Cuando salí ya se había marchado—. Tendió la mirada por la carretera y agregó—: ¿En dónde tiene estacionado su coche?

—A unas cuantas manzanas de aquí.

—Suba, le llevaré hasta allí.

Subí y el enorme coche rodó majestuosamente por entre el tráfico.

—¿Fue a ver a Sam Corwin?

—No. Pienso ir a verle esta tarde.

Miré, lúgubre, a través de la ventanilla.

—Parece usted muy deprimido —observó, astuta—. ¿Le ha dicho algo la señorita Spicer que no nos mencionara a nosotros?

Le lancé una mirada penetrante.

—No. No tenía razón alguna para hacerlo. Me dijo meramente que a Dani le agrada mucho saber que no me voy.

—¿Es eso? ¿No se lo ha comunicado todavía a su mujer?

—No.

—¿No cree que eso la trastornará? —preguntó la anciana señora. Pero no esperó a que yo contestara a su pregunta—. Soy una vieja estúpida. ¡Claro que la trastornará! No es para menos. Yo también lo estaría. A punto de dar a luz y sola en la casa.

El mayestático Rolls fue a detenerse junto a la acera. Era mayor el trastorno de lo que la buena señora pensaba. Nuestra precaria situación económica lo hacía abrumador.

—¿Puedo hacer algo para ayudarles? Tal vez podría hablar yo con ella y decirle la importancia que tiene el que usted se quede aquí unos días más.

Moví la cabeza.

—No, gracias. Estoy seguro de que Elizabeth comprenderá.

Abrí la portezuela y salté a la acera. La anciana señora, asomando la cabeza por encima de la portezuela, me dijo:

—Llámeme esta noche. Me dirá si ha averiguado algo.

—No dejaré de hacerlo.

Vi cómo el coche se despegaba de la acera y se alejaba por la calzada. Yo subí al mío y regresé al hotel.

Eran cerca de las doce cuando pude comunicar con Elizabeth.

—Hola —le dije—. ¿Ya has almorzado?

—Por supuesto —me respondió—. ¿Cómo fue todo?

Comencé a contarle lo sucedido durante la vista forense, pero a las primeras palabras me interrumpió:

—Eso acabo de leerlo en los periódicos. ¿Qué es lo que decidieron acerca de

Dani?

Lo relaté lo más brevemente que pude. Luego le hablé a propósito de la carta. Cuando terminé hubo un silencio.

—Elizabeth —dije—, ¿me oyes?

—Sí, te he oído —dijo. Su voz era muy baja.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Perfectamente —dijo—. Jamás me sentí mejor en todos los días de mi vida. No sabes lo que disfruto estando sola. Es una delicia. Supongo que querrás estar ahí hasta la próxima semana.

Tomé aliento y dije:

—Eso querría, si no tienes inconveniente.

—¿Esperas conseguir más de lo que has conseguido ya? —me preguntó.

—Si me voy ahora, Dani creerá que nuevamente la abandono.

—Pero ¿no la abandonaste ya antes? —preguntó Elizabeth—. ¿No le explicaste por qué?

—Sí —dije—. Pero aún es una niña. No creo que haya comprendido la verdad completa—. Cogí un cigarrillo—. Me necesita.

—También yo —dijo Elizabeth—. ¿No te preguntas cómo paso las horas, objeto de la curiosidad de los vecinos, que me preguntan constantemente por ti? Todos leen los periódicos, igual que yo. Saben que la estás viendo todos los días.

—¡Eso es estúpido!

—¿Verdad que sí? —exclamó—. ¿Estás seguro de que sea Dani la única razón de que te quedes ahí?

—¡Cómo no voy a estarlo! —estallé—. ¿Qué otra razón podría tener?

—Esas malditas cartas no te preocupan solo por lo que se refiere a Dani —replicó—. Ya me has dicho que no pueden hacerle más daño del que le han hecho. La ley la protege ahora. Es Nora la que quieres proteger ahora. Sé leal contigo mismo y lo verás claramente.

Oí como la comunicación era cortada al otro extremo del alambre. Llamé a la telefonista y le dije que me habían cortado. A continuación oí el tintineo de la nueva llamada.

—Sí.

Daba la impresión de que había llorado.

—Elizabeth —le dije—. Lo siento. Voy a preparar inmediatamente mi regreso a Chicago.

—No, no vengas —exclamó reprimiendo su llanto—. Te quedarás ahí hasta que haya terminado el maldito asunto.

—Pero... —protesté.

Me interrumpió, la voz más firme.

—No, no. Te quedarás hasta que te hayas deshecho del último fantasma de tu pasado. Cuando vuelvas quiero verte solo, libre de espectros y obsesiones. Quiero al

marido completo, íntegro que tenía cuando te marchaste hace unos días de Chicago; no a aquella lamentable sombra de hombre que conocí en La Jolla.

—Pero ¿de dónde sacaremos el dinero? —le pregunté.

—No te preocupes —dijo—. Cobré el cheque de tu pensión de veterano. Ciento cuarenta dólares. Eso nos ayudará a pasar una semana. Y en caso de apuro puedo empeñar por doscientos dólares mi anillo de brillantes.

—Elizabeth —exclamé en voz queda.

—¿Qué? —me respondió ahogando el llanto.

—Elizabeth —le dije—. ¡Te quiero!

Las Galerías Scaasi-Corwin tenían su edificio propio en Post Street, no lejos de Gumps. Era un edificio estrecho, anticuado, como intercalado y apretujado entre dos edificios grandes, con una fachada moderna de ladrillo rojo. Se entraba a él por una puerta acristalada, junto a la cual se veía un pequeño escaparate que daba, a distancia, la impresión de un cuadro clavado en la pared de ladrillo. En él, como una joya sobre terciopelo azul, se veía una pequeña escultura abstracta de bronce que bajo la luz ambarina de una lámpara lanzaba destellos de púrpura y oro. El nombre del artista figuraba en letras negras en un tarjetón blanco. Sobre la puerta de macizo cristal podía leerse, en letras de oro, la razón social del establecimiento:

SCAASI-CORWIN
Tokio, San Francisco, Nueva York, Londres, París.

Abrí la puerta y entré. Un joven con una barbita puntiaguda a lo Vandyke, exquisitamente recortada, avanzó hacia mí y con un acento muy en consonancia con su traje de impecable corte inglés, me preguntó:

—¿En qué puedo serle útil, señor?

—Tengo una cita con el señor Corwin.

—Tenga la amabilidad de tomar el ascensor a su izquierda, señor. Las oficinas se encuentran en la planta cuarta.

—Gracias —le dije, y me encaminé al ascensor.

Al aproximarme a él, la puerta, como por arte de magia, se abrió.

—Cuarta planta, por favor.

—Planta cuarta —repitió el ascensorista, cerrando la puerta—. Gracias, señor.

Lancé una ojeada a la vestimenta del ascensorista y al punto me sentí avergonzado de mi terno de confección de sesenta dólares. En aquella casa hasta el chico del ascensor llevaba ropa a la medida de irreprochable corte británico.

Me hallé en una salita de recepción suntuosamente alhajada. Detrás de la mesa vi otra barbita Vandyke.

—Tengo una cita con el señor Corwin.

—¿Su nombre, señor?

—Luke Carey.

Hizo un signo de asentimiento.

—Gracias, señor. Tome usted asiento y verá si el señor Corwin puede recibirlo.

Me senté en un diván y cogí de una mesilla llena de revistas y periódicos, una al

azar. Su título era *Réalités*. Muy vistosa, pero en francés. Me dediqué, pues, a hojear las fotografías. Entre ellas vi una de Brigitte a bordo de un velero, en Saint Tropez. La estudié. Una revista con una fotografía de Brigitte en bikini no era cosa desdeñable. Una sombra se proyectó sobre las páginas. Alcé los ojos.

—¿El coronel Carey? —me preguntó la atractiva rubia.

Asentí.

—El señor Corwin le verá al instante. Por favor, sígame.

Me puse de pie. La chica no ignoraba el efecto que producía la vista de su anatomía en movimiento al que iba detrás de ella y en mi obsequio, creo yo, exageró el contoneo. Fue lo único amable que me sucedió en todo el día. Más sugestivo que la imagen de la revista.

—Gracias —le dije cuando abrió la puerta y me cedió el paso.

El despacho de Sam ostentaba, como lo demás que había visto, el sello de la elegancia y del buen gusto, pero en grado superlativo. Las paredes estaban recubiertas de paneles de madera fina. En ellas dos Matises de encendido color; un Picasso que parecía puesto al revés. Y en uno de los rincones la escultura en bronce *La Mujer en la red* con la que había ganado Nora el premio Eliofheim, sobre un pequeño pedestal. Un solo reflector la iluminaba artísticamente.

Sam entró por otra puerta, al fondo de la pieza y avanzó hacia mí con la mano extendida.

Le así la mano. Me agradaba su apretón. Firme, pero sin exceso de efusión u obsequiosidad. El apretón de un hombre sincero.

—¿Cómo estás, Sam?

—No del todo mal. Perdiendo un poco de pelo, pero eso es todo. —Me miró—. Tienes un buen aspecto.

—La buena vida —le dije—. Eso y una mujer como Dios manda.

—Me alegro en el alma. —Fue a sentarse a su mesa—. Siéntate, Luke.

Me dejé caer en el sillón, frente al suyo.

—Tuve un choque cuando supe lo de Dani.

No dije nada, pero supe que no mentía.

—Sentía cariño por la pequeña —dijo—. Era un sol. Siento que le haya sucedido esto. Aunque, en cierto modo, era algo a lo que estaba expuesta más que cualquier otra niña.

—¿Por qué dices eso?

Se encogió de hombros.

—Nora.

—¿Conociste a Riccio? —le pregunté.

—Sí. —Simuló una sonrisa, pero le salió algo torcida—. Gracias a mí se conocieron. Fui yo el feliz presentador de la interesante pareja.

—¿Cómo fue eso?

Se echó a reír.

—¿Viste a mis mocitos?

—¿Las barbitas Vandyke y los ternos británicos?

Hizo un ademán afirmativo.

—¡Vaya si los vi! No sabes el alivio que me produjo la vista de tu secretaria.

Volvió a reírse.

—Es idea de Scaasi. Aquí son principalmente mujeres las que compran obras de arte. Este despliegue de barbitas y ternos ingleses da muy buenos resultados.

—¿Qué relación tiene todo esto con Riccio?

—Cuando fundé la casa, hace cinco años, era el mocito número uno. Fenómeno. Las mujeres se pirraban por él.

—¿Con todo y la barbita Vandyke?

—La barbita es un toque artístico —dijo—, la pincelada que da al rostro ese aire displicente, decadente e indiferente que tanto fascina a ciertas mujeres.

—Ya veo.

—Fascinó a Nora —exclamó Sam—. Llevaba pantalones a la italiana, muy ceñidos, como los de un bailarín de ballet, y Nora no podía apartar de él los ojos extasiados—. Abrió una cajetilla de cigarrillos y la empujó hacia mí por encima de la mesa—. Y tú ya conoces el modo de ser de Nora. Cuando quiere una cosa no para hasta conseguirla—. Sus ojos se clavaron en los míos, Cándidos y transparentes—. Ahora, que esta vez Nora encontró a su maestro.

—¿Qué quieres decir con eso? —dije yo, encendiendo un cigarrillo.

—Era de su misma laya. Apechaba con todo lo que se le ponía por delante. Tuvo tropiezos con dos de nuestras clientes, pero lograba siempre escurrirse como una anguila.

—¿Por qué no lo echasteis?

—Era un vendedor magnífico. No tuvimos quien lo igualara. Conocía el negocio a las mil maravillas.

—¿Cómo lo encontraste?

Sam me lanzó una penetrante mirada.

—¿Por qué todas esas preguntas acerca de Riccio?

—Quiero saber todo cuanto me sea posible acerca de él —le dije—. Según he podido ver, muy poco se sabe de su vida. Tal vez buceando en ella encuentre algo que me convenza y convenza también al tribunal, de que, después de todo, no fue un crimen tan negro eliminarlo del censo municipal.

—Te comprendo. —Movié la cabeza dubitativamente—. Pero no lo creo práctico.

—De todos modos te agradecería que me dijeras todo lo que sepas acerca de él. ¿Tuvo amigos que tú recuerdes?

Estuvo reflexionando unos segundos; luego descolgó el teléfono de su mesa.

—Tráigame el expediente personal de Tony Riccio.

Un momento después se abrió la puerta y entró la secretaria. Puso una carpeta sobre la mesa, frente a Corwin, me lanzó una rápida ojeada y salió del despacho.

Observé que Sam siguió con la mirada el contoneo incitante de la joven rubia.

—Reconfortante —comenté yo—. Un tónico que disipa el amargo sabor de boca dejado por las barbitas Vandyke.

Se echó a reír y abrió la carpeta.

—Tony trabajó para Arlene Gately antes de venir a mi casa. Ella fue quien me lo presentó.

—¿Sigue Arlene trabajando para ti?

—Murió hace dos años. En un accidente de aviación.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Qué me dices de sus amigos?

—No recuerdo ninguno. Concentraba todas sus actividades en las damas. Que yo supiera no tenía amigos particularmente íntimos.

—¿Qué me dices de su familia?

—Vive aquí, en San Francisco. Su padre tiene un puesto de pescado en el muelle. Creo que su hermano es dueño de un barco pesquero.

—¿Tienes sus señas?

Arrancó una hoja de bloc y escribió en ella unas señas.

Me entregó el trozo de papel.

—Me habría gustado poder suministrarte más datos.

—Hay algo que me gustaría saber —le dije—, ahora bien, si la pregunta te parece indiscreta, no la contestas y en paz.

—A ver, dime.

—Nora y Riccio. La señora Hayden me dijo que la forzaste a un divorcio por entero a tu favor. ¿Cómo lo hiciste?

Vaciló un momento.

—Sabía lo que estaba ocurriendo. Me armé de paciencia y por fin, un día, obtuve las consabidas fotografías comprometedoras. Puso el grito en el cielo pero no tuvo más remedio que claudicar y llegamos a un acuerdo.

—¿Las tienes todavía?

Hizo un gesto de denegación.

—Se las entregué cuando se falló el divorcio. ¿Para qué las quería? Su recuerdo me bastaba.

No pronuncié una sola palabra.

Me miró fijamente.

—Fue un arreglo justo. No toqué un solo centavo que fuera de ella. Repartimos únicamente lo que habíamos ganado juntos.

—No te critico, Sam.

—Ojalá puedas hacer algo en favor de tu hija. La recuerdo cuando todavía era una chiquitina. No sabes lo sola y perdida que se encontró cuando dejaste de verla.

—No tuve yo la culpa —le dije—. Fue Nora la que quiso y dispuso esa separación.

—No lo sabía —dijo, asombrado—. Nora me dijo un día que tú habías decidido

no volver a verla.

Fijé en él su mirada.

—¡Eso retrata a Nora de cuerpo entero!

—Creí que la conocía a fondo, pero ahora veo que Nora es insondable. —Aplastó la colilla en el cenicero y encendió otro cigarrillo—. Un día sucedió algo que jamás olvidaré.

—¿Qué fue?

—Hace de eso cinco años. Dani iba a cumplir los diez y habló de dar una fiesta para celebrar su cumpleaños. Esto sacó a Nora de sus casillas. Le dijo a la niña que dejara ya de una vez de hablar de sus años, que era lo bastante grandecita para comprender que, pregonando por todos sitios la edad que tenía, ponía en evidencia a su madre.

Dani no comprendió y muy sorprendida le preguntó a su madre: «¿No quieres, mamá, que me haga mayor?» Nora fue a contestarle, pero se dio cuenta de que yo estaba observándola y salió de la habitación, dejando a la niña perpleja y dolorida.

Dio repetidas chupadas al cigarrillo.

—Creo, honradamente, que Nora estaba celosa de Dani. De su lozanía, de su talle gracioso de mujercita en flor, de todo aquello que ella había perdido y jamás volvería a encontrar. Pero ¿qué podía hacer yo? Nora me había dicho y repetido hasta la saciedad que yo no era su padre y no tenía derecho alguno sobre su hija.

Durante unos momentos recorrió con su vista la mesa. Luego la fijó en mi persona.

—Supongo que estarás preguntándote cómo y por qué, conociéndola como ya la conocía, me casé con ella.

—Confieso que más de una vez me hice esa pregunta.

—Tal vez no lo comprenderás —dijo, quedamente—. Era crítico de arte en una ciudad de poca monta. Digan lo que digan, en el mundo del arte, San Francisco es una ciudad de poca monta. Descubrí un día algo grande. Esto sucede solo una vez en la vida de un hombre, si ese hombre tiene suerte. Descubrí a Nora Hayden y sea lo que sea en su vida íntima, en su propia esfera es una cosa grande. La única verdad que hay en ella es la escultura. Tanta verdad que uno no se para a pensar que toda la que ella tiene la emplea en su obra y no le queda ni la más mínima fracción para sí o los demás.

»Yo sabía cómo era. Pero pensé que podría cambiarla. Pensé que llegaría a lograr que una parte de aquella verdad que veía en su obra la aplicara a su propia vida. Pero estaba equivocado, completamente equivocado.

»Fuera de su obra, a la que había consagrado su verdad y su humanidad entera, nada contaba. Además había otra cosa.

—¿Qué era, Sam?

Me miró a los ojos.

—Estaba enamorado de ella —dijo sencillamente. Y a continuación sonrió,

irónico—. Pero de ese gran amor solo quedan las cenizas... y unos pocos cuadros en la pared y un par de estatuas. Pero tú tienes más que yo. Pese a las circunstancias, en este momento muy dolorosas, siempre te quedará de aquella algo tangible y vivo, con mucha más vida, fuerza y belleza que estas pobres cosas muertas.

Sabía lo que quería expresar. Me puse de pie.

—Has sido más que amable conmigo, Sam.

Se levantó también.

—Me gustaría mandarle algo a Dani..., una chuchería cualquiera. ¿Crees que sería correcto?

—¿Por qué no? A ella le encantaría. Estoy seguro, Sam.

Me tendió la mano.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Lo haré, Sam —dije—. Gracias.

Post Street estaba muy animada y las tiendas llenas de gente que hacía las compras de la tarde. Después de la recoleta y fresca penumbra del despacho de Sam, la luz del sol me hacía parpadear. Y como comenzara a transpirar penetré en el primer bar que encontré en mi camino. Pedí una botella de cerveza. Entraron dos turistas y se quedaron junto a mí. También pidieron cerveza.

—¡Jesús, qué calor hace! —exclamó uno de ellos.

—¡Vaya! —le respondió el otro, mientras llevaba a sus labios el espumoso líquido—. Pero piensa en el calor que estarán pasando los pobres chicos ahí, en esa roca en medio de la bahía. Apuesto a que darían cualquier cosa por beber una cerveza en un día como este.

Me fijé en ellos y me puse a pensar en la roca de que estaban hablando. El presidio de Alcatraz. Había otras rocas, también. Mi hija se hallaba en una de ellas. Y no era más que una niña.

Me pregunté qué haría para refrescarse en esta calurosa hora de la tarde. Me pregunté asimismo qué habría descubierto la señorita Spicer acerca de ella. Cosas que probablemente ignoraba yo. Y que jamás sabría.

Marian Spicer reconoció los zapatos antes de que oyera la voz. Estaban tan lustrosos que casi podía verse reflejada en ellos, aunque también sabía, sin verlas, que sus suelas estaban tan gastadas que no habían de tardar mucho en hacerse transparentes. Alzó la cabeza apartándola de los papeles que cubrían su mesa.

—¿Pluguiera a la garrida moza Marian triscar con Robin Hood por las placenteras praderas de Sherwood Forest en esta tarde caliginosa?

Se echó a reír.

—Siéntate, Pelirrojo, antes de que derrames el café sobre mis papelotes. Abandona ese léxico trasnochado y háblame en un cristiano más moderno.

De pie, delante de ella, el inspector tutelar apodado familiarmente *el Pelirrojo*, con sus cabellos como siempre revueltos, le guiñaba los ojos azules. Llevaba en las manos sendas tazas de café. Dejó una de ellas en la mesa, frente a su colega:

—Leí en tus ojos ansias frenéticas de una segunda taza de aromático Moka.

—Gracias.

Recorrió con la mirada la cafetería. Estaba casi vacía.

—Habrá que tomar medidas drásticas. Este vacío da fe del trabajo abrumador que pesa sobre el departamento.

En una de las mesas un agente tutelar sentado con dos mujeres, madre e hija, escuchaba paciente las lamentaciones de la primera. La muchacha, de unos quince años, estaba encinta y mostraba una expresión amarga y adusta.

Marian adivinaba lo que la mujer le estaba diciendo al inspector. Era una cantilena que ella había oído ya muchas veces.

—No lo sabía..., jamás pude sospechar que mi propia hija... fueron, por supuesto, aquellas amigotas tuyas que...

Era siempre lo mismo. Las chicas tenían un tropiezo y los padres, invariablemente, se sorprendían de que tal cosa pudiera suceder. No habían podido preverlo. Siempre estaban demasiado ocupados en una u otra cosa. Algunas razones podían ser válidas, otras no... pero al final todo iba a parar a lo mismo: el Tribunal Tutelar de Menores.

—¿Dónde has estado todo el día? —le preguntó recogiendo sus papeles de la mesa.

El Pelirrojo sorbió ruidosamente su café.

—¿Dónde crees? Por ahí buscando a ese maldito mariquita...

Sabía Marian a quién se refería su colega. Se trataba de un muchacho de dieciséis años. Seis meses atrás había caído en una redada de la policía y los padres lo habían mandado a una escuela militar para que hicieran de él un hombre. Cuatro días después se escapaba de ella.

—¿Lo encontraste?

—Sí. Por fin. Donde esperábamos que se encontrara: en un bar de mala fama, en North Beach. Escondido en un retrete.

—No comprendo cómo tardaron cuatro días en encontrarle.

—Es que no sabes la cantidad enorme de lugares frecuentados por esos caballeretes —exclamó, indignado, el Pelirrojo. Pero al ver la sonrisa que asomaba a los labios de su colega, se calmó súbitamente y se arrellanó en su asiento—. Había que ver en qué estado encontramos al mocito. Llevaba todavía el uniforme del colegio, arrugado y sucio como si no se lo hubiese quitado en esos cuatro días. Cuando me vio tuvo un ataque de nervios. Pataleaba, chillaba, arañaba y hasta mordía. Tuve que llamar a un coche patrullero para que me ayudaran a embarcarlo—. La miró, y sonrió entre dientes, maliciosamente—. No creas, fue un día encantador para mí. Cinco declaraciones amorosas, una de ellas de una mujer. En aquel ambiente, un éxito formidable. Debieron creer que yo era un auténtico cafiaspirino.

—¿Notificaste a sus padres?

—Estarán aquí mañana. —Se encogió de hombros—. Les compadezco. No es poca desgracia tener un hijo empeñado en ser hija.

—También él es digno de compasión.

Era este un caso que a ninguno de los dos agradaba. Se sentían impotentes ante algo irremediable que no tenía compostura. La única cosa que podían hacer era trasladar el caso a los psiquiatras. Y en la mayor parte de los casos también la psiquiatría se declaraba impotente para resolverlos.

—Te veo ahora muy activa. ¿En qué trabajas ahora? ¿En el caso Hayden?

—El nombre de la chica es Carey.

—Lo sé. Pero todos los diarios lo llaman el caso Hayden. La madre de la chica, al fin y al cabo, es Nora Hayden, flor y nata de la ciudad. —Volvió a dar otro ruidoso sorbo—. ¿Qué tal es la pequeña?

—No lo sé, en realidad. Todavía no he podido analizarla, ni encasillarla. Desde luego no se parece a ninguna de las otras muchachas que han pasado por mis manos.

El Pelirrojo enarcó una ceja y lanzó a su colega una mirada inquisitiva.

—Tengo entendido que hasta a ti te ha engañado, ¿no es así? ¿Son esos los informes preliminares?

Hizo un ademán afirmativo.

—Déjame que les eche un vistazo.

Le observó mientras leía la página de encima. Era el informe del médico encargado de examinar a todas las chicas antes de su ingreso en los *cottages*. Dani, el sábado anterior, había sido sometida a un completo examen físico; el psicométrico había sido aplazado hasta el lunes, porque este departamento no funcionaba el fin de semana. Marian intuía que existía algo importante en la vida física y psíquica de la muchacha que no se mencionaba en aquellos informes, pero no podía discernirlo. Pero el Pelirrojo era, en verdad, un inspector de gran valía. Hacía muchos años que

ejercía su cargo. Tal vez él hallara algo que pudiera ayudarla.

Terminó de leer el informe y le lanzó una mirada cínica.

—Veo que esta chica, por lo menos, es normal.

Sabía el porqué de su comentario. *La ruptura del himen es completa y su cicatriz muestra que la ruptura tuvo lugar hace ya bastante tiempo. No obstante, se observan signos de irritación en las paredes vaginales y una ligera inflamación del clítoris que revela la posibilidad de una intensa actividad sexual durante el período precedente inmediato a este examen.*

—Comienzo a creer que no hay vírgenes de catorce años en San Francisco. —La miró y sonrió, sardónico—. Desde un punto de vista rigurosamente histórico, Marian, ¿eras todavía virgen a los catorce años?

—Déjate de bromas, Pelirrojo. Eres un caso típico de deformación profesional. Las chicas verdaderamente decentes no vienen a parar aquí.

—¿Quién fue el seductor? ¿El tipo que ella escabechó?

—No quiso decírmelo. Cuando alguien le dirige esa pregunta, se encierra en un mutismo del que nadie puede sacarla. Lee el examen psicométrico y te darás cuenta.

Le estuvo observando mientras leía el informe y vio que a la mitad de la hoja enarcaba las cejas. Sabía también el porqué de este gesto de asombro del lector.

—La chica tiene en las pruebas de inteligencia 152 puntos.

—Exacto. Un nivel extraordinario de inteligencia y percepción. Por esto no puede uno explicarse lo que sigue. Léelo.

Continuó, silencioso. Leyó apresuradamente las pocas páginas que integraban el informe y devolvió este a Marian.

—Está jugando con nosotros. ¿Por qué?

—Ese es mi modo de sentir. ¿Leíste lo que dijo a los psiquiatras cuando estos terminaron de examinarla? Que reconocía libremente que había obrado mal, que comprendía que no debía haberlo hecho, que estaba dispuesta a discutir sobre todo aquello que se relacionase con su mala acción, pero que fuera de eso no quería discutir cosa alguna más. Lo demás de su vida era algo personal y privado que solo a ella concernía y se oponía a revelar lo más mínimo de ella porque no guardaba relación alguna con lo que había hecho.

—Es brava la chiquilla.

Marian hizo un gesto afirmativo.

—De un modo u otro, de la noche a la mañana, recobró el dominio de sí misma. Fue una lástima que no la hubiésemos tenido aquí la noche del sábado, después de cometido el crimen. Entonces estaba muy nerviosa y trastornada.

—¿Crees entonces que hubo alguien que la aleccionara?

—La única persona con la que se vio fue su padre. Pero no fue él quien la aleccionó. Para él sigue siendo una niña. La última vez que la vio fue cuando tenía ocho años y aunque comprende que es mayor, él sigue viéndola con los ojos de hace seis años.

—¿Qué clase de tipo es?

—A mí me da la impresión de hombre decente y gentil.

—¿Con ese récord de guerra que tiene?

El tono de voz del inspector tenía inflexiones de incredulidad.

—Esa es la paradoja. Pero el caso es que ese hombre me da lástima. No hay más que ver la ropa que lleva para saber que está pasando apuros de dinero y sin embargo vino desde Chicago para ver si podía ayudarla. Su mujer quedó allá, esperando un crío y el hombre está aquí, zarandeado por unos y por otros. Quiere hacer algo en favor de su hija, pero él mismo no sabe qué camino ni qué dirección tomar.

—¿Qué clase de mujer es Nora Hayden?

—Una mujer que sabe lo que quiere. Siempre, en todo momento. Es una artista renombrada y a la vez una auténtica zorra. Ha sido para la niña una verdadera desgracia el tener que vivir con ella todos estos años. No debió de ser la suya una infancia feliz.

—Por lo que veo no sientes por la mujer un cariño excesivo.

—No, te lo confieso. Pero esto no altera el problema básico. ¿Cómo conseguir que la niña se franquee con nosotros y revele el móvil verdadero de su acción?

—A veces el mejor procedimiento es dejarlas en paz unos días. Es posible que cuando se fíe la chica de nosotros y se convenza de que queremos ayudarla de veras, despeje la incógnita.

—Ese procedimiento podría dar resultado, pero no tenemos tiempo para ponerlo en práctica. Murphy nos dio solo una semana para resolver el caso. Tengo la impresión de que al hombre lo presionan de arriba para que dé una rápida solución al asunto y no permitirá que se traspase el límite legal de quince días.

Se levantó y se encaminó a la puerta que daba a las cocinas. Volvió con dos tazas más de café.

Llevó a sus labios la taza de café. El café estaba ahora frío, pero no obstante lo bebió.

—Tengo la extraña impresión de que estamos todavía muy lejos de la verdad auténtica. Dada la clase de dominio de sí misma que revela la chica no puedo creer que haya cometido un asesinato.

—¿Quién crees, pues, que lo cometió? ¿La madre?

—Es lo más probable, en mi sentir.

—Todas las pruebas, sin embargo, están en contra suya. Has leído las declaraciones. Presenciaste el juicio forense. Y estuviste en la vista siguiente. Todo señala a la niña.

—Eso es, precisamente, lo desconcertante. Es como si al entrar en casa viera que todo estaba en perfectísimo orden. Entonces me diría: algo raro ocurre aquí. Todo está demasiado perfecto. En nuestro caso, solo había un testigo.

—¿La madre?

Asintió con un ademán.

El pelirrojo le lanzó una mirada especulativa.

—¡Ojo, Marian! No dejes que la antipatía que sientes por la madre te lleve a conclusiones precipitadas. Yo mismo me dejo arrastrar a veces por el sentimiento cuando me enfrento con la estupidez de ciertos padres. Muchas veces me siento inclinado a echarles la culpa de los desafueros de sus hijos. Pero no es eso siempre justo.

Se levantó y se encaminó a la puerta que daba a las cocinas. Volvió con dos tazas más de café.

—¿Dónde está ahora la chiquitina?

—En Psicopatía. Tal vez Jennings pueda examinarla hoy.

—Sally Jennings es muy buena. Si no logra ella sacarle la verdad del cuerpo, nadie más podrá.

—Así lo espero. Mientras tanto tendré que moverme, yendo de aquí para allá. El juez Murphy me ha pedido que eche un vistazo sobre los trámites del divorcio de sus padres. Iré ahora al despacho del abogado de ellos para recoger la transcripción de esos trámites.

Marian apartó la silla.

—¿Cómo están Anita y los chicos?

—Como de costumbre. Anita sigue insistiendo en que quiere trabajar por las tardes para ayudar a los gastos de la casa, pero yo le digo que no. Estoy viendo todos los días lo que ocurre con los niños cuyos padres no pueden dedicarles todo el tiempo que necesitan.

Asintió ella, con un gesto de comprensión. Muchas veces se había preguntado cómo algunos de los hombres casados podían arreglarse con sus modestos salarios. Podía comprender el estado en que se hallaban los zapatos del Pelirrojo, en demanda constante de medias suelas.

Suspiró hondamente.

—Stevie, el mayor, me está machacando para que le regale una moto. Dice que todos sus condiscípulos tienen moto.

—Acabarás comprándosela.

—¿Por qué no? Pero solo cuando encuentre una buena que no me cueste más de cincuenta pesos. —Miró hacia la mesa, abstraído—. Aunque, no sé... no quiero hacerme ilusiones. No se encuentran motos a ese precio tan bajo.

—Tal vez tengas suerte y la encuentres, Pelirrojo.

—Esa es mi esperanza. Pero, no puedo remediarlo, muchas veces me siento dominado por un miedo absurdo, irresistible.

—¿Qué quieres decir?

—Stevie es un chico magnífico, todo lo que tú quieras, pero muchas veces pienso en todas aquellas cosas de las que tiene que privarse. Ya sabes lo que quiero decir. Tal vez sea perjudicial el saber demasiado.

Asintió a sus palabras.

—Muchas veces me despierto a altas horas de la noche —continuó—, soñando que estoy sentado a mi mesa y vienen y me traen a un chico y este chico es Stevie. Entonces al preguntarle por qué está allí va y me dice: «¿Qué esperabas, papá? ¿Que siguiera creyendo para siempre que la luna estaba hecha de queso verde?» Marian le miró un momento, reflexivamente. Era lo que sucedía a todos ellos. Veían demasiado y sentían con la misma intensidad. Posó una mano sobre el hombro del inspector.

—El día ha sido largo y bochornoso. ¿Por qué no das por terminada la jornada y te vas a casa con los tuyos?

Alargó la mano y acarició cariñosamente la de su colega.

—¿Para qué? —exclamó con una sonrisa irónica—. ¿Para que se asuste Anita y crea que estoy enfermo o me he vuelto loco?

El diploma dentro de un marco de madera, colgado en la pared, detrás de un pequeño escritorio, en una pieza también de reducidas dimensiones, daba fe de que la señorita Sally Jennings había recibido de la Universidad de Wisconsin el título de doctora en psicología. Tanto el nombre de la doctora como la fecha —junio de 1954— estaban trazados en florida letra gótica.

Sally tenía treinta y ocho años cuando recibió este diploma. Antes de obtenerlo había estado desempeñando durante quince años el cargo de inspectora tutelar, estudiando y ahorrando dinero para alcanzar la meta ambicionada. Cuando tuvo ahorrado el dinero que juzgaba indispensable pidió y obtuvo un permiso de dos años y volvió con el diploma y el birrete de doctora. Transcurrieron otros dos años más antes de que se produjese una vacante en su Departamento.

Tenía un rostro todavía juvenil, cabellos grises y una feliz y amable disposición y un afecto verdadero por las niñas que acudían a ella. Las más de las veces las niñas percibían este afecto y respondían a él. En ocasiones había quien escapaba a su irresistible poder de seducción. Era esta una de esas ocasiones.

Contempló a Dani sentada al otro lado de la mesa, frente a ella. Permanecía muy callada, la expresión apacible y serena, las manos plegadas sobre su regazo. Sally había advertido el día anterior que llevaba las uñas pulcramente manicuradas. Su actitud toda era la de una jovencita bien educada con perfecto dominio de sí misma. Fue a coger un cigarrillo y observó que los ojos de Dani seguían, ansiosos, el movimiento de su mano.

—¿Le gustaría fumar un cigarrillo, Dani? —le preguntó cortésmente, tendiéndole la cajetilla.

Dani vaciló.

—No tema, Dani. Puede usted fumar aquí.

Dani tomó un cigarrillo y lo encendió en el mechero que le ofreció la doctora.

Sally Jennings, a su vez, encendió su cigarrillo y se retrepó en su asiento. Exhaló lentamente el humo y observó cómo derivaba hacia el techo.

—Me gustaría observar el humo del cigarrillo —dijo al azar—; al desgajarse en el aire forma nubecillas que toman a veces formas fantásticas.

—Teníamos un juego a base de eso en el colegio de la señorita Randolph. Lo llamábamos Majaretismo Infantil. —Sally Jennings escrutó el rostro de Dani. Observó que sus ojos llameaban, divertidos por el recuerdo—. Había que ver hasta qué punto llegaba la fantasía de algunas y las cosas extraordinarias que creían ver.

—Para su edad sabe usted mucho de psicología.

—He leído bastante. Hubo una vez que quise ser como usted, una doctora en psicología, pero finalmente desistí.

—¿Por qué, Dani? Creo que habría podido llegar a ser una buena psicoanalista.

—No sé. Tal vez fuera porque no me gustaba la idea de huronear en el pensamiento de los demás.

—¿Piensa usted que estoy huroneando su pensamiento, Dani?

Dani la miró de hito en hito, y exclamó con mal contenida violencia:

—Esa es su profesión, ¿no es así? ¿No trata acaso de averiguar si tengo algún tornillo suelto en el cerebro?

—Eso es parte de mi profesión, Dani. Pero la más pequeña. La más importante, es la de ver si podemos hallar un medio de ayudarla.

—Pero ¿y si no quiero que se me ayude?

—Creo que en el fondo, todos deseamos que se nos ayude, aunque muchas veces no queramos reconocerlo.

—¿Usted necesita ayuda? —preguntó Dani.

—Creo que sí. Hay veces en que me siento algo desamparada.

—¿Va a ver usted entonces a un psicoanalista?

Sally Jennings hizo un gesto de asentimiento.

—He sido sometida a examen psicoanalítico estos últimos años. Desde que me di cuenta de que tenía que saber más acerca de mí misma para poder ejercer mi profesión eficazmente.

—¿Va usted a menudo?

—Por lo menos una vez a la semana. A veces más, cuando dispongo de tiempo.

—Mi madre dice que los únicos que van a ver a los psicoanalistas son los enfermos. Dice que es un sustituto del confesonario católico romano.

Sally Jennings lanzó una mirada penetrante a Dani.

—¿Cree usted que su madre tiene razón en todo?

Dani la miró, sin contestar.

La psicoanalista creyó ver en los ojos de la niña como un velo sombrío y cambió rápidamente de conversación.

—El doctor que la examinó me dijo que se quejaba usted de dolores en los pechos. ¿Hace mucho tiempo que le duelen?

Dani asintió, silenciosa.

—¿Cuánto tiempo?

Dani titubeó.

—No confunda usted. No pretendo huronear en su mente. Es una pregunta médica.

—¿Hay algo de malo en eso? —preguntó Dani, con cierto tono de inquietud.

Sally observó cómo la niña, cediendo a un movimiento inconsciente, se llevaba las manos a los pechos; y sintió cierto remordimiento por haber reavivado los temores de la chiquilla.

—No, nada hay de malo en ello. Lo que ocurre es que los médicos quieren conocer las razones de todo.

—Cuando empezó mi desarrollo, me apretaba mucho los senos. Entonces fue cuando me dolieron y dejé de fajármelos. Y por eso, alguna que otra vez, vuelven a dolerme.

Sally se echó a reír.

—¿Por qué se los fajó tan apretadamente? Eso lo hacían las chicas en tiempos de Maricastaña, pero ahora no hay ninguna que lo haga. Es una práctica bárbara y antihigiénica.

—Oí una vez hablar a mi madre de esto a una amiga. Decía que las *geishas* del Japón se fajan los pechos para aparecer jóvenes y esbeltas. Y de este modo no crecen.

—¿No quiso usted crecer, Dani?

—Por supuesto crecí —dijo Dani rápidamente.

—Entonces ¿por qué lo hizo? —repitió Sally. La chica no le contestó—. ¿Lo hizo tal vez, para complacer a su madre?

La expresión de los ojos, súbitamente abiertos y asombrados de la muchacha convenció a la doctora de que había dado en el blanco. Este convencimiento endureció su corazón. Prosiguió, implacable:

—Fue esa la razón, ¿verdad, Dani? Fajó sus pechos hasta que le dolieron porque se imaginaba que, dejando de crecer y de desarrollarse, complacía a su madre. ¿Por qué lo hizo, Dani? ¿Acaso le dijo su madre que, creciendo, la haría usted sentirse más vieja?

De pronto la muchacha se echó a llorar, tapándose la cara con las manos.

Suave, gentilmente, la doctora le quitó el cigarrillo de los dedos y lo apagó en el cenicero.

—El caso es frecuente, Dani. Muchas madres, por lo regular, no quieren que sus hijas crezcan. Tratan de prolongar más su infancia; así se sienten más importantes, más útiles, más jóvenes ellas mismas.

—Mi madre me quiere —exclamó Dani entre sollozos—. Mi madre me quiere.

—Por supuesto, Dani. Pero el amor solo no le impide a una madre cometer errores de vez en cuando.

La muchacha, con los ojos todavía bañados en lágrimas, alzó el rostro hacia la doctora.

—Por... por favor, no deseo hablar más, señorita Jennings. ¿Puedo volver a mi cuarto?

Sally la observó un instante y seguidamente hizo un ademán de asentimiento.

—Por supuesto, Dani —dijo apretando un botón de su mesa, en demanda de una matrona—. Seguiremos hablando mañana.

A través de las paredes encristaladas de su despacho, observó el paso de Dani por el corredor. Suspiró, cansada. El día había sido largo. Había habido un pequeño progreso. Tal vez al día siguiente el progreso sería mayor.



El sonido de música del aparato televisor llegó por la puerta cerrada a su pequeño cuarto. Dani, inconscientemente, movió los pies al compás de la música. Unos minutos después cedió al influjo de la misma, abrió la puerta y salió al corredor. Allí la música se oía más fuerte y siguiendo su rastro se encontró en la amplia sala de recreo, en la que numerosas muchachas se apiñaban frente al aparato de televisión.

La música paró y el rostro liso y terso de Dick Clarck llenó la pequeña pantalla. Brotó del aparato su voz fluida y fácil:

—Aquí, señoras y caballeros, la Banda Americana. Para comenzar la sesión como es debido, nuestro primer disco será el incomparable y único Chubby Chekers cantando su inmortal *¡Bailemos otra vez el twist!* Dani se inmovilizó, extática, ante el aparato y vio cómo la cámara de televisión retrocedía para revelar la pista de baile completamente atestada. La mayoría de los chicos llevaban chaquetas de *sport*, y faldas y blusas ligeras las chicas. Hubo un momento de silencio mientras permanecían las parejas, expectantes, hasta que rompió a tocar la música del disco. Se oyó entonces la voz grave y un tanto ronca del famoso cantante:

*Volvamos a bailar el twist
igual que el año pasado.
Volvamos a bailar el twist
como el verano pasado.*

Algunas de las muchachas se emparejaron y comenzaron a bailar delante del televisor. Desde un extremo de la sala, una matrona vigilaba a las jóvenes y con los pies marcaba también el compás.

—¿No bailas el *twist*, Dani?

Dani se volvió. Era la muchacha que durante las comidas se sentaba a su lado. Asintió con un gesto.

—Sí, Sylvia.

La chica sonrió.

—Entonces vamos a mostrarles cómo se baila el *twist*.

Dani le devolvió la sonrisa.

—Encantada.

Las dos muchachas cogieron pronto el ritmo, en medio de posturas extrañas y rostros impávidos. Al retorcerse y contorsionarse, avanzando o retrocediendo el cuerpo, pero siempre en el mismo lugar, como si estuvieran pegadas al suelo, en ningún momento se miraron las caras. Cada una dirigía sus ojos a la altura de las rodillas de su oponente. Después de unos momentos de silencio, dedicados a aquilatar los respectivos méritos, comenzaron a hablar.

—Sabes un rato largo —dijo Sylvia.

—Aunque no tanto como tú.

—Me gusta bailar —dijo Sylvia—. Tengo el propósito de ser una profesional.

—Lo eres ya.

Sylvia sonrió, ufana. Tenía un año más que Dani y era un poco más alta. Tenía los cabellos castaños, casi rubios y ojos azules.

—Ensayemos unas cuantas variaciones.

—Para luego; es tarde.

—¡*Hully-Gully!* —anunció Sylvia.

Dani sonrió y la siguió en el paso.

—Ahora el *Madison*.

Sylvia se puso a girar sobre sí misma y Dani giró en torno a su compañera. Seguidamente cambiaron de posición y fue Sylvia la que giró en torno a Dani.

Sylvia se echó a reír, ruidosamente.

—Ahora vamos a matarlas con el *Watusi*.

Acopló prontamente sus posturas de baile cavernario a la cadencia cada vez más exaltada de la música. Dani siguió sus pasos, mientras el ritmo de jungla iba *in crescendo* hasta terminar en un seco estallido y con él el último aullido del cantante.

Las dos muchachas se inmovilizaron al fin, jadeantes, mirándose una a otra.

—¡Fenómeno! ¿Verdad? —dijo Sylvia.

—¡Bomba! —respondió Dani.

Volvió a sonar la música. Sylvia miró a Dani.

—¿Le damos otra vez?

Dani denegó con un movimiento de cabeza.

—He perdido el aliento. Son los cigarrillos, sin duda. Esta vez estaré de mirona.

Sylvia sonrió.

—Me quedan diez centavos para una coca. La partiré contigo.

—Gracias.

Dani habría podido comprar una para ella sola, pero pensó que no hubiera sido cortés. Ella la convidaría la siguiente vez.

Sylvia se encaminó a donde se hallaba la máquina expendedora de coca-colas y tomó una. En una mesa cercana había pajillas. Cogió dos y las introdujo en la botella. Volvió a donde se encontraba Dani y le dijo:

—Sentémonos ahí.

Se sentaron en donde podían ver la pantalla de televisión y aspiraron por medio de sus pajitas correspondientes el líquido de la botella. Apareció en el televisor un anuncio, y lo vieron con un interés tal vez mayor del que prestaban al programa.

—Este anuncio de la goma de mascar es el final.

Dick Clark volvió a asomar a la pantalla y con él la música. Sylvia se volvió hacia Dani y le preguntó:

—¿Viste hoy a la lavandera de cerebros?

Dani hizo un ademán afirmativo.

—¿Quién fue esta vez? ¿Jennings?

—No es de las peores. Puedes fiarte de ella. No así del viejo mandamás, el jefe de

todas ellas. Ese sí que es cosa mala. Una especie de Frankenstein, con ojos de pescado.

—No le conozco —dijo Dani.

Miraron durante unos minutos a los que bailaban en la pantalla. La cámara de televisión se centró en una de las parejas. El muchacho era alto y guapo, con el pelo ondulado y engomado. La muchacha llevaba camisa y unas faldas holgadas. Percibieron que la cámara los enfocaba y adoptaron la expresión de circunstancias.

—Ese chico está como un tren. Me recuerda a mi novio.

—Se parece algo a Fabián —dijo Dani.

—Mi novio se parece mucho a Fabián —dijo Sylvia muy ufana—. Fue una de las razones porque me enamoré de él como una chiva. Creo que como Fabián no hay ninguno.

—A mí me gustan más Rickie y Frankie Avalon. Esos dan sopas con honda a Fabián.

—También Elvis. Pero yo no hablo de sus voces. Yo me refiero al tipo y Fabián es el no va más. Ese mira con ojos aterciopelados y ya me estoy subiendo por las paredes. —Miró a Dani—. ¿Tienes novio?

—No.

—¿Tuviste uno?

Dani denegó con la cabeza.

—No, de veras. No un novio de verdad.

—Pero ¿no era ese tu novio? El que...

Dani volvió a denegar.

—Creía que lo era —dijo Sylvia—. ¿Sabes por qué? Porque te pusieron aquí, con nosotras. A las virgos las ponen en otro *cottage*. Entonces ¿quieres decir que era otro?

—No quiero hablar de eso.

Sylvia se retrepó en su silla.

—No sabes lo que echo de menos a mi cielín.

—¿En dónde está?

Sylvia señaló con el pulgar a una de las ventanas.

Al otro lado, en el *Cottage* de los muchachos.

—¿Qué hace allí?

—Nos trincaron a los dos —dijo Sylvia—. Richie cogió un coche que no era suyo para dar un garbeo conmigo. Fuimos al Golden Gate Park, arriba de todo. Los polillas nos agarraron allí.

—No comprendo. ¿Por qué habían de prenderte a ti?

Sylvia se echó a reír.

—Vamos, no seas panoli. Ya te dije que Richie trincó un coche que no le pertenecía. Aparte de eso eran las dos de la mañana y estábamos los dos en el asiento de atrás, y no estábamos descifrando crucigramas, puedes creerme. —Terminó de aspirar la última gota de coca-cola—. ¡Qué escena de ensueño! Habíamos descapotado el coche, bañados en claro de luna, mecidos por la música de la radio del

coche. Estábamos entrando en órbita, cuando aparecieron esos apestosos polillas. ¡La que se armó!

—Voy a buscar otra coca —dijo Dani. Cuando volvió con ella, Sylvia estaba abstraída viendo a un joven cantante que hacía su debut en la televisión.

—En realidad no canta —dijo Sylvia—. Solo mueve los labios acoplándolos a la voz del que ha impresionado el disco.

—¿Cómo lo sabes?

—No ves la orquesta, ¿verdad que no? Aparte de que se nota un gran eco en su voz. Ese eco lo obtienen en el estudio en donde registran la voz. —Estudió el primer plano del cantante unos instantes—. Es una monada el chico, pero tiene que correr mucho para parecerse a Fabián. ¿Tuviste correspondencia hoy?

Dani hizo un gesto de denegación.

—No. Tampoco esperaba carta.

—Las otras sí reciben cartas. Yo esperaba una de Richie, pero no he recibido nada. Me prometió que escribiría todos los días. —Vibró, inquieta, su voz.

—Tal vez hayan interceptado sus cartas, ¿crees tú?

—No lo creo.

—Si no recibo carta mañana, me moriré de angustia.

—No te preocupes. Ya sabrás pronto de él —le dijo Dani para consolarla.

Las dos muchachas, silenciosamente, compartieron su coca-cola.

Me fui al muelle antes de las prisas de la cena. Los vendedores ambulantes se atareaban disponiendo sus artículos en puestos y carritos, colocando artísticamente los cangrejos abiertos sobre el hielo desmenuzado, adornando los bordes de sus carritos con alegres tazas de cristal llenas de langostinos recién cocidos. Había montones de panes y panecillos recién salidos del horno, y todo el ámbito estaba saturado por las emanaciones penetrantes del Mercado del Pescado.

Pasé por delante de Tarantino hacia el Museo Marítimo. Los barcos pesqueros estaban amarrados para la noche, mecidos blandamente por las olas y, a lo largo del muelle, se veían puestos y más puestos de artículos comestibles. Uno de ellos, casi en la mitad de la manzana, estaba cubierto de tela embreada. En ella se veía estampado el nombre de RICCIO.

Me detuve. Un hombre que estaba muy atareado, en el puesto de al lado, triando cangrejos, exclamó al ver mi indecisión:

—Han cerrado hoy.

—¿Sabe usted dónde están?

Terminó de disponer sus cangrejos y vino hacia mí.

—¿Es usted un periodista?

Asentí.

—Están en las Pompas Fúnebres. Mañana es el funeral. ¿Vino a entrevistar a la familia?

—En cierto modo, sí.

—El chico era una cosa mala —dijo—. Ya de niño era un vago de marca y no se acercaba al puesto ni por casualidad. No quería ensuciarse las manos de pescado como sus demás hermanos. Los miraba por encima del hombro. ¡Las veces que le dije a su padre que acabaría mal!

—¿En qué pompas fúnebres están? —le pregunté.

—Mascagni.

—¿Dónde está?

—¿Sabe usted dónde está Bimbo? —preguntó.

Le hice un ademán afirmativo.

—En la calle donde está Bimbo, una manzana más allá y en la acera de enfrente.

—Gracias.

Volví a donde había estacionado mi coche, tomé este y me dirigí al lugar que me había indicado el pescadero. Aparqué el coche en Jackson, cerca del establecimiento de Pompas Fúnebres. Estaba instalado en un edificio de piedra blanca, con fachada de mármol. Abrí la puerta y entré.

Permanecí unos instantes en el vestíbulo, débil y suavemente iluminado, para

reajustar mi vista al casi lóbrego ambiente y a continuación lancé una mirada hacia la pared en donde una placa bajo cristal anunciaba los nombres de las entidades alojadas en el edificio. Acudió a mi lado un hombre vestido de oscuro.

—¿Puedo ayudarle, señor? —me dijo en voz baja.

—¿Riccio?

—Por aquí, señor.

Le seguí hasta el ascensor. Apretó un botón y se abrió la puerta.

—No sé si la familia está todavía ahí. Tal vez se hayan ido a cenar, pero de todos modos puede firmar en el libro que está a la puerta. Habitación A.

—Gracias.

Se cerró la puerta. Cuando volvió a abrirse salí del ascensor. La habitación A estaba al otro extremo del corredor.

Miré por la puerta abierta. A un extremo de la habitación, a través de un arco de medio punto, podía verse el féretro bajo una manta de flores. La espesa alfombra que cubría el suelo apagaba el ruido de mis pisadas. Me detuve junto al féretro y contemplé la figura del hombre muerto. ¡El hombre muerto a manos de mi hija! A primera vista parecía dormido. El de la funeraria había hecho un trabajo excelente.

Había sido un hombre bien parecido, de bellas facciones, con espesos cabellos negros y una frente lisa y despejada. Tenía una nariz recta y fuerte y su boca, aún ahora, era ligeramente sensual. Sus pestañas eran largas y sedosas, como las de una muchacha. Me invadió un sentimiento de piedad. El hombre no representaba más de treinta años.

Oí detrás de mí un suspiro, casi un gemido. Me volví, asustado.

Un viejecito se hallaba sentado en un rincón de la salita, a uno de los lados del arco, en una silla de recto respaldo. No había reparado en él al entrar, a pesar de que pasé rozándole. Posó en mí sus ojos negros, brillantes bajo la luz del candelabro.

—Soy el padre —me dijo—. ¿Conocía usted a mi hijo?

Moví la cabeza con un movimiento de denegación.

—Le acompaño en el sentimiento, señor Riccio.

—*Grazie*, —dijo, pesadamente, mientras sus ojos cansinos escrutaban mi rostro—. Mi Tony no era tan malo como dicen por ahí —exclamó—. Lo que sucedía era que el muchacho tenía muchas ambiciones.

—Le creo, señor Riccio. La gente nunca es tan mala como la pinta la gente.

Del otro lado del arco llegaron unas voces.

—Papá, ¿con quién estás hablando ahí?

Me volví para ver a una mujer y a un hombre bajo el arco. El hombre se asemejaba mucho al que estaba en el féretro, aunque sus facciones eran ligeramente más rudas. La mujer estaba vestida de negro, ese negro integral que suelen llevar las italianas cuando están de luto. Un pañuelo de encaje cubría sus cabellos y en su rostro, de gran belleza, se leía un gran cansancio y una triste resignación.

—Este es otro de mis hijos, Steve —dijo el anciano—. Y la *fidanzata* de Tony,

Anna Stradella.

El joven fijó en mí una mirada de airada protesta.

—Papá —exclamó duramente—. ¿Sabes quién es este hombre?

El anciano hizo un gesto de denegación.

—¡Es el padre de la chica! No puedes hablar con él. Ya sabes lo que dijo el abogado.

El anciano me miró a los ojos. Se volvió a su hijo:

—¿Qué me importa lo que diga el abogado? Estuve observando a este señor mientras estaba ahí mirando a nuestro *caro* difunto. Y he podido ver en sus ojos un dolor como el mío.

—Pero, papá —protestó el joven—, el abogado nos dijo que no habláramos con él si queríamos procesar a la familia. Nos perjudicaría.

El señor Riccio levantó una mano.

—¡Basta! —dijo firmemente con cierto acento de dignidad—. Que los abogados peleen entre ellos más tarde. Por ahora los dos somos iguales. Dos padres con hijos que nos han traído dolor y vergüenza.

Se volvió hacia mí.

—Siéntese, señor Carey. Perdóneme a mi hijo. Es todavía muy joven.

—Gracias, señor Riccio.

El joven, indignado, nos volvió la espalda y salió del recinto. La joven se quedó y se puso a mirarnos. Yo cogí dos sillas adosadas a la pared y coloqué una junto a la joven para que se sentara. Vaciló unos instantes y finalmente se sentó. Yo me senté en la otra.

—Mi más sincera condolencia, señorita Stradella.

Hizo un signo de asentimiento sin desplegar los labios; en la palidez de su rostro llameaban sus ojos oscuros.

—¿Su hijita? —preguntó el señor Riccio—. ¿Cómo está?

No supe qué decir. Me parecía muy duro decirle que estaba muy bien, con su hijo de cuerpo presente a unos pocos pasos de nosotros.

Debió de intuir mi desconcierto, pues dijo blandamente:

—¡Pobre niña! Porque en realidad no es más que eso, ¡una niña!

—Tornó a mirarme fijamente a los ojos. —¿Por qué vino usted, señor Carey?

—Para saber acerca de su hijo. —Vi que abría sus ojos, asombrado—. No, ciertamente, para manchar su memoria —me apresuré a agregar—, sino para averiguar algo acerca de mi hija.

—No tema, señor Carey, no hiere en modo alguno mis sentimientos. Encuentro muy justo y natural que quiera ayudar a su hija.

—Muchas gracias por su comprensión, señor Riccio.

—Dígame, ¿qué quiere usted saber?

—¿Tenía su hijo algún amigo íntimo? ¿O amigos, en general?

Se encogió de hombros.

—¿Amigos? —exclamó—. No. No tenía amigos. Anna, con quien debía casarse, habría podido ser su amiga. Sus hermanos, Steve y John, habrían podido ser sus amigos. Pero no, no quería tener amistad con ninguno de ellos. Eran todos muy poca cosa para él. Quería llegar a ser un hombre de la buena sociedad.

El anciano sonrió, amargo. El recuerdo veló sus ojos.

—Cuando Tony era un chiquillo que cabía en un capazo, me dijo una vez: «Papaíto, mira allá arriba. A la cima del monte Nob. Allí viviré un día. Hasta aquella altura no llega el asqueroso olor a pescado.» Yo me eché a reír. «Tony —le dije—. Ve a estudiar tus lecciones. Y en tus ratos libres practica el béisbol, como Dios manda. Tal vez algún día llegarás a ser otro Di Maggio, y entonces tu padre podrá tener un gran restaurante en el muelle. Y no sueñes más.» Pero Tony no dejaba jamás de soñar. Cuando terminó sus estudios, no quiso tomar el camino de los hermanos Di Maggio. No le interesaba la pelota. Quería ser un artista. Se dejó la barba y se puso a frecuentar los cafés de los bohemios. Todas las noches se acostaba muy tarde y dormía toda la mañana. No quería ir a pescar con sus hermanos. Sus manos eran muy delicadas. A los veinte años halló un empleo con un tratante en cuadros. Una mujer gorda. Y un año después se colocaba en una gran empresa que también se dedicaba a cosas de arte. Cerca de Gumps. Un magnífico empleo.

»Un día vino a mi puesto acompañado de una mujer muy linda. Es “la mujer de mi jefe”, me dijo. Comieron langostinos y cangrejos y rieron como chiquillos. Luego se fueron. Un tiempo después leí en los diarios que el jefe de mi hijo y su mujer se divorciaban. Temí por el empleo de Tony, pero unos días después se presentaba con un coche nuevo flamante. De los caros. No una marca americana. Extranjera.

»—Papá —me dijo—. Ahora trabajo para la mujer de mi jefe. Es una mujer de postín. Con espuelas de dinero. ¿Y sabes en dónde vivo?

»—No —le dije—. ¿En dónde vives, Tony?

»Señaló con el dedo la cumbre del monte. “Allí arriba, papá —me dijo—. En lo alto de Nob Hill, donde yo te dije. ¿Y sabes, papá? Hasta allí arriba no llega el asqueroso olor de pescado.” Estuve unos momentos más sentado junto al anciano. Finalmente me levanté y le dije:

—Ha sido usted muy amable y condescendiente, señor Riccio, hablando conmigo en un momento como este. Y perdóneme que le haya molestado.

El anciano me miró y asintió con un movimiento de cabeza, pero sus pensamientos estaban ya muy lejos de mí. Volvió a mirar hacia el ataúd y sus labios se movieron, silenciosos.

Fijé mis ojos en la joven.

—Señorita Stradella.

Miró hacia el anciano, pero este seguía abstraído contemplando el rostro de su hijo. La expresión de sus ojos se animó súbitamente y me susurró:

—Espéreme fuera.

Escurté unos segundos su rostro, hice un ademán afirmativo y eché a andar hacia

la salida. En la habitación primera me crucé con el hijo menor del señor Riccio. Me lanzó una mirada llena de ira y se encaminó al arco que separaba las dos piezas. No esperé el ascensor y bajé por la escalera hasta la calle.

Estuve unos minutos junto a mi coche, esperándola. Salió por fin a la calle y vi que estaba buscándome.

—Señorita Stradella —la llamé.

Vino apresuradamente hacia el coche. Al llegar a donde yo estaba se volvió para mirar en dirección a la funeraria.

—Es preferible que me meta en el coche. Steve y su padre saldrán de un momento a otro. No quiero que me vean hablando con usted.

Abrí la portezuela y subió prontamente al coche. La cerré y fui a ocupar el otro asiento. Puse en marcha el motor.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio —exclamó, nerviosa—, con tal de que esté lejos de aquí.

Eché por medio del tráfico y me alejé del embarcadero. Recorrimos cerca de media milla antes de que hablara de nuevo. Su voz era dura y tensa.

—¿Busca usted las cartas?

Le lancé una mirada de sorpresa. Jamás pensé que todo fuera tan fácil.

—¿Las tiene?

No contestó.

—El chantaje es un delito que se castiga muy severamente —le dije—. Se expone a pasar en la cárcel más años de los que le quedan de vida.

—Yo no las tengo, señor Carey. Pero sé quién las tiene. —De pronto las lágrimas se agolparon en sus ojos—. ¡Maldito Tony! ¡Por mí puede ir su negra alma al infierno! —juró, airada—. ¡Jamás debí haberle escuchado! No sé por qué no quemé esas malditas cartas cuando me las entregó.

Detuve el coche junto a la acera y paré el motor.

—¿Quién las tiene?

Se enjugó las lágrimas con un pañuelo. No me miró.

—Mi hermano.

—¿En dónde está? Quiero hablar con él.

Habló sin mirarme, como avergonzada.

—No lo sé. Se las di el viernes por la noche. No lo he visto desde entonces.

—¿Usted se las dio?

—Sí. Las obtuvo porque me engañó. Fue a mi piso a las diez y media y me dijo que Tony le había pedido que recogiera las cartas. Yo le creí y se las di. Me alegré de deshacerme de ellas. Entonces, a las once oí las noticias por la televisión y supe lo que se proponía hacer con ellas.

—¿Cómo lo supo?

Me miró fijamente.

—Lorenzo es lo mismo que Tony. No piensa más que en el dinero y no le importa

cómo conseguirlo. Estaba en mi piso cuando Tony me entregó las cartas. Oyó lo que Tony decía acerca de ellas. Quise quemarlas, pero Tony no me dejó hacerlo. Estas cartas, me dijo, son como una póliza de seguro. Dijo también que cuando llegara el día en que pudiera librarse de la mujer, estas cartas serían la garantía de que tendríamos bastante dinero para vivir ricamente el resto de nuestros días.

»Tony tenía el talento de convencerme y de obligarme a hacer siempre su santa voluntad. En eso nadie le ganaba. Siempre estaba pensando en hacer cosas grandes. El día de mañana. Era su eterna canción. Cuando se puso a trabajar para su esposa, dijo que era solo cuestión de tiempo. No podía aguantarla, me decía. Solo el tocarla le daba asco, pero ella estaba por él y cuando llegara el momento, todo su dinero sería para nosotros. El dinero, siempre el dinero. Venía a mi casa para huir de ella.

—¿Leyó usted las cartas?

Denegó con un ademán.

—No. Me las entregó metidas en un sobre amarillo. Estaba lacrado.

—¿Le dijo alguna vez algo acerca de mi hija?

—No. Espere un momento. Sí, sí me habló. Una vez, hace cerca de un año. Me dijo que la chica se estaba desarrollando muy de prisa y que si la madre se descuidaba pronto habría una verdadera belleza en la familia. Y esto no le gustaba a la buena señora.

—¿No dijo nada más?

—No. Nada más.

—¿Alguien, fuera de usted y de su hermano, conoce la existencia de esas cartas? ¿Los otros hermanos de Tony?

—Tony y sus hermanos andaban siempre a la greña, como perros y gatos. Ellos decían que Tony era un granuja y Tony de ellos que eran unos panolis, unos pasmarotes... Ni se dignaba hablarles.

Cogí un cigarrillo y lo encendí.

—¿Le llamó a usted Renzo? —me preguntó.

—No. Mandó una carta a mi exsuegra. Decía en ella que había leído las cartas y que si las quería tendría que soltar la pasta en grande. —Le miré fijamente—. ¿En dónde vive su hermano? Tal vez lo encontrásemos en su casa.

Se echó a reír.

—¿Cree usted que no lo hice ya? Fui allá en su busca. Su casera me dijo que se había mudado del cuarto el viernes por la noche. No sabe adónde fue.

—¿No tiene novia o una amiguita cualquiera?

Denegó con un ademán.

—Es muy aficionado a correrla, pero no conozco a ninguna de sus chicas. Cuando mamá murió, hace dos años, Renzo se fue de casa. Solo le veo cuando necesita dinero.

—¿Vive usted sola? —le pregunté.

Asintió con un gesto. Comenzó a llorar.

—Siempre pensé que un día Tony volvería con nosotros.

Tony había vuelto, ciertamente, al seno de los suyos, pero no como ella lo había imaginado.

—Lo lamento, señorita Stradella.

—No lo lamente. No lloro a causa de Tony. Eso terminó ya hace mucho tiempo. Lo había arrancado de mi corazón, aunque su padre no quiso creerlo. Ahora tal vez Steve manifieste su verdadero sentir. Jamás se habría atrevido a hacerlo en vida de Tony.

Recordé la figura del joven animoso que hallé en la funeraria. Pude observar que algo existía entre ellos por el modo protector con que le había asido el brazo.

—Estoy seguro de que sí lo hará.

Volvió a enjugar sus lágrimas.

—¿Qué va a hacer con respecto a Renzo?

—Nada —le dije— si puedo localizarlo y conseguir las cartas antes del jueves.

—¿Y si no las consigue?

Di a mi voz un tono de máxima dureza.

—El jueves la señora Hayden llegará a un acuerdo con él. Cuando se encuentren para llevar a cabo la operación, yo estaré allí con la policía.

Estuvo unos instantes callada, pensando.

—¿En dónde podré verle mañana por la tarde?

—Estaré andando de un sitio a otro. Será mejor que yo la llame.

—Está bien. —Sacó de su bolso un cuaderno de apuntes, y garabateó un número de teléfono. Arrancó la hojita y me la entregó—. Este es el número de mi teléfono. Llámeme aquí a las cuatro de la tarde. Veré si le encuentro a Renzo.

—¿Qué opinas, Sally? —preguntó Marian Spicer dejando encima de la mesa, entre ellas, los dos recipientes llenos de café—. ¿Sufre en realidad alguna perturbación la chica?

La psicoanalista abrió su recipiente y bebió un sorbo de café. Seguidamente dijo:

—Desde luego sufre una perturbación; de lo contrario no estaría aquí. Lo que no puedo decirte exactamente es el grado de perturbación y en qué consiste. Si me preguntas si su trastorno mental es violento, o tiene tendencias a la paranoia, mi respuesta es que no lo creo. Por lo menos, hasta ahora, no he descubierto síntoma alguno. Desde luego, siempre queda la posibilidad de que se manifiesten más tarde.

—¿Sigue negándose a hablar?

—Habla, pero poco. No obstante, algo he averiguado.

Marian le lanzó una mirada interrogante.

—No es mucho. Pero por lo menos es un punto de partida. Dani siente, vehemente, la necesidad de poseer la seguridad absoluta de que su madre la quiere. La sola duda de que no sea así entenebrece su espíritu.

—Eso parece indicar un sentido de culpabilidad con respecto a su madre.

La psicoanalista sonrió.

—Vamos, Marian. Sabes muy bien que en estas cuestiones no se puede generalizar. Un tanto de culpabilidad hacia los padres es inevitable en el ser humano.

—Me refiero a la culpabilidad por un acto específico.

—Lo que en realidad quieres decir es que Dani se siente culpable por haberle arrebatado el amante a su madre.

—Sí. Sexualmente y luego físicamente, matándolo.

Sally encendió un cigarrillo y tomó otro sorbo de café.

—En parte tienes razón, desde luego. Pero eso es reciente y no necesariamente concluyente. Lo que estamos buscando es algo básico, muy escondido en el subconsciente de Dani, que ella se opone a revelar. Si pudiéramos ponerlo al descubierto, sabríamos entonces a qué atenernos y por dónde encaminar nuestros pasos.

—El juez Murphy me autorizó a obtener una transcripción de los trámites de divorcio de sus padres.

—¡Oh! —Sally enarcó las cejas—. ¿Qué sacaste en limpio?

—Poca cosa. Ya sabes cómo marchan esas cosas. Todo está planeado y arreglado de antemano cuando llega el asunto hasta el tribunal. Pero hallé algo significativo. Al final de la vista, la madre de Dani trató de desposeer al coronel Carey del derecho de visitar a su hija.

—Eso, en cierto modo, es normal. Cada uno de los padres siente celos del otro.

—Pero la razón que dio fue piramidal. Declaró que el coronel Carey no era en realidad el padre de Dani.

Sally permaneció unos instantes pensativa.

—¿Qué es lo que piensas, Sally?

—Nada acerca de esa declaración. No me sorprende. Nada me sorprende ya a propósito de los cónyuges que se divorcian. Lo que me pregunto es si Dani lo sabe o no.

—¿Crees que lo sabe?

—La gente menuda es curiosa y suele enterarse de los secretos mejor guardados. Si Dani lo sabe, entonces cabe la posibilidad de que hayamos seguido una pista completamente falsa.

Sally miró a la inspectora tutelar.

—Si nos revela algo en este sentido, tal vez podría dar con la solución más satisfactoria.

—¿Y si persiste en su mutismo?

—Tú conoces, tan bien como yo, la respuesta, Marian. Tendría que mandarla a Perkins para que la tuviesen allí en observación durante noventa días.

Marian no contestó.

—No me queda otro remedio. No podemos correr un riesgo inútil. Tenemos que tener la seguridad de que la chica no sufre perturbación de clase alguna, ni siquiera un asomo de paranoia, antes de permitirle que reanude una vida normal.

Marian captó un matiz de frustración en la voz de la doctora.

—Es posible que no te veas obligada a hacer eso. Tal vez esta misma tarde rompa a hablar.

—Así lo espero —dijo Sally con vehemencia—. ¿Cuándo vas a ver a la madre de Dani?

—Esta tarde. La jornada se me presenta muy activa.

Aquella tarde Marian siguió al mayordomo a través de un amplio vestíbulo, dejó atrás una magnífica escalera circular de mármol y después de recorrer un largo y ancho pasillo se halló en la otra ala del edificio. Era una espléndida casa —pensó la inspectora— que no se parecía en nada a los lugares que solía frecuentar en el transcurso de sus investigaciones. Todo lo que hallaba a su paso reflejaba el depurado sentido artístico de su dueña.

Al final del pasillo el mayordomo abrió una puerta.

—Tenga la bondad de entrar, señora. La señorita Hayden la está esperando.

El estudio era muy amplio y soleado; la pared orientada al norte era toda de cristal. A través de ella Marian podía ver la rada, el puente colgante que la cruzaba y más allá Oakland.

Nora estaba trabajando frente al ventanal. En su mano un soplete despedía llamas. Su rostro estaba cubierto por una máscara protectora y unas gafas. Llevaba un mono azul lleno de manchas y espesos guantes. Lanzó una rápida mirada a la inspectora.

—Termino en seguida —dijo, su voz ahogada por la máscara.

Marian asintió con un ademán y se puso a observarla. Trabajaba sirviéndose de estrechas tiras de metal, que soldaba rápidamente uniéndolas a un armazón de metal previamente montado. El contorno estaba todavía impreciso y Marian no supo, a primera vista, discernir el significado de la obra. Se volvió para examinar el estudio.

Se veían varias esculturas y estatuas desparramadas sobre sendas mesas, todas en distintas fases de realización. Madera, piedra, metal, alambre. Toda materia propicia a ser modelada por la mano humana. En una de las paredes se veían, debidamente enmarcados, dibujos y fotografías. Marian se acercó para verlos.

Había un gran boceto al carbón, el dibujo original de la estatua *El hombre moribundo*, que se hallaba actualmente en el Museo Guggenheim de Nueva York. Junto a él podía verse una fotografía de *Mujer en la Red*, que le había valido a Nora el Premio Eliofoheim. Más arriba en la pared se extendía una fotografía mural gigante del bajorrelieve en piedra *Paz en un Mundo de Mujer*, encargado por la ONU. Había además otros bocetos y fotografías de otras obras, pero, fuera de las mencionadas, Marian ignoraba sus nombres.

Oyó el sonido metálico y se volvió. Nora apagaba la llama del soplete de arco. Se desvaneció en medio de un relampagueo azul. Dejó sobre una mesa el soplete. Se quitó la máscara del rostro y descalzó sus guantes.

—Siento haberla hecho esperar, señorita Spicer. Pero hay tareas que no pueden interrumpirse en un instante.

Marian no contestó. Esperó la pregunta siguiente. ¿Cómo está Dani? Pero no vino.

En vez de ello se arregló los cabellos y al hacerlo tiznó su frente.

—Estoy muy atrasada en mi trabajo. Este malhadado asunto ha desbaratado por completo mi plan de trabajo.

—Trataré de no detenerla mucho tiempo —dijo Marian.

Nora la miró y la inspectora se preguntó si había intuido el leve sarcasmo con que había matizado sus palabras.

—Tomaremos el té mientras charlamos. —Apretó un botón que había en la pared, junto a su mesa de trabajo.

Casi inmediatamente apareció el mayordomo en el cuadro de la puerta.

—¿Si, señora?

—Sírvanos el té aquí, Charles.

Hizo un ademán de asentimiento y cerró la puerta. Nora se encaminó a un rincón del estudio en el que un diván y varias sillas alrededor de una mesa baja convidaban a la conversación.

—Por favor, siéntese.

Marian se sentó frente a ella.

—Supongo que querrá usted que le hable de Dani.

Marian asintió.

—Realmente no sé qué decir. —Nora cogió un cigarrillo de una caja que estaba encima de la mesa—. Dani, en verdad, es una chica normal como otras muchas.

Marian no pudo discernir si Nora decía esto como elogio o como reproche. Le pareció, sin embargo, intuir en sus palabras una velada nota de desdén.

—La normalidad es circunstancial y varía según los temperamentos —dijo—. Ya hemos hallado gracias a nuestros exámenes psicométricos que Dani es una muchacha altamente inteligente y perceptiva.

Nora le lanzó una rápida mirada.

—Sí, ¿verdad? Me alegro de saberlo.

—Parece que eso le sorprende.

—En cierto modo, sí —reconoció Nora—. Pero me imagino que a la mayoría de los padres les ocurre lo mismo: no tienen una idea justa de la capacidad de sus hijos.

Marian no contestó. Los padres que se interesaban por sus hijos sí tenían una idea de su capacidad.

—Hábleme del comportamiento general de Dani en su casa. Ya me he formado una idea bastante exacta de su proceder en el colegio.

Nora miró a la inspectora con curiosidad.

—¿Fue esta mañana al colegio de la señorita Randolph?

Marian hizo un ademán afirmativo.

—He podido darme cuenta de que allí la estimaban mucho. Tanto las maestras como sus condiscípulas la consideraban una muchacha en extremo simpática y gentil.

Calló el hecho de que todas estuvieron acordes en declarar que les parecía extraño que Dani jamás mostrara interés en las usuales actividades de las colegialas. Según la opinión unánime, era una solitaria. Prefería la compañía de personas adultas que la de las camaradas de su misma edad, aunque en las reuniones y bailes se mostraba muy sociable y buena compañera.

—Me satisface oír eso —dijo Nora.

Vino el mayordomo y mientras servía el té permanecieron silenciosas. Cuando Charles se inclinó y abandonó el estudio, Nora fijó su mirada inquisitiva en Marian, y dijo:

—¿Qué quiere saber?

—Todo cuanto pueda decirme. Mientras más sepamos acerca de Dani mejor estaremos pertrechados para poder ayudarla.

Nora asintió.

—Dani llevaba en casa una vida ordinaria. Hasta hace unos pocos años tuvo un aya, una institutriz que estuvo con ella desde muy niña. Pero un día Dani decidió que era ya demasiado mayor para tener un aya y la despedí.

—¿Dice usted que fue Dani quien tomó esa decisión? —preguntó Marian.

—Sí. No se consideraba ya una niña.

—¿Quién cuidó de ella desde entonces?

—Dani fue siempre muy independiente. Violet, mi doncella, cuidó también de sus

cosas. Aparte de esto, Dani no parecía necesitar un cuidado especial de su persona.

—¿Acostumbraba a salir mucho? —preguntó Marian—. Quiero decir, con muchachos y muchachas de su edad.

Nora recapacitó unos instantes.

—Que yo recuerde, no. Tenga en cuenta que siempre he estado muy ocupada con mi trabajo. No seguí los pasos de Dani en su vida social. Recordaba lo mucho que me sulfuraba de niña cuando mi madre me preguntaba una y otra vez en dónde había estado. No quise que Dani pasara por lo mismo. Una vez, no hace muchos meses, vino de una fiesta y le pregunté cómo había ido todo. Me contestó que muy bien, y cuando le pregunté qué había hecho, me dijo que lo de siempre. Habían bailado y jugado. Entonces me miró de una manera extraña y me dijo con cierto enfado. «Ya sabes qué clase de juegos, mamá, juegos tontos de niños ¡tan aburridos y pueriles!» Comprendí lo que quería decir. Era lo mismo que yo sentía cuando tenía su edad.

—¿Cómo se llevaba con el señor Riccio? —preguntó Marian.

Nora le lanzó una mirada inquisitiva.

—Magníficamente —se apresuró a decir. Muy apresuradamente, pensó Marian. En su voz percibió una inflexión evasiva—. Sentía mucho afecto por Rick. Y es que, por lo general, estimaba más a mis amigos que a los suyos.

—¿Se refiere a amigos varones?

Nora vaciló y a continuación hizo un ademán afirmativo.

—En efecto. Tengo muy pocas amistades femeninas, a causa de mi trabajo.

—¿Cree usted que Dani sintiera por el señor Riccio un afecto particularmente profundo?

De nuevo un leve asomo de vacilación.

—Es posible. Dani era siempre más efusiva con los hombres que con las mujeres. Recuerdo el gran cariño que sintió por mi segundo marido. Cuando Rick vino a la casa es posible que este sentimiento lo transfiriera a él. Supongo que sería algo como la sublimación del instinto filial.

Marian hizo un gesto de asentimiento.

—Su padre ¿sabe usted? dejó de venir a verla cuando Dani tenía cerca de ocho años. Esto la trastornó mucho. Aunque muchas veces traté de explicarle por qué no venía.

—Hay algo que despierta vivamente mi curiosidad —dijo Marian—. ¿Cuál fue, exactamente, la razón que dio para dejar de visitar a su hija?

—En realidad, no lo sé. Por aquel entonces bebía mucho. Nos divorciamos precisamente a causa de sus excesos alcohólicos. Y en los años que siguieron, su intemperancia fue en aumento. Vivió en La Jolla en un barco que, entre borrachera y borrachera, alquilaba al público para excursiones pesqueras. Supongo que, dada la vida que llevaba, le era muy engorroso venir para ver a su hija.

—Ya veo —dijo Marian—. ¿Y qué le dijo usted a Dani?

—Que su padre estaba muy ocupado y que no podía dejar su trabajo para venir a

verla. ¿Qué otra cosa podía decirle?

—¿Jamás le habló de algún muchacho por el que particularmente se interesara?

Nora hizo un gesto de denegación.

—Que yo recuerde, no.

—¿Por algún hombre ya mayor?

Le pareció a Marian que Nora palidecía ligeramente.

—¿Qué quiere usted insinuar, señorita Spicer?

Marian la observó detenidamente.

—Estoy tratando de averiguar con quién pudo tener Dani relaciones sexuales.

La palidez de Nora era, ahora, intensa.

—¿Lo han comprobado...?

Marian asintió.

—¡Cielo santo! —Nora permaneció silenciosa durante unos momentos. Luego balbució—. ¿Acaso... está...?

—No. No está encinta.

Nora dejó escapar un suspiro de alivio. Sonrió, trabajosamente.

—En medio de todo es un consuelo.

Marian advirtió un asomo de lágrimas en las comisuras de sus ojos. Por vez primera comenzó a compadecer a la mujer que tenía enfrente.

—¿Cree usted que haya podido ser el señor Riccio? —preguntó.

—¡No! —exclamó tajante Nora. Luego titubeó—. Quiero decir... no sé lo que pensar. El hecho que usted consigna me desconcierta por completo.

—Sí. Es siempre desconcertante para una madre.

La voz de Nora había vuelto a adquirir un tono normal.

—Supongo que así es. Es siempre una sorpresa desconcertante descubrir que la hija que una tenía por niña se ha hecho de repente mujer.

He aquí un modo muy sereno de enjuiciar la cuestión, se dijo Marian. Ni lágrimas, ni condena, ni censura. La niña que se hace de repente mujer. Nada más ni nada menos.

—¿Solía hallarse con frecuencia a solas con el señor Riccio?

—Me imagino que sí. Al fin y al cabo vivía aquí.

—Pero ¿no tenía usted idea de lo que había entre ellos?

—No —dijo Nora, tajante—. Ni la más mínima idea—. Miró a Marian con cierta expresión de inquietud en sus ojos—. ¿Acaso... le dijo algo Dani?

Marian denegó con un movimiento de cabeza.

—Dani no quiere hablar. Es lo que hace muy difícil nuestra tarea. Dani se niega rotundamente a hablar.

La inspectora creyó percibir una disminución de la palidez de Nora.

—¿Un poco más de té, señorita Spicer? —preguntó Nora. El tono de su voz era ligeramente más cordial.

—No, gracias.

Nora volvió a llenar su taza.

—¿Qué cree usted que harán con Dani?

—Es aventurado decirlo —contestó Marian—. Depende del tribunal tutelar. En la actualidad lo más probable es que sea enviada al Centro de Recepción del Norte de California, en Perkins, para su observación. Los psiquiatras de aquí no han logrado obtener nada de ella, por lo que no pueden emitir dictamen alguno sobre su caso.

—¡Pero Dani no está loca!

—Por supuesto que no —se apresuró a decir Marian Spicer—. Pero mató a un hombre. Esto podría indicar paranoia—. Observó, atenta, la reacción de Nora.

—¡Eso es absurdo! ¡Dani está tan loca como yo!

Esto podría ser verdad, pensó Marian. Y a continuación se reprendió a sí misma por su falta de ecuanimidad. La escasa simpatía que sentía por la madre de Dani no debía influir en su juicio.

—Mandaré a doctores que yo misma elija —dijo de repente Nora.

—Tiene derecho a ello, señorita Hayden. Y podría ser útil. Tal vez un doctor de su elección podría granjearse con más facilidad su confianza.

Nora posó en la mesa su taza de té. Marian interpretó el gesto: la entrevista había terminado.

—¿Qué otra información desea de mí, señorita Spicer?

Marian denegó con un ademán.

—Esto es todo, señorita Hayden. —Se levantó del asiento y añadió:

—Hay otra cosa.

—Diga.

—Desearía ver la habitación de Dani.

Nora hizo un ademán de asentimiento.

—Haré que Charles se la muestre.

Marian siguió al mayordomo escalera arriba. Mientras ascendían por la hermosa escalera circular de mármol, Charles le preguntó:

—¿Cómo sigue la señorita Dani, señora?

—Está muy bien, Charles.

Llegaron al final de la escalera y cruzaron un amplio vestíbulo. Charles se detuvo ante una puerta.

—Esta es la habitación de la señorita Dani.

Abrió la puerta y Marian penetró en la pieza. Al ir a seguirla el mayordomo brotó de un interfono de pared la voz de Nora.

—Charles.

—Sí, señora.

—Dígale a Violet que muestre la habitación de Dani a la señorita Spicer. Le necesito a usted para un recado.

—Bajo al instante, señora. —El mayordomo se volvió hacia la puerta y en el mismo umbral de esta se cruzó con la doncella negra—. ¿Oyó lo que dijo la señora?

—Sí, señor —le contestó Violet.

Charles saludó con una leve inclinación del cuerpo y se dirigió a la escalera. La doncella entró en la habitación y cerró tras sí la puerta. Marian, en el centro de la pieza, la recorría con la vista.

Era una habitación espléndidamente alhajada. Adosada a la pared opuesta, sobre un estrado de poca altura se alzaba una cama de madera con dosel. En la pared de enfrente se veía un mueble que conjuntaba en una sola unidad, un aparato televisor, una radio y un tocadiscos. Marian pudo darse cuenta en seguida de que cualquiera de los tres aparatos podía funcionar a distancia, por medio de un dispositivo de control remoto instalado en la cabecera de la cama.

Las cortinas eran de quimón, de un amarillo brillante y el cubrecama del mismo material y tono. Cerca de la ventana había un escritorio y encima de él una máquina de escribir y varios libros. Había también una coqueta, una cómoda y varias sillas.

Marian se volvió hacia la doncella.

—¿No acostumbraba Dani a clavar en la pared fotografías de chicos, de artistas de cine, etcétera?

La doncella hizo un enérgico ademán de negación.

—No, señora. La señorita Dani era demasiado seria para esas chiquilladas.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Marian señalando a una doble puerta en la pared opuesta.

—Una es la del ropero. La otra es la de su cuarto de baño particular.

Marian abrió el ropero y observó su interior. Al abrirlo se encendió automáticamente una luz. Se veían colgados numerosos vestidos y abrigos. Abajo, sobre una plataforma giratoria, se veía una ringlera de zapatos. Cerró la puerta del ropero y oyó el chasquido, dentro del mismo, del interruptor automático que encendía y apagaba la luz.

—¿En dónde guardaba la señorita Dani sus efectos personales?

—Ahí en el tocador.

Marian abrió el cajón superior y examinó su interior. Todo en él se hallaba también cuidadosamente ordenado: pañuelos y medias en compartimientos separados. El mismo orden imperaba en los demás cajones: *brasières*, bragas, saltos de cama. Todo cuidadosamente doblado y agrupado por separado.

Marian fue al escritorio y abrió un cajón. Lápices, plumas, papel: todo en perfecta ordenación. Ni el menor asomo del desorden característico de las quinceañeras. No era ciertamente la habitación de una moderna adolescente. La inspectora miró a la doncella:

—¿Acostumbraba a tener siempre en orden su cuarto?

La doncella hizo un gesto afirmativo.

—Sí, señora. Es muy aseada y limpia. Siempre ha odiado el desorden.

—¿Qué guarda aquí? —preguntó Marian indicando la cómoda.

—Llamaba a esto su tesoro secreto. Lo tenía siempre cerrado con llave.

—¿Tiene usted la llave?

La doncella denegó con un gesto.

—¿La tendrá, tal vez, su madre?

—No, señora. La señorita Dani la tenía guardada.

—¿Sabe usted dónde la guardaba?

La doncella miró un instante a Marian y a continuación hizo un ademán afirmativo.

—Por favor, démela.

La doncella vaciló.

—A la señorita Dani no le agradará, de seguro.

Marian sonrió y dijo:

—Está bien. Pregúnteselo a su madre.

La doncella tuvo un momento de indecisión y finalmente se dirigió a la cabecera de la cama y de detrás de ella sacó una llave. La tendió a Marian.

Marian abrió el cajón superior. Todas aquellas fotografías que una chica de su edad habría fijado en las paredes estaban allí, revueltas. Marian las ojeó rápidamente. Había fotografías de su padre tomadas en años anteriores, cuando todavía llevaba uniforme. Y también de su madre, una de ellas en una cubierta del LIFE, en el año 1944. Había varias de ella misma, sola o con sus padres, en distintos lugares, algunas en el barco de su padre. En una de ellas pudo leer Marian, pintado en el casco blanco del barco, el nombre de este: *La pequeña Dani*.

El segundo cajón estaba lleno de recortes de periódicos, todos relativos a su madre. Dani los había ordenado de modo que formaban como una historia cronológica de la carrera de su madre.

El tercer cajón contenía exactamente lo que el segundo, salvo que esta vez los recortes se referían a la carrera militar de su padre. Marian los ojeó rápidamente y pensó en el tiempo que había invertido Dani para recoger todo aquel material. Muchos de los episodios relatados en aquellos recortes habían ocurrido años antes de que ella naciera.

El cajón de abajo parecía, a primera vista, lleno de chapucerías. Había muchos juguetes rotos, muñecas mutiladas, un oso grande de trapo, al que faltaba un ojo. Y una caja forrada de cuero verde. Marian la cogió y la abrió.

Contenía una fotografía 8 x 14 de un guapo y sonriente joven. En uno de sus ángulos, trazada con tinta china podía leerse la siguiente dedicatoria:

A mi nena, todo el cariño de Rick.

Cuando Marian cogió la fotografía para estudiarla, advirtió debajo de ella un pequeño canuto de metal. El letrero negro inscrito en él decía: *Lo más fino de América*.

No tenía que abrirlo para saber lo que contenía. Había visto un número más que suficiente de ellos. Parecía ser la marca favorita de las adolescentes. Podían adquirirse en un sinnúmero de lugares públicos, a través de todo el país, mediante la

inserción de una moneda de cincuenta centavos en una máquina automática.

Sally Jennings apartó los ojos de la mesa cuando entró Dani en el pequeño despacho.

—Siéntese, Dani. —Empujó hacia ella una cajetilla de cigarrillos—. Permítame unos pocos minutos. Tengo que terminar este informe.

Dani cogió un cigarrillo y lo encendió. Se sentó y se puso a observar la pluma de la psicoanalista deslizándose rápida por el papel listado de color amarillento. Después de unos segundos apartó la vista de la mano de la doctora y la dirigió a la ventana. Declinaba la tarde, y el sol, todavía brillante, coloreaba de naranja el occidente. De repente sintió ansias de estar fuera de aquellos muros.

Se preguntó, abstraída, en qué día estaba. Tenía la sensación de que había perdido la noción del tiempo. Lanzó una mirada al calendario colgado de la pared. Miércoles.

Había ingresado allí el sábado; era entonces este su quinto día de encierro. Se agitó, inquieta, en su silla. Le parecía una eternidad.

Miró hacia el cielo. ¡Cómo deseaba estar fuera, en la calle, confundida con la gente, en medio del tráfico más intenso, sintiendo bajo las suelas de sus zapatos el contacto duro del pavimento! ¡Cómo deseaba caminar por la calle, a esta hora de la tarde! Pero no podía. No podía salir de ninguno de estos cuartos. Las ventanas eran demasiado pequeñas y estaban en lo alto de la pared.

Volvió a mirar a la señorita Jennings. Seguía escribiendo, muy concentrada en su trabajo, el ceño fruncido. Dani se preguntó cuánto tiempo transcurriría antes de que la doctora terminase su trabajo. Volvió a mirar al cielo, a través de la ventana. Lo cruzaban ahora pequeñas nubes teñidas de color naranja. Recordó que había visto nubes como aquellas en Acapulco. Muy altas en el cielo sobre los cantiles, desde donde los muchachos se lanzaban al mar provistos de llameantes antorchas.



Recordó a uno de aquellos muchachos. Le había sonreído; en su rostro moreno relucían, blanquísimos, los dientes. Y ella le había devuelto la sonrisa. Esto desató la indignación de Rick.

—Deja ya de coquetear con tipos piojosos como ese —había dicho.

Le miró con aquellos ojos suyos abiertos de inocencia que tenían la virtud de exasperarlo más y más. Ella sabía muy bien que mirándolo así le recordaba a él a su madre.

—¿Por qué no? —preguntó—. Me parece un chico muy simpático.

—Tú no sabes cómo son esos chicos. No son como los que tú conoces. Te molestarían. No comprenden que eres todavía una niña.

Sonrió dulcemente.

—¿Por qué no, Rick?

Había observado la mirada que había lanzado a su bañador blanco. Rick enrojeció. Sabía ella muy bien por qué enrojecía. Le había sorprendido más de una vez mirándola de aquel modo.

—¿Por qué no, Rick?

—Porque aunque lo eres, no tienes aspecto de niña, he aquí por qué —había dicho, enfadado—. No parece que tengas trece años.

—¿Qué edad aparento, Rick?

Vio ella de nuevo su mirada. Era casi involuntariamente de su parte.

—Aparentas diecisiete, incluso dieciocho años.

Le sonrió y seguidamente se volvió para mirar al muchacho mejicano porque sabía que, haciéndolo, encolerizaba a Rick.

En este preciso momento apareció su madre.

—¡Qué mala suerte, Rick! Scaasi quiere que vaya esta noche a San Francisco para firmar esos contratos.

—¿Es absolutamente preciso?

—Indispensable.

—Entonces iré a hacer las maletas —dijo Rick poniéndose de pie.

—No; no es necesario que nos vayamos todos. Tú y Dani os quedáis aquí. Yo estaré de regreso mañana a mediodía.

—Iré al aeropuerto contigo.

Dani se puso de pie.

—También iré yo, mamá.

Cuando regresaron del aeropuerto, después de que hubo despegado el avión, pasaron por delante de una tienda de novedades y regalos en la que los turistas pueden hallar de todo, desde una tarjeta postal a un vestido completo de campesina mejicana. Dani se detuvo ante un escaparate que exhibía un surtido de faldas y blusas del país.

—¿Quieres una falda de esas? —preguntó Rick.

Entraron en el establecimiento y Rick le compró una blusa y una falda policromas. Se puso por la noche aquella vestimenta, y dejó suelta su cabellera. Esta se desparramó por sus hombros y espalda, a la moda mejicana.

Vio que sus ojos se abrían, absortos.

—¿Te gusto así? —le preguntó Dani.

—Estás muy sugestiva. Pero...

—Pero ¿qué?

—Tu madre. No sé lo que pensará al verte.

Dani se había echado a reír.

—No le gustará ni tanto así. Mi madre querría que fuese siempre una niña, pero no puede ser.

Salieron a cenar y el camarero le preguntó si quería un cóctel, como si fuera una persona mayor. Y más tarde cuando la orquesta comenzó a tocar le pidió a Rick que

la sacara a bailar.

Había sido un verdadero sueño. No como cuando bailaba con los chicos del colegio. Le encantaba el olor que despedía su persona, el agua de colonia, el leve aroma de whisky en su aliento. Se apegó a él. La arrebatava la sensación de fuerza de los brazos que la ceñían toda. Suspiró y movió sus caderas voluptuosamente al compás de la música tropical. De repente Rick dio un traspiés; lanzó un juramento y bruscamente se apartó de ella.

—Vale más que nos sentemos —dijo.

Obediente se dejó conducir hasta la mesa. Ordenó otra consumición y se puso a bebería lentamente.

Después de un momento rompió ella el silencio.

—No te sientas molesto, Rick. Muchas veces te he visto dar un tropezón cuando bailabas con mamá.

Le dirigió una mirada peculiar.

—Muchas veces llevo a pensar que ves más de lo que te conviene.

—Me encanta que haya ocurrido eso. Ahora estoy segura de que no soy una niña. Enrojeció ligeramente y consultó su reloj.

—Son bastante más de las once, Dani. Ya es hora de que estés en la cama.

Se hallaba tendida en la cama. Por la ventana abierta le llegaron los ruidos de la noche. Los sonidos de la noche tropical: el canto de los pájaros y de las cigarras, los crujidos de los árboles y el susurro de las palmas mecidas por el viento. Luego oyó el toque del teléfono en el cuarto de Rick. Y por un corto espacio de tiempo reinó el silencio.

Súbitamente saltó de la cama al suelo y cruzó el vestíbulo que separaba las dos habitaciones. Se detuvo ante la puerta del cuarto que ocupaba Rick y escuchó. No oyó ningún ruido dentro. Dio media vuelta al pomo de la puerta y empujó.

—Esta.

Entró en la habitación. Pudo ver, en la oscuridad, que la puerta que comunicaba con la alcoba de su madre estaba entreabierta. Se asomó a ella y vio a Rick en la cama.

—¿Era mamá? —le preguntó.

Se volvió hacia ella, destapando el dorso.

—Sí.

—¿Qué quería?

—Nada. Me dijo que volvería mañana.

Se fue acercando a su cama, observándolo ávidamente.

—Te llamó para comprobar que estabas aquí. Mi madre es desconfiada. Menos mal que estás ahí.

—No tengo que dar cuenta a nadie de lo que hago —dijo, airado—. Hago lo que me da la gana.

—Sí, ¿eh? —dijo—. Por supuesto.

—¿No crees que será mejor que vuelvas a tu cama?

—No tengo sueño.

—No puedes quedarte aquí. No llevo nada debajo de la sábana.

—Ya lo sé —dijo— aun a oscuras puedo verlo.

Se incorporó y se sentó en la cama. Observó ella que al moverse resaltaban los músculos de sus brazos y de su pecho. Su voz brotaba ronca en su garganta.

—No me provoques. No eres más que una chiquilla.

Se aproximó más y se sentó en el borde de la cama.

—No lo creíste así esta tarde cuando ese muchacho mejicano me sonrió. Tuviste celos.

—En absoluto.

—Y no me tomaste por una chiquilla cuando bailamos.

Se desabrochó los primeros botones de la chaqueta del pijama. Observó cómo sus pechos desnudos atraían como un imán, arrestablemente, los ojos del hombre. Sonrió:

—¿Soy una chiquilla?

La miró a los ojos, sin hablar.

Posó su mano sobre la sábana. La asió él, fuertemente.

—¿Qué haces? —dijo con voz ahogada, casi asustado.

—¿De qué tienes miedo? —Sus ojos llamearon, retadores—. Mamá jamás lo sabrá.

Le miró fijamente mientras él llevaba una mano a sus pechos.

—Te lastimaré —murmuró él.

—Ya lo sé. Pero es solo la primera vez.

Parecía incapaz de todo movimiento.

—¡Eres aún peor que tu madre!

Se echó ella a reír y deslizó su mano bajo la sábana.

—No seas ridículo, Rick. Ya no soy una niña. Sé que me quieres. ¿Crees que no me he dado cuenta? La manera de mirarme...

—Miro así a una porción de chicas.

Sus dedos le acariciaron dulcemente.



—Dani. —La voz de la señorita Jennings la sacó de su ensueño—. Dani.

Se volvió hacia la doctora.

—Sí, señorita Jennings.

La mujer de los cabellos grises sonrió.

—Estabas muy absorta. ¿En qué estabas pensando?

Dani sintió que el rubor invadía sus mejillas.

—Estaba pensando en que hacía una tarde espléndida... fuera.

La psicoanalista le lanzó una mirada penetrante. Dani tuvo la sensación de que la doctora había intuido y penetrado sus pensamientos y su rubor fue en aumento.

—Usted pensaría lo mismo si tuviera que permanecer aquí todo el tiempo.

—Supongo que sí —dijo especulativamente—. Yo puedo salir de aquí. Y usted no.

—No estaré aquí mucho tiempo. Solo hasta la semana próxima. Y después volveré de nuevo a casa.

—¿Cree usted realmente que así será, Dani?

Dani la miró, sorprendida. Por primera vez se sintió invadida por la duda.

—Es lo que todo el mundo me dice.

—¿Quién? —La voz de la señorita Jennings era firme y tranquila—. ¿Sus padres? Dani no contestó.

—Por lo visto no prestó usted mucha atención a lo que le dijo en la audiencia el juez Murphy. No son sus padres; es el juez quien decidirá lo que tiene usted que hacer. Y del mismo modo puede dejarla aquí o incluso mandarla a Perkins para observación como mandarla a su casa. Es él quien tiene que decidir lo que mejor le conviene a usted.

—No puede dejarme aquí —replicó Dani.

—¿En qué se funda, Dani, para decir eso? —le preguntó la señorita Jennings—. Por una razón la mandaron aquí, y por la misma razón pueden dejarla aquí.

Dani bajó la mirada y la fijó en el suelo.

—Pero no fue mi intención hacer lo que hice —dijo, sombría.

—Comprenda, Dani, que esta afirmación suya de que no lo hizo adrede no es para el juez Murphy prueba suficiente para mandarla a su casa. Todas las muchachas que vienen aquí afirman lo mismo. —La señorita Jennings alargó el brazo y cogió un cigarrillo—. Tiene usted que demostrarle con buenas razones que si le deja ir a su casa no volverá a cometer actos delictivos.

Barajó los papeles que tenía encima de la mesa.

—Precisamente en estos momentos termino de cerrar el expediente de una chica que ha estado ya aquí varias veces. Esta vez el juez ha ordenado su reclusión. Ha probado hasta la evidencia que no es digna de confianza. —Miró fijamente a Dani—. Creo que usted la conoce. Está en el cuarto contiguo al suyo.

—¿Se refiere usted a Sylvia?

La señorita Jennings hizo un ademán afirmativo.

—¿Por qué? —preguntó Dani—. Es una chica muy simpática.

—Lo será, tal vez, para usted. Pero para la sociedad no es más que un continuo conflicto.

—Lo único que le pasa es que le gustan demasiado los chicos.

La señorita Jennings sonrió.

—Ese es uno de sus pecados —dijo— es libertina. Es la tercera vez que viene aquí. Cada vez se la ha encontrado con un chico diferente y cada vez también ha sido ella quien ha inducido al muchacho a robar el coche para ir de paseo en él. No solamente prescinde de todo sentido moral sino que ejerce una nociva influencia

sobre los demás.

—¿Qué van a hacer con ella?

—Se la mandará probablemente a un correccional hasta su mayoría de edad.

Dani permaneció silenciosa.

—Traté de ayudarla, pero no me dejó. Pensó que lo sabía todo. Pero se equivocó, ¿no lo cree así?

—Sí, supongo que sí —reconoció Dani.

La señorita Jennings apartó a un lado todos los papeles. Menos una hoja que mantuvo con la mano de modo que pudiera leerla Dani.

—Tengo un informe de la señorita Spicer —dijo mientras apretaba con la rodilla el botón que ponía en marcha el dispositivo registrador de sonido escondido dentro de la mesa—. Fue al colegio de la señorita Randolph esta mañana y después, por la tarde, habló con su madre.

—¿Sí? —dijo cortésmente Dani.

—Las maestras, así como sus condiscípulas, encomiaron mucho su conducta en el colegio. La opinión unánime es que se llevaba muy bien con todas ellas.

—Me alegro de saberlo.

—Su madre se sorprendió mucho al saber que sostenía usted relaciones sexuales con el señor Riccio.

La ira alteró el timbre de voz de Dani.

—¿Quién ha dicho eso?

—Es cierto, ¿no es así?

—¡No! ¡No es verdad! —replicó Dani—. ¡Quien dijo eso miente!

—Entonces ¿a qué destinaba usted estos artículos? —La señorita Jennings sacó del cajón de la mesa un pequeño canuto de metal—. Se encontraron en una caja debajo de su fotografía.

Dani la miró, airada.

—Es Violet —exclamó—. Sabía dónde guardaba la llave.

—¿Quién es Violet?

—La doncella de mi madre. ¡Siempre detrás de mí, espiándome!

—No ha contestado usted a mi pregunta, Dani —dijo la señorita Jennings, tajante—. Si no era el señor Riccio ¿quién era entonces?

—¿Por qué tenía que ser alguien? —replicó Dani—. ¿Por el simple hecho de tener eso en un cajón?

—Olvida usted algo, Dani. Cuando ingresó aquí, fue examinada por una doctora. —Cogió de la mesa otra hoja de papel—. ¿Quiere usted que le lea el informe del examen a que fue sometida?

—No es necesario —dijo malhumorada Dani—. Podía provenir de montar a caballo.

—¡Vamos, vamos, Dani! Como chiste puede pasar. —Reclinó su cuerpo sobre la mesa—. Pero no es este el momento más adecuado para hacer chistes. ¿No

comprende, Dani, que mi deseo es ayudarla? No quiero que el juez la mande a un correccional, al igual que a Sylvia.

Dani fijó sus ojos en ella, silenciosa.

—Dígame lo que ocurrió. ¿La violó? —Miró, ansiosa, a Dani—. Si la forzó, dígamelo. Esto contribuiría tal vez a que el juez tuviese una mejor comprensión del caso y de los motivos que tuvo para hacer lo que hizo. Esto influiría ciertamente en su decisión.

Dani permaneció unos instantes silenciosa, sus ojos clavados en los de la doctora.

—Sí —reconoció finalmente, en voz baja— me violó.

Sally Jennings le lanzó una mirada penetrante, llena de suspicacia. Y permaneció callada.

—Y bien —exclamó Dani— ¿no es eso lo que usted quería que dijera?

La psicoanalista se retrepó en la silla, lanzando un suspiro de desaliento.

—No, Dani. Lo que yo quería era que me dijese la verdad. Y no me la ha dicho. Me ha mentado. —Volvió a apretar con la rodilla el botón del dispositivo electromagnético, pero esta vez para cerrarlo—. No puedo ayudarla en tanto que me mienta.

Dani bajó sus ojos.

—No quiero hablar sobre eso, señorita Jennings. No quiero ni pensar en lo sucedido. Solo tengo un deseo: olvidar.

—Eso no es tan fácil como usted cree, Dani. La única manera de librarse de eso que ahora la tortura es sacarlo a la superficie, airearlo y afrontarlo con valentía. Solo entonces comprenderá por qué hizo lo que hizo y se guardará en lo futuro de incurrir en la misma falta.

Dani no contestó.

La psicoanalista apretó un botón de llamada sobre la mesa.

—Está bien, Dani —dijo con voz cansada—. Ya puede irse.

Dani se levantó de su asiento.

—¿La misma hora mañana, señorita Jennings?

—No sé, Dani, pienso que no será necesario. Creo que hemos llegado a un punto muerto y que por mucho que discutamos no pasaremos de él, ¿no es así, Dani?

—Así es, señorita Jennings.

—Desde luego, aquí me encontrará si desea algo de mí.

—Sí, señorita Jennings.

Una matrona, al otro lado de la puerta acristalada, golpeó esta, ligeramente, con los nudillos.

La doctora se puso de pie.

—Le deseo suerte, Dani.

—Gracias, señorita Jennings. —Dani se dirigió a la puerta, pero antes de llegar a ella se volvió hacia Sally Jennings.

—¿Señorita Jennings?

—Sí, Dani.

—A propósito de Sylvia —dijo—. ¿No se le ha ocurrido pensar que si esos chicos hubiesen tenido coche propio no tendría ahora ningún conflicto con la justicia?

La señorita Jennings reprimió una sonrisa involuntaria. Era aquella una manera como otra de remediar ciertos casos de delincuencia juvenil: regalar coches a los chicos que no los tenían.

—No lo creo —dijo con toda la seriedad de que era capaz—. Toda la culpa la tenía Sylvia. No inducía a los chicos a que robaran coches por el solo placer de pasear en ellos, sino porque robándolos se hacían merecedores de sus favores. Era como si la mala acción que cometían la redimiese a ella de su conducta inmoral. Era un modo como otro de justificarla.

—Comprendo —dijo Dani pensativamente. Miró a la psicoanalista—. ¿Podré verla antes de irme?

—Cuando guste, Dani —le contestó la señorita Jennings—. Aquí me encontrará.

La llamada Barbary Coast no es, en la actualidad, más que una serie de sucios y grises edificios destinados a almacenes o a fábricas de poca monta. Diseminados entre ellos se encuentra algún que otro club nocturno de precaria existencia, dedicados todos a explotar el recuerdo de un pasado brillante y pecaminoso. Los más frecuentados son aquellos instalados en tiendas a nivel de la calle, y especializados en el jazz, en el combo y otros ritmos de Chicago y de Nueva Orleans.

Suelen ir a estos lugares, aficionados al jazz y estudiantes no menos entusiastas, los cuales, como sumidos en dulce ensueño, escuchan los sonidos discordes producidos en nombre de una nueva forma de arte. Los peores de ellos son imitaciones de los cabarets que suelen encontrarse en North Beach, con nombres estrambóticos como La Cebolla Púrpura y El Rojo Caribe.

En esta última categoría entraba el Árbol de Oro. Consulté el reloj cuando me encontré en la puerta de este establecimiento. Era muy cerca de la medianoche. A uno y otro lado de la puerta se veían sendas fotografías, estrechas y largas. Reproducían una misma imagen; la de una mujer ya mayor, de macizas proporciones y expresión sardónica, vestida con un traje de noche de lentejuelas, demasiado justo para su encorsetada figura y una deslumbrante dentadura postiza. Sobre las fotografías había un gran letrero que decía:

DENTRO, EN PERSONA, MAUDE MACKENZIE.

Si hubiese ido a ese lugar en busca de solaz y esparcimiento aquella fotografía habría sido la última cosa en el mundo capaz de seducirme. Pero no iba allí en busca de diversión. Era aquel el lugar en el que trabajaba Anna Stradella y había acordado encontrarme con ella en él después de la última función. Era la fotógrafa del establecimiento.

—Entre, joven —me dijo el portero—. Ahora va a comenzar el espectáculo.

Le miré y le dije:

—Creo que voy a decidirme a entrar.

Me miró de soslayo y me guiñó un ojo.

—Adelante, joven —me dijo—. Si se siente nervioso en la oscuridad dígame al camarero que va recomendado por Max, que soy yo y verá qué bien le atiende.

—Gracias —le dije, y penetré en el antro.

Más oscuro que la calle, que estaba envuelta en tinieblas. Percibía mis manos pero tenía la sensación de que eran las de otra persona, inmersa como yo en las sombras. De estas surgió de repente la pechera blanca de un camarero.

—¿Tiene mesa reservada, señor?

Sonreí entre dientes, pero mi sonrisa se perdió entre las tinieblas. Lo único que veía a mi alrededor, interrumpiendo las sombras, eran las manchas blancas de los manteles de numerosas mesas vacías.

—No, gracias. Me sentaré en el bar.

—Lo siento, señor —dijo suavemente el camarero—. Solo los fines de semana servimos en el bar.

Los negocios, en este lugar, no debían ir muy redonda mente, cuando con tanto afán buscaban los tres dólares suplementarios que costaba el servicio en las mesas.

—Tengo una mesa libre, muy buena, junto a la pista.

Solo había mesas muy buenas y libres junto a la pista.

De las sesenta mesas que había solo diez estaban ocupadas. Sostuvo la silla mientras me sentaba en ella, y esperó a pie firme la propina. Se la di y se desvaneció en las sombras, me imagino que con gesto amargo, pues no suelo enloquecer dando propinas. Pero supongo que se consolaría diciendo que menos da una piedra.

Me vino por retaguardia otro camarero y le ordené *bourbon*. No tuve que agregarle agua. Por lo visto habían bautizado previamente la botella. Tomé un sorbo del aguado brebaje y miré a mi alrededor. No vi por ningún lado a Anna Stradella.

La había llamado aquella tarde como habíamos convenido.

—¿Encontró a su hermano? —le había preguntado.

—Aún no. Sin embargo, espero saber algo de él esta noche.

—La llamaré más tarde.

—Vuelvo a mi casa muy tarde. Tal vez sería mejor que viniese a buscarme en donde trabajo. Entonces, de tener alguna información, podríamos movernos sin esperar a mañana.

—Muy bien, ¿dónde trabaja?

—En El Árbol de Oro. Es un club nocturno y está...

—Sé dónde se encuentra —dije. Debió de haber advertido la sorpresa en mi voz.

—Soy la fotógrafa del club. Trabajo para el concesionario. De cinco a ocho trabajo en uno de los restaurantes del muelle. A partir de las nueve trabajo en el club.

—¿A qué hora es la última representación?

—Solo dan dos representaciones esta noche. A las diez y a medianoche. La última termina a eso de la una.

—Entonces iré allí a buscarla.

—Bien. Vale más que entre. Si no sé nada se lo diré y así no le haré perder el tiempo.

—Está bien.

—Y no confíe su coche al portero. Le cargarán por el servicio dos dólares. Es la cueva de Alí Babá. Hay mucho espacio para aparcar en la manzana siguiente.

—Gracias.

Había colgado y acto seguido marqué el número de mi exsuegra.

—No sabe todavía en dónde se encuentra su hermano. Me he citado con ella para más tarde y si ha averiguado algo me llevará hasta donde esté.

—Para entonces ya habrán salido los diarios de la mañana. Verá por el anuncio que estamos dispuestos a comprar las cartas.

—¿Qué quiere usted que haga? —le había preguntado.

—Quiero esas cartas. Haga un trato con él si es necesario. No podemos exponernos a que caigan en manos extrañas.

—Ya están en manos extrañas.

—No haga nada que pueda empeorar las cosas.

—No tema.

—¿Qué hace usted mañana por la tarde?

—Nada, que yo sepa —le dije.

—Nora y Gordon vendrán aquí. Tenemos que presentar al tribunal un plan para Dani. El doctor Bonner y la directora del colegio de Dani también estarán. Pensé que le interesaría igualmente a usted venir.

—¿A qué hora?

—A las tres y media.

—Cuenta conmigo.

—¿Me comunicará lo que suceda esta noche? Llámeme por muy tarde que sea.

—No dejaré de hacerlo.

Transcurrió media hora antes de que hiciese su aparición Maude Mackenzie. Mientras tanto habían entrado unos cuantos clientes más y una tercera parte de las mesas estaban ocupadas.

Maude Mackenzie era exactamente la mujer que aparecía en las fotografías de afuera. Apareció bajo el blanco resplandor del foco, lanzó una mirada circular a la exigua concurrencia y seguidamente se sentó al piano, declarando que era aquello lo que más le agradaba: "cantar en la intimidad para unos pocos amigos. No estaba en edad de cantar en la pista de un circo o en un estadio.

El público rio a carcajadas la salida de la artista, pero pude advertir que esta, en su fuero interno, distaba mucho de compartir el júbilo general. De seguro actuaba a base de un porcentaje y esta velada, probablemente, no le reportaría un solo centavo.

Inmediatamente se puso a cantar una canción sobre los viejos tiempos pasados, cuando llegó a Barbary Coast en una carreta entoldada. Y al verla, sudorosa, bajo el foco, me dije para mis adentros que fue una lástima que los pieles rojas no atacaran la carreta.

—¿Quiere usted que le fotografíe, señor?

Me volví y a la luz espectral difundida por el foco se me apareció, como arrancada de una película italiana, la imagen de Anna Stradella. La breve vestimenta y las largas medias negras de malla hasta los muslos contribuían a darle a uno esta impresión. Ancha de hombros, de busto opulento, estrecha de cintura y de ampulosas caderas en forma de ánfora. *La Dolce Vita*. Una Sofía Loren de baja estofa.

Se dio cuenta de mi sorpresa.

Sonrió y dijo:

—Haré su retrato. —A continuación, con voz muy queda musitó, rápida—. Mi jefe me está observando. Tengo que tener una razón para seguir hablando con usted.

—Está bien —le dije—. Pero hágame un retrato que me favorezca.

Risueña, se puso a enredar en la cámara. La alzó a la altura de sus ojos, y graduó el visor. Se inclinó hacia mí. Pude darme cuenta de los efectos nutritivos de la pasta italiana y su contribución al desarrollo torácico de las jóvenes latinas—. Mueva la silla así —dijo en voz alta, empujándola hacia la izquierda. Volvió a enredar en el visor—. Esto está mejor.

Retrocedió y llevó la cámara a su rostro. Disparó el *flash* y parpadeé repetidas veces para ahuyentar los chispazos verdes y rojos que deslumbraron mis ojos. Volvió a acercarse a la mesa.

—Le escribiré en el dorso de la fotografía dónde podremos vernos luego —musitó a mi oído.

—¿Lo encontró?

Afirmó con un ademán y se enderezó. Sorprendí en sus ojos un destello de alarma. Alguien se acercaba a nosotros.

—Ha salido perfecta, señor. Se la traeré dentro de quince minutos.

Se apartó de mi mesa y se alejó. La seguí con los ojos unos momentos. Jamás habría imaginado, cuando la vi por primera vez en la funeraria, que fuera este su modo de ganarse el sustento. Pero la vida —me dije— es pródiga en sorpresas.

—¿Repíte, señor? —me preguntó el camarero.

Hice un gesto de asentimiento. Con aquella agua teñida no corría el riesgo de embriagarme. El resto del espectáculo fue tan malo como el principio. Maude Mackenzie era una reliquia del pasado. Pero al parecer los concurrentes de esta noche tenían vagos y secretos anhelos arqueológicos.

Eran las dos menos cuarto cuando detuve mi coche en la manzana 800 de Jackson Avenue y lo estacioné debajo de un farol. Paré el motor y volví a mirar la fotografía. No era mala, dadas las circunstancias en que fue tomada. La volví. Las palabras habían sido escritas con el lápiz blando que acostumbran a usar los fotógrafos para los retoques. Decían: *Manzana 800, Jackson Avenue*.

Dejé la fotografía sobre el asiento al lado del mío, y encendí un cigarrillo. Se presentó unos diez minutos después. Se apeó de un taxi que se detuvo detrás de mi coche, y vino hacia mí, balanceando su cámara que llevaba en bandolera. Yo que había observado todos sus movimientos por el retrovisor me incliné y le abrí la portezuela.

—¿Qué ha descubierto? —le pregunté en cuanto hubo entrado y tomado asiento en el coche.

Estaba muy turbada.

—Este asunto no me gusta nada, señor Carey. Renzo no está solo en él. Yo creo

que lo más prudente será abstenerse de dar un paso más.

—¿Sabe dónde se encuentra? —insistí, impaciente.

Hizo un ademán afirmativo.

Puse en marcha el motor.

—Vámonos. ¿Cuáles son sus señas?

—Renzo tiene un apartamento en los altos de un bar, cerca de Cliff House.

Puse en movimiento el coche. Le lancé una ojeada. Su rostro seguía expresando una gran inquietud.

—¿Por qué tanto misterio?

—Ya le he dicho; mi hermano no está solo en este asunto. Intervienen en él agentes muy importantes.

—Por lo visto no se ha sentido con ánimos para realizar el negocio por sí solo —exclamé, sarcástico.

—Así parece. Fue a pedir ayuda a un amigo suyo, que también lo era de Tony.

—¿Quién es ese tipo?

—Charley Coriano.

Escuté su rostro. Me pareció impasible. Si era cierto lo que decía, el hermanito se las traía. Charley Coriano tenía la reputación de figurar en todos los negocios turbios de la ciudad. No obstante jamás se le había podido probar delito de especie alguna, y esta invulnerabilidad era precisamente lo que revalidaba su fama.

—¿Cómo lo supo?

—Donde trabajo. Una de las muchachas me lo dijo.

—¿Y cómo pudo ella saberlo?

—Es la novia de uno de los guardaespaldas de Coriano.

—¿Y por qué se lo dijo a usted?

Fijó en mí una mirada penetrante.

—Pensó que yo estaba enredada en el asunto. Coriano es dueño de la compañía concesionaria en la cual trabajo.

—Entonces ¿quién tiene las cartas? ¿Coriano o su hermano?

—No lo sé.

—Bien. No hay más que una manera de saberlo.

—No quiero que hagan daño a mi hermano.

—Eso depende de él —dije—. Yo no escogí sus amigos. Fue él.

Hacía mucho tiempo que no había venido por estos rumbos. Desde que venía con Dani, cuando era todavía una niña, para jugar con los aparatos tragaperras de Sutro. Recuerdo lo mucho que la divertían. Encontré un aparcamiento de coches y estacioné en él el mío. Lancé una ojeada a mi alrededor.

Nada había cambiado. Los mismos puestos de perros calientes, y de *pizza* italiana, los mismos bares y tabernas.

Con la diferencia de que la cerveza y los perros calientes costaban ahora tres veces más.

Señaló con el índice una tasca.

—Entraremos ahí un momento. Es un lugar que suele frecuentar.

La seguí hasta la tasca. Era ya tarde y había muy poca gente en ella. Dos recalcitrantes, candidatos al *delirium tremens*, saboreaban con fruición el penúltimo whisky, mientras unos jovencitos tomaban cerveza.

El barman se acercó pasando un trapo por el mostrador.

—Hola, Anna.

—Hola, Johnny. ¿Vino aquí Renzo, esta noche?

Me lanzó una mirada rápida y seguidamente volvió a dirigirse a Anna.

—Estuvo, temprano. Pero se marchó.

—Gracias, Johnny. —Se volvió como para marcharse, pero el barman la llamó.

—Siento mucho lo de Tony. Era un gran muchacho. Yo siempre sentí por él una gran simpatía.

—Gracias, Johnny —volvió a decir Anna.

La seguí hasta la calle.

—¿A dónde, ahora?

—Iremos por este callejón hasta la parte de atrás de la casa.

Iba a meterme en el callejón cuando me asió firmemente del brazo y me impidió que diera un paso más.

—No, no vayamos —dijo, mirándome a los ojos—. El barman nos ha prevenido.

—¿Por qué dice eso?

—Me puso sobre aviso cuando me habló de ese modo de Tony. Sé muy bien que lo odiaba con todas sus fuerzas. Una vez se pelearon y por poco mata a Tony.

Le lancé una mirada inquisitiva.

—¿Esa taberna pertenece también a Coriano?

Hizo un ademán afirmativo.

—Lo más prudente será que les dejemos que ventilen el asunto a su modo. —Me mantuvo el brazo con su mano, fuertemente—. Es usted un hombre cabal. No querría por nada del mundo que le hiciesen daño.

—Es el futuro de mi hija con el que están jugando. No tiene que venir conmigo, si no lo desea. Puede esperarme en el coche.

—No —dijo, nerviosa, apretando con su mano la correa de la que colgaba la cámara—. Iré con usted.

Me detuve para mirarla:

—¿Por qué no la deja en el coche? Es absurdo ir a todos sitios con una cámara tan pesada a cuestas.

—Por estos sitios abundan los rateros —dijo—. Esta cámara me cuesta doscientos dólares.

Era una escalera de madera que ascendía por la pared exterior del edificio. Nuestras pisadas al subir a la planta alta, resonaron en la oscuridad de la noche. Estábamos ante una puerta de madera. Por la rendija inferior asomaba una estrecha faja de luz. Llamé con los nudillos.

Detrás de la puerta hubo un ruido confuso de pisadas.

—¿Quién es?

Miré a Anna.

—Soy yo, Anna —dijo—. Déjame entrar, Renzo.

Oí una blasfemia ahogada y la puerta comenzó a abrirse.

—¿Cómo demonios supiste que estaba aquí? —preguntó, adusto. Pero al verme, intentó cerrarla.

Se lo impedí, introduciendo el pie en el resquicio y empujando violentamente la puerta. Retrocedió hasta el centro de la habitación. Me miró, los ojos centelleantes. Era bien parecido, como su hermano, aunque sus rasgos eran menos firmes, más blandengues. Llevaba pantalones oscuros, muy ceñidos y una camisa desabrochada.

—¿Quién es este tipo?

—El señor Carey, Renzo —dijo Anna—. Vino a propósito de las cartas.

Se oyó una voz que procedía de la habitación contigua. Era una voz de muchacha.

—¿Quién ha venido, cielín?

—Mi hermana y un amigo.

—¿Un amigo? Ahora voy.

—No te precipites —exclamó, hosco. Me lanzó una mirada desconfiada—. No sé a qué cartas se refiere mi hermana.

Cerré la puerta tras de mí empujándola con el pie.

—Las cartas en un sobre lacrado que ella le entregó la noche que murió Tony Riccio.

—Mi hermana ve visiones. No sé de qué cartas habla.

Dirigí una mirada a la mesa que se hallaba detrás de él. Sobre ella se veía un número abierto del *Examiner*, primera edición de la mañana.

—Sabe usted muy bien a qué cartas me refiero. Las mismas que usted menciona en la carta que escribió a la señora Hayden. —Vi entonces una máquina de escribir en un rincón de la pieza—. La escribió usted con esa máquina. Vino entonces de la habitación contigua una joven. Tenía el cabello anaranjado y rojizo y llevaba un kimono azul con una faja de un rojo ardiente ceñida a la cintura.

—Preséntame a tus amigos, cielín.

La miró y seguidamente fijó sus ojos en mí.

—No he escrito ninguna carta en esa máquina.

Crucé la habitación y me apoderé de la máquina de escribir. Con ella bajo el brazo me dirigí a la puerta.

—¡Eh! —gritó la joven—. ¿Adónde va usted con mi máquina de escribir?

Miré a Lorenzo.

—La policía comparará los escritos —dije—. Si no me equivoco, el chantaje y la extorsión se penan con diez a veinte años de presidio.

—Ya te dije que no usaras mi máquina —gritó la muchacha a Lorenzo.

—¡Cállate! —Se volvió hacia mí—. Espere un momento —dijo—. ¿Las compra?

Dejé la máquina en donde estaba, le miré y dije:

—Tal vez.

Sus ojos brillaron, astutos.

—¿Le mandó la vieja?

—Por supuesto. Si no ¿cómo habría sabido lo de las cartas?

—¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Depende de lo que tenga —dije—. No queremos comprar a ciegas.

—No pueden ser más auténticas.

Se me ocurrió repentinamente una idea.

—Según parece no es usted el único que quiere sacar tajada de las cartas.

Estas palabras mías le desconcertaron.

—¿Quiere usted decir que hay otros?

—Su carta fue la cuarta que recibimos.

Comenzó a mostrarse inquieto.

—¿Cómo sabré que obra usted de buena fe? —le pregunté—. Tengo que ver algo, primero.

—No supondrá que soy tan idiota como para guardarlas aquí. Tengo socios en esta operación. Las tenemos en un sitio seguro.

Volví a coger la máquina de escribir.

—En ese caso hablaré con sus socios cuando se presenten con las cartas.

—Un momento. Ya me figuré que ocurriría esto. Y por lo que pudiera suceder cogí dos cartas del sobre.

Solté de nuevo la máquina.

—Ahora le escucho. A ver esas cartas.

Renzo miró a la muchacha.

—Ponte algo encima y baja al bar. Dile a Johnny que te entregue el sobre que le di.

—No tiene que molestarse la señorita. —Miré a Anna, que había permanecido silenciosa, escuchando nuestra conversación—. ¿No le molestaría bajar?

Accedió, con un gesto.

Su hermano sonrió, sardónico.

—¿Cuánto te paga para hacer sus recados, Anna? Supongo que mucho porque el empleo te va a durar muy poco.

—Nada le pago, mocoso. Solo aspira a librarle de la cárcel. Anna salió de la pieza. Renzo se volvió hacia mí.

—Será mejor que se siente y eche un trago con nosotros.

—No, gracias.

Fue a un aparador y sacó de él una botella.

—Tráeme unos cuantos trocitos de hielo, nenita —le dijo a la joven.

—¿Por qué no los coges tú mismo? —replicó, adusta.

Renzo se encogió de hombros.

—¡Estas mujeres! —exclamó, despectivo. Cruzó la pieza y abrió una alacena empotrada en la pared en la que había una cocinilla y una pequeña nevera. De esta sacó unos cubitos de hielo que echó en un vaso. Con él en la mano volvió a donde yo me hallaba y lo llenó de whisky. Se sentó a la mesa, frente a mí.

—Ese Tony era un hacha con las mujeres.

No le contesté.

Bebió un largo sorbo de whisky.

—No daba abasto. Mi hermana. Su exmujer. Su hija. Todas se lo rifaban. Y a todas contentaba.

Tuve que contenerme. Era ya hora de que me acostumbrase a esa clase de comentarios.

—Su pequeña, sobre todo, estaba por él que se subía por las paredes. Un caso de rabia. Ya verá usted cuando lea esas cartas. Hay que cogerlas con pinzas porque de puro ardientes, queman los dedos. El tipo ese debió de darle trato especial porque la menuda estaba majareta perdida por él. Y no era manca escribiendo con todos los detalles lo que quería hacer con él cuando se vieran nuevamente, mano a mano. ¡Como para poner colorado a un piel roja! ¡Qué duro me fue reprimirme! Pero no había ido allí en busca de sonetos o madrigales.

—También su mujer se las traía —continuó, inexorable—. Pero era otra su forma de expresarse. Más horas de vuelo que su pequeña. Pero con todo, terriblemente celosa. En una de sus cartas le dice que sería capaz de matarlo si se enteraba de que le hacía el salto con otra. Pero por lo visto la menuda se le adelantó, ¿verdad que sí?

Opté por seguir en mi mutismo.

—Pero el colmo de los colmos es mi estúpida hermanita, convencida de que un día u otro Tony volvería a sus brazos. —Se echó a reír—. Volvía, sí, de vez en cuando, pero solo cuando quería zamparse un buen plato de *spaghetti*, o unos *escalopines* a la Marsala. Le empalagaba la comida que le daban allá arriba y el hombre necesitaba nuestra comida casera italiana, sin tanto ringorrango, pero sólida y alimenticia. El caviar y el *paté de foie gras* son para señoritas anémicas, me decía. No para un hombre de pelo en pecho.

Oí pisadas en la escalera de madera. Renzo las oyó también. Alzó el vaso, a modo de brindis.

—¡Salud! —exclamó.

Oí cómo se abría la puerta, detrás de mí, pero no me volví. Seguidamente sentí como una explosión en la nuca y en una fracción de segundo me vi inmerso en un abismo de sombras, interrumpidas por llamaradas de luz cegadora.

Entre llamarada y llamarada pude percibir confusamente que mal traían mi cuerpo de un lado a otro. Hice los esfuerzos más desesperados para levantarme, pero la bruma espesa que me envolvía los malograba y terminó finalmente con mi resistencia. Me sumí por completo en las sombras. Solo un dolor lancinante en la cabeza daba fe de que aún vivía.

Un chorro de agua helada me devolvió los sentidos. Sacudí la cabeza y abrí mis ojos. Johnny y Lorenzo estaban de pie, inclinados sobre mí. Me miré a mí mismo y pude darme cuenta de que estaba sentado en el borde de una cama, completamente desnudo.

Oí un crujir de ropa y al volver la cabeza tuve la sensación de que esta iba a estallar. La muchacha del pelo anaranjado estaba envolviendo su cuerpo desnudo en su suntuoso kimono azul.

Traté de poner fin a aquella terrible sensación de que mi cráneo iba a saltar hecho pedazos. Cerré los ojos, muy apretados y después de unos instantes los abrí rápida y repentinamente. Esto pareció aliviarme. Y fue entonces cuando me di perfecta cuenta que, desde el principio, había sido víctima de una emboscada.

—Su ropa está en esa silla —me dijo Renzo—. Le dejaremos unos minutos solo para que se vista.

Se fueron, cerrando tras sí la puerta. Permanecí sentado en el borde de la cama, oyendo el confuso murmullo de sus voces a través de la puerta. Alargué el cuello y moví a un lado y otro la cabeza. El dolor era horroroso. En nada se parecía al descrito por Mickey Spillane en sus novelas policíacas. Ninguna Nube Nueve, ningún sueño erótico. Solo dolor: dolor liso y llano.

Me levanté, tambaleante y me encaminé trabajosamente al cuarto de baño. Abrí el grifo del agua fría de la ducha y puse la cabeza bajo el chorro helado. Tuve la sensación de que miles y miles de agujas sutiles taladraban mi cráneo, pero al fin el milagro se hizo. Al cabo de uno o dos minutos el dolor me abandonó. Me palpé la parte posterior de la cabeza y hallé, por encima de la nuca, un chichón del tamaño de un huevo de paloma. Fue una suerte que tuviera el cráneo tan duro.

Abrí el grifo del agua caliente y durante unos minutos, alternando aquella con el agua fría, conseguí hacer desaparecer los dolores del cuello y de los hombros. Cogí una toalla sucia, que era la única que había en el cuarto de baño, y me sequé el cuerpo. Acto seguido me vestí.

Cuando salí de la alcoba estaban todos sentados a una mesa, bebiendo y charlando amigablemente.

—Estoy seguro de que le sentará bien un trago —dijo Renzo. Vertió whisky en un vaso y lo empujó hacia mí.

Lo tomé y lo apuré de un sorbo. El calor prendió en mis entrañas y me sentó bien.

—¿En dónde está Anna? —pregunté.

—La mandé a su casa —contestó Renzo—. Cumplió como buena—. Empujó hacia mí una fotografía—. Un bonito trabajo, ¿no le parece?

La cogí y la examiné detenidamente. Era una foto Polaroid de diez segundos. Recordé de repente que el estuche que Anna había llevado encima no era lo suficientemente grande para la cámara Speed Graphic que usaba en el club nocturno. La foto era lo que podía fácilmente preverse. Estaba desnudo y en el mismo estado edénico se encontraba la chica del pelo color naranja. La pose era clásicamente oriental. Le devolví la foto.

—Muy delgaducho para mi gusto —comenté.

—Guárdela —dijo Renzo, amablemente—. Disparamos más de una docena de ellas.

—Bueno, ¿y qué?

—Siéntese y espere. Tenemos invitados.

Me metí la foto en el bolsillo.

—No estoy para invitados. Estoy más que satisfecho con los festejos que han celebrado esta noche en mi honor.

Me dirigí hacia la puerta y Johnny, el barman, se levantó rápidamente y vino a mi encuentro. Me volví a él.

—Tenga cuidado con él, coronel —exclamó Renzo—. Fue campeón de peso ligero del Pacífico.

Avancé hacia el excampeón y este, anunciándome el golpe por correo certificado desde Los Ángeles, me lanzó un potente rechazazo. Tan potente como inútil porque lo esquivé con una facilidad pasmosa. Uno no pasa largas temporadas en el campo al frente de brigadas de trabajadores de la construcción sin verse forzado de vez en cuando a utilizar sus puños.

Me encorvé y con el filo de la mano le apliqué un golpe de judo en el esternón. El campeón del Pacífico dobló el cuerpo y con un fulminante *kárate* a un lado del cuello lo tumbé en el suelo. Cayó como herido por un rayo. Mi viejo instructor de la Fuerza Aérea se habría enorgullecido de mí. Me volví a tiempo para aguantar, a pie firme, la arremetida de Lorenzo. No me fue difícil anularla y de un empujón lo adosé a la pared. Lo mantuve allí, cogido por el cuello, la mano libre en alto, lista para el golpe mortal de refilón. La muchacha se puso a gritar despavorida.

—Vamos, majadero, ¿en dónde están las cartas restantes?

En los ojos de Renzo se reflejó un terror loco. Movié la cabeza, convulsivamente.

Con el filo de la mano le golpeé ligeramente la nuez. Lo suficiente para hacerle comprender que un golpe más apoyado le quitaría para siempre el hábito de comer *spaghetti*.

—A ver, habla, o sigues el camino de tu héroe, Riccio.

—No las tengo —jadeó—. Se las di a Coriano.

Hice un gesto amenazador.

—¡Se lo juro!

—Las fotos —dije.

—Johnny las tiene. —Renzo temblaba, poseído de un pánico cervical. Le propiné un terrible revés en una mejilla y cayó desplomado al suelo. Quedó sentado, gimiendo. La chica se abalanzó a él.

—Renzo, amor mío. ¿Te ha hecho daño ese bruto?

Fui hasta donde se hallaba Johnny. Comenzaba a moverse. Lo puse boca arriba y vi con satisfacción que no lo había matado. Me arrodillé junto a él y le registré los bolsillos. Tenía ya en mi poder las fotografías cuando oí que se abría la puerta detrás de mí.

Cuando me volví la primera cosa que vi fue la negra boca de un 38. Apuntaba a mi vientre y desde donde yo estaba me parecía un cañón de cincuenta milímetros. La siguiente cosa que vi fue al hombre que lo empuñaba, rechoncho, de ruin estatura, con ojillos porcinos anegados en grasa.

—Deme esas fotografías, si no le importa —me dijo.

Se las tendí sin decir palabra.

—Póngalas encima de la mesa y arrímese a la pared.

Uno no discute con un cañón. Hice lo que se me mandaba.

—Ahora vuélvase contra la pared y ponga las manos todo lo más arriba que pueda. Ya sabe lo que quiero decir. Como hacen en la televisión.

Sabía lo que quería decir.

Oí cómo se acercaba a la mesa. Hubo un crujir de papeles.

—Puede volverse ya, coronel.

Me volví y clavé en él mis ojos.

—¿Es usted Coriano?

Hizo un ademán afirmativo. Miró en dirección a Johnny. Luego observó a Lorenzo. Sonrió amistosamente.

—Veo que se ha divertido un rato con mis muchachos.

—Cooperaron muy bien —dije.

—Mucho tipo, pero nada dentro. Uno y otro. Pero no importa. Ya hice el negocio de las cartas. Con su ex.

Cogió una silla y se sentó.

—Nada personal en todo esto, coronel —dijo—. Una mera cuestión de negocio.

Miré a aquel hombrecillo regordete. Parecía tan satisfecho de sí mismo que no pude impedirle sacudirlo un poco.

—¿Cuánto le dio?

Jugueteó con el revólver, pero sin dejar de apuntarme con él.

—Veinticinco mil.

—Le ha tomado el flequillo. La vieja señora habría llegado a los cien sacos.

Me miró fijamente unos momentos y a continuación se encogió de hombros.

—¡Cosas de la vida! —exclamó, filósofo—. Lo mismo me ocurre cuando voy a la

Bolsa. En cuanto me deshago de unos valores, estos suben hasta la luna.

—¿Y por qué las fotografías? —pregunté.

—Una póliza de seguro, coronel. Para mí y la señora que compró las cartas. — Las examinó—. Sugestivas, ¿verdad?

Me encaminé a la puerta pasando por delante de él. Coriano me siguió, atento, con los ojos. Igual hicieron Renzo y su amiguita. El único que no presencié mi desfile fue Johnny. Seguía en el suelo boca arriba, insensible. Moví mi cabeza, tristemente, como si los compadeciera a todos, y salí afuera.

Mi coche seguía en donde lo había dejado. Al abrir la portezuela oí la voz de Anna.

—Señor Carey.

Subí al coche y me instalé al lado de la italiana.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí —le respondí.

—No pude remediarlo, señor Carey. —Se puso a llorar—. Me obligaron a ello. Coriano estaba en el bar cuando bajé.

—Por supuesto, Anna, por supuesto. —Tamborileé con los dedos el estuche de cuero encima del asiento, entre los dos—. Suerte que tuviese a mano el Polaroid, ¿verdad?

—Pues sí. Coriano vio la cámara y esto le dio la idea. Dijo que de este modo no iría con el cuento a la polilla. Me las arreglé para fotografiarle cuando tenía los ojos cerrados. Así podrá probar que estaba inconsciente.

Me volví para mirarla. ¿La prueba de que estaba inconsciente? ¡Cristo! ¡Mi expresión en las fotografías no era de inconsciencia, sino de éxtasis!

—Tuve que hacerlo, señor Carey —dijo, ansiosa—. Si me hubiera negado, Coriano me habría quitado el trabajo.

—Está bien, Anna —dije—. Ahora dígame dónde vive y la llevaré a casa.

La llevé a su casa y cuando me encontré en mi cuarto, casi una hora después, vi en el teléfono la señal roja que me anunciaba un mensaje. Descolgué. La anciana señora había telefonado y deseaba que la llamase en cuanto llegara. Marqué el número.

Su voz demostraba que estaba despierta y bien alerta.

—¿Y bien, Luke? —me preguntó—. ¿Consiguió las cartas?

—No.

—Pero ¿qué me dice? —Su voz vibraba, airada.

—No había nada que comprar. Nora se nos adelantó y las adquirió antes que nosotros.

—¿Nora? —Estaba positivamente sorprendida.

—¿Qué otra persona podía ser?

Ahogó una risa.

—Debí de pensar en ello. Nora no quiso que esas cartas cayeran en nuestras

manos. Bien. Por lo menos, no tendremos que preocuparnos por ellas.

—Por supuesto —dije y colgué. Estaba rendido y a duras penas pude quitarme la ropa y deslizarme entre las sábanas. La noche había sido interminable.

La matrona abrió la puerta de la habitación de Dani.

—Aquí está su madre que ha venido a verla.

Dani saltó de la cama al suelo.

—¿Dónde está?

—La está esperando en la cafetería.

Dani siguió a la matrona corredor adelante hasta llegar a la verja de acero. La traspusieron y tomaron el ascensor que las llevó a la planta baja en donde se hallaba la cafetería. Eran las tres de la tarde y la cafetería estaba casi vacía. Se hallaban sentados al lado de su madre un hombre desconocido y la señora Jennings.

Nora presentó la mejilla para que Dani se la besara.

—Hola, querida.

Dani miró a la señorita Jennings y al hombre que la acompañaba.

—Buenas tardes, mamá. Buenas tardes, señorita Jennings. Sally Jennings se puso de pie.

—Hola, Dani. —Se volvió a los demás y dijo—. Bueno. Les dejo. Debo volver a mi despacho.

Seguidamente se alejó.

—No te quedes ahí parada, Dani —dijo Nora con cierta aspereza—. Siéntate.

Dani se sentó, obediente.

—¿Qué quería?

—Nada. Éramos nosotros los que queríamos verla.

—¿Por qué razón? —El tono de Dani era suspicaz.

—A causa tuya. Parece ser que no te portas como es debido. Dani miró a su madre fijamente unos segundos, luego al hombre que la acompañaba.

—¿Quién es él? —preguntó sin miramiento.

—¡Dani! —exclamó Nora, la voz alterada por la indignación—. ¿Qué maneras son esas?

Dani le contestó, impaciente.

—Mamá, aquí, en este lugar, sobran las buenas maneras. ¿Quién es él?

Nora miró al hombre, reverente.

—Este es el doctor Weidman, Dani. Le he pedido que te examine.

—¿Con qué objeto?

—Por bien tuyo. Según parece no pueden averiguar qué es lo que te pasa.

—¿Es otro lavandera de cerebros?

La voz de Nora vibraba de ira.

—Es un psiquiatra, Dani.

—No quiero hablar con él.

—¡Debes hacerlo! —insistió Nora.

—¿Por qué mamá? ¿Acaso crees que estoy loca?

—No importa lo que crea o deje de creer, Dani. Tenemos que sujetarnos al criterio de ellos. Hay que evitar que te envíen lejos de nosotros.

Dani seguía con la mirada fija en el rostro de su madre.

—A mí lo único que me importa es lo que tú creas, mamá. ¿Crees tú de veras que me sucede algo?

Nora la miró, angustiada y lanzó un hondo suspiro.

—Claro que no, querida —dijo—. Pero...

—Entonces no quiero hablar con él.

El doctor se puso de pie. Sonreía, amable.

—No creo que exista motivo para que usted se inquiete, señorita Hayden. La señorita Jennings goza de una excelente reputación y opino que puede usted confiar por completo en ella. —Se volvió hacia Dani—. No la perjudicaría, señorita, que confiara un poco más en la señorita Jennings. No la guía más que un propósito y es el de ayudarla.

Hizo una leve reverencia y se fue.

Permanecieron calladas, mirándose una a otra.

—¿Tienes una moneda de diez centavos, mamá? Querría una Coca-Cola.

Nora la miró, distraída. Dani comprendió que su pensamiento estaba lejos de allí. Repitió su demanda, suavemente.

—¿Diez centavitos, mamá?

Nora abrió el bolso.

—¿Podrías procurarme una taza de café?

—Por supuesto, mamá.

Dani se levantó y se dirigió a la puerta que comunicaba con la cocina.

—¡Eh, Charley! ¿Podría servirme una taza de café para mi madre? —exclamó en voz alta.

La cara de un negro lustroso apareció en la puerta.

—Claro que sí, Dani.

Dani volvió a la mesa con la taza de café humeante y seguidamente fue en busca de su Coca-Cola. Cuando la trajo y se sentó a la mesa, Nora encendió un cigarrillo. Dani siguió con ojos ansiosos la acción de su madre y esta, lanzando un suspiro, empujó hacia ella la cajetilla. Dani cogió un cigarrillo y lo encendió.

—Pensé que no creías en esos exploradores del cerebro ajeno. Yo los llamo lavanderas de cerebros, pero en realidad no lavan nada. Solo ensucian.

—Ya no sé en qué creer.

Dani miró a su madre, curiosa. Aquella actitud de duda no le cuadraba. Por lo general Nora tenía ideas definidas sobre todas las cosas.

Nora bebió unos sorbos de café e hizo una mueca.

Dani sonrió entre dientes.

—No es, ni remotamente, el café que tomamos en casa.

—Es cierto —dijo Nora. Miró a su hija—. ¿Es tan mala como el café la comida que os dan?

—No. La comida es buena.

—Vi las cartas que escribiste a Rick —dijo Nora en voz baja—. ¿Por qué no me hablaste de ellas?

Dani enrojeció intensamente.

—No pensé en ellas. Se me olvidó por completo.

—Si alguna otra persona las hubiera conseguido, no quiero pensar lo que habría ocurrido. Nunca... jamás habría imaginado que durante tanto tiempo, tú y él... —Se detuvo, cohibida.

Dani sintió que se le anudaba la garganta. Miró a su madre, silenciosa.

Nora bajó los ojos.

—¿Cuándo comenzó la cosa?

—Aquella vez, en Acapulco. ¿Recuerdas? Cuando tuviste que ir volando a San Francisco. Fue entonces cuando ocurrió la cosa.

—Hubieras debido decírmelo, Dani. ¿Qué fue lo que te hizo?

—Él no fue, mamá —dijo Dani firmemente—. Fui yo.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Nora.

—¿Por qué, Dani? ¿Por qué?

—Quise probar que era una mujer. Estaba ya harta de simular que era una chiquilla.

Calló y clavó los ojos en los de su madre, sin temor alguno. Después de dar repetidas chupadas al cigarrillo, exclamó:

—Opino que no debemos hablar ya más de este asunto, ¿no lo crees así, mamá?

Nora hizo un ademán afirmativo.

—Sí. Supongo que sí.

Muchas otras cosas tenían que comunicarse, pero Dani se encerró en un profundo mutismo y su madre optó por hacer lo mismo con su hija, como antes había hecho con su madre. Cada generación era un mundo, separado.

Hizo, no obstante, una última tentativa.

—Dani —dijo, ansiosa— por favor, háblale a la señorita Jennings. Tal vez pueda ayudarte... y ayudarnos a todos.

—No me atrevo, mamá. Con ella no puede una detenerse a tiempo. Una cosa lleva a la otra y antes de que una se dé cuenta, ya ha soltado el secreto de lo que ocurrió aquella noche. Y no quiero que ese secreto lo sepa nadie en el mundo.

Nora miró a su hija. Era aquel secreto lo que al fin y al cabo las unía con lazos indisolubles: la carga pesada de una culpa común que habrían de compartir hasta el final de sus días.

Dani miró al reloj de pared. Eran cerca de las tres y media.

—Tengo que irme ya —dijo a sabiendas que mentía—. Tengo una clase.

Nora asintió. Dani se puso de pie, contornó la mesa y le besó a su madre en una mejilla. Nora cedió a un impulso incontenible y le echó los brazos al cuello.

—No te preocupes, mamá. Todo irá bien.

Nora dibujó una leve sonrisa.

—Por supuesto, querida. Te veré el domingo.

Vio cómo la matrona se levantaba y seguía a Dani por el pasillo, hasta que desaparecieron las dos tras de la puerta que daba acceso a la cafetería. Fijó la mirada en el cenicero. Su cigarrillo seguía encendido. Lo restregó contra el metal, lentamente y a continuación cogió el bolso. Sacó de él un espejito y dio un breve repaso a su maquillaje.

—Su madre es muy guapa, Dani —le dijo la matrona mientras recorrían el pasillo en el que se hallaba la habitación de la muchacha.

Dani lanzó una ojeada a la matrona. Todas y todos decían lo mismo cuando por primera vez veían a su madre; no era así cuando la veían a *ella*. Todo lo más que decían era: «¡Qué chiquilla tan mona!» En esas palabras ella creía percibir siempre una nota de decepción.

Dani entró en su habitación y cerró la puerta. Dejó vagar la mirada, unos instantes, por las chafarrinadas paredes y seguidamente se tendió en la cama.

Muy bella y con mucho talento. Eso era su madre. Todo lo que no era ella. Recordó cómo solía introducirse en el estudio cuando su madre estaba fuera y trataba de copiar algunas de las cosas maravillosas que esculpía su madre. Pero no lograba sacar nada en limpio; rompía los apuntes y los arrojaba allí donde nadie pudiera verlos.

De repente se puso a llorar, calladamente. Al cabo de un rato cesó en su llanto, se levantó de la cama y fue a mirarse en el pequeño espejo. Pensó de nuevo en su madre. Después de una crisis de lágrimas su rostro seguía irradiando belleza, con su tez pálida, luminiscente y sus ojos claros, traslúcidos. No como el rostro que veía ahora reflejado en el espejo, con los ojos hinchados y rojos y la cara abotagada.

Arrancó una servilleta de papel del paquete que le había mandado su madre, y se restregó con ella la cara. El frescor del rugoso papel, ligeramente mentolado, fue para su cutis un gran alivio.

Recordó como Rick se burlaba de ella por el empleo continuo que hacía de estas servilletas siempre húmedas y frescas. Las llevaba en su bolso. En una ocasión en que se hallaban los dos juntos, tendidos en la cama, él con los ojos cerrados, tuvo ella la ocurrencia de coger una de estas servilletas y pasársela por la cara para refrescarla. Aquel frío y húmedo contacto repentino le hizo saltar literalmente de la cama.

—Trato de que te sientas mejor —dijo.

—Pero ¡chiquilla! ¿Qué estás haciendo?

Se echó a reír y la atrajo hacia sí. Sintió el roce áspero de su barba contra la piel de su garganta.

—¿Sabes, pequeña? Eres la reoca.

La mantuvo contra su cuerpo, estrechamente.

Sintió que, de nuevo, las lágrimas acudían a sus ojos, pero mediante un gran esfuerzo de voluntad las contuvo. Era ya inútil llorar. Nadie podría consolarla. Antes, cuando se sentía sola y abandonada, iba a buscarlo. El entonces le sonreía y la cogía en sus brazos y su tristeza se desvanecía al instante. Pero eso no podía ser ya más.

Se puso a contar los días. El día anterior había salido Sylvia, camino del correccional. Era hoy viernes. El entierro de Rick debió de haberse celebrado ya. Se abstraía pensando si su madre había enviado flores.

Probablemente no las había enviado. Estaba casi segura de ello. Su madre se había olvidado ya de él. Lo que no habría olvidado, seguramente, sería el recuerdo doloroso de sus celos.

Recordó la cólera intensa de su madre cuando la halló en el cuarto de Rick. Se desfogó cubriendo de insultos al italiano, arañándolo y golpeándolo, furiosa. Creyó que quería matarlo.

—No, mamá. ¡No! —gritó, despavorida.

La madre se volvió entonces a ella y a rastras, desnuda como estaba, la llevó por el pasillo hasta su habitación, en donde la encerró. Desde ella, estremecida de espanto, oyó los gritos de su madre que despertaron a todos los de la casa.

No, estaba ahora segura de ello: su madre no había enviado flores. Pero también estaba segura de que su madre no había olvidado la ofensa que Rick le había inferido.

Sintió que sus ojos le ardían. Tomó otra servilleta de papel y se la pasó por la cara. Arrugó finalmente las servilletas usadas y las arrojó a la cesta.

Súbitamente la invadió una sensación de soledad. Como si aquellas servilletas de papel fueran el vínculo que la uniera al pasado, un vínculo roto y arrojado a la basura. Solo Rick había procurado comprenderla, pero ya nadie quedaba que pudiera hacerlo. Nadie. De nuevo se puso a llorar.



Sally Jennings miró el reloj. Eran las seis menos cuarto. Lanzó una ojeada impaciente a su escritorio. Eran muchos los informes que tenía que despachar. Los fue metiendo ordenadamente en su cartera. Tal vez podría estudiar algunos de ellos cuando volviera a su casa después de terminada la función.

Había esperado mucho tiempo hasta conseguir billetes para esta particular representación y esta vez nada ni nadie le impediría asistir a ella. Tenía el tiempo justo de ir a casa, cambiarse de ropa, bajar de nuevo al centro, tomar de pie un bocadillo y llegar al teatro segundos antes de que se levantara el telón.

Alguien golpeó tímidamente la puerta.

—Sí —exclamó, impaciente.

Al pronto solo pudo ver el blanco uniforme de la matrona detrás de la puerta acristalada; seguidamente se abrió esta y Dani entró en la habitación. Se detuvo ante la puerta, vacilante.

—Señorita Jennings —preguntó en voz baja—. ¿Podría hablar con usted?

La psicoanalista le lanzó una mirada penetrante. La muchacha había llorado, era evidente, pero en su rostro desencajado advertía una expresión de desamparo que jamás había observado en él.

—Por supuesto, Dani.

Dani reparó en la cartera abierta.

—Si es que ya se va, señorita Jennings, volveré mañana por la mañana.

Sally Jennings cerró la cartera y la dejó en el suelo, detrás de su mesa.

—No, Dani. Precisamente había decidido quedarme y trabajar por la noche.

Dani avanzó unos pasos por el despacho.

—No quisiera por nada del mundo molestarla.

La señorita Jennings le sonrió y como cada vez que sonreía, parecía más joven.

—Le propongo una cosa, Dani. Venga conmigo a la cafetería y cenaremos juntas. Así podremos charlar a nuestras anchas.

Dani miró de soslayo a la matrona, detrás de la puerta.

—¿Cree... supone usted que me dejarán?

Sally descolgó y marcó el número del inspector jefe tutelar. Tapó con la mano el auricular y dijo:

—Creo que eso podemos arreglarlo.

Tal vez no fuera alivio o gratitud lo que la psicoanalista vio en los ojos de Dani, pero lo cierto fue que, repentinamente, desapareció de su rostro toda expresión de desamparo. Y también repentinamente percibió que aquella representación que durante tanto tiempo había ansiado ver, carecía ya de importancia para ella.

—La primera vez que descubrí que el cariño de la gente no es eterno fue cuando mi padre dejó de venir a verme. —Dani miró a la señorita Jennings a través de la mesa de su despacho. Habían vuelto a él, después de la cena en la cafetería—. ¿Comprende usted lo que quiero decir? Cuando se es muy pequeña, se cree una el eje del mundo, pero ya de mayor sabe una que no es así. Lloré a rabiar todos los días, durante un mes. Finalmente me acostumbré a la idea.

»El tío Sam, esto es, el señor Corwin, era muy simpático. Mi madre se casó con él después de que se divorció de mi padre. Supongo que se compadeció de mí. Solía sacarme a paseo como lo hacía mi padre. Me llevaba a los parques y al zoológico. Incluso una vez fuimos a dar una vuelta por el mar, en un velero. Pero no era como mi padre.

»Cuando estaba con papá era como si yo fuera la única cosa que había en su vida. Con tío Sam era diferente. Procuraba complacerme en todo, pero yo sabía muy bien por qué lo hacía, porque era una buena persona y su deber le mandaba ser bueno conmigo. Con todo, yo le estimaba mucho. Y un día, de repente, se fue de casa. Recuerdo muy bien ese día.

Dani calló y concentró su vista en el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—Siga, Dani —le instó la psicoanalista—. Dice que recuerda ese día. ¿Qué ocurrió para que lo recuerde?



El microbús con las palabras *Colegio de la Señorita Randolph* delicadamente grabadas sobre la portezuela, se detuvo ante la puerta de la casa. El conductor, de irreprochable uniforme gris, se apeó y abrió la portezuela. Dani salió del coche disparada, la negra cabellera al viento, con una blusa blanca y una falda plisada de un azul deslumbrante. Subió precipitadamente por la escalinata que conducía a la puerta de entrada principal.

—Le deseo un feliz fin de semana, señorita Dani —le dijo el conductor.

—También se lo deseo a usted, Axel.

Dejó los libros encima de una mesilla del vestíbulo y con el cuaderno de notas en la mano, contornando la escalera circular de mármol fue derechamente al estudio.

Abrió de un empujón la puerta y penetró, impetuosa, en la pieza, gritando:

—¡Mamá, mamá! ¡Me han dado un diez en Arte!

Cruzó el estudio, con el cuaderno en alto, antes de que se diera cuenta de que no había nadie en él. Fue entonces al cuartito anexo y halló la puerta cerrada. La golpeó ligeramente con los nudillos.

—¿Estás ahí, mamá?

No obtuvo respuesta.

Con extremo cuidado abrió la puerta y lanzó una ojeada al interior del cuarto. Este se hallaba vacío. Lentamente cerró la puerta. Estaba perpleja. Habitualmente, a aquella hora del día, su madre trabajaba en el estudio.

Volvió al vestíbulo. Recogió los libros que había dejado en la mesilla y comenzó a subir por la escalera. Charles salió en este momento de la habitación del tío Sam.

—Buenas tardes, señorita Dani.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó Dani.

El mayordomo parecía desazonado.

—Salió, señorita Dani.

—¿Le dijo cuándo volvería? —Dani le mostró el cuaderno de notas—. Me han dado un diez en Arte. Quiero enseñárselo.

—¡Es magnífico, señorita Dani! —Y a continuación el tono de su voz cambió—. No me dijo cuándo regresaría.

—¡Oh! —exclamó Dani, decepcionada. Se dirigió hacia su habitación, pero no bien hubo andado unos pasos, se detuvo y se volvió hacia el mayordomo.

—Avísame cuando llegue, Charles. Tengo necesidad de verla.

—No dejaré de hacerlo, señorita Dani.

La señora Holman estaba atareada ordenando el ropero cuando entró Dani en la habitación. Una sonrisa iluminó su rostro al verla.

—¡Por fin llegaste! ¡Con cuánta impaciencia te esperaba! Dime, ¿lo conseguiste?

Dani sonrió entre dientes.

—¿Qué cree usted?

—Anda, déjame verlo —exclamó la vieja institutriz—. No pongas a prueba mi paciencia.

Traviesa, Dani escondió el cuaderno.

—No se lo enseñaré, nana, mientras no cumpla su promesa.

—Hace un momento saqué el pastel del horno.

—Muy bien. Entonces ¡allá va! —Dani puso delante de sus ojos el cuaderno de notas.

—Tengo que ponerme las gafas —exclamó la señora Holman—. Sin ellas, y con los nervios que tengo, no vería nada.

Las encontró en un bolsillo de su uniforme y se las puso apresuradamente. Cogió, ansiosa, el cuaderno.

—¡Oh Dani! —exclamó, jubilosa—. ¡Un diez en Arte!

La vieja nana la abrazó.

—¡Me siento tan orgullosa de ti! —exclamó radiante de alegría. Besó a Dani en la mejilla—. También tu madre se sentirá orgullosa cuando lo vea.

—¿Dónde está mamá? No la vi en el estudio.

Observó en el rostro de su nana la misma expresión de desconcierto que advirtió en el de Charles.

—Tu madre tuvo que salir de viaje para un negocio urgente. Estará de vuelta el lunes.

—¡Oh! —En aquellos últimos tiempos su madre había tenido que emprender frecuentes viajes de negocios. Cogió el cuaderno de notas de manos de la nana—. Espero que esté de vuelta a tiempo para firmarme el cuaderno. Tengo que devolverlo el lunes.

—Estoy segura de que volverá a tiempo. Ahora bajemos a la cocina y pidamos a Cookie que nos sirva la leche y el pastel. Las tres festejaremos el día.

Dani miró a su vieja nana. Sentía por ella un gran cariño, pero estaba harta de que todas las fiestas tuviera que celebrarlas a solas con ella. Le desazonaba que jamás asistiera a ellas su madre.

—No quiero festejar nada —exclamó.

—Harás lo que yo te diga —exclamó con fingida severidad la nana. Sabía muy bien cuáles eran los pensamientos de Dani.

—Está bien. —Dani se volvió y se encaminó a la puerta.

Tropezó en el pasillo con tío Sam y Charles. Los dos llevaban maletas y maletines.

—¡Tío Sam! —exclamó Dani corriendo hacia él.

—Hola, Dani —dijo tío Sam mientras Charles se encaminaba a la escalera con el equipaje.

—¡He tenido un diez en Arte!

—Te felicito, Dani.

Algo singular había en la voz de tío Sam que llamó la atención de Dani. Esta fijó su vista en el rostro de su padrastro. Estaba muy pálido y desencajado y expresaba tristeza y desaliento. Reparó en las maletas.

—¿También vas a pasar fuera el fin de semana? —preguntó—. ¿Vas a encontrarte con mamá?

—Me voy, sí, Dani. Pero no iré a encontrarme con tu madre.

—Pensé que si la veías podrías decírselo.

—¿Decirle qué?

—Que me han dado un diez en Arte.

—No, Dani. No la veré.

—¿Estarás de vuelta el lunes?

La miró, silencioso, unos instantes y a continuación dejó en el suelo la maleta y el maletín que llevaban en las manos.

—No, Dani, no volveré el lunes. No volveré ya más a esta casa.

—¿Nunca jamás? —le preguntó con voz alterada.

—Así es. Me voy para no volver ya más.

Súbitamente sus ojos se arrasaron de lágrimas. Lo mismo que sucedió con su papáito. Se fue un día y no volvió ya más.

—¿Por qué? ¿No nos quieres ya?

Vio las lágrimas que rodaban por sus mejillas y notó cómo se quebraba su voz. Le cogió una mano.

—No es eso, Dani. No se trata de ti. Pero las cosas no marchan siempre como uno quisiera. Tu madre y yo vamos a divorciarnos.

—¿Como lo hizo con mi papi?

Hizo un ademán afirmativo.

—Eso quiere decir que no vendrás ya más a verme. —Rompió a llorar a todo trapo—. Ahora nadie vendrá a verme.

Le ciñó el cuello con el brazo, desmañadamente.

—Con mucho gusto vendría a verte, Dani. Pero no me será posible.

—¿Por qué no? —preguntó—. La madre de Susie Colter se divorció cinco veces y todos, todos *sus* padres iban a verla. Lo sé porque es la que está sentada a mi lado en la clase y siempre me enseña los regalos que le traen sus papis.

—A tu madre no le gustaría eso.

—¿Por qué no es ella la que se va cuando se divorcia? —preguntó Dani, con creciente ira—. ¿Por qué ha de ser siempre el papáito el que tiene que irse?

—No lo sé.

Cediendo a un movimiento irrefrenable le echó los brazos al cuello.

—¡No te vayas, tío Sam! ¡Te echaré terriblemente de menos!

Sonrió y juntó su mejilla con la de la chiquilla.

—También yo te echaré de menos, Dani. Y ahora serénate, sécate esas lágrimas y déjame que me marche. Yo te mandaré regalos de vez en cuando. Y se los enseñarás a tu amiguita de clase, para que vea que no es la única que recibe regalos de su papáito.

—Está bien —exclamó vacilante Dani. Le besó la mejilla—. Pero de todos modos te echaré mucho de menos.

Sam volvió a besarla y se enderezó. Recogió sus bultos.

—Tengo que darme prisa.

Lo siguió escaleras abajo.

—¿Vas a La Jolla a vivir en un barco como papá?

Se echó a reír.

—No, Dani. Voy a vivir en Nueva York algún tiempo.

En su voz había un asomo de decepción.

—Si fueras a vivir en un barco, podríamos ir de excursión por el mar.

Volvió a reírse.

—No soy tan buen marinero como tu padre.

Dani lo acompañó hasta la puerta y observó cómo Charles trasladaba bultos y maletas al taxi. Tío Sam se inclinó y nuevamente la besó.

—Adiós, Dani.

El taxi se puso en movimiento y la niña lo despidió agitando la mano.

—¡Adiós, tío Sam! —exclamó y añadió, sin saber lo que decía, porque la emoción que la embargaba era demasiado intensa—. Que te diviertas mucho.

Se encaminó, desconcertada y cavirosa, a la cocina. Allí la esperaban la nana, Charles y Cookie, la cocinera. Toda la servidumbre, menos Violet que era la doncella de su madre. Violet, cuando su madre no estaba, brillaba por su ausencia.

—Mamá y tío Sam van a divorciarse —anunció—. Tío Sam irá a vivir a Nueva York.

La señora Holman se abstuvo de todo comentario y puso sobre la mesa un gran pastel de chocolate.

—¿Qué te parece este pastel? —preguntó.

Dani lo contempló con fingida admiración.

—¡Soberbio! —Pero no había en su voz el más mínimo atisbo de entusiasmo.

—Siéntate a la mesa, cielito —dijo Cookie— y te cortaré un pedazo.

Dani, obediente, se sentó. Cookie cortó un buen trozo de pastel y lo puso en un plato junto al vaso de leche. Luego cortó para los demás y todos se sentaron a la mesa. Dani sabía que ninguno de ellos cataría el pastel mientras ella no comenzara a comerlo. Cortó un trocito con el tenedor y se lo llevó a la boca.

—El pastel es delicioso —musitó.

—No hables con la boca llena —le reprendió la nana.

Todos comenzaron a comer.

—El pastel es excelente, señora Holman —dijo Charles.

—Es usted un adulón, Charles —le dijo, riendo, la cocinera.

—También son excelentes sus pasteles, Cookie —exclamó Charles, consciente de lo quisquillosas que suelen ser las buenas cocineras.

—¿Por qué se divorcian? —preguntó Dani repentinamente.

Los servidores se miraron unos a otros, perplejos y desconcertados. Fue la nana la que contestó por todos.

—No lo sabemos, criatura. Ni nos importa saberlo.

—¿Acaso es porque mamá es tan bonita y tiene tantos amigos?

No le contestaron.

—Hace algunos días oí cómo tío Sam y mamá se disputaban. Sam dijo que estaba hasta la coronilla de ella y del *gigoló* con el que se había asociado. Supongo que es también un *gigoló* el socio de tío Sam, el señor Scaasi, pero no sabía que mamá tuviera también un socio italiano.

—Esas son cosas de ellos, nenita, que no deben importarte a ti y menos a nosotros. No pienses más en eso y come tu pastel tranquilamente.

Dani comió silenciosamente durante unos minutos. A continuación alzó los ojos del plato y exclamó:

—Tío Sam me dijo que me mandaría regalos para que pudiese mostrar a Susie Colter que no es la única que recibe regalos de sus papaitos.

Dos meses después —el día en que cumplía diez años— recibió una gran cesta de Nueva York. Estaba llena de regalos. Tío Sam había cumplido su palabra. Esto la hizo muy feliz. Pero, en el fondo, le echó mucho de menos.

Cuando terminaron los cursos su madre la llevó a un rancho para turistas en las inmediaciones del lago Tahoe, para pasar allí los meses de verano. Su madre le dijo que iba allí con el propósito de obtener su divorcio, pero el caso fue que el lugar encantó a la niña. Por la mañana montaba a caballo y por la tarde iba al lago. Rick estaba también allí, con las dos. Era el nuevo agente de su madre. Debía de ser aquel socio *gigoló* (o italiano) al que se había referido, en su disputa con su madre, el tío Sam, porque más de una vez lo había visto salir de la habitación de su madre por la mañana.

Pero Rick le gustaba mucho. Tenía sus mismos gustos. Le divertían las mismas cosas que a ella. Montaba a caballo, y practicaba, junto con ella, el esquí acuático. Siempre estaba riendo. No como tío Sam que estaba siempre muy serio y reía pocas veces. Su madre le decía que Rick era tan infantil como ella.

A su madre no le gustaba montar a caballo ni permanecer mucho tiempo en el agua. Tenía una piel muy delicada y las quemaduras del sol eran muy perjudiciales para su tez. La mayor parte del tiempo la pasaba encerrada en su cuarto que había convertido en improvisado estudio. Por la noche se ponía de veinticinco alfileres y se trasladaba junto con Rick a Reno. La mañana la pasaba durmiendo y se levantaba muy tarde. Pero Rick era madrugador y se levantaba muy temprano para acompañarla en sus paseos matinales a caballo. Acostumbraba a llamarla La Jinetilla.

Por aquel entonces llevaba bigote. Una línea sutil, una pincelada que recorría su labio superior de una comisura a otra de su boca generosa. Era un proyecto de bigote, pero a ella le encantaba. ¡Estaba tan mono con él! Un Clark Gable rejuvenecido. Un día le habló a su madre de este parecido y su madre, por una razón que no supo discernir, se enfadó mucho. Ni corta ni perezosa se dirigió a Rick y le ordenó que se afeitase tan ridículo exorno capilar.

Dani se puso a llorar.

—¡No lo afeites! —imploró—. ¡Por favor, no te lo quites!

—Deja ya de conducirte como una necia —le gritó su madre.

Dani se volvió airada hacia su madre.

—Tú quieres que se lo afeite únicamente porque te dije que a mí me gustaba mucho. Eso es lo que tú quieres: que nadie me quiera y que yo no quiera a nadie. — Se volvió a Rick:

—Dile que no, ¡que no te afeitarás!

Rick miró primero a ella y luego a su madre. No sabía qué partido tomar.

Entonces su madre sonrió. Era aquella una sonrisa especial saya que asomaba a su rostro cada vez que quería que alguien hiciese lo que no tenía ganas de hacer.

—Eres libre, blanco y mayor de veintiún años, Rick. Haz lo que creas más conveniente.

Rick estuvo callado unos instantes; a continuación se volvió y se dirigió a su cuarto. Cuando salió de él al cabo de unos pocos minutos su bigotillo había desaparecido y con él su parecido con Clark Gable. Dani rompió a llorar y corrió a su

habitación.

Después de este incidente Rick dejó de acompañar a Dani en sus paseos a caballo. Tampoco practicó con ella el esquí acuático. Pero en realidad todo esto carecía de importancia, pues las vacaciones prácticamente habían terminado.

Su madre la envió a un campamento estudiantil para que pasara en él el resto del verano.

catorce

Nora apartó la vista de su trabajo para responder a una discreta llamada de nudillos sobre la puerta del estudio.

—Adelante.

La puerta se abrió suavemente y apareció en el umbral la figura de la señora Holman.

—¿Puedo hablar con la señora? —preguntó esta muy seria.

Nora asintió con un gesto.

—Por supuesto. —Apartó de sí la masa de arcilla que estaba modelando y con un trapo se limpió las manos.

La nana avanzó unos pasos, cohibida. Era aquella una de las raras veces que había penetrado en el *sancta sanctorum* de Nora.

—Me gustaría hablarle a propósito de Danielle.

Lanzó una mirada de soslayo en dirección a Rick que se hallaba de pie no lejos de donde estaba Nora.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Nora.

La señora Holman volvió a mirar hacia Rick, con creciente turbación. Rick se dio por advertido.

—Voy a dejarlas a las dos, para que hablen a sus anchas.

Se fue a la pequeña habitación contigua, dejando la puerta abierta.

—¿Y bien? —preguntó Nora.

La vieja nana, vacilante, no sabía cómo romper el hielo.

—Danielle está ya muy crecida.

—Por supuesto —dijo Nora—. Es cosa que salta a la vista.

Nora guardó silencio y se limitó a lanzarle una mirada impaciente.

—Ya no es una niña. Se está haciendo rápidamente una mujercita.

—Lo que quiero decir —continuó la anciana con voz trémula y vacilante— es que no es nada fácil para mí darle una explicación de las cosas.

—¿Qué cosas? —le preguntó Nora con manifiesta impaciencia—. Supongo que no habrá necesidad de explicarle las realidades de la vida. De eso ya se han encargado, y con verdadera eficacia, las maestras del Colegio Randolph.

—Sí, así es —dijo con cierta exaltación la señora Holman—. Nada ignora de esas realidades.

Nora aprobó con un gesto.

—Es natural. Así debe ser.

—Y como nada ignora —insistió la nana—, ¡tiene siempre los ojos muy abiertos!

Nora guardó silencio unos segundos, y exclamó a continuación:

—Señora Holman, exprese exactamente, sin rodeos, su pensamiento.

La señora Holman, sin mirarla, comenzó a hablar.

—Danielle ve lo que está ocurriendo en esta casa. Ve cosas que no debiera ver, que excitan su imaginación... cosas, en fin, que una jovencita decente no debería ver en su casa.

—¿Va usted a decirme qué es lo que debo hacer en mi casa?

El aya denegó rápidamente con el gesto:

—No, señorita Hayden. Solo le hablo a propósito de su hija. Aunque sepa las realidades de la vida, su mente es todavía la de una niña y hay ciertas cosas que la mente de una niña no puede comprender, por muy evidentes que sean. —Miró con fijeza a Nora—. No me es posible ya convencer a la niña de que no es cierto lo que ve y de que es falso lo que sus sentidos dan por evidente.

—Ese es un trabajo que usted se toma gratuitamente y que no le incumbe en modo alguno, señora Holman —le dijo fríamente Nora.

El aya frunció el ceño con un gesto de obstinación.

—Tal vez no me incumba, señorita Hayden. Pero me he cuidado de Dani desde que nació y creo que es mi deber no ocultarle lo que ahora la afecta.

—Gracias, señora Holman —dijo Nora con la misma entonación helada—. Pero tenga presente que desde que nació he sido la madre de Dani. Está bajo mi responsabilidad, no bajo la suya.

El aya la miró.

—Sí, señorita Hayden. —Se volvió y abandonó el estudio.

Al cerrarse la puerta tras ella, salió Rick del cuartito contiguo.

—¿Oíste lo que dijo la buena señora? —preguntó Nora.

Rick clavó sus ojos en los de ella y dijo tajante.

—Hay que mandarla volar.

—En cierto modo tiene razón. Dani no es ya una niña.

—Nora tomó en sus manos el montón de arcilla. —Tenemos que ser más cuidadosos.

—¿Cuidadosos? —Rick estalló—. ¿Qué podemos hacer? Cómo se ve que no eres tú quien tiene que escabullirse por la madrugada de tus habitaciones, cruzar el jardín y subir al cuarto encima del garaje, como un ladrón que escurre el bulto. De seguro está enterado de eso todo el vecindario.

Nora se echó a reír.

—Un ladrón perfecto no haría tanto ruido como tú, abriendo y cerrando puertas.

—Me gustaría verte a ti, especialmente cuando llueve y se forman charcos que hay que cruzar poco menos que a nado.

Nora volvió a apartar de sí la masa de arcilla.

—Casémonos —dijo Rick—. Es la única forma de cerrar las bocas.

—No. —Nora le miró de hito en hito—. No estamos hechos para la vida matrimonial. Me he casado ya dos veces y lo sé por experiencia. Y en cuanto a ti, tú sabes muy bien que no estás dotado mejor que yo para el matrimonio.

Él se acercó a ella y le rodeó el talle con sus brazos.

—Pero tal vez sería distinto, si esa experiencia la hiciésemos juntos.

Lo rechazó suavemente.

—No te hagas ilusiones, chiquito. Somos pájaros del mismo plumaje. Y nos gusta volar en completa libertad. No podríamos vivir encerrados en la jaula matrimonial.

—Yo ya he volado bastante y no me importaría vivir contigo en la misma jaula. Me consideraría muy feliz.

Él intentó enlazarla de nuevo, pero ella esquivó el abrazo.

—¿Y qué les dirías a tus amigos cuando no pudieras ir a verlos los martes y los jueves por la noche? ¿Particularmente a tu amiga, la chica italiana fotógrafa de un club nocturno, que de vez en cuando, en sus noches libres, te brinda *spaghetti* en cantidades astronómicas? ¿Qué le dirías después de tanto tiempo que ha estado esperándote para que te casases con ella?

La miró, con el rostro encendido:

—¿Cómo lo sabes?

Nora sonrió:

—Lo sé todo acerca de ti. No me creas tan Cándida. —Se encogió de hombros y tomó un cigarrillo. Esperó a que él se lo encendiera para proseguir—. Pero no me importa, realmente. Puedes hacer lo que se te antoje, siempre que hagas lo que yo deseo.

Comenzó a sonreír lentamente.

—Y yo desee lo que tú hagas. ¿No es así, chiquita?

Se abalanzó a ella. Esta vez no le esquivó. Le quitó el cigarrillo de los labios y lo depositó en el cenicero. Le besó en la boca, ávida, brutalmente.

Mantuvo sus ojos abiertos, clavados en los del hombre.

Hizo doblar su cuerpo contra el filo de la mesa y su mano se perdió bajo su falda.

—¡La ventana! —exclamó ella señalando la vidriera delante de ellos.

—¡Al diablo la vidriera! No puedo esperar un segundo más. ¡Que rabien los vecinos!



Cuando Dani regresó del campamento, Charles fue a recibirla a la estación. Miró a uno y otro lado. La señora Holman acostumbraba a venir con él.

—¿Dónde está la nana?

Charles sin mirarle a la cara se puso a recoger su equipaje.

—¿No lo sabía, señorita Dani? La señora Holman se fue de la casa.

Dani, súbitamente, se detuvo:

—¿Me ha dejado?

Charles estaba turbado.

—Creí que lo sabía, señorita Dani. Ha ido a servir a otra casa.

Los ojos de Dani llamearon, airados.

—¿La despidió mamá?

—No lo sé, señorita Dani. Fue poco después de que usted marchara al campamento. —Abrió la portezuela del coche para que ella subiera.

—¿Sabe en qué casa sirve ahora? —le preguntó.

Charles hizo un ademán afirmativo.

—Quiero que me lleve en seguida a ella.

Charles titubeó.

—No sé si debo. Su madre...

—¡Quiero que me lleve allí! —exclamó, imperiosa Dani—. Inmediatamente.

—Señorita Dani. Su madre se enfadará conmigo.

—No se lo diré. Por favor, lléveme allí.

Dani se sentó en el asiento de atrás y Charles cerró la portezuela. Intentó de nuevo disuadirla cuando fue a ocupar su asiento detrás del volante.

—Señorita Dani...

Súbitamente la voz de la niña se hizo fría y tajante como la de su madre.

—Si no me lleva a ella, le diré a mamá que lo hizo por iniciativa propia.

La casa formaba parte de un grupo de edificios nuevos en Saint Francis Wood. La nana salía justamente de ella, por el paseo, empujando un cochecillo gris con un pequeñuelo dentro. Dani saltó impetuosa del auto sin esperar a que este estuviera completamente parado.

—¡Nana! —gritó corriendo hacia ella—. ¡Nanita!

La anciana se detuvo y parpadeó, pues el sol ya bajo le daba en la cara. Puso una mano ante sus ojos a guisa de pantalla.

—¿Dani?

Su visión, entonces, se aclaró y abrió los brazos para recibir en ellos a la impetuosa chiquilla.

—¡Dani! —exclamó mientras sus ojos se arrasaban de lágrimas—. Dani, *mein kleines Kind!*

También rompió a llorar Dani.

—¿Por qué me dejaste, nana? ¿Por qué te fuiste?

La nana la cubrió de besos.

—¡Mi nena, mi nenita santa! —exclamaba—. Déjame que te mire. ¡Qué guapa estás! Una mujercita hecha y derecha. ¡Y qué colores!

Dani hundió su cabeza en el pecho opulento de su nana.

—¡Hubieras debido avisarme! —dijo en medio de sollozos—. ¡No sé por qué tuviste que abandonarme!

Le dolió a la anciana aquel reproche inmerecido y por encima de la cabeza de la niña miró a Charles. El mayordomo respondió a aquella mirada interrogadora, con un movimiento de negación.

Intuitivamente adivinó lo que el mayordomo quería decirle.

Se volvió hacia la niña y le dijo:

—Ya eres una señorita, Dani. Y no está bien que las señoritas tengan nanas.

—Tendrías que habérmelo dicho —dijo Dani, sin cesar en su llanto—. No estuvo bien lo que hiciste.

—Mi oficio es cuidar a los niños pequeños, Dani querida. Me necesitan.

—Yo también te necesito —dijo Dani—. Tienes que venir a casa conmigo.

Hizo un gesto lento de denegación.

—No puedo, Dani.

—¿Por qué no?

La señora Holman señaló a la criaturita que dormía en el fondo del cochecillo.

—Esta muñequita me necesita también —dijo sencillamente.

—Yo te necesito mucho más que ella. Siempre estuviste conmigo.

—Ya es hora de que aprendas a valerte sin mí —dijo la vieja nana—. Eres ya mayor. ¿Qué puedo hacer yo sino estar con los brazos cruzados viendo cómo sales y entras? No me necesitas para nada. ¿No estuviste todo el verano sin mí? ¿Ha de ser distinto porque estés en la casa?

—Pero es que yo te quiero, nana.

El aya volvió a apretarla efusivamente contra su pecho.

—Y yo también te quiero, mi pequeña Dani.

—Entonces vendrás a casa conmigo.

—No, Dani —le dijo la nana—. No puedo ir contigo a casa. Tu madre tenía razón. Era algo que tenía que ocurrir un día u otro forzosamente.

—¡Mi madre! Entonces ¡tenía yo razón! ¡Ella *fue* quien te despidió!

—Más tarde o más temprano, Dani —dijo tristemente la nodriza— tenía que suceder esto. Tienes doce años. Eres ya casi una señorita hecha y derecha. Pronto tendrás pretendientes a docenas que irán a verte. Irás a fiestas y reuniones. ¿Para qué necesitarás entonces una vieja nana? Tendrás tu vida propia.

—¿Te despidió mi madre? —insistió, terca, Dani.

—Convinimos las dos que era lo mejor que podía hacerse. Tu madre fue muy buena y generosa conmigo. Me indemnizó con un año de paga.

—Con todo hubieras debido avisarme —dijo Dani—. Tú no eras la nana de ella. Eras mi nana.

La anciana guardó silencio. La lógica de la niña la abrumaba.

—Lo mejor será que te vayas ahora. Tu madre estará inquieta por tu tardanza. Por otra parte te reserva una gran sorpresa.

—No me importa la sorpresa que pueda darme —dijo Dani—. ¿Podré venir a verte? Alguna que otra vez, quiero decir. Esto es, si no puedes venir a verme.

La señora Holman la estrechó tiernamente contra su pecho.

—Por supuesto, Dani. Un jueves sí y otro no, estoy libre. Podría ir a verte después de las horas del colegio.

Dani besó a su nana en la mejilla.

—Te echaré de menos terriblemente.

—Yo también, cielo —dijo la señora Holman. A duras penas contenía sus lágrimas—. Ahora vete, O pondrás en un apuro a Charles.

Volvieron a besarse y Dani se encaminó lentamente al coche. Guardó silencio en todo el recorrido hasta la casa. Cuando estaban cerca de ella, se reclinó en el respaldo del asiento de delante y le preguntó a Charles.

—¿Qué clase de sorpresa me tiene reservada mi madre?

—No puedo decírselo. Le prometí a su madre que guardaría el secreto.

Pero ante la insistencia de la niña Charles hubo de rendirse. Nora tenía una reunión en el estudio y había dejado aviso de que no quería ser molestada. Dani subió la escalera de mármol, seguida de Charles con su equipaje y se dirigió a su antiguo cuarto.

—No por ahí, señorita Dani. Por aquí. —Charles se dirigió hacia el otro extremo del pasillo, muy apartado de su antiguo cuarto y del de su madre.

Ella le siguió dócilmente.

Hizo un ademán afirmativo y se detuvo ante la puerta de la que había sido anteriormente la habitación reservada de los huéspedes ocasionales, una de las más amplias de la casa. Abrió la puerta y le cedió el paso con un reverente:

—Pase usted, señorita Dani.

La habitación era más de dos veces mayor que la que hasta entonces ocupara. Todo en ella era nuevo y flamante, desde el brillante dosel de la cama hasta el conjunto de tocadiscos, radio y televisión empotrado en la pared. Había un amplio y profundo ropero, como el de su madre, también empotrado en la pared y un nuevo cuarto de baño con la pila hundida en el suelo y un lujoso tocador.

—Puede usted hacer funcionar el televisor, el tocadiscos y la radio desde la cabecera de la cama —dijo, muy ufano, el mayordomo.

—Todo es muy bonito —dijo Dani sin mucho entusiasmo. Recorrió la habitación con la mirada—. ¿Dónde está mi cómoda?

—No emparejaba con el mobiliario moderno y su madre la mandó al ático.

—Que la bajen inmediatamente.

—Sí, señorita Dani.

—¿Qué hicieron con mi antigua habitación?

—Su madre la convirtió en una especie de despacho para el señor Riccio. Y la antigua habitación de la señora Holman la ocupa él ahora.

—¡Oh! —exclamó Dani. Era ya lo bastante mayor para saber lo que esto significaba. Las chicas del campamento ya le habían referido, con sabrosos comentarios, la clase de relaciones que existen entre las damas de sociedad y sus secretarios o representantes obligados a vivir bajo el mismo techo que sus representadas.

Charles introdujo el equipaje en la nueva habitación. En ella se encontraba ya el baúl grande del campamento.

—Mandaré a Violet para que le ayude a desempaquetar. Estábamos esperándola

para que nos entregara la llave del baúl.

—No necesito ayuda.

—Sí, hijita, la necesitas. —La voz de su madre le llegó por la puerta abierta—. No puedes hacerlo tú sola.

Dani se volvió para enfrentarse con su madre.

—Yo lo llené sola —dijo—. No necesito la ayuda de Violet.

Nora le lanzó una mirada inquisitiva y pudo darse cuenta de que algo insólito ocurría. Miró a Charles y este hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento.

—¿Así es como recibes a tu madre después de tan larga ausencia? Vamos, acércate y déjame que te mire.

Nora se inclinó ligeramente para que Dani le besara la mejilla. Dani, obediente, la besó sin disimular el hecho de que lo hacía por pura fórmula. Charles salió de la habitación, cerrando tras sí la puerta.

—¿Por qué despediste a mi nana? —preguntó en cuanto se hubo cerrado la puerta.

—¿Es esta la primera cosa que se te ocurre preguntar después de todos los trabajos y afanes que me tomé para arreglarte esta habitación? Lo menos que habrías podido hacer era decirme qué te parece.

—Me parece muy bien. —El tono de voz de Dani indicaba de un modo manifiesto su indiferencia.

—Desde la cama puedes hacer funcionar el tocadiscos y el televisor.

—Sí. Ya me lo dijo Charles.

Era evidente que Dani esperaba a que su madre contestara a su pregunta y no menos evidente que Nora estaba resuelta a no contestarla.

—Has crecido mucho. Estás casi tan alta como yo. ¿Cuánto mides ahora?

—Un metro sesenta centímetros.

—Vuélvete —le dijo su madre— que te vea bien.

Obediente, Dani giró lentamente sobre sus talones.

—No solo has crecido. Te has desarrollado mucho. Ya eres una mujercita.

—Mi sostén es de la talla treinta y dos —dijo con un tono de orgullo en su voz—. Pero soy muy ancha de espalda. Y me dicen en el colegio que pronto tendré que llevar la talla treinta y cuatro.

Hubo en la voz de Nora una nota de contrariedad.

—Las chicas que se precian de discretas no deben hablar de esas cosas. Mandaré a Violet para que te ayude a desempaquetar.

—No quiero a Violet —exclamó Dani con voz alterada—. Quiero a mi nana.

Nora se volvió a ella, exasperada.

—La nana no está ya aquí. Y asunto concluido. Si no quieres que Violet te ayude, tendrás que arreglártelas tú sola.

—Entonces no quiero a nadie —replicó Dani. Sus ojos comenzaron a humedecerse—. ¿Por qué no me dijiste que ibas a despedir a la nana? ¿Por qué tanto

secreto?

—No hubo ningún secreto en mi decisión. —Nora no podía disimular más tiempo su cólera—. ¡Ya no necesitas más un ama de cría!

Dani comenzó a llorar.

—¡Hubieras podido decírmelo!

—¡Deja ya de portarte como una cría! No tengo por qué darte cuenta de mis decisiones. ¡Hago lo que creo justo hacer!

—Eso es lo que dices siempre. Lo que dijiste cuando echaste a papá de casa. Cuando echaste también a tío Sam. Cada vez que hay alguien que me quiere a mí más que a ti, lo echas de tu lado. ¡Por eso despediste a mi nana!

—¡Calla!

Y por primera vez en su vida, Nora abofeteó a su hija. La niña se llevó una mano a la mejilla y miró a su madre con una expresión de horror en sus ojos.

—¡Te odio, te odio! —gritó desaforada—. Algún día querrás a alguien tanto como yo y lo apartaré de tu lado. ¡Entonces verás lo que es bueno!

Nora cayó de rodillas frente a su hija.

—Por favor, Dani —murmuró— siento lo que he hecho. Perdona mi arrebato.

Dani la miró a los ojos unos instantes, y acto seguido le volvió la espalda y se precipitó al cuarto de baño.

—Vete. ¡Déjame sola! —gritó a través de la puerta—. Te odio. ¡Te... odio! —terminó diciendo.

Sally Jennings la miró a través de la mesa que las separaba. Dani tenía los ojos encarnados. Las lágrimas habían dejado surcos oscuros en sus mejillas. Sally empujó hacia ella un paquete de Kleenex.

Dani arrancó una servilleta y se secó el rostro. Miró a la psicoanalista, agradecida.

—No quise hacerlo. En realidad no pensé lo que decía. Pero no podía hablar de otro modo con mi madre. Si no gritaba y me desgañitaba o tenía un ataque de nervios, no se ocupaba de mí.

Sally inclinó la cabeza. Consultó el reloj.

—Creo que será todo por hoy, Dani —dijo gentilmente—. Vuelva a su habitación y trate de dormir.

Dani se puso de pie.

—Sí, señorita Jennings. ¿La veré el lunes?

La psicoanalista denegó con un movimiento de cabeza.

—Temo que no pueda ser, Dani. Tengo algún trabajo que hacer en el hospital. No vendré aquí en todo el día.

—Y el martes tendré que asistir a la vista. Tampoco me será posible hablar con usted.

—Es cierto —reconoció Sally—. Pero no se preocupe, Dani. Hallaremos el modo de planear algo juntas.

Observó cómo la matrona acompañaba a Dani a lo largo del pasillo. Se retrepó en

la silla y cogió un cigarrillo. Lo encendió y mientras lo hacía puso en marcha el magnetofón. No había registrado toda la conversación, pero sí lo suficiente para basar en algo sólido su informe.

quince

Fui hasta la ventana y miré a través de ella. La neblina matinal era aún densa sobre la calle. Encendí un cigarrillo, inquieto. Me volví y miré en dirección al teléfono. Pensé llamar otra vez a Elizabeth, pero después de un momento de reflexión desistí de hacerlo. No me habría contestado. Ni siquiera cogería el teléfono. Había sido un necio. No debí nunca haberle mandado aquella fotografía.

Cuando yo le hablé por teléfono acerca de ella, me escuchó paciente y sosegada.

—¡Qué tontería! —había dicho—. ¿Con qué propósito armó Nora esa trampa?

—No lo sé. Tal vez fue lo que dijo el hombre, una póliza de seguro, o algo con que poder amenazarme. Por eso te mando la fotografía.

—No me la mandes, Luke. No quiero verla. Deshazte de ella.

—No puedo —le dije—. Tengo que mandártela. No lo haría si no estuviera convencido de que es de pega. Eso lo sabes muy bien. Te la enviaré por correo aéreo, certificada. No tienes necesidad de abrir el sobre. Ponlo en lugar seguro.

—Pides demasiado. Sabes que no podré resistir la tentación de verla.

—Bueno. Mírala entonces —le dije— y verás con qué solemne idiota te has casado.

Guardó silencio unos segundos y dijo a continuación:

—No debí dejarte que te fueras.

—Es tarde ya para pensar en eso.

Guardó de nuevo silencio.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro. Los dos estamos esperando tu regreso.

Eso había sido el jueves por la mañana. Cursé la carta y la llamé al día siguiente, bajo el supuesto de que ya la había recibido. En cuanto oí su voz comprendí que ya tenía encima la tormenta. Por su tono de voz percibí que había llorado.

—¡Vuelve aquí inmediatamente!

—Pero Elizabeth —protesté—, solo son ahora unos pocos días, hasta que se celebre la vista de custodia.

—¡No me importa! —exclamó—. ¡Vuelve a casa!

—¿Viste la foto?

—La foto no tiene nada que ver con esto.

—Ya te dije que fue un lazo que me tendieron.

—Aunque lo fuera —dijo llorando a todo trapo—. ¡Hay que ver la cara que pones! ¡Como si estuvieras en el séptimo cielo!

—Elizabeth, sé razonable.

—Eso es lo malo: he sido demasiado razonable. Pero ahora he dejado de serlo; no soy más que una mujer y una mujer ofendida. No quiero hablar ya más contigo. Cuando estés dispuesto a venir, mándame un telegrama.

Acto seguido colgó. La llamé nuevamente. Pero a lo largo de la hora siguiente, no logré comunicar con ella. Debió de haber dejado descolgado el receptor. Después me llamaron desde el despacho de recepción, avisándome de que la señorita Spices estaba esperándome y bajé inmediatamente al vestíbulo.

Tuvimos nuestra entrevista en la cafetería.

—¿Cómo está Dani? —le pregunté después de que la camarera nos hubo traído el café.

—Mucho mejor —dijo—. Estos últimos días se ha mostrado más comprensiva y con mayores deseos de ayudarnos.

—Me alegra saberlo.

—Me miró fijamente.

—Con todo sufre un grave desequilibrio.

—¿En qué se basa usted para decir eso?

—Hay algo, profundamente enraizado en ella, que la perturba y desequilibra. No hemos descubierto aún la motivación poderosa que la llevó a aquella acción violenta. Existen algunas cosas acerca de ella que no podemos comprender.

—¿Como cuáles? —pregunté—. Tal vez pueda yo aclarárselas.

—¿Cuando era niña sufría berrinches y ataques de nervios cuando se la contrariaba?

Hice un gesto de denegación.

—Que yo supiera, no. Era precisamente todo lo contrario. Muy concentrada en sí misma, más bien huraña y retraída. Cuando algo la trastornaba, o se encerraba en su cuarto o iba a pegarse a las faldas de su nana para que esta la consolara. O bien pretendía que no le pasaba nada. Muy apacible, se desvivía por agradar a todo el mundo.

—¿Eso hacía también con usted?

Me eché a reír.

—Bien sabe Dios que no tenía que hacer nada en ese sentido. Era mi ojito derecho y hacía de mí lo que quería.

—¿Se desvivía entonces para agradar a su madre?

Vacilé.

—Hábleme, por favor —me dijo— sin ambages ni rodeos. No se imagine que quiero entrometerme en su vida privada, o que le insto a hacer revelaciones poco caritativas acerca de su exmujer. Pero, dadas las circunstancias, cualquier dato que me suministre, por mínimo que sea, tiene para nosotros una gran importancia.

—Nora, en realidad, jamás la hizo objeto de malos tratos. Lo que Dani le achacaba era que no se ocupase bastante de ella.

—¿Riñeron alguna vez, usted y la señorita Hayden, en presencia de Dani?

La miré y me eché a reír.

—Nuestras relaciones eran de seres muy civilizados, por lo menos según el criterio de Nora. Vivíamos en un estado constante de guerra fría. Jamás llegó a conflicto abierto.

—¿Por qué razón dejó usted de visitar a su hija?

—Por orden superior.

—¿Por la señorita Hayden?

Afirmé con un gesto.

—Su derecho a visitar a su hija no fue revocado, que yo sepa, por el Tribunal. Cuando la señorita Hayden le prohibió que visitara a su hija ¿no elevó usted la protesta correspondiente?

—No me hallaba en posición de hacer nada. Estaba en la más completa inopia.

—¿Qué hizo entonces?

La miré a los ojos, serenamente.

—Me emborraché.

—¿No trató de decirle a su hija por qué no iba a verla?

Hice un ademán de denegación.

—¿De qué me hubiese servido? Nada habría cambiado.

La señorita Spicer guardó silencio. Al cabo de unos momentos dijo:

—Vi ayer a su exmadre política. Supongo que estará usted al corriente de sus planes con respecto a Dani.

—Sí, lo estoy.

Había asistido a la reunión cuando fueron discutidos dichos planes. Debió de haberle costado su buen dinero, pero Dani había sido ya aceptada por un nuevo colegio que gozaba de una gran reputación como centro docente especializado en niños y niñas con tendencias anormales. El doctor Weidman, un psiquiatra de gran renombre, relacionado con este colegio, asistía también a esta reunión y estaba dispuesto a tomar sobre sí la responsabilidad de la rehabilitación de Dani.

—¿Lo aprueba usted? —preguntó la señorita Spicer.

—Me parece un plan excelente. Creo sinceramente que gracias al mismo, Dani será atendida mucho mejor de lo que podría hacerlo el Estado.

—¿Entonces no se opone a que Dani quede bajo la tutela absoluta de su abuela?

—No. Me parece la única solución práctica. La señora Hayden es una persona en extremo responsable. Con ella Dani tendrá de un modo seguro todo cuanto pueda necesitar.

—Estoy segura de ello —dijo secamente la señorita Spicer—. Pero, entonces, si es cierto lo que usted me ha dicho, también con su madre tuvo cuanto necesitaba.

Supe lo que quería decir. Nora había dado a Dani todo lo que aparentemente necesitaba y no obstante esto no impidió la tragedia.

—La señora Hayden podrá dedicar más tiempo a Dani. Nora vive en un plano artístico que la aparta insensiblemente de sus deberes de madre y de ama de casa.

—Sabrá usted, sin duda alguna, coronel, que su hija ha sido ya desflorada. Con toda probabilidad sostenía relaciones amorosas con el hombre al que dio muerte.

—Eso he supuesto —reconocí francamente.

—La señora Hayden rúe declaró que no estaba enterada de esas relaciones.

Guardé silencio.

—Hemos sacado todos la impresión de que Dani tenía un concepto muy bajo de la moralidad sexual. Y por lo que hemos podido averiguar, el ejemplo que le dio su madre tampoco fue muy eficiente.

—Creo que todos somos del mismo parecer —dije—. Esa es una de las razones que me inclinan a creer que Dani estará mejor viviendo con su abuela.

Me miró fijamente.

—Es posible que así sea. Pero no podemos prescindir de cierto recelo. Si la abuela no pudo dominar los impulsos de su propia hija ¿cómo podrá conseguirlo con la nieta? —Terminó su taza de café—. ¡Quién sabe! Tal vez lo mejor fuera arrancar a la niña, por completo, al ambiente familiar que la rodea.

Se puso de pie.

—Muchas gracias, coronel, por haber consentido en hablar conmigo.

Se detuvo un momento en el vestíbulo.

—Hay dos cosas que me desconciertan.

—¿Cuáles son?

—¿Por qué Dani lo mató si estaba enamorada de él?

—¿Y la otra?

—Si en efecto lo mató, ¿por qué por donde tiremos no hallamos evidencia de que Dani poseyera un carácter lo suficientemente violento y exaltado para llevarla a tan brutal asesinato? —Vaciló un momento—. ¡Si dispusiéramos de más tiempo...!

—¿Qué conseguiría con ello?

—Tenemos que encontrar la causa antes de que podamos recomendar la cura —dijo—. Estamos trabajando contra reloj. Recomendamos un curso de acción y esperamos que sea justo. Pero si no logramos exponer la razón, tenemos que recomendar que la muchacha sea enviada a Perkins para un estudio profundo y completo de su caso. Tenemos que estar seguros.

—¿Son muchos sus aciertos? —le pregunté.

—Más que nuestros fracasos —dijo con una repentina sonrisa—. Es un motivo continuo de asombro para mí y mis colegas.

—Tal vez sean ustedes mejores de lo que ustedes mismos piensan.

—Así lo espero —dijo, seriamente—. Más por ellos y ellas que por nosotros.

Observé cómo cruzaba el vestíbulo y desaparecía tras de la puerta y volví a mi cuarto. Llamé a Elizabeth, pero una vez más oí el tintineo remoto y constante que indicaba o que estaban comunicando o que el teléfono estaba descolgado. Finalmente me di por vencido y salí a la calle. Entré en el *Tommy's Joynt* y pedí salchichas alemanas con judías secas y una jarra de cerveza.

El domingo fui a la Residencia Juvenil. Hallé a Dani tranquila y con excelente humor.

—Mamá vino a verme dos veces esta semana. En este momento acaba de irse. Me dijo que están arreglando las cosas para que salga de aquí y vaya a vivir con la abuela. Las dos veces vino con el doctor Weidman. ¿Lo conoces, papaíto?

—Sí. Lo vi una vez.

—Es uno de esos que hurgan en el cerebro de la gente, por ver si le falta a una algún tornillo. Mamá está encantada con él.

—¿Por qué lo dices?

Sonrió, enseñando sus dientes menudos.

—Es el tipo de mamá. Ya sabes, habla mucho y no dice nada. El arte puro y todas esas pamplinas.

Me eché a reír.

—¿Qué me dices de unas Coca-Colas?

—¡Dispara!

Me tendió la mano y puse en ella dos moneditas de diez centavos. Se fue con ellas a la máquina distribuidora. Algunas de las máquinas estaban ocupadas. Aquello parecía más un Día de los Padres en un colegio que una casa de detención. Únicamente las matronas que se hallaban, vigilantes, junto a las puertas y las altas ventanas enrejadas, me indicaban que no estaban en un colegio. Dani volvió con las botellas y las puso encima de la mesa.

—¿Quieres una pajita, papá?

—No, gracias. Me la echaré al colete sin intermediarios.

Alcé la botella hasta mis labios y eché un buen trago. Me miró por encima de su pajita.

—Cuando la bebo así, mamá me riñe, diciendo que es una vulgaridad.

—Tu madre es una experta en vulgaridades.

Lo dije sin pensarlo y sentí haberlo dicho. Guardamos ambos silencio durante un minuto.

—¿Bebes todavía como antes, papaíto? —me preguntó Dani repentinamente.

La miré sorprendido.

—¿Cómo se te ocurrió preguntarme eso, así de improviso?

—Es que, de pronto, recordé algo —dijo—, cómo te olía el aliento cuando venías a buscarme. No sé por qué me vino ahora, de repente, a la memoria.

—No, Dani. Ya no bebo más de ese modo.

—¿Bebías para olvidar lo que te hizo mamá?

Recapacité un momento. Hubiese podido decir que sí, pero no habría sido completamente justo.

—No —dije—. No fue esa la razón de que bebiera.

—Entonces, ¿por qué bebías, papaíto?

—Por muchas razones. Pero, principalmente, porque trataba de huir de mí mismo.

No quería enfrentarme con el hecho de que era un fracasado.

Dani guardó silencio para reflexionar sobre mis palabras. Y al cabo de un rato halló la respuesta.

—Pero no eras un hombre fracasado, papaíto —dijo—. Tenías tu barco.

Sonreí, pensando en la sencillez elemental de su lógica. Pero en cierto modo tenía razón. Probablemente ignoraba que tuviera ambiciones de mayor envergadura.

—Yo era un arquitecto. Y mi ambición era ser un constructor. No pude realizarla.

—Pero ¿no eres ahora constructor? Un periódico lo decía.

—No lo soy; en realidad. Trabajo para un constructor. Soy más bien el maestro de obras.

—Me gustaría construir casas —dijo de repente—. Levantaría hogares para gente feliz.

—¿Cómo lo harías?

—Solo construiría casas para familias que fueran felices y estuviesen dispuestas a permanecer siempre unidas.

La miré, sonriente. Le sobraba la razón. Eran los únicos cimientos sobre los que se podía levantar una casa feliz. Pero ¿quién daba estas garantías? ¿Dios?

—Puesto que estamos jugando a decir verdades —dije con el tono más ligero que pude—, ¿no te importaría decirme algunas cosas?

Observé en la expresión de sus ojos un asomo de cautela.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Exactamente qué papel representaba Riccio en la casa. ¿Era amigo de tu madre o tuyo?

Vaciló un instante.

—De mi madre.

—Pero tú... —Vacilé a mi vez.

Afrontó mi mirada, cándidamente.

—¿Te dijeron que... nos entendíamos?

Hice un ademán afirmativo.

Fijó su mirada en la botella de Coca-Cola.

—Es cierto, papaíto. Él y yo...

—Pero ¿por qué, Dani? —la interrumpí—. ¿Por qué precisamente él? ¿No podía haber sido otro?

—Ya sabes cómo es mamá. Quiere ser siempre la primera, la única en todo. Y esta vez quise demostrarle que no lo era.

—Dime —le pregunté—. ¿Esa fue la razón de que lo mataras?

Apartó sus ojos de los míos.

—No quise hacerlo —dijo en voz muy queda—. Fue un accidente.

—¿Estabas celosa de tu madre? ¿Fue este el motivo, Dani?

Sacudió con energía la cabeza en un gesto exasperado de denegación.

—No quiero, no quiero hablar de eso —dijo, tenaz—. Ya les dije, en la

delegación de policía, todo lo que había ocurrido, antes de que me trajeran aquí.

—Si no les dices la verdad entera, Dani —le dije—, no te permitirán que vivas con tu abuela.

—No pueden tenerme aquí eternamente. —Habló sin mirarme a la cara—. Cuando tenga dieciocho años saldré de aquí. Eso lo sé yo muy bien.

—¡Tres años y medio! ¿No tiembles ante la idea de estar tanto tiempo encerrada?

—¿Y a ti qué puede importarte? —Me miró con aire de reto—. El próximo martes, cuando todo haya terminado, volverás a tu casa, y probablemente no me verás ya más. Como sucedió antes.

—¡Sí me importa, Dani! Por eso estoy aquí. Ya te dije por qué no pude venir antes.

Su voz, trémula, estaba llena de amargura.

—No digas tonterías. Si me hubieses querido de veras, ya habrías encontrado el modo de venir.

Volvió a mirar la botella de Coca-Cola. Me pregunté qué podría ver en el líquido oscuro, a través del cristal verde, que la absorbiera tanto.

—Para ti es cosa fácil venir y decirme todo eso —dijo en voz muy queda—. Las palabras se las lleva el viento; lo único que cuenta son los hechos.

—Lo sé, Dani. Soy el primero en reconocer que he cometido equivocaciones.

—Está bien, papá.

Apartó la vista de la botella y la fijó en mí. Me di cuenta, repentinamente, de que ya no era una chiquilla. Era una mujer.

—Reconozcamos, pues, que todos cometemos equivocaciones. Y no se hable más del asunto. Te dije que no quería hablar de él. Es mi vida y nada de lo que puedas decir la cambiará. Es ya demasiado tarde. Estuviste demasiado tiempo apartado de mí.

Tenía razón y no la tenía. Del mismo modo que nada es completamente blanco ni completamente negro.

—¿No tuviste a nadie, antes que él? ¿Otros muchachos, quiero decir?

Hizo un ademán de denegación.

—No.

—No me estás mintiendo, ¿verdad que no, Dani?

Me miró a los ojos, abiertamente.

—No, papá. No te miento. No me interesó ninguno, fuera de él. Al principio fue para darle una lección a mi madre, pero después resultó otra cosa...

—¿Qué fue esa cosa?

Sus ojos eran claros y tiernos y en ellos había una gran tristeza.

—Le quería, papá —dijo quedamente—. Y él también me quería. Íbamos a escaparnos y a casarnos en cuanto tuviera la edad.



El sol, finalmente, comenzaba a disipar la neblina. Me aparté de la ventana, inquieto. Cogí el periódico y eché un vistazo a la sección de espectáculos. Quería ir a un cine, pero había visto casi todas las películas que exhibían en la ciudad. Enchufé el aparato televisor, pero diez minutos después lo apagué. Los espacios fluctuaban entre dos generaciones. Una demasiado joven; otra demasiado vieja.

En este momento se puso a sonar el teléfono y me precipité a descolgarlo. Tal vez fuera Elizabeth y le hubiese pasado el enfado.

—¿El coronel Carey?

—Al habla.

—Soy yo, Lorenzo Stradella. ¿Recuerda aquellas dos cartas que fue a buscar Anna?

—¿Qué pasa con ellas?

—Todavía las tengo en mi poder —dijo.

—¿Para qué me llama? Ya sabe usted quién las compró.

—Es cierto. Pero ella pagó ya. Creí que estas dos cartas le interesarían a usted.

—No, no me interesan —dije—. Lléveselas a la señorita Hayden.

—¡Un momento! ¡No cuelgue!

—Vamos, desembuche.

—No puedo llevárselas. Le haré a usted un buen precio.

De repente comprendí el significado de sus palabras. Naturalmente no podía llevarlas a Nora. Nora se lo diría a Coriano. Y Coriano se enfadaría si se enterase de que sus muchachos le habían hecho una mala jugada. Sobre este supuesto lancé mi invite.

—Está bien, pero no quiero exponerme. Dígale a Coriano que se entreviste conmigo. De ese modo estaré seguro de que no aparecerán otras cartas más adelante.

Adiviné justo.

—Nada de Coriano. El trato es entre usted y yo.

—A Coriano no le gustará eso.

—Se las daré barato y Coriano no tiene por qué enterarse.

—¿A qué le llama usted barato? —pregunté.

—Quinientos cocos.

—Adiós, amor mío —dije y colgué. Tuve el tiempo justo de encender un cigarrillo antes de que volviera a llamarme.

Esta vez su voz era más insegura.

—¿A qué llama usted barato?

—Cincuenta pavos.

—Eso no es barato. Eso es tirado a la calle.

—Está usted hablando con un tipo tirado a la calle. Soy el pariente pobre de la familia.

—Voy a hacerle un precio especial: doscientos cincuenta.

—Cien es lo más alto a que puedo llegar.

No dijo nada durante unos momentos y me figuré que estaría pensando.

—Hable antes de que me arrepienta.

—Trato hecho.

—Tráigamelas.

—No vaya tan de prisa. A usted le gustan las cosas derechas y podría ocurrírsele avisar a la bofia.

—No sea estúpido.

—Esté en su cuarto esta noche a las once. Mandaré a alguien con ellas.

—Está bien —dije.

—Recuerde. Ninguna triquiñuela. Toma y daca. Tenga la *guita* dispuesta y tendrá las cartas.

El teléfono enmudeció y colgué. Me senté a la mesilla y redacté un cheque por cien dólares. A continuación bajé al vestíbulo y lo cambié por dinero contante y sonante. Mientras el cajero contaba los billetes, tuve mis dedos cruzados, confiando en que el banco tuviese bastante dinero a mi nombre para hacer honor al cheque.

dieciséis

Cuando volví a mi cuarto vi la lucecilla roja intermitente de los mensajes. Nora había telefoneado y quería que la llamase en cuanto llegara. Marqué el número.

—Charles, soy yo, el coronel Carey —dije—. ¿Está la señorita Hayden?

—Un momento, señor. Voy a comunicarle con la señora.

Oí un leve chasquido y seguidamente la voz de Nora.

—¿Luke?

—Sí —dije—. ¿Qué quieres?

—Quiero hablarte. ¿Puedes venir a cenar?

—No lo creo conveniente. Me parece impropio.

—No seas necio. No te comeré. Quiero hablarte a propósito de Dani.

—¿Qué le sucede?

—Te lo diré mientras cenamos.

Vacilé un momento. Una buena cena me vendría de perilla. El penoso recuerdo de las salchichas alemanas y de las judías secas me decidió.

—¿A qué hora?

—Ven temprano para que podamos tomar un cóctel. A eso de las siete, por ejemplo.

—A las siete, pues —dije y colgué el teléfono, y me puse a pensar qué diablos podría decirme mi exmujer.

Cuando toqué el timbre a las siete, Charles abrió casi inmediatamente la puerta.

—Buenas noches, coronel.

—Buenas noches, Charles.

Se hubiese dicho que no habían pasado todos aquellos largos años, tan idénticos eran el ceremonial y las palabras.

—La señora le espera en la biblioteca —y añadió con una leve sonrisa—. El señor conoce ya el camino.

—Sí, Charles, conozco ya el camino —le contesté con otra tenue sonrisa.

Golpeé ligeramente con los nudillos la puerta y entré. Nora se levantó del amplio diván frente a la mesa. A su vez, con una fracción de segundo de diferencia, se puso de pie el doctor Weidman. Avanzó Nora hacia mí, la mano extendida.

—Luke, ¡estoy tan contenta de que hayas venido!

Conocía aquel tono de voz. Cálido, tierno, amistoso, como si jamás hubiese habido diferencias de clase alguna entre nosotros. La voz cordial que empleaba siempre cuando tenía un público delante.

Sin soltar mi mano se volvió hacia el doctor.

—¿Recuerdas al doctor Weidmann? Estaba en casa de mamá.

¿Cómo había de olvidarlo? Particularmente después de lo que me dijo Dani. ¿Qué

papel me reservaba? ¿El de llevar hasta el altar a la novia feliz?

—¿Cómo está usted, doctor?

Le habría tendido mi mano, pero por una razón u otra Nora no la había soltado todavía.

Hizo una leve reverencia.

—Me alegro de volver a verle, coronel.

Nora, por fin, soltó mi mano.

—Encontrarás una botella de *bourbon* en el bar, sin abrir. Supongo que sigue siendo tu bebida favorita, ¿no es verdad?

Hice un gesto de asentimiento. No había renunciado al sarcasmo. Me dirigí al bar.

—¿Quieres que te prepare un cóctel? —le pregunté, maquinalmente. Era como si todavía residiese en la casa. La frase ritual cada vez que echábamos un trago en la biblioteca.

—No, gracias. El doctor y yo bebemos martinis.

Me volví para mirarlos. Era aquel un claro indicio de que Nora estaba interesada en el doctor. Era ella, básicamente, una bebedora de whisky escocés, pero cuando hallaba a un nuevo hombre adoptaba, por primera providencia, sus gustos y bebía y fumaba como él.

Paladeamos nuestras respectivas bebidas. No fue sino hasta que me hube sentado que me di cuenta de que, sin pensarlo, había elegido precisamente el viejo butacón que en otros tiempos había usado. Bebí otro sorbo de *bourbon* y puse el vaso encima de la mesa.

—Nada ha cambiado —dije recorriendo con la vista el amplio aposento.

—No había razón para cambiar nada, Luke —dijo rápidamente Nora—. Siempre fue este tu lugar favorito.

Me pregunté por qué razón había dicho esto. Nora estaba ayuna de sentimentalismos de esta especie.

—En cuanto a mí, yo creo que lo hubiera cambiado todo —dije—, aunque solo fuera para evitar penosos recuerdos.

Sonrió.

—Yo no tengo nada que evitar.

El doctor Weidman terminó su martini y se puso de pie.

—Siento, Nora, tener que dejar su gratísima compañía.

—¿De veras no se queda, doctor, a cenar con nosotros?

Hizo un gesto de penosa contrariedad.

—Tengo que volver a mi despacho forzosamente —dijo—. Tengo una cita a las ocho.

Nora dejó su vaso sobre la mesa y se levantó.

—Le acompañaré hasta la puerta.

Weidman se volvió hacia mí. Esta vez nos estrechamos las manos.

—He tenido una gran satisfacción, coronel.

—Lo mismo digo, doctor.

Los seguí con la vista y cuando salieron de la pieza volví a sentarme en mi viejo butacón. Distraídamamente abrí uno de los cajones de la mesa y hallé en él un viejo fotocalco azul. Reproducía los planos de la casa piloto de mi primer proyecto.

Pese a todos los años pasados, tuve la impresión de que el tiempo se había detenido y vivía el día anterior. Estudié los planos. Siguió pareciéndome una buena casa. Muy pocas cosas cambiaría si tuviera que construirla hoy.

Nora estaba en el cuadro de la puerta observándome.

—Ya ves. Nada ha cambiado, Luke. Ni siquiera vacié esa mesa.

—En efecto. —Volví a colocar los planos en el cajón y lo cerré—. Dime, exactamente, ¿por qué me invitaste a cenar?

Sonrió y cerró la puerta tras ella.

—Espera a que hayas cenado. He notado que con el estómago lleno eres mucho más razonable.

Vino hasta donde yo estaba y me lanzó una mirada penetrante.

—He abierto toda la casa a mis amigos, menos este rincón. Me parecía que, no estando tú en él, estaba vacío.

—¡Por favor, Nora! —Sonreí para atenuar el tono cáustico de mis palabras—. Ya no tienes público. Puedes quitarte tu máscara de sentimentalismo.

Repentinamente se echó a reír.

—Hemos perdido ya todas las ilusiones, ¿verdad, Luke?

Hice un gesto amargo de asentimiento.

Fue a coger su copa; la miró unos instantes y volvió a posarla, un tanto violentamente, sobre la mesa.

—Anda, Luke, sé un buen chico y sírveme un whisky con soda. No sé cómo puede beber la gente estos empalagosos martinis. Huelen a perfume barato.

Me levanté, le preparé la bebida y se la llevé al diván en el que se había sentado. Apuró un sorbo e hizo un gesto de aprobación.

—Esto ya está mejor.

Volví a encaminarme a la mesa y cogí mi vaso de *bourbon*. Me recliné en el borde de la mesa y alcé el vaso, a guisa de brindis. Ella hizo lo propio y bebimos en silencio.

—El doctor Weidman tiene una cara muy interesante, ¿no te parece, Luke?

Asentí con un amplio movimiento de mis manos.

—¿Sabes cuál es su nombre de pila?

—No.

—Isidore. Inimaginable. ¡Cómo puede llamarse un hombre así, a estas alturas! No se comprende cómo no ha cambiado su nombre.

—Tal vez le guste.

—No lo creo —dijo reflexivamente—. Pero es demasiado orgulloso para reconocer que su nombre es una pifia. Es algo que he observado en estos doctores

judíos. Son todos muy orgullosos.

—Tienen todas las razones para serlo.

—Llevan su religión como un manto real. ¿Y sabes otra cosa que he observado en ellos?

—¿Qué es?

—¡Tienen todos unos ojos tan tristes! —dijo—. Como las imágenes de Cristo.

La puerta se abrió y entró en la biblioteca Charles.

—La señora está servida.

La cena fue copiosa en extremo. Comenzó por un plato de cangrejo desmenuzado, servido sobre hojas de lechuga en un lecho de hielo pulverizado, con una maravillosa salsa de mostaza de un sabor peculiar que solo Charles sabía preparar. Después vino un *cioppino*, una especie de *bouillabaisse* de San Francisco con todas las variedades de pescado y de mariscos que puede ofrecer el Pacífico. A continuación un *rosbif* succulento, medio crudo y fenomenalmente tierno. Y finalmente grandes trozos de melocotón sobre un helado de chocolate, mi postre favorito. Miré a Charles mientras llenaba mi taza de café.

Sonríó. Recordaba lo mucho que me gustaba el melocotón en conserva. Al principio este gusto mío había horrorizado a Nora, y para hacérmelo olvidar había ordenado especialmente para mí melocotones gigantes frescos. Pero ante mi obstinación tuvo que darse por vencida y compró las latas. También recordaba que después de la comida el café lo tomaba en una taza grande y no en *demitasse*.

—Una espléndida comida, Nora —exclamé.

Sonrió.

—Me alegro de que te haya gustado, Luke.

Había comido, en efecto, espléndidamente. Como un caballo, a decir verdad. En cuanto a Nora, probó de todos los platos parsimoniosamente, como era en ella costumbre.

—Supongo que, conociéndome como me conoces, no te importará que vaya a la cocina y felicite a Cookie por su portentosa comida.

Nora se levantó de la mesa.

—Sí, hombre, ve a la cocina. Tendremos más café y coñac en el estudio, cuando salgas de ella.

Fui a la cocina. Cookie estaba allí, bañado en sudor el rostro rubicundo. Así la recordaba siempre. Solo que, ahora, sus cabellos eran grises; no habían pasado los años en balde.

—¡Coronel Carey! —exclamó, alborozada.

—¡Cookie! No podía irme sin felicitarla cordialmente por la cena que nos ha hecho.

—Me esmeré todo lo que pude por usted, coronel. Sé que tiene usted buen diente.

—Pasó una sombra sobre su rostro—. Una cosa me apenó y es que no estuviera también Dani entre ustedes.

—Creo que no tardará mucho en volver a casa —le dije caritativamente.

—¿Lo cree así, coronel?

—Sí, eso espero, Cookie.

—También yo. Si hubiésemos estado en la casa aquel día, tal vez no habría sucedido nada.

Ya me encaminaba a la puerta y al oír las últimas palabras de la cocinera me detuve y volví a mirarla.

—¿No estaban en la casa aquel día?

—No, señor. El jueves es nuestro día de salida. Pero puesto que la señorita Hayden se hallaba en Los Ángeles y solo regresaría el viernes por la noche, el señor Riccio nos dio también el viernes.

—No sabía eso.

—Fui a Oakland a visitar a mi hermana y no volví hasta muy tarde. Cuando todo había terminado.

Miré a Charles.

—¿Y usted?

—Volví a las seis —dijo—. La señorita Hayden estaba ya en casa.

—¿Y cuándo llegó Violet?

—A los pocos minutos de llegar yo.

—Entonces debieron de oír algo de la disputa —dije.

Charles hizo un ademán de denegación.

—No, señor. Ninguno quiso probar la cena fría que había preparado, por lo que Violet y yo nos quedamos en la cocina. Desde aquí no se oye nada de lo que sucede en la casa.

Tenía razón. Recuerdo que al planear la casa había dispuesto que la cocina y los aposentos de la servidumbre estuviesen apartados del resto de la casa. Lo había hecho a instancias de Nora, a quien desagradaban en extremo los ruidos y los olores procedentes de la cocina.

Me volví hacia la cocinera y le sonreí.

—Le repito mi felicitación, Cookie. Fue una comida realmente exquisita —le dije—. Le doy las gracias.

Me sonrió y dijo:

—A usted, coronel.

El coñac y el café se hallaban ya servidos en la mesa de cóctel que formaba parte del rincón íntimo, en uno de los ángulos del estudio. Nora, sentada en una silla, me sonrió al entrar yo en la pieza. Por su actitud me di cuenta de que estaba apercibida para la acción inmediata.

—¿Qué pasó? —preguntó—. ¿Se alegró Cookie de verte?

—Mucho. Los tragones somos el amor secreto de las viejas cocineras.

Cerré la puerta y me senté frente a ella.

Vertió coñac en las copas y me tendió una de ellas. La tomé en mis manos y la

arrojé en ellas amorosamente, imprimiéndole un ligero movimiento para templar el coñac.

Aspiré con delicia el *bouquet* que se desprendía de la copa. Era penetrante, cálido y me cosquilleó la nariz. Nora estaba observándome.

—¿Y bien? —pregunté.

Cogió su copa de coñac y bebió un pequeño sorbo. Cuando rompió a hablar su voz era ronca.

—Deseo que me ayudes a conseguir que Dani vuelva aquí, a esta casa, que es la suya.

Era como si, finalmente, viniese la montaña a Mahoma.

—¿Por qué he de ser yo? —le pregunté al cabo de un rato, cuando me recuperé de mi asombro.

Su voz seguía ronca.

—Porque juntos podríamos conseguirlo. Tú y yo. Podríamos lograr que Dani viniese a casa.

Apuré un buen trago de coñac.

—Olvidas una cosa. Que no vivo ya en esta casa.

—Eso podría arreglarse —dijo suavemente.

Me quedé mirándola y comprendí de repente que no había cambiado en lo más mínimo. Las leyes por las que se regía eran las mismas de siempre. Lo único importante para ella era hacer su santa voluntad. El daño, los perjuicios que pudiera acarrear a los demás no tenían para ella significación alguna.

—¡Ajá! —exclamé.

—Piénsalo. Dani estaría mejor con nosotros que con mamá, ciertamente mejor que en un correccional. Gordon cree que podríamos conseguirlo si estuviésemos juntos. El doctor Weidman cree, desde el punto de vista psicológico, que el criterio de Gordon es justo; que el tribunal tendría que aprobarlo.

—Sería una buena idea si estuviese aún soltero —dije—. Pero no lo estoy.

—Me dijiste que tu mujer era muy comprensiva. Debe de estar convencida de tu gran cariño por Dani, de lo contrario no te habría dejado venir aquí. Podemos hacer un arreglo con ella sumamente ventajoso. No tendría que preocuparse por el dinero por el resto de su vida.

—No gastes saliva en balde, Nora —dije—. Es imposible.

Dejé sobre la mesa la copa de coñac y fui a levantarme. Se inclinó hacia mí y puso su mano encima de la mía. Me quedé quieto, y no desplegué los labios.

—Luke, ¿recuerdas aquellos días...?

Su voz tenía tonalidades de ternura.

—Recuerdo.

La presión de sus dedos se hizo más fuerte.

—Podríamos revivirlos, Luke. Podríamos volver a ser felices, como lo fuimos un tiempo. ¿No lo crees?

Estaba como hipnotizado. No supe qué contestar. Ella prosiguió con un acento más acusado de ternura.

—Estoy segura de ello.

Me desasí de su mano, airadamente, más enfadado conmigo mismo que con ella. Un turbión de recuerdos cayó sobre mí como una ducha helada y deshizo al instante el conjuro.

—¡No! —dije tajante—. Aquello murió y nada ni nadie podrá resucitarlo. Fue, por otra parte, una gran mentira. Jamás volvería a vivir una vida de falsedades y mentiras.

—De acuerdo, Luke. Prescindamos de ilusiones y sentimentalismos. Veamos solo el lado práctico de la cosa. Podríamos llegar a un acuerdo... razonable.

—Desvarías, Nora.

—Yo tengo mi trabajo —dijo, sin dejar de mirarme fijamente—. Tú tendrías el tuyo. Hablé ya con mi primo George. Me dijo que estaría encantado de tenerte de nuevo en la empresa. Y lo más importante: tendríamos una casa a la que podría volver nuestra Dani.

Me sentí de repente abrumado de cansancio. Todo lo había previsto Nora, pero aparentemente no se había dado todavía cuenta de que todo lo que había imaginado era irrealizable. Comencé a compadecerla.

—No, Nora —dije gentilmente.

Se arrellanó en su silla y un asomo de irritación alteró el timbre de su voz.

—¡Qué de lamentos y lloriqueos a propósito de tu hija! —dijo con sarcasmo infinito—, ¡cuánto amor, cuántos sacrificios estabas dispuesto a hacer por ella! ¡Y ahora, cuando se te presenta la ocasión de hacer algo por ella, te echas atrás como un cobarde que eres!

¡Eran tantas las cosas que ahora justamente había comenzado a comprender! Como, por ejemplo, aquellas palabras de Elizabeth a propósito de que quería que volviese a casa sin los fantasmas que durante algún tiempo me habían atormentado... Debió de haber intuido que me enfrentaría con una situación como esta. De que me vería forzado a escoger entre ella y Dani.

Sentí que se me encogía el corazón. Lo había intuido, y sin embargo me había dejado venir. Era lo más que un hombre podía pedir de su esposa.

Lancé una mirada a Nora y fue como si la viese por primera vez. Sam Corwin había estado en lo cierto cuando me dijo que la única cosa que tenía era su arte. Fuera de este nada tenía que pudiera compartir con un hombre.

—Vine aquí para ayudar a Dani —dije quedamente—. Pero no para brindarle una vida basada en la falsedad y la destrucción.

—¡Qué actitud más noble! Ahora supongo que me dirás que amas a tu mujer.

La miré, serenamente. Y súbitamente sonreí. Creyendo ironizar, había acertado.

—Es cierto, Nora —dije—. La quiero.

—¿Cuánto crees que ella te querrá después de que le haya enviado estas fotos?

Era lo que había esperado. No contesté.

—¿Qué razón aducirás entonces para rehusar mi proposición?

—La mejor del mundo, Nora. ¡Me das asco!

El amor muere con palabras como estas. Arde y se consume con el lenguaje del odio y de la recriminación. La ira y la violencia lo hacen trizas. Pero después de la explosión quedan aún vestigios del mismo que se incrustan en la mente y en el corazón como una esperanza incumplida, el recuerdo de una pasión que jamás llegó a cristalizarse. Entonces, finalmente, muere con unas pocas palabras sencillas, casi pueriles.

Y los fantasmas huyen, las culpas se desvanecen. Así fue, como tenía que ser finalmente. Se hiciera lo que se hiciese.

Bajé todas las ventanillas del pequeño coche al regresar al hotel. El aire frío y cortante de la noche ahuyentó de mi alma el odio que albergaba en ella. Nora no significaba ya nada en mi vida. Nada más.

diecisiete

Eran las once menos cuarto cuando llegué al hotel. Me fui directamente a mi cuarto. A las once, exactamente, oí unos ligeros golpes en la puerta. La abrí.

Era Anna Stradella. Parecía presa de un gran temor.

Le cedí el paso.

—Entre, Anna —dije. Cerré la puerta tras ella—. ¿Por qué la mandó a usted?

—Porque pensó que no me entregaría a la polilla, en el caso de que la hubiese usted llamado.

—No tiene por qué asustarse, Anna. No hay aquí polilla alguna.

Vi en sus ojos una expresión de alivio.

—Ya me imaginé que no la encontraría.

—¿Tiene las cartas?

Abrió silenciosamente su bolso. Las sacó de él y me las tendió.

—¿Qué ocurriría si le dijese que no tengo el dinero?

Se encogió de hombros.

—Nada. No tendría importancia.

—¿Qué le diría a su hermano?

En la mirada que me lanzó vi un amargo reproche.

—No tengo que decirle nada. Le di los cien dólares antes de que me entregara las cartas.

—¿Por qué hizo eso? —le pregunté.

—Porque quería que usted las tuviese. Ya le hemos hecho bastante daño.

Se puso a llorar. Me puse a observarla, y convencido de que sus lágrimas eran sinceras, le dije:

—Anna, por favor. No llore. Aquí tengo el dinero.

—No lloro por eso —dijo. Las lágrimas rodaban ahora por sus mejillas dejando surcos negros de *rimmel*—. ¡Todo me parece tan turbio y confuso!

—¿Qué le pasa? —le pregunté—. ¿A qué viene ahora ese llanto?

—Steve. Hoy me pidió que me casara con él. Y no supe qué decirle.

Sonreí. Decididamente no conocía a las mujeres.

—Pensé que era eso precisamente lo que usted quería.

—Pues sí —lloriqueó y sacando de su bolso un Kleenex se puso a reparar los estragos producidos por el llanto y el *rimmel*.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Sabe lo de su hermano y usted?

Me miró.

—Sabe lo de su hermano conmigo. Pero nada más.

—¿Qué es lo que habría de saber, además de eso?

—Lo que Tony sabía acerca de mí y de mi trabajo —contestó—. La chica que

trabaja para Coriano tiene que hacer de todo.

La miré con fijeza.

—¿Usted quiere de veras casarse con él?

Hizo un gesto vehemente de asentimiento.

Posé mi mano en su hombro.

—Entonces ¡adelante! Lo pasado, pasado está. Ocúpese del presente y del futuro y por nada del mundo eche la vista atrás.

Me miró ansiosa.

—¿Lo cree usted de veras?

—Él la quiere, de lo contrario no desearía casarse con usted. Es eso lo único que cuenta.

Comenzó a sonreír.

—Ahora vaya al cuarto de baño y lávese la cara. Voy a llamar abajo para que me manden café. Ambos lo necesitamos.

Se fue al cuarto de baño y cerró la puerta. Llamé a la cafetería para que me subieran el café; seguidamente me senté y me puse a examinar las cartas.

Abrí primero la de Dani. Sentí, al leerla, que las náuseas me ahogaban. Era una carta que solo una niña podría escribir, pero lo que había en ella escrito era algo que no debía saber una niña. Era exactamente la carta que había dicho Lorenzo que era.

Oí un golpe en la puerta. Diciendo para mis adentros que el servicio de habitaciones en aquel hotel era de una rapidez indecible fui a abrir la puerta.

Era Nora. Me desconcerté al verla.

—¿Puedo entrar? —me preguntó y, pasando por delante de mí, penetró en la habitación—. Vine a disculparme contigo—. Sacó de su bolso un sobre—. Aquí tienes las fotografías. Jamás las habría usado.

Tomé maquinalmente el sobre. Aún no había pronunciado una sola palabra cuando se abrió la puerta del cuarto de baño y entró Anna.

—¿Ya trajeron el café, señor Carey? —preguntó. Vio entonces a Nora y se detuvo, consternada.

Cruzaron sus miradas y al instante Nora se volvió hacia mí, los ojos llameantes y las facciones alteradas por la ira, el despecho y el sentimiento de haber sido engañada.

—He sido una cándida —dijo fríamente—. Empezaba a creer todo lo que me dijiste.

La así del brazo para retenerla.

—¡Nora!

Se desasí de mí de un manotazo y clavó en los míos sus ojos airados.

—Arroja ya al bote de la basura tu máscara de Dios justiciero. Créeme, Luke, no te va el papel.

Se fue dando un tremendo portazo.

—¡Cuánto lo siento, señor Carey! Siempre le estoy causando trastornos.

Miré a la puerta cerrada. Jamás oí antes que Nora se disculpara. Jamás. Miré el sobre que tenía en la mano. Dentro de él estaban las fotografías. Las metí en el bolsillo. De nuevo oí un golpe en la puerta. Esta vez era el mozo de la cafetería. Pagué y llené las tazas.

—Tenga —le dije, tendiendo una taza a Anna—. Beba y verá cómo se sentirá mejor.

Fui a sentarme a la mesa. Anna se sentó frente a mí. Sus ojos tristes seguían cada uno de mis movimientos. Cogí la carta de Nora y comencé a leerla.

Súbitamente tuve la sensación de que nada ni nadie había en la habitación. Todo estaba encerrado en aquella carta. Todas las claves de todos los enigmas, todas las respuestas, todas las soluciones. Releí el último párrafo, una vez más, para cerciorarme de que no veía visiones.

Y ahora, cariñito mío, que hemos fijado definitivamente para el Día de Acción de Gracias la fecha de nuestra boda, déjame que te diga algo muy importante. Soy, tú lo sabes ya, una mujer celosa y absorbente y si te sorprende aunque solo sea mirando a otra mujer, te partiré el corazón en trocitos menudos. Así pues, ten cuidado.

Con todo mi cariño.

Nora

La voz de Anna me pareció como si viniera de muy lejos.

—¿Qué le pasa, señor Carey? —me preguntó—. ¡Se ha puesto usted de repente tan pálido!...

Aparté mis ojos de la carta. Sentía en mis sienes un dolor lancinante, pero comenzó a disiparse cuando observé la consternación de Anna.

—Estoy bien —gruñí—. No me pasa nada.

Todo coincidía, todo se ajustaba a la verdad. Todos los pedazos, grandes y pequeños. Todos los giros tortuosos, todas las mentiras retorcidas. Ahora conocía la verdad, aunque era el único que la conocía, fuera de Dani y Nora. Ahora solo quedaba por resolver un problema.

Cómo probar ante el tribunal que mi hija no había cometido el crimen. Que este crimen lo había cometido su madre.

Quinta Parte

LA HISTORIA DE LUKE

El proceso

Dani estaba pálida y tensa cuando entró en la Sala. Se detuvo en el paso de la puerta, detrás de Marian Spicer y recorrió con la vista el recinto.

Estábamos sentados a la larga mesa, como en la vista anterior, solo que esta vez el doctor Weidman se hallaba sentado junto a Nora, y Harris Gordon entre Nora y su madre. No me quedó otra opción que sentarme al extremo de la mesa, el lugar opuesto a aquel que había de ocupar Dani, junto con la inspectora tutelar.

El juez se hallaba ya sentado en el estrado, como también lo estaban, en sus sitios correspondientes, el actuario y el taquígrafo con su máquina estenotipia. El alguacil, con su uniforme de delegado del *sheriff*, se hallaba recostado indolentemente contra una puerta cerrada según su costumbre.

Me incorporé y toqué la mano de Dani cuando pasó por detrás de mí en dirección al lugar que le estaba reservado. Su mano estaba materialmente helada. Le sonreí, para darle ánimos.

Asomó una sonrisa a sus labios: una pobre y forzada sonrisa. Puse el pulgar en alto, un gesto afirmativo de victoria. Dani hizo un ademán de asentimiento y siguió su camino. Se detuvo un momento para besar a su abuela y a su madre y acto seguido ocupó su asiento.

El juez no perdió tiempo alguno. Golpeó la mesa con el martillo de madera al tiempo que Dani se sentaba.

—Los fines de esta audiencia —dijo— son los de determinar la futura custodia y el cuidado de Danielle Nora Carey, una menor de edad, de acuerdo con sus propios intereses y los del Estado—. Miró en dirección a Dani—. ¿Comprende usted esto, Danielle?

Dani asintió.

—Sí, señor.

—Recuerde también —prosiguió— que cuando estuvo usted en esta Sala la semana última le informé que le caben ciertos derechos: el derecho de llamar a testigos de descargo; el derecho de abogado; el derecho de impugnar todas aquellas declaraciones respecto a usted que juzgue derogatorias o perjudiciales.

—Sí, señor.

—Entiendo asimismo que usted, junto con su familia, han acordado que el señor Gordon les represente mutuamente. ¿Está usted de acuerdo con ello, Danielle?

—Sí, señor —dijo Dani sin alzar los ojos.

El juez nos miró a todos.

—Entonces, procederemos —dijo, recogiendo de la mesa varias hojas de papel—. Tenemos ante nosotros dos peticiones separadas que se refieren a la custodia de esta menor de edad. Una, suscrita por la inspectora tutelar, señorita Marian Spicer, solicita

de la Sala que el Estado mantenga la custodia de la menor hasta tanto que, previo un proceso completo de rehabilitación, podamos estar seguros de que no volverá a cometer actos que le perjudiquen a ella y a los demás. La otra petición está suscrita por el señor Gordon, en representación de los padres y familiares de la menor y recaba que la misma sea confiada a la custodia y tutela de la señora Hayden, su abuela materna, quien se haría responsable de la educación, el cuidado y la guía de la mencionada menor hasta su mayoría de edad.

»Ambos planes son completos en sus recomendaciones, con los pormenores relativos al cuidado y guía de la menor. Si no hay objeciones, iniciaremos la vista tomando en consideración la instancia del departamento tutelar.

—No tengo objeción, Su Señoría —dijo Gordon.

—Muy bien. —El juez dirigió su mirada a la inspectora tutelar—. Señorita Spicer, le ruego que dé usted a la Sala las razones en que se funda para solicitar que el Estado se haga cargo de la custodia de la menor.

Marian Spicer aclaró su garganta, nerviosa, y se puso de pie.

—Existen varias razones, Su Señoría.

Comenzó a hablar con una voz delgada, tensa. Luego, a medida que hablaba, su nerviosismo, gradualmente, fue desvaneciéndose y su voz recobró su tono normal.

—Debemos tomar en consideración el hecho de que esta menor hubo de comparecer ante el departamento tutelar y ante esta Sala por haber incurrido en un grave delito: homicidio.

—Protesto. —Harris Gordon se puso en pie—. El veredicto de la vista forense fue «homicidio justificado».

Pude darme cuenta de que esta protesta del abogado desconcertó a la inspectora. Esta miró al juez.

—La protesta es aceptada y tenida en cuenta —dijo, mirando a Gordon—. Pero ¿he de recordarle que la Ley sobre Delincuencia Infantil estipula que todas las protestas de esa especie que se hagan serán automáticamente tenidas en cuenta y anotadas a favor del o de la menor de edad? Por consiguiente, puesto que en esta vista no existe jurado que necesite instrucciones sobre la materia debatida, no juzgamos necesario sustentar o rebatir tales protestas.

Gordon hizo un ademán de asentimiento.

—Sí, Su Señoría.

El juez dirigió su mirada a la inspectora tutelar.

—Puede usted continuar, señorita Spicer.

Marian Spicer examinó algunos papeles que tenía ante ella sobre la mesa y prosiguió:

—El departamento tutelar, desde luego, toma en consideración no solo el delito en sí mismo sino las razones que han movido a la menor para cometerlo y qué es lo que posiblemente puede hacerse para evitar que la menor reincida en el futuro, incurriendo en un nuevo delito.

»Como habrá podido observar Su Señoría en nuestro informe, hemos llevado a cabo una investigación intensa sobre el ambiente en que se crio la menor y las circunstancias que rodearon su acto. Hemos examinado también a la menor física y psicológicamente lo mejor que hemos podido, dadas las circunstancias.

Lanzó una breve mirada a Nora y continuó:

—Previo examen físico y médico de la menor hemos determinado que el estado de su salud es excelente, pero que muy poco tiempo antes de que nos fuera presentada se había entregado a una excesiva actividad sexual. En opinión de la doctora que la examinó, esta actividad sexual abarcaba un período de por lo menos un año antes de esto. Por lo tanto tenía muy poco más de trece años cuando comenzó esta clase de actividad.

Miró a Dani. Estaba muy pálida y tenía clavados los ojos en la mesa. La inspectora tutelar continuó:

—Cuando interrogamos a Dani sobre este particular se negó a discutirlo. No quiso decirnos con quién había tenido estas relaciones íntimas, ni quiso tampoco confirmar o rebatir que hubiera tenido comercio carnal con persona alguna del sexo contrario. Cuando le señalamos que esta obstinación suya en no querer discutir el asunto podría tener graves consecuencias para ella, mantuvo tenazmente su actitud diciendo que su conducta privada no tenía nada que ver con el caso que la había traído ante este tribunal.

El juez aclaró su garganta.

—Dani —dijo con un tono severo—, ¿ha entendido usted lo que ha dicho la señorita Spicer?

Dani, sin mirarle, dijo:

—Sí, señor.

—No creo que ignore usted que tales actos son muy inmorales —dijo en el mismo tono de voz—. Las chicas decentes no hacen tales cosas. Supongo que estará usted de acuerdo conmigo en que ese proceder es contrario a todas las normas de decencia y de moralidad. ¿No lo cree así?

Dani, en la misma actitud, los ojos fijos en la mesa, asintió.

—Sí, señor.

—Entonces ¿nada puede usted decirnos en justificación suya?

Alzó entonces los ojos y con voz firme le contestó al juez:

—No, señor.

El juez la miró unos momentos y seguidamente se volvió hacia la señorita Spicer.

—Por favor, continúe.

—Danielle se entrevistó varias veces con la señorita Sally Jennings, psicoanalista de nuestro departamento, y en el transcurso de sus conversaciones se negó asimismo a discutir este asunto, bajo el pretexto de que era demasiado personal. No obstante discutió libremente sobre otros asuntos con la señorita Jennings, como consta en el informe unido a la solicitud del Departamento.

La señorita Spicer recogió de la mesa una hoja de papel.

—Aquí tengo un resumen del informe de la señorita Jennings. Voy a leerlo.

Después de varias entrevistas con Danielle Nora Carey he llegado a las conclusiones siguientes: Bajo un aparente equilibrio mental he podido discernir un sentimiento muy arraigado y profundo de celos y de rencor hacia su madre.

Las mismas palabras de la niña, al hablar de sus acaloradas discusiones con su madre, han puesto al descubierto este sentimiento. Halla consuelo en el hecho de que durante estos momentos de rebelión su madre se ocupa de ella y la atiende, viendo en ello una prueba de su cariño. En otras ocasiones Dani tiene la sensación de que su madre no se ocupa en lo más mínimo de ella. Dani expresa la idea de que su madre la ha separado de todos aquellos que la quieren más que ella; y la de que su madre siente celos de ella; y a continuación se contradice afirmando que su madre la quiere.

Hay algunos indicios de que tal vez exista bajo todas estas observaciones un brote de paranoia pero no podemos asegurarlo en esta fase temprana de nuestro examen. Si esta latente paranoia tiene la potencialidad de desarrollarse y estallar violentamente bajo ciertas circunstancias, es algo que no puedo todavía determinar. Recomendando, por consiguiente, firmemente, que esta menor permanezca bajo nuestra custodia hasta que hayamos completado y valorado nuestro examen.

La señorita Spicer dejó el papel sobre la mesa y volvió a fijar su mirada en el magistrado.

—Como de costumbre llevamos a cabo también una investigación completa de la vida de la menor en el colegio y en el hogar. Su comportamiento en el colegio, como alumna, es ejemplar. Es de las primeras de su clase. Goza de simpatías entre sus condiscípulas, aunque algunas de ellas se resienten de sus aires de superioridad en sofisticación y conocimientos mundanos. Los pocos muchachos con los que ha salido tienen todos la sensación de que se aburría en su compañía.

»Hablamos también con la señorita Hayden, la madre de la menor, la cual expresó una gran sorpresa al enterarse de la actividad sexual de su hija. Pretende que jamás tuvo conocimiento de este hecho. Nuestra investigación acerca de la señorita Hayden revela que aunque atendió bien, desde un punto de vista material, a su hija, las normas de su propia conducta, tanto en su casa como fuera de ella, son en alto grado cuestionables y no han proporcionado ciertamente a su hija un ambiente moral adecuado. Sin que pretendamos enjuiciar la conducta de la señorita Hayden, porque como artista que es vive en un mundo peculiar que le es propio, sí expresamos nuestro convencimiento de que el clima moral especial de ese mundo ha influido en la formación del carácter y del mal. Aunque no creemos necesario aducir ejemplos

específicos de la conducta de la señorita Hayden, de los muchos que poseemos, estamos persuadidos de que este hecho por sí solo incapacita a la mencionada señorita Hayden para tomar a su cargo la custodia de su hija.

Miré a Nora. Tenía los labios apretados y los ojos fijos en el rostro de la inspectora tutelar. Si las miradas pudiesen matar, la inspectora habría muerto.

La señorita Spicer no se molestó siquiera en mirarla. Toda su atención estaba concentrada en el juez.

—Hablamos también con la abuela materna de la menor, la señora Hayden, que está dispuesta a aceptar la responsabilidad de su custodia. La señora Hayden goza de una excelente reputación en la comunidad y es altamente respetada por todos. Existe, no obstante, un inconveniente que debe de tomarse en consideración. La señora Hayden tiene ahora setenta y cuatro años de edad y aunque al parecer goza de perfecta salud creemos que no puede ocuparse personalmente de la menor. Forzosamente deberá confiar a otras personas las atenciones materiales que ella no podrá prestar a la niña y aunque sus intenciones son admirables dudamos que pueda desempeñar todas las funciones que está dispuesta a asumir. Por lo tanto, aunque sintamos el mayor respectó por la señora Hayden, no nos atrevemos a recomendar que la menor en cuestión sea confiada a su custodia y salvaguardia.

Los ojos de la anciana permanecieron impasibles. Miró a la inspectora serenamente. Al parecer había esperado esta objeción.

La señorita Spicer por último se refirió a mí.

—También hemos hablado con el coronel Carey, el padre de la niña. Queda automáticamente descartado en cuanto a la custodia de su hija, en virtud de la circunstancia de que reside fuera del estado. Pero median además otros factores que lo inhabilitan para tal responsabilidad. Durante muchos años no ha visto a su hija, ni se ha comunicado con ella. Han vivido aparte, y separados por circunstancias que son ajenas al caso. Dudamos de que posea la experiencia o habilidad y medios económicos, para asumir la responsabilidad de la custodia y salvaguardia de su hija.

Pude comprobar ahora por qué me dijo que eran mayores sus aciertos que sus fracasos. Alcé mi mirada hasta la figura del juez para ver si las palabras de la inspectora le habían impresionado. Tenía el rostro encendido por el calor que reinaba en la húmeda sala. Pero tras de sus lentes sus ojos seguían inescrutables.

—En vista de la información ya mencionada —prosiguió la señorita Spicer—, solicitamos de esta Sala que la menor de edad en cuestión sea entregada a la Autoridad de Tutela Infantil de California, en el Centro de Recepción del Norte de California, en Perkins. Abrigamos la esperanza de que después de su examen será enviada a Los Guilicos, la escuela de rehabilitación en Santa Rosa, en donde se hallará bajo una competente supervisión y recibirá una terapia psiquiátrica adecuada hasta su mayoría de edad, en cuyo momento y a petición suya será puesta en libertad. La inspectora tutelar se sentó y sobre la Sala cayó un impresionante silencio. No nos mirábamos unos a otros. Supuse por un momento que a todos nos invadía un mismo

sentimiento de vergüenza.

La voz del juez rompió el silencio.

—¿Tienen ustedes alguna objeción que hacer respecto a la recomendación contenida en la solicitud del departamento tutelar?

Harris Gordon se puso en pie.

—Hay un gran número de objeciones, como comprenderá de seguro la Sala, que, bajo circunstancias ordinarias, podría oponer a una información de esta especie. Pero estoy seguro de que la Sala las reconoce tan bien como yo y que así lo tendrá en cuenta.

El juez asintió:

—La Sala así lo tendrá en cuenta, señor Gordon.

—Gracias, Su Señoría —dijo suavemente Gordon—. Creemos que nuestra solicitud expone claramente nuestra posición y las objeciones que se nos ocurren con respecto a la solicitud del departamento tutelar. Creemos que la investigación del departamento tutelar ha sido, en muchos aspectos, extremadamente superficial y lesiva. Sospecho que bajo muchas circunstancias esto no tendría excesiva importancia, pero el departamento debe reconocer que la habilidad de la familia para atender adecuadamente a la menor está por demás dentro de sus medios, tanto material como económicamente. Más adecuadamente de lo que podría hacerlo el propio Estado.

—Esta Sala ha leído su solicitud, señor Gordon. Estamos dispuestos a tomarla en consideración. ¿Quiere usted proseguir, señor Gordon?

Gordon asintió cortésmente. Permaneció, no obstante, de pie.

—Su señoría, para los propósitos de esta petición, sépase que la solicitante es, en este caso, la señora Marguerite Cecilia Hayden, la abuela materna de la menor.

—La Sala se da por enterada.

—Gracias, Su Señoría. Sin que el hecho sea en detrimento de la menor, permítame declarar que la solicitante reconoce muchos de los factores inherentes en este caso, expuestos asimismo en la petición del departamento tutelar. No obstante sostiene la solicitante que el departamento tutelar, a causa de sus limitaciones materiales, y el Estado, por las muchas cargas que pesan sobre él, no pueden dar a la menor los cuidados y atenciones, que le son tan necesarios para su completa rehabilitación y que la solicitante está en posición de proporcionarle.

»En vez de las vagas generalidades de clausura y tratamiento expuestas en la solicitud del departamento tutelar, hemos propuesto y estamos dispuestos a llevar a cabo un método específico para cuidar y tratar a la menor.

»Ya hemos concertado un posible acuerdo con la Escuela de Niñas de Abingdon para el ingreso inmediato en la misma de Danielle. Creo superfluo hablar de la reputación de la Escuela Abingdon. Estoy seguro de que la Sala la conoce de sobras. Ninguna otra escuela de este tipo, en toda la nación, tiene el historial de esta. Una de las razones de este éxito, según se dice, es que a la educanda no se la separa en

momento alguno de la vida normal hogareña. Se le atiende en un ambiente completamente normal y regresa a su casa por las noches como de cualquier otra escuela.

»Tengo conmigo en esta Sala al doctor Isidore Weidman, un eminente psiquiatra especializado en niños. Está estrechamente relacionado con la Escuela Abingdon y tomará a su cargo el tratamiento y cuidados psicológicos y psiquiátricos de Danielle. Ha tenido a bien presentarse hoy ante la Sala por si tuviese que responder a preguntas relacionadas con los planes específicos que ha estudiado para el tratamiento de la menor.»

Gordon lanzó una mirada de interrogación al magistrado.

—La sala conoce al doctor Weidman —dijo el juez— y siente un gran respeto por sus opiniones y conocimientos. Con todo no cree necesario en este momento interrogar al doctor.

Gordon hizo un signo de asentimiento.

—La señora Hayden ha concertado también arreglos para que su nieta asista a la Iglesia de Santo Tomás, a fin de que se someta a los preceptos de un firme credo cristiano. El reverendo J. J. Williston de la Iglesia de Santo Tomás que infortunadamente no ha podido acudir esta mañana a la vista, está, no obstante, dispuesto a comparecer ante esta Sala más tarde, cuando lo juzgue conveniente, en el caso de que se requiera su consulta.

—La Sala tendrá esto en cuenta, señor letrado.

—La señora Hayden ha dispuesto igualmente que algunas habitaciones de su casa sean alhajadas apropiadamente para su uso por Danielle. Está preparada para proporcionarle a su nieta todo el cuidado y las atenciones, tanto morales como materiales, que necesite. Ahora bien, en cuanto a las consideraciones expuestas por el departamento tutelar respecto al estado físico de la señora Hayden...

Gordon cogió un vaso de agua de la mesa y apuró un sorbo. Volvió a posar el vaso sobre la mesa y se volvió hacia el magistrado.

—La señora Hayden es en la actualidad miembro de los consejos de administración de once corporaciones distintas y toma una parte activa en los negocios de cuatro de ellas. Es también administradora del Colegio de Artes y de Ciencias en la universidad y funcionaría de la sociedad Las Hijas de los Fundadores de San Francisco.

»Hace unos días la señora Hayden fue, a instancias mías, al Hospital General y se sometió a un examen físico completo. Tengo aquí informes escritos de dicho examen y voy a leerles un resumen de los mismos.

Cogió una hoja de papel.

En opinión de los médicos que suscriben este dictamen facultativo, la señora Marguerite Cecilia Hayden, de edad setenta y cuatro años, se halla en excelente estado de salud y no muestra signos de decrepitud u otros

comúnmente asociados con una edad avanzada. Formulamos el criterio de que, salvo accidente o circunstancias imprevistas, la señora Hayden podrá gozar de los beneficios de esta excelente salud durante muchos años venideros.

Gordon hizo una pausa y miró al juez.

—Este dictamen está firmado por el doctor Walter Llewellyn, Profesor de Geriatría, de la Facultad de Medicina de la Universidad del Sur de California, que encabezó el grupo de facultativos que realizaron el examen. Hay otros cinco doctores que suscribieron el documento con sus firmas. Los enumeraré si así lo desea la Sala.

—La Sala acepta la declaración del señor letrado. No es necesario que nombre a los demás facultativos.

Gordon tomó otro sorbo de agua.

—Muy poco tengo que agregar a la solicitud, salvo una cosa. —Miró a través de la mesa a Dani—. Pedimos a la Sala que tenga presente que para una niña no hay cura mayor ni más poderosa que la del cariño y la seguridad absoluta de ese cariño. Sin eso, todo nuestro conocimiento de la medicina y de la psiquiatría es baldío e ineficaz. Contando con ese factor extraordinario, la más difícil cura es posible.

»Tenemos la absoluta certidumbre de que la señora Hayden puede hacer por su nieta todo y más de lo que podría hacer por ella el Estado. Con un factor adicional de extrema importancia: el cariño que una siente por otra: el cariño que una institución, por perfecta que sea, no puede proporcionar.» El juez miró a la señorita Spicer y le preguntó:

—¿Desea formular alguna pregunta referente a esta petición del señor letrado?

La inspectora tutelar se puso de pie.

—El departamento tutelar ha examinado cuidadosamente la petición de la señora Hayden, pero no obstante insiste en que su proposición sirve mejor los intereses de la menor y los del Estado. De lo contrario, nuestra recomendación habría coincidido con la de la señora Hayden.

El juez miró entonces a Dani.

—Danielle ¿desea manifestar algo a propósito de estas dos peticiones?

—No, señor —contestó con voz muy queda.

—¿Se da usted cuenta de la gravedad de la decisión que debo tomar en este momento? —preguntó—. Debo decidir lo que ha de hacerse con usted. Si ha de permanecer bajo la custodia del Estado o si ha de vivir en la casa de su abuela. Cuanto más sepa acerca de usted, más justa y eficaz será mi decisión. ¿Hay algo más que pueda decirme ahora?

Dani, sin mirarle, dijo:

—No, señor.

—No solo ha cometido un acto terrible —dijo con adusta expresión— sino que reconoce a la vez haber observado una conducta impropia y altamente inmoral. La

clase de conducta que ambos sabemos es muy nociva y que no podemos permitir que continúe en modo alguno. ¿Puede decirme algo que me persuada a dar una respuesta favorable a la solicitud de su abuela?

Siguió con la vista baja y dijo:

—No, señor.

—Si no quiere decírmelo en público ¿querría decírmelo en particular, en mi despacho, en donde nadie podría oírnos?

—No, señor.

Suspiró.

—Su mutismo no me ayuda ciertamente a tomar una decisión que le sea favorable. ¿Lo comprende usted?

—Sí, señor. —Su voz era casi inaudible.

Creí percibir un asomo de tristeza en los ojos del magistrado cuando se arrellanó de nuevo en la silla. Permaneció unos instantes quieto y silencioso; luegoladeó ligeramente la cara y nos miró a todos. Su actitud era solemne. Aclaró su garganta como si se dispusiera a hablar, y su mano fue a coger el martillo de madera.

—Su Señoría —exclamé yo, poniéndome de repente de pie.

—¿Sí, señor Carey?

Pude darme cuenta, con una sola mirada circular, que mi súbita intervención había llenado de sorpresa y trastornado a todos los presentes. Pero mis ojos solo buscaron, en realidad, los de mi hija. Estaban muy abiertos y brillaban en su cara densamente pálida con una expresión casi de espanto. Unas ojeras cárdenas y una leve hinchazón denotaban que había llorado mucho antes de entrar en la Sala. Aparté de ella mi mirada y la fijé en el magistrado. Aquella era la última oportunidad que se me presentaba de hacer algo a favor de mi hija.

Aclaré mi garganta.

—¿Me cabe el derecho de formular algunas preguntas, Su Señoría?

—Tiene usted ante esta Sala los mismos derechos que su hija, coronel Carey —contestó el juez—. Tiene derecho a abogado, a pedir la comparecencia de testigos y a interrogarlos sobre cuestiones pertinentes y relativas a esta vista.

—Gracias, señor juez —dije—. Deseo dirigirle una pregunta a la señorita Spicer.

—Puede usted formularla, coronel Carey.

Me volví hacia la inspectora tutelar.

—Señorita Spicer, ¿cree usted que mi hija es capaz de cometer un asesinato?

Gordon, al instante, se puso de pie.

—Protesto, Su Señoría —dijo airadamente—. El coronel Carey hace una pregunta que puede perjudicar a mi cliente.

El juez le miró.

—Señor Gordon —dijo con una voz en la que se percibía una leve nota de irritación—. Creí haberle explicado ya que todas las protestas a favor del o de la menor son automáticamente sustentadas—. Se volvió hacia la señorita Spicer—. Conteste usted a la pregunta.

La inspectora tutelar vaciló.

—No lo sé.

—Me dijo usted el otro día que se resistía a creer que una muchacha como Dani pudiese cometer un asesinato —dije—. Que le satisfaría poder hallar una sólida razón psicológica que justificase su acto. ¿Por qué dijo eso?

Miró al magistrado y dijo:

—Ni la señorita Jennings ni yo hemos conseguido establecer un contacto suficientemente íntimo con Danielle para determinar lo que es capaz de hacer. Tenemos la impresión de que el dominio que ejerce sobre sí misma es notablemente superior al que suele hallarse en chicas de su edad.

—Usted se hallaba en la Sala y oyó el testimonio presentado ante el jurado forense. ¿Estuvo de acuerdo con su veredicto? —le pregunté.

Me dirigió una mirada penetrante.

—Acepté su veredicto.

—No es lo que le he preguntado, señorita Spicer. De acuerdo con lo que usted sabe ahora acerca de mi hija ¿cree que pudo haber matado a un hombre como se afirmó en la vista?

Tuvo un ligero titubeo y dijo finalmente.

—Lo creo posible.

—Pero, no obstante, sigue teniendo dudas.

Hizo un signo de asentimiento.

—Siempre hay dudas, coronel. Pero tenemos que enfrentarnos con los hechos que nos son presentados y no debemos dejar que nuestros sentimientos personales predominen sobre ellos. Los hechos que tenemos corroboran la conclusión de esta Sala. Por lo tanto debemos actuar de acuerdo con los mismos.

—Gracias, señorita Spicer.

Me volví hacia el juez. Estaba inclinado sobre la mesa, con la vista puesta en mi persona. Parecía sentir cierta curiosidad por lo que iba a decir a continuación.

Gordon se puso nuevamente de pie.

—Debo protestar, Su Señoría —dijo—. No alcanzo a ver lo que el coronel espera conseguir mediante esas preguntas. Todo el procedimiento me parece a mí irregular en alto grado.

El juez se volvió hacia mí.

—Debo reconocer que comparto el asombro del señor letrado, coronel Carey. Exactamente, ¿qué espera usted conseguir?

—No lo sé exactamente. Su Señoría, pero hay varias cosas que me desconciertan.

—¿Cuáles son, coronel Carey?

—Si mi hija no hubiese sido una menor de edad, sino una adulta y el veredicto hubiese sido de «homicidio justificado» todas las probabilidades serían de que saldría absuelta y libre para proseguir su vida normal. ¿No es así?

El magistrado hizo un ademán afirmativo.

—Pero puesto que es una menor de edad, sigue sujeta a castigo y por esta razón se halla ahora ante este tribunal, ¿no es eso cierto?

—No es cierto, coronel —dijo el juez—. Su hija no se halla ante este tribunal para ser juzgada de homicidio. Esta es una vista custodial que se celebra por su propio bien y provecho.

—Perdone mi ignorancia, Su Señoría, pero no soy abogado. En mi sentir, el mero hecho de que esté amenazada de reclusión es un castigo. Cualquiera que sea la razón, el crimen que se le imputa u otra dada por el Estado, todo viene a ser lo mismo: la aplicación de una medida punitiva.

—Puede estar usted persuadido, coronel, que no hay nada más lejos del pensamiento de este tribunal que la aplicación de medidas punitivas —dijo gravemente el magistrado.

—Gracias, señor juez. Pero hay otra cosa que me desazona y desconcierta.

—Expóngala, coronel.

—Si fuera acusado de un crimen por un jurado preliminar, entonces mi caso pasaría a la jurisdicción de un tribunal ordinario. Ante él tendría el derecho de defenderme contra tal acusación y establecer de una vez y para siempre mi inocencia o mi culpabilidad.

Asintió de nuevo el magistrado.

—Pero en el caso de mi hija esto no se consideró necesario. Desde el primer

momento de mi llegada aquí, se me explicó cuidadosamente que no debíamos preocuparnos por el castigo, porque Dani era una menor de edad. Solo debíamos preocuparnos por su custodia. Solamente hasta hoy no me di cuenta de que se había soslayado algo de extrema importancia.

Tenía seca la garganta y me vertí agua en un vaso. Lo bebí, ansioso, mientras el juez me miraba con mal disimulada curiosidad.

—En ningún momento, a lo largo de estos debates, he visto algo que se asemeje a una defensa a favor de mi hija. Me parece que debe dársele una oportunidad para que se defienda.

—No se le ha negado derecho alguno, coronel —dijo el juez con tono más bien impertinente—. Me parece a mí que usted y la madre de Danielle han empleado para su defensa a un letrado de gran capacidad. El señor Gordon, aquí presente, ha asistido a todos los debates. Si tiene alguna queja respecto a la forma de llevar su defensa, no es este ciertamente el lugar más a propósito para formularla.

Comenzaba a sentirme perdido en aquel laberinto de legalismos. Era una estupidez de mi parte haber pensado que podría traspasar la trama de oscuridades que la ley había tejido alrededor de ella.

—Su Señoría —dije, desesperadamente— lo que trato de preguntar, a mi modo, llanamente, es... ¿qué puedo hacer para desentrañar la verdad respecto a mi hija ante este tribunal?

El juez me miró fijamente durante un largo momento. Luego se retrepó en su silla.

—Si eso es todo lo que desea, coronel —dijo lentamente— hable usted y exprese su pensamiento en la forma que crea más conveniente. Esta Sala está tan ansiosa de conocer la verdad como usted mismo.

Gordon volvió a levantarse.

—Esto es altamente irregular, Su Señoría —protestó—. Todo lo que el coronel Carey puede hacer es prolongar este asunto innecesariamente. El jurado forense ha rendido ya su veredicto. No sé cuál pueda ser su propósito revolviendo el asunto. Todos comprendemos que esta es una vista custodial y protesto de que se la quiera convertir en algo distinto.

—En cualquier otro tribunal mi hija tendría el derecho de apelar, señor juez —dije—. ¿No está facultada para hacerlo ante este Tribunal?

El juez nos miró a ambos.

—No cae dentro de las atribuciones de este tribunal revisar las decisiones de cualquier otro tribunal. No obstante, no se opone esta Sala a escuchar todo aquello que pueda ayudarla a enjuiciar de un modo justo el caso presentado ante ella. Es deber de esta Sala hacer cuanto le sea posible para la defensa y protección del o de la menor de edad, de la manera que sea, incluso en contra de su voluntad. Puesto que estas vistas no están sujetas a reglas fijas, no veo inconveniente alguno en que escuchemos las declaraciones del coronel Carey.

—Gracias, Su Señoría.

Gordon me lanzó una mirada singular y volvió a sentarse. Me dirigí al juez.

—¿Puedo llamar a una testigo?

El juez hizo un ademán afirmativo.

Fui al fondo de la pieza y abrí la puerta que comunicaba con la sala de espera. Anna estaba sentada en el extremo opuesto de la misma, junto a las ventanas. La llamé por su nombre y entró conmigo en la sala.

—Su Señoría —exclamé— esta es Anna Stradella.

Nora palideció de rabia. Observé que cambiaba unas palabras, en voz baja, con Gordon. Mi exsuegra guardaba su calma de siempre. El rostro de Dani mostró solo curiosidad.

—Por favor, siéntese, señorita Stradella —dijo el juez. Señaló la silla junto a su mesa. Anna se sentó y el actuario avanzó hacia ella con una Biblia en la mano. Anna prestó juramento rápidamente y el actuario volvió a sentarse.

—Proceda, coronel —dijo el juez. Tras de sus lentes sus ojos eran, ahora, chispeantes y vivos. En su expresión se advertía un interés hasta este momento ausente.

Anna estaba vestida de negro, pero este tono sombrío no atenuaba la lozanía de su cuerpo. Se mantuvo quieta, con sus manos juntas sobre su bolso.

—¿Quiere usted decirle al tribunal en qué lugar y momento nos encontramos por vez primera, Anna? —le pregunté.

—Me encontré con el coronel Carey cuando fue a la funeraria para hablar con la familia de Tony Riccio.

Con el rabillo del ojo vi que Dani se inclinaba de repente sobre la mesa y miraba a la muchacha.

—¿Por qué estaba usted allí, Anna?

—Tony había sido mi prometido —contestó con voz queda—. Estábamos comprometidos para casarnos.

—¿Cuánto hace que estaban prometidos?

—Nueve años.

—Son relaciones muy largas en estos tiempos, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —dijo—. Pero Tony quería esperar hasta tener un capital redondeado.

—Ya veo. ¿Conocía usted su empleo con la señorita Hayden?

Hizo un movimiento afirmativo.

—¿Discutió alguna vez con Tony a propósito de ese empleo?

Hizo un gesto de denegación.

—No. Nunca lo hice. Pero Tony me hablaba a menudo de la señorita Hayden.

—¿Qué le decía acerca de ella?

Gordon se levantó de pronto como movido por un resorte.

—Protesto con todas mis fuerzas de este modo de interrogar a la testigo. Es

completamente irregular y no tiene relación con el caso que se ventila en esta Sala.

—Denegada la protesta —dijo el juez casi con indiferencia. Era evidente que sentía una viva curiosidad por lo que estaba haciendo—. Continúe, coronel Carey.

—Me decía que era una mujer ya jamona y que un día toda su pasta iría a sus manos.

Miré a Nora a hurtadillas y vi que sus ojos llameaban de ira. Me volví hacia Anna.

—¿Le dijo algo sobre sus otras relaciones en aquella casa en donde prestaba sus servicios?

—Sí —dijo casi en un murmullo—. Me dijo que tenía que contentar a la madre y a la hija y que eso lo derrengaba por completo.

—Supongo que con eso daba a entender que tenía relaciones sexuales con ambas.

—Sí.

—Durante todo ese tiempo ¿sostuvo también relaciones íntimas con usted?

Anna dirigió la vista al suelo.

—Sí —murmuró.

—¿No se opuso usted a esa clase de relaciones con la señorita Hayden y su hija?

—¿Qué habría sacado con oponerme? —exclamó con un tono lastimero—. No tenía más remedio que hacerlo, me decía. Era parte de su trabajo.

—¡Eso es falso! —gritó de repente Dani—. ¡Miente esa mujer!

El juez golpeó la mesa secamente con el martillo.

—Conserve su calma, Danielle —la amonestó—. O me veré obligado a expulsarla de la sala.

Dani palideció intensamente y me miró con ojos relampagueantes. Me di cuenta ahora de lo que debió sentir Judas cuando miró a la faz de Jesucristo. Me volví a Anna.

—¿Cuándo fue la última vez que vio usted vivo a su prometido? —le pregunté.

—Dos semanas antes de que muriera.

—¿Qué le dijo a usted entonces?

—Me entregó un sobre grande amarillo y me dijo que se lo guardara —dijo—. Me dijo que había en él cartas de la señorita Hayden y de su hija y que antes de muy poco aquellas cartas serían para nosotros un verdadero filón. Y que entonces podríamos casarnos.

—¿Leyó usted esas cartas?

—No —dijo—. El sobre estaba lacrado.

—¿Qué hizo entonces usted con esas cartas?

—Las guardé en un sitio seguro —dijo—. Y entonces una noche vino mi hermano a verme y me dijo que Tony las necesitaba y yo se las entregué. Solo después de que se hubo ido mi hermano me enteré de que Tony había muerto ya.

—¿Qué hizo su hermano con esas cartas?

—Las vendió.

—¿A quién?

—A la señorita Hayden.

—Pero la señorita Hayden no recibió la totalidad de las cartas, ¿verdad que no?

—No. Mi hermano retuvo dos de ellas en su poder.

—¿Y qué hizo con ellas?

Me miró derechamente a la cara.

—Se las vendió a usted por cien dólares.

Esta vez fue Nora quien no pudo reprimirse y exclamó:

—¡El muy canalla!

Gordon la asió del brazo para aquietarla y pude observar que estaba tan sorprendido como los demás presentes. Probablemente ignoraba la existencia de aquellas cartas.

Las saqué de un bolsillo.

—¿Estas son las cartas que su hermano le dio para que me las entregase a mí? —le pregunté.

Lanzó una rápida ojeada a las cartas.

—En efecto —dijo— estas son.

—Eso es todo, Anna. Gracias.

—Me gustaría leer un fragmento de una de estas cartas —dije, y sin esperar a que el juez me diese el permiso, leí el último párrafo de la carta de Nora.

—¡Mamá, no me dijiste que te ibas a casar con él! exclamó Dani. Lanzó a su madre una mirada acusadora. —¡No me lo dijiste!

—¡Por favor, Dani, conserve la calma! —La inspectora tutelar asió el brazo a Dani.

Gordon, una vez más, se puso de pie.

—Exijo que el testimonio de esa mujer y el texto de la carta leído no figuren en acta por impertinentes y ajenos por completo a la cuestión.

—Admitida la protesta —dijo el juez casualmente—. Así se ordena—. Me miró y dijo:

—¿Tiene aún otras sorpresas en reserva, coronel Carey?

—Sí, Su Señoría. Me gustaría interrogar a la señorita Hayden.

Gordon volvió a levantarse.

—Protesto, Su Señoría.

—No se concede la protesta.

—Solicito una breve suspensión a fin de poder consultar con mi cliente —dijo Gordon.

El juez se inclinó sobre la mesa y miró a Gordon.

—Según parece tiene usted plétora de clientes en esta Sala, señor Gordon. ¿A cuál de ellos o ellas se refiere usted?

Enrojeció el rostro de Gordon.

—A la señorita Hayden, Su Señoría.

El juez hizo un ademán de asentimiento. Golpeó la mesa con el martillo de madera.

—La Sala acuerda quince minutos de suspensión.

Nos pusimos todos de pie al abandonar la sala el magistrado. La señorita Spicer condujo a Dani a la sala de espera. No bien se hubo cerrado la puerta tras de ellas, Gordon se volvió hacia mí.

Su voz temblaba de ira.

—¿Qué diablos se propone usted hacer, Luke?

—Lo que usted no ha hecho, abogado —repliqué—. ¡Defender a mi hija!

—Lo que está haciendo, Luke, es enredar neciamente el asunto y empeorar la situación de Dani.

—¿Peor de lo que está? El juez está dispuesto a mandarla al correccional.

—Eso no lo sabe usted —dijo—. Todavía no había expresado su decisión. Y si esta hubiese sido contraria, habríamos apelado. Tenemos ese derecho.

—¡Linda esperanza! —exclamé despectivamente—. Y entre tanto Dani seguiría encerrada. ¿Por qué teme tanto que pueda descubrir la verdad? ¿O acaso está también usted en el complot?

—¿Qué complot?

Me di cuenta de que estaba realmente asombrado y perplejo.

—Nora tenía miedo de que diera con la verdad de lo que había ocurrido aquella noche. Por esta razón hizo que Coriano me tendiese una trampa cuando fui a recoger las cartas.

—¿Le tendieron una trampa?

Saqué las fotografías de mi bolsillo, se las mostré y le conté lo ocurrido. Palideció mientras yo volvía a meter las fotos en el bolsillo.

—Me amenazó con ellas. O dejaba de ocuparme del asunto, o las mandaba a mi mujer.

—¡Qué estúpida fui entregándotelas! —dijo, furiosa Nora—. No supe lo que hacía.

Gordon estaba también furioso. La cogió del brazo, rudamente y la apartó de mi lado.

Observé cómo se encaminaban al fondo de la Sala. Vi cómo gesticulaban y oí el murmullo de sus voces pero no alcancé a percibir lo que decían. Me senté y cogí un vaso de agua. Quería fumar un cigarrillo, pero no sabía si estaba permitido el fumar en la Sala.

—Todo esto ha trastornado mucho a su hija, coronel —me dijo el doctor Weidman.

Me volví a él y observé en sus ojos una expresión de sincera simpatía. Apuré el entero contenido del vaso.

—Creo preferible un ligero trastorno ahora, doctor, que los estragos que le causarán más tarde tres años de reclusión en un correccional.

Weidman no desplegó los labios. Cogí un cigarrillo y lo encendí. ¡Al diablo las ordenanzas! Observé que mi mano temblaba.

Se acercó a mí la anciana señora y puso una mano encima de la mía. Su voz era suave y amistosa como el contacto de su mano.

—Supongo que ya sabrá lo que hace, Luke.

La miré. Me pareció, entre todas, la más serena y juiciosa. Respondí a la suave presión de sus dedos.

—Espero que sí, señora.

Súbitamente sentí el deseo vehemente de que Elizabeth estuviera aquí, a mi lado. Ella sabría certeramente lo que debería hacer; podría calmar los temores y las dudas que comenzaban a asaltarme. Tal vez Gordon tuviese razón. Tal vez haría más daño que bien. No recordaba que hubiese estado jamás tan solo como me sentía ahora.

La puerta que comunicaba con su despacho particular se abrió y entró en la Sala el juez. Nos pusimos de pie y solo nos sentamos después de que hubo golpeado la mesa con su martillito de madera. Gordon y Nora habían vuelto ya a la mesa. Pude observar por el rostro encendido de Gordon que aún no se le había pasado el enfado.

—¡Que el alguacil haga comparecer a la menor! —dijo el juez.

El delegado del *sheriff* se encaminó a la puerta de la sala de espera y la golpeó con los nudillos. Al cabo de unos instantes Dani y la inspectora tutelar entraron en la sala.

Los surcos lívidos bajo los ojos de Dani parecían más profundos. Pude darme cuenta de que había estado llorando. Se deslizó hasta su asiento sin mirarme.

—Prosiga, coronel Carey —dijo el juez.

Al instante, antes de que yo despegara los labios, se puso de pie Gordon y se interpuso entre el magistrado y yo.

—Debo protestar de nuevo contra lo improcedente de este debate, Su Señoría. El procedimiento es altamente irregular y podría impugnarlo poniendo de manifiesto la parcialidad y el prejuicio en que incurre la Sala.

Los ojos del juez Murphy se hicieron, repentinamente, de hielo. Con voz tajante dijo:

—¿Está usted amenazando a esta Sala, letrado?

—No, Su Señoría. Estoy expresando meramente una opinión legal.

—La Sala respeta la opinión del letrado —dijo el juez fríamente— y se hace cargo de su inquietud. Pero la Sala desea puntualizar que aun incurriendo en parcialidad y prejuicio cumple con ello su específica función. El propósito paladino de este tribunal, de acuerdo con la ley, es hacer todo cuanto esté a su alcance para proteger por completo a los menores que comparecen ante él.

Gordon se sentó calladamente. El juez me miró y me dijo blandamente:

—Prosiga, coronel.

Me levanté de la silla.

—Me gustaría interrogar a la señorita Hayden.

—Señorita Hayden, ¿quiere tomar asiento al lado de mi mesa? —le dijo el juez, indicándole la silla que había ocupado Anna.

Nora miró unos momentos a Gordon y al hacer este un ademán de asentimiento se puso de pie y fue a sentarse en el lugar que le había indicado el magistrado. El

actuuario avanzó, Biblia en mano, y Nora prestó el debido juramento. Nora se sentó y me lanzó una mirada inquisitiva. Mostraba un rostro impasible, hermético, como esculpido en una de las materias duras que tenía en su estudio.

Tomé aliento; profundamente.

—Nora —comencé—, en la vista forense celebrada la semana última testificaste que tuviste una disputa con Tony Riccio el día en que halló la muerte. ¿Puedes decirnos a qué hora comenzó dicha disputa?

—No lo recuerdo exactamente.

—Aproximadamente. ¿Fue a las ocho de la mañana? ¿A las diez? ¿A las doce? ¿A las dos de la tarde?

Pude percibir, reflejada en los ojos, la creciente inquietud que la invadía. Se daba cuenta de mis intenciones.

—Es difícil para mí decirlo con exactitud.

—Tal vez pueda yo refrescar tu memoria —dije—. Estuviste todo el día del jueves en Los Ángeles. En la Compañía Western Airlines me dijeron que tu nombre figuraba en la relación de pasajeros del vuelo de Los Ángeles a San Francisco, cuyo término tuvo lugar el viernes, a las cuatro y diez minutos de la tarde. Con las demoras habituales impuestas por el tráfico, debiste llegar a la casa, digamos, a las cinco. ¿Fue entonces cuando comenzó la disputa?

En sus ojos fríos percibí los primeros indicios de una profunda cólera reprimida.

—Sí, aproximadamente a esa hora.

—Así pues la disputa que se mencionó en el juicio anterior no fue a lo largo de todo el día sino que comenzó aproximadamente a las cinco de la tarde, ¿no fue así?

—Así fue.

Gordon volvió a levantarse para interpelar al magistrado.

—Su señoría —dijo—, no acierto a...

—¡Señor Gordon! —La voz del juez sonó destemplada—. Absténgase de interrumpir, en adelante, el curso de estos debates. Como abogado que ostensiblemente representa a la menor que comparece ante este tribunal debiera usted congratularse de toda información conducente a arrojar alguna luz sobre sus actos y a robustecer su defensa. Comienza a creer esta Sala que está usted tratando de servir a varios amos a la vez y a prejuzgar demasiados hechos. Permítame que le reitere que soy el juez en esta Sala y que usted tendrá todas las oportunidades para expresar sus opiniones en su debido tiempo. Ahora, por favor, vuelva a sentarse.

Gordon se sentó. Tenía el rostro encendido por la cólera. El juez se volvió hacia mí.

—Por favor, coronel Carey, prosiga.

—¿Había alguien en la casa cuando llegaste a ella? —le pregunté.

Por primera vez Nora vaciló y tardó dos o tres segundos en contestar.

—No sé lo que quieres decir.

—¿Estaba la servidumbre en casa?

—No. No lo creo.

—¿Se encontraban en la casa Dani o Tony Riccio?

—Sí.

—¿Los dos?

—Los dos.

—¿Los viste en el momento de entrar en la casa?

—No. —Movi6 la cabeza—. Me fui directamente al estudio. Quise dise1ar unas ideas que se me habían ocurrido antes de que se me olvidaran.

—¿A qué hora, finalmente, los viste?

Me mir6, intensa. Por primera vez vi asomar a sus ojos una expresi6n implorante. Diríase que me suplicaba que no siguiese adelante.

—¿A qué hora? —repetí fríamente.

—Pues... aproximadamente a las siete y media.

—Entonces la disputa comenz6 a las siete y media, no a las cinco, ¿no fue así? —le pregunté.

—Sí. Así fue. —Y baj6 la vista hasta sus manos.

—Testificaste también en la vista forense que tu disputa con Tony Riccio fue sobre asuntos profesionales —dije—. Esa no fue la raz6n verdadera, ¿verdad que no?

—No.

—Y cuando le dijiste a la se1ora Spicer que no estabas enterada de las relaciones de Dani con Riccio —dije— tampoco dijiste la verdad, ¿verdad que no?

Se puso a llorar silenciosamente; las lágrimas rodaban por sus mejillas. Retorcía sus manos, nerviosa.

—No.

—¿D6nde los viste?

—Cuando subí a mi alcoba para vestirme para la cena —dijo casi en un susurro.

—Dije d6nde, no cuándo —insistí—. ¿En qué cuarto?

No alz6 los ojos.

—En el cuarto de Rick.

—¿Qué hacían?

—Estaban... —Su voz se hizo inexpresiva, carente de todo sentimiento. Sus ojos parecían también como apagados, sin vida—. Estaban en la cama.

La miré, severamente.

—¿Por qué no lo declaraste así en la vista?

—¿Con qué objeto? ¿Para complicar las cosas más de lo que estaban? No creí que fuera necesario que...

—¡No creíste que fuera necesario! —le interrumpí airado—. ¡Por supuesto! Pero sí creíste necesario callarte, porque de lo contrario te habrías visto obligada a decir toda la verdad. ¡La verdad de lo que ocurri6 en tu casa aquella noche!

—No... no comprendo —dijo, y esta vez sus ojos reflejaron un auténtico y terrible pavor.

—Sí comprendes —dije brutalmente—. No sé cómo lograste ponerte de acuerdo con Dani, pero sabías muy bien que si decías la verdad, todo lo demás se habría sabido... esto es, que fuiste tú y no Dani la que mató a Riccio.

Vi cómo ante mis ojos, de repente, envejecía. Se heló su rostro y aparecieron en él arrugas que jamás había visto. Simultáneamente oí detrás de mí un grito desgarrador.

—¡No, mamita! ¡No! ¡No puede hacerte decir que fuiste tú! Antes de que me volviera por completo para mirar a Dani, ya esta se había levantado de su asiento y precipitado en los brazos de su madre. La estrechó en los suyos convulsivamente. Seguía Nora llorando a lágrima viva y los ojos de Dani me lanzaban llamaradas de odio y rencor.

—¡Crees que sabes la mar! —gritó, destemplada—. Vuelves después de todos estos años y crees que lo sabes todo. Eres un extraño. Nada más que un extraño. No me conoces. Yo no te conozco. Sabemos cómo nos llamamos ¡eso es todo!

La miré, consternado.

—Pero... ¡Dani!

—Te dije la verdad —clamó—. Pero no quisiste creerme. Te dije que fue un accidente, que no lo hice adrede, pero no quisiste creerme. Odiabas tanto a mi madre que no quisiste oírme.

»Puesto que tanto empeño tienes en saber la verdad, papá, voy a decírtela. No fue a Riccio a quien traté de matar aquella noche, en el estudio. ¡Quise matar a mi madre!»

Recorrí con mi vista la sala. La quietud y el silencio en ella eran impresionantes. Todas las miradas convergían en Dani. Hasta las del taquígrafo, cuyo rostro había permanecido impasible toda la mañana, con la vista perdida en el espacio mientras sus dedos recorrían veloces las teclas de la estenotipia.

—Estábamos los dos en la cama de Rick cuando nos sorprendió mamá —dijo con voz queda, sin timbre—. Sabíamos que era muy tarde, pero yo no quería separarme de él. Él quería que me fuera, pero yo no quise irme. No oímos ningún ruido en la casa y estábamos convencidos de que estábamos solos en ella. Hacía ya dos días que estábamos en cama, desde que los criados se fueron y solo nos levantábamos para comer. Y, sin embargo, no quería irme.

En sus ojos centelleantes volví a ver la ya conocida expresión de reto.

—¿Quieres saber lo que Rick y yo estábamos haciendo cuando nos sorprendió mamá? —preguntó—. ¿Quieres saberlo?

Me abstuve de contestarle.

—Los dos estábamos desnudos en la cama. Él estaba boca arriba y yo sobre las manos y las rodillas. ¿Sabes lo que quiero decir, papá? Le estaba provocando para que sintiese otra vez deseo de mí y no tuviera que irme.

Comencé a sentir náuseas. Debió de advertirlo por el crispamiento de mi rostro y movida por un sádico impulso irrefrenable se ensañó conmigo.

—Sí, me imagino que ya sabes lo que quiero decir, papá —dijo suavemente—. Pero no quieres pensar en ello. Prefieres seguir creyendo que soy la misma pequeñuela que dejaste hace seis años. Pues bien, no lo soy. No te gusta la idea de que yo conozca todas esas cosas... las muchas maneras de hacerlas. Pero sí las conozco. No. No te gusta esa idea, lo sé; pero ¿qué quieres? Es la pura verdad.

Fue levantando la voz, ligeramente y un asomo de lágrimas brillantó sus ojos.

—Sí, papá, hice todas esas cosas, no una vez sino ciento. ¡Todas las veces que pude!

Tenía los ojos clavados en los míos y parecía hallar un maligno placer en el sufrimiento que, de seguro, veía reflejado en mi rostro.

—¿Verdad, papáito, que no te gusta oír todo esto de los labios de tu pequeñuela? No le contesté. No podía.

—Mamá tuvo que cruzar tu antiguo cuarto. ¿Recuerdas cómo acostumbrabas a pasar de tu cuarto al mío? Por allí vino. Solo que ese cuarto lo ocupaba ahora Rick. Me sacó de la cama y medio me arrastró por el pasillo hasta mi cuarto y me encerró en él. Me puse a llorar. Le dije que Rick y yo íbamos a casarnos, pero no quiso escucharme. Nunca la había visto antes tan enfadada.

»Luego bajó al estudio y me quedé en mi cama hasta que oí que se abría la puerta

del cuarto de Rick. Oí sus pisadas cuando bajaba la escalera y comprendí que iba a hablar con ella. Me vestí lo más rápidamente que pude y salí de mi cuarto por el cuarto de baño que mi madre había olvidado cerrar.

»Bajé la escalera sin hacer ruido. Oí las voces de Charles y Violet en la cocina, al otro lado de la casa. Recorrí entonces el pasillo y llegué hasta la puerta del estudio. Detrás de ella podía oír todo lo que decían.

»Oí que mi madre le decía a Rick que tenía una hora para abandonar la casa. Y Rick le contestó que estaba de las dos hasta la coronilla y que iba a pregonar por todos los sitios que éramos un par de zorras desorejadas. Mamá le dijo entonces que si no se iba le denunciaría a las autoridades por... por —tropezó con la palabreja— por estupro. Se levantó un murmullo en la sala, pronto apagado.

—Oí que mi madre se reía de él y que le decía que no le sorprendía que dijera aquello y que todo se reducía a una cosa: ¿cuánto quería? ¿En cuánto valoraba su silencio? Y Tony también se rio. Había adivinado sus intenciones, dijo. Cincuenta mil dólares. Mamá le dijo que estaba loco, y que todo lo que le daría serían diez mil. Veinticinco entonces, le contestó él.

—Está bien —oí que decía mi madre. Y entonces enloquecí.

Las lágrimas arrasaban sus ojos y comenzaron a resbalar por sus mejillas.

—Fue, en verdad, un ataque de locura que me cegó el entendimiento. En mí solo había un pensamiento. Mi madre hacía una vez más lo que había hecho siempre. Apartar de mí lo que más quería. ¡Iba a deshacerse de Tony, a echarlo de casa, porque me quería y yo le quería con toda mi alma y todos mis sentidos!

»Empujé la puerta y entré, gritándole: “¡Mamá, no hagas eso! ¡No lo apartes de mí!”

Mi madre me miró, furiosa, y me ordenó que subiese a mi cuarto y no saliera de él. Yo miré entonces a Rick y él me dijo que hiciera lo que me mandaba mi madre.

»Entonces vi el cincel encima de la mesa, junto a la puerta. Lo cogí y me precipité sobre mi madre. “¡No lo echés de casa! —le grité—. ¡Antes te mato!”.

»Alcé el puño y fui a descargarlo sobre mamá, pero, no sé cómo, Rick se interpuso entre las dos y, antes de que me diera cuenta, tenía el cincel clavado en un costado. “¡Por Dios y todos los santos! —exclamó llevando las manos al sitio herido—. ¿Por qué, Dani, tuviste que hacer una cosa tan estúpida?” Vi entonces que por entre sus dedos brotaba la sangre a borbotones y corrí hasta donde estaba mi madre, gritando: “No quise hacerlo, mamá. ¡No quise hacerlo!”.

»“Sí, nenita, estoy segura de que no lo hiciste a propósito —me dijo una y otra vez con gran ternura—. Lo sé muy bien, no fue tu intención hacerlo”. Quedamos en que diríamos a todo el mundo que él estaba maltratándola y que yo había hecho aquello para defenderla. Entonces nadie tendría necesidad de saber lo que había entre Rick y yo. Me repitió eso infinidad de veces para estar segura de que diríamos siempre la misma cosa en nuestras declaraciones. Entonces me cubrí la cara con las manos y Charles entró en el estudio.

Las dos estaban ahora estrechamente abrazadas mezclando sus lágrimas. Las contemplé. Era como si viera una diapositiva de estereoscopio sin el visor. Como dos fotografías separadas de una misma persona. ¡Eran tan parecidas! Diríase que eran las mismas lágrimas la que rodaban por sus mejillas. Madre e hija. Una y la misma.

Estaba como hipnotizado. Y súbitamente tuve como la impresión de que se había roto el encanto. Los ojos de Dani estaban ahora secos, aunque Nora seguía llorando.

—Ahora que sabes ya la verdad, papaíto, ¿te sientes mejor?

Escruté sus ojos. No sé lo que vi en ellos, pero las náuseas que me ahogaban desaparecieron de repente. Supe la verdad. Ignoro cómo la supe, porque no la había revelado, pero esto, ahora, carecía para mí de importancia. Porque era aquello lo que quería Dani. Y así debía ser. Y porque ahora, más que nunca, sabía a ciencia cierta que Dani no había cometido crimen alguno.

El juez ordenó una suspensión de diez minutos. Cuando volvió a la Sala y ocupó su sitio, todos nos sentamos y nos dispusimos a escuchar su fallo.

—Es decisión de este Tribunal que el Estado de California tome a su cargo la custodia de la menor Danielle Nora Carey, como recomienda la petición suscrita por el Departamento Tutelar. Por consiguiente decretamos que sea devuelta a la custodia de la Autoridad Tutelar Infantil de California para que, por mediación de la inspectora tutelar aquí presente sea enviada al Centro de Recepción del Norte de California, en Perkins, por el período normal de diagnóstico de seis semanas. Entonces, al término de este período y de acuerdo con dicho Centro, será transferida a la Escuela de Los Guilicos, en Santa Rosa, California, en donde será sometida a un tratamiento de rehabilitación por un período no inferior a seis meses. Solo entonces la Sala juzgará si debe o no confiarla a la custodia de su abuela materna, según solicita esta en su petición que ahora nos vemos obligados a rechazar.

»Por lo tanto, por este acto declaramos a Danielle Nora Carey, menor, en tutela bajo la custodia del Estado de California hasta que alcance la edad legal de dieciocho años o hasta que sea absuelta por este tribunal. También por este acto se ordena a los padres de la menor que acuerden con el Departamento Tutelar la forma de pagar al Estado de California la suma de cuarenta dólares al mes por cada uno de los meses que la menor se halle bajo la custodia del Estado.

El juez golpeó la mesa con el martillito y a continuación se volvió hacia Dani.

—Los Guilicos, Danielle, es una magnífica escuela y si se porta usted bien y muestra la voluntad firme de rehabilitarse, nada tendrá que temer. Si usted coopera con ellos, ellos cooperarán con usted y tratarán de devolverla a los suyos lo más pronto posible.

Todos nos levantamos y el juez, majestuosamente, salió de la sala.

—Mañana podrán visitar a Dani —dijo la señorita Spicer y fue con ella hasta la puerta y la abrió. Dani se volvió un instante para mirarnos y seguidamente traspuso el umbral. La puerta se cerró.

Nora rompió nuevamente a llorar. El doctor Weidman la enlazó con su brazo y

ella reclinó la cabeza sobre su hombro y en esta guisa se encaminaron hacia la salida.

Gordon vino hacia mí, con una amplia sonrisa en sus labios.

—No resultó tan mal la cosa, después de todo.

Le miré, atónito.

Me lanzó una mirada penetrante.

—Pudo haberla dejado bajo la custodia del Estado hasta su mayoría de edad. Pero de este modo hay una gran probabilidad de que la tengamos con nosotros dentro de seis u ocho meses.

No esperó mi respuesta y fue a reunirse con Nora y el doctor Weidman.

Entonces sentí sobre la mía la presión de una vieja mano.

La anciana señora me miró a los ojos. En los suyos percibí un destello de comprensión.

—Gracias por todo lo que intentó hacer, Luke —dijo gravemente—. Tenga la seguridad de que cuidaré de ella con todo mi amor cuando me la traigan a casa.

—Sé que lo hará, señora Hayden. Estoy apenado. Por lo de Nora, quiero decir.

—Todo eso es ya agua pasada, Luke. Hicimos todo cuanto nos fue posible hacer. Adiós. Y mucha suerte.

—Gracias.

Se encaminó por el pasillo central hacia la salida. Miré en dirección a la escalera. Era el único que quedaba en la sala. Después de un momento de vacilación, salí por una de las puertas de la sala y me dirigí al despacho de la inspectora tutelar.

Cuando llegué, la señorita Spicer estaba ya sentada a su mesa.

—Tengo que volver a Chicago esta tarde —le dije—. ¿Podría ver a Dani ahora en vez de mañana?

—Veré si Dani quiere verle —me dijo cortésmente y dejó el despacho.

Cogí un cigarrillo, lo encendí y lo llevaba a los labios cuando volvió la inspectora con Dani. Extendí mis brazos y mi hija vino a refugiarse en ellos.

—Estoy muy apenada, papá —me dijo.

—Está bien, Dani —dije blandamente—. Tardé mucho tiempo, pero ahora, por fin, lo comprendo todo.

Me miró, ansiosa, a los ojos:

—Tú no la odias tanto que quisieras verla en la cámara de gas, ¿verdad qué no?

—No, Dani —le dije—. No la odio ya más. Nunca más. Hubo un tiempo que la temía, pero ahora me compadezco de ella.

—Ha de tener siempre alguien que la quiera más que a nadie en el mundo, papá. Eso es normal. Tú tienes a tu mujer. Ella te quiere más que a nadie en el mundo, ¿verdad?

—Y tu madre te tiene a ti, Dani.

En sus ojos prendió de repente una llamarada de alegría.

—Algún día, tal vez, podrás venir a visitarme. O tal vez yo sea la que vaya a visitarte.

—Sí, Dani. Algún día...

Se abrió la puerta.

—Lo siento mucho, Dani, pero ha transcurrido ya el tiempo prescrito.

Dani me besó en la mejilla.

—¿Me escribirás, papá?

La besé en la frente.

—Te escribiré largo y tendido, nenita.

La seguí con la mirada mientras se alejaba por el corredor, con un fuerte repiqueteo de sus finos tacones de acero sobre el suelo. Luego doblaron por uno de los extremos del pasillo y Dani desapareció de mi vista.

Adiós, Dani. Adiós, mi pequeñuela con su carita sonrosada. Recuerdo el día en que naciste. Recuerdo cuando te vi por primera vez a través de la ventana acristalada llorando y restregando contra tu carita arrugada tus puños minúsculos y cómo me sentí por dentro totalmente trastornado porque supe que eras mía y yo era tuyo y que eras la nena más maravillosa que existía en todo el universo.

Dondequiera que vaya el amor, va contigo.



Eran las nueve y media de aquella misma noche cuando el enorme reactor tocó tierra en el aeropuerto O'Hare de Chicago. El aire fresco invadió el interior del avión cuando se abrió la puerta. Fui el primero en salir. No tenía tiempo de ser cortés. Me pregunté si Elizabeth había recibido mi telegrama.

Crucé casi corriendo el terreno hacia el edificio aún no terminado de llegada. Al principio no la vi, en medio de aquel gentío. Pero por fin la hallé y todo fue ademanes, gritos y sonrisas.

Me precipité sobre ella y el mundo por unos momentos cesó de girar y todas mis penas y dolores se desvanecieron. La abracé apretujándola contra mi pecho.

—Te quiero, te quiero y te he echado horriblemente de menos —dije—. No sé cómo he podido estar tanto tiempo sin ti ¡y te quiero, te quiero!

Entonces recogí del suelo mi maleta, salimos y nos dirigimos a donde estaba nuestro coche. Abrí la portezuela de atrás para arrojar sobre el asiento mi maleta cuando vi otra en él. Me volví hacia mi mujer.

Me sonrió entre dientes.

—¡Oh! ¿No te lo dije? Tenemos que ir de aquí directamente al hospital.

—¿Cómo? ¿Quieres decir ahora mismo?

—Sí, ahora.

—¿Por qué no me lo dijiste? —vociferé—. En vez de perder todo ese tiempo. ¡Pronto! ¡Sube al coche!

—No tenemos que precipitarnos. Todavía hay tiempo. Los dolores me vienen cada hora. —Alzó los ojos hasta el reloj eléctrico instalado encima de la puerta de entrada de aparcamiento de coches—. No tardaré en sentir los dolores de turno.

—No te quedes ahí entonces —le grité—. Sube al coche.

Apenas se hubo sentado le entraron los dolores. Su rostro se tornó pálido y tenso, pero aunque intenso, el dolor fue de corta duración y los colores volvieron prontamente a su cara.

—Ya ves. No matan.

Recorrimos en un santiamén el trayecto hasta el hospital de San José. Los del tráfico brillaron por su ausencia.

Entramos y fue conducida inmediatamente a la segunda planta. Quince minutos después era conducida en una camilla a la habitación de los partos.

Pude verla al detenerse la camilla frente a las puertas del ascensor. Estaba muy pálida y sonreía.

—No pongas esa cara, hombre —me dijo—. Nosotras las suecas no damos mucho que hacer... solo damos hijos al mundo.

Me incliné y la besé tiernamente.

—Con uno solo me contento.

Las puertas se abrieron y la enfermera introdujo la camilla en el interior del ascensor.

—Todo irá bien, ya verás —me dijo—. Y tú, mucho cuidado con lo que haces. No vuelvas a meterte en enredos, ¿me oyes?

—Te oigo —dije y las puertas del ascensor se cerraron.

Recorrí el pasillo y me encaminé a la habitación denominada El Club. Había allí otros padres expectantes. Todos me miraron cuando pisé el umbral de la puerta. Recorrí con la vista sus rostros y me batí en retirada. No me agradó la perspectiva de sentarme entre aquellos hombres. Tenían un aspecto demasiado lúgubre.

Fui a la planta baja y compré otra cajetilla de cigarrillos. Encendí, uno, le di unas pocas chupadas, lo hallé insípido y lo tiré al suelo. Di unas cuantas vueltas al corredor.

Subí a la planta alta y entré de nuevo en El Club. Aun aquellos rostros lúgubres eran preferibles a la soledad.

—Hace ya nueve horas que estoy aquí —me dijo uno, al sentarme yo junto a él.

—Sí, ¿eh? —le dije, encendiendo un cigarrillo. Lancé una mirada circular a la habitación. Se veían por las paredes los dibujos y caricaturas que suelen hallarse en esos lugares. Entre ellos el típico:

HASTA AHORA NO HEMOS PERDIDO A UN PADRE.

Muy gracioso.

Apareció en el paso de la puerta una enfermera y todos nosotros, como autómatas, volvimos nuestras caras hacia ella.

—¿El señor Carey? —preguntó.

—Soy yo —exclamé poniéndome de pie de un salto. Me sentí como si tuviese alas.

—¡Los hay con suerte! —gruñó el hombre—. ¡Nueve horas que estoy aquí y ese llegó hace cinco minutos!

La enfermera oyó el comentario, pues sonrió al acercarse a mí:

—Todo ha ido muy bien. Puede darse por muy satisfecho...

F I N



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Los vendedores de sueños (1949) fue una novela basada sobre la industria cinematográfica de Hollywood, desde los primeros pasos a la era sonora donde Robbins aportaba sus propias experiencias.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.

Notas

[1] Un famoso equipo de béisbol. <<

[2] Propietario de una cadena de periódicos que ejerce considerable influencia sobre la opinión pública norteamericana. <<

[3] Barrio situado en la parte baja de la ciudad, sede de la bohemia neoyorquina. <<

[4] Al agente de publicidad se le designa actualmente en Estados Unidos con las iniciales R. P. (Relaciones públicas). <<

[5] Whisky norteamericano de maíz y centeno. <<

[6] Ciudad de arena. Así llaman familiarmente a Phoenix; la ciudad más importante del estado de Arizona. <<